

Libro 1

Amsterdam
AL ANOCHECER

ESTER G. ESCOBAR

D.J.57

AL *Amsterdam*
ANOCHECER

ESTER G. ESCOBAR

Amsterdam al anochecer.
© 20198, Ester González Escobar
© De esta edición: Munyx Design
© Portada: MunyxDesign
©Diseño interior: MunyxDesign

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[De mudanza](#)

[Capítulo 2](#)

[¿Ruido?](#)

[Capítulo 3](#)

[Un nuevo vecino](#)

[Capítulo 4](#)

[Una de tortilla de patatas](#)

[Capítulo 5](#)

[¿Y tú eres...?](#)

[Capítulo 6](#)

[¡No me parezco a Mary Poppins!](#)

[Capítulo 7](#)

[El epicentro de la vida social](#)

[Capítulo 8](#)

[Esta juventud, no saben ni lo más mínimo del cortejo](#)

[Capítulo 9](#)

[Un brillo diferente](#)

[Capítulo 10](#)

[Una cita que no lo es](#)

[Capítulo 11](#)

[Solo fue un beso](#)

[Capítulo 12](#)

[Una no cita la mar de extraña](#)

[Capítulo 13](#)

[Navidades en familia](#)

[Capítulo 14](#)

[Un empujoncito... o un descalabramiento](#)

[Capítulo 15](#)

[Noche de Brujas](#)

[Capítulo 16](#)

[Un paseo a lo “Verano azul”](#)

[Capítulo 17](#)

[No te hacía yo tan efusiva](#)

[Capítulo 18](#)

[Te estaré esperando cuando vuelvas](#)

[Capítulo 19](#)

[Que tengas una buena noche, princesa](#)

[Capítulo 20](#)

[Un regalo inesperado](#)

[Capítulo 21](#)

[Un gato negro](#)

[Capítulo 22](#)

[Una vuelta muy amarga](#)

[Capítulo 23](#)

[Duerme, princesa, duerme](#)

[Capítulo 24](#)

[Donde más duele](#)

[Capítulo 25](#)

[Un viaje inesperado](#)

[Capítulo 26](#)

[El buen invitado](#)

[Capítulo 27](#)

[Una mirada triste, una maleta y un sobre](#)

[Capítulo 28](#)

[La fuerza del corazón](#)

[Capítulo 29](#)

[Creía que eras tú](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

CAPÍTULO 1

DE MUDANZA

Las puertas del ascensor se están cerrando cuando una mano corta el contacto de la cédula y las puertas se vuelven a abrir, dando paso a un chico moreno, con el pelo algo largo y despeinado, vestido de sport, muy alto y bastante atractivo. Glups. Los chicos atractivos me ponen nerviosa, y más si me encuentro con ellos en un espacio reducido de un metro cuadrado.

Yo voy cargada con mi chelo, como siempre, y con una caja que contiene mis más preciadas posesiones, que no he querido dejar en manos de los de la mudanza, y que pesa bastante. Me desplazo para dejar paso al chico, pero ambos nos movemos en la misma dirección, así que le doy un golpe sin querer con el chelo.

—*Sorry!* —me disculpo, poniéndome colorada.

—*Doesn't matter* —contesta él, en un inglés que me deja claro que no es oriundo de Ámsterdam ni por asomo. Aquí todos hablan inglés a la perfección—. *It's so heavy, isn't it?* —pregunta, señalándome el arma asesina.

—Oh, no, pesa menos de lo que aparenta —me aventuro a contestar en español.

Enseguida veo cómo una sonrisa cruza su cara, dejando a la vista una preciosa y amplia dentadura, y unos labios mullidos, de esos que dan ganas de morder. Vaya... La temperatura del ascensor sube por momentos, ¿o me lo parece a mí?

—¡Oh, qué bien! ¿Eres española? Porque estoy hasta las narices de hablar en inglés. Vale que he venido aquí para eso, pero es que entre las clases que doy, las que me dan... Oh, perdona, ¿estoy hablando demasiado? Siempre hablo demasiado—. De repente me tiende la mano, con formalismo.

—Andrés.

—Clara. —Me encojo de hombros porque está claro que no puedo darle la mano si no quiero que el contenido de mi caja acabe esparcido por el suelo.

—Oh, ¡seré estúpido! Eso debe de pesar un montón. Dame. —Y sin darme tiempo a contestar, coge la caja de mis brazos—. ¿Qué tal mi acento inglés? Es un horror, ¿verdad? Venga, sé sincera.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Ni ese desparpajo, ni esa pregunta a bocajarro, ni esa espontaneidad. Andrés es como una tromba de agua. Parece divertido.

—Oh, pues... es...

—Ya, de Burgos, ¿verdad? Como la morcilla.

Me río ante su ocurrencia. A pesar de su belleza, Andrés no parece ser consciente de ella. Parece muy cercano y simpático, lo que hace que olvide mi nerviosismo de hace unos instantes.

—Pues sí, un poco. Pero tu gramática es muy buena.

—Vaya, una chica sincera. Me gusta eso.

En ese momento el ascensor se detiene. Hemos llegado al cuarto y último piso del edificio.

—Es el mío —dice Andrés—. Bueno, mucho gusto.

—También es el mío.

—¿De veras? ¡Vaya, qué bien! —Y adoptando un tono serio, me vuelve a tender la mano, mientras hace equilibrios con mi caja encima de la rodilla. —Andrés Padilla, 4º C, para servirle. —Y besa mi mano. ¡Besa mi mano! No puedo evitar reírme otra vez.

—Clara Ferrer, 4º B, encantada.

Andrés me acompaña hasta mi puerta y me tiende la caja, que cojo con cuidado. Tanto meneo me está poniendo nerviosa, Andrés es un torbellino y es capaz de dejarla caer en cualquier momento, vete tú a saber.

—¡Genial! Si alguna vez necesitas algo, cuenta conmigo, vecina. Bueno, si tengo, claro, porque soy un desastre y a veces no tengo ni papel de wáter, pero a veces tenemos unos tapers de macarrones que te chupas los dedos...

Andrés sigue hablando mientras abre la puerta de su piso, y yo cierro la puerta del mío, porque no estoy segura de querer saber cómo continúa su historia.

Dejo la caja en la mesa del salón, junto con mi bolso, apoyo mi querido instrumento en una de las paredes y me doy una vuelta por el piso. Mi nuevo piso. Solo para mí. Se acabó lo de compartir espacio con otra persona.

Mi segundo año de contrato en la Orquesta Real del Concertgebouw, o más conocida como la Sinfónica de Holanda, me ha permitido ese cambio. El

año pasado fue mi primer año en Ámsterdam, no conocía a nadie, ni la ciudad, no sabía qué zonas eran las mejores para vivir o cuáles evitar, y tampoco tuve mucho tiempo para buscar.

La noticia de que me habían aceptado en la sinfónica llegó un lunes, y tenía que estar en Ámsterdam a la semana siguiente, porque habían tenido una baja en la orquesta y necesitaban a alguien para cubrirla. Así que miré por Internet, vi un apartamento bastante mono para compartir con una chica llamada Sonja, y me lancé.

Tuve suerte. Mi compañera de piso no resultó ser una loca, ni una psicópata, ni desordenada, lo cual habría sido para mí lo peor. Tenía un calendario de tareas que ambas cumplíamos a rajatabla y el piso siempre estaba limpio. Fue un alivio.

Sonja es médico y trabaja muchas horas, lo que me iba genial para poder ensayar, y entre su trabajo y el mío apenas nos veíamos. A pesar de todo, al final se convirtió en mi amiga. Es normal, el roce hace el cariño, dicen. Y era la única persona que conocía allí. Y para ser justos con ella, también es una persona alegre, divertida, generosa y algo alocada. Siempre me hace reír.

A pesar de que la compañía era muy grata y de que Sonja no pasaba muchas horas en casa, yo ya tenía ganas de tener mi piso, mi independencia, de no tener que ponerle nombre a mi comida, de no tener que negociar para ver la televisión, de tener que esconderme en mi habitación si Sonja tenía algún ligue (a la inversa no ocurrió nunca). En definitiva, de no sentirme completamente libre en mi casa.

Así que en verano y con tiempo, busqué un piso donde pudiera sentirme yo misma, uno que decorar a mi antojo, donde pudiera hacer el ruido que quisiera, o pasearme en ropa interior si me apetecía (no es algo que suela hacer, si es lo que estáis pensando). Un piso en uno de esos edificios típicos de Ámsterdam que me tenían enamorada. Busqué al lado del canal, pero eran carísimos, así que tuve que conformarme con el barrio de Oost, un poco más al Este del centro, una zona en auge, llena de gente joven, bares y locales — que yo jamás frecuentaba, porque no tenía tiempo—, gente en bicicleta, familias con niños... Como resultado, tengo un piso semi nuevo de sesenta metros cuadrados para mí sola, en una zona segura y muy agradable de Ámsterdam, a pesar de que no sea el piso de ladrillos, estrecho y algo inclinado que yo había soñado.

Lo único malo de mi situación actual es que echo mucho de menos a mi

familia, sobre todo a mi abuela. Ella es la madre de mi madre y ha vivido con nosotros desde siempre. Me recogía del colegio, hacíamos los deberes juntas, me cuidaba en vacaciones cuando mis padres trabajaban. Es como una segunda madre para mí. Me duele pensar que pueda echarme de menos tanto como yo a ella. Y mis padres también. Soy su única hija y que me fuera a vivir al extranjero no entraba en sus planes, aunque, en mi fuero interno, sí en los míos.

Siempre he soñado con entrar en alguna orquesta importante e irme de gira por todo el mundo. Tocar en el Staatsoper de Viena o en el Carnegie Hall de Nueva York... Y aquí estoy, en mi primer trabajo importante, en una de las mejores orquestas del mundo, en Ámsterdam, una ciudad preciosa, con sus canales, sus edificios, sus tulipanes y sus miles de bicicletas. Así que no puedo quejarme. Y gracias a las nuevas tecnologías puedo hablar con mi familia y verles y oírles cada semana.

Lo primero que extraigo de la caja es mi portátil, que dejo con cuidado en la mesa del comedor. A continuación saco las fotos de mi familia, que coloco en la cómoda, en una de las estanterías de la pared del salón, y mi preferida, una en la que aparezco yo de pequeña en la falda de mi abuela, mientras ella me lee un libro, que dejo en mi mesita de noche con una sonrisa bañada en morriña.

El piso me lo alquilaron amueblado con lo mínimo, una mesa y unas sillas de comedor, la cama de mi habitación (que cambié, por supuesto, a saber quién había dormido allí) y unas mesitas de noche que también cambié, la cómoda de la entrada y poco más. Todo en blanco y con mucha probabilidad de Ikea, y que combina a la perfección con las paredes blancas y recién pintadas de mi pequeño y aséptico apartamento.

A mí ya me está bien, me gustan los pisos diáfanos, los ambientes que respiran, lo necesito para concentrarme, o mejor dicho, para no desconcentrarme cuando toco. No quiero colores chillones ni millones de elementos en mi campo visual. Así puedo centrarme en lo importante. En sentir la música, en dejarme envolver por ella hasta que desaparezco y ambos somos un solo ser, etéreo, que fluye por el universo. Puede sonar ridículo pero eso es lo que siento cuando toco. A veces me paso horas y horas, hasta que me duelen los brazos, las cervicales, la muñeca y me rugen las tripas. Estoy un poco pirada, lo sé.

La única decoración del piso consiste en unos cuadros de una chica

tocando un chelo y otra tocando el piano (me habría encantado hacerlo, pero con un instrumento tengo bastante, si quiero hacerlo bien) y unas partituras viejas que ya no uso porque me las conozco a la perfección enmarcadas en negro y repartidas por el salón, que traje de Madrid.

Mi habitación sí es un espacio más personal. Tengo un mural de corcho lleno de fotos mías, de mi familia y de recuerdos felices: mi graduación en la escuela de música, mi primer chelo, mi primer concierto, todo ello enmarcado con una tira de lucecitas que enciendo de noche y crean un ambiente muy cálido.

Mi cama está llena de cojines que cada noche tengo que retirar y dejar en el sillón que hay a los pies de la misma, y por la mañana hago la operación a la inversa, pero me encantan, así que es un esfuerzo ínfimo que merece la pena. De distintos colores y bien mullidos. Una estantería con algunos libros que me he traído de España y algún otro que he comprado aquí, y mi escritorio, decorado con algunas velas y en el que siempre hay un cuaderno en el que escrito algunas melodías que me vienen a la cabeza, aunque nunca he compuesto nada en serio, y mi ordenador, la vía de comunicación directa con mi familia.

Mi móvil interrumpe mis pensamientos. Rebusco en el bolso y lo cojo justo antes de que salte el contestador, al quinto tono. Miro la pantalla y sonrío.

—¿Ya estás instalada, princesa? —pregunta en su perfecto inglés.

—Sí, Holden, ya estoy instalada. Gracias por tu ayuda —contesto burlona.

—Oh, princesa, sabes que me habría encantado, pero es septiembre, todavía estamos en temporada alta y tengo mucho trabajo.

—Sí, sí, ya sé la clase de trabajos que te traes tú con las guiris.

—No sé de qué me hablas—dice, fingiendo ofenderse.

Me río. Holden siempre me hace reír. Es un caradura encantador. Y mi mejor amigo aquí en Ámsterdam. Bueno, mi único amigo, además de Sonja, para ser exactos. Lo conocí el año pasado mientras visitaba la casa de Anne Frank. Holden es guía turístico. Me vio allí sola y me dijo que podía unirme al grupo al que él estaba enseñando la casa, y lo hice.

Lo cierto es que es un magnífico guía turístico. Es ameno y divertido y a la gente le encanta. Sobre todo a las chicas. Su cara de niño, sus ojos azules, su pelo rubio y su metro ochenta y cinco ayudan mucho a su causa. Al

terminar me ofreció tomar un café y le dije que sí. No sé muy bien por qué lo hice, no suelo congeniar con extraños, pero aquel día no me apetecía estar sola. La visita me dejó un mal sabor de boca y necesitaba distraerme. Y descubrí que Holden era una distracción perfecta. Siempre risueño, con una sonrisa torcida en la boca, en esa boca tan perfecta suya, y ese lunar culminando su sonrisa, apuntalándola.

Ese día salía de dar un concierto matutino, cuando decidí que no quería irme a casa, por lo que llevaba un vestido negro y una diadema plateada con piedrecitas de Svarovsky que me chifla y que solo puedo ponerme en ocasiones especiales sin hacer el ridículo. Me dijo que parecía una princesa. Desde entonces me llama princesa. Y a mí me encanta.

CAPÍTULO 2

¿RUIDO?

Aún no he vaciado todas las cajas, las he dejado en la habitación de invitados, o mejor dicho, lo que se ha convertido en la habitación de los trastos. Además de haber decorado mi habitación, mi ropa ya está colocada en los armarios, y los útiles de cocina en su lugar, lo básico para sobrevivir.

No se parece a mi casa en Madrid. La casa de mis padres es muy acogedora. El suelo de parqué, los muebles de madera, los cuadros, un sofá grande donde nos sentábamos los tres a ver películas antiguas, una cocina que siempre olía a bizcocho, y la sonrisa de mis padres impregnándolo todo, le dan un calor que le falta a mi pequeño y semi nuevo apartamento.

Me digo a mí misma que de este fin de semana no pasa, que la habitación de los trastos va a perder su nombre. No me gusta el desorden. Es como si el caos reinante a mi alrededor se me contagiara. Necesito que todo esté ordenado, me transmite calma, paz y tranquilidad.

Aunque si hay algo que necesito aún más que el orden es ensayar. Los cambios me ponen nerviosa y la música es la única constante en mi vida. Así que me siento en mi silla, la que me acompaña desde España, mi silla de tocar. Está algo vieja y desvencijada, la piel del asiento está algo descolorida, pero es muy cómoda y no tengo ganas de buscar otra. Todas son nuevas y relucientes, pero yo no quiero algo que brille sino algo que me haga sentir como en casa.

Llevo un buen rato tocando, no sé bien cuánto, cuando llaman al timbre, lo que me produce un sobresalto. De hecho, me ha llevado unos segundos comprender que se trataba de mi piso al que están llamando.

Me levanto para abrir, curiosa.

Cuando abro, me encuentro a un chico mayor que yo, con el pelo rubio tirando a rojizo, muy corto, con barba de unos días sin arreglar, de buena complexión, con el ceño fruncido, y unos pequeños ojos azules que me miran, fríos.

—¿Podrías parar con ese ruido? —Su acento inglés es perfecto, no como

el de Andrés. Eso, sumado a su aspecto, me hace pensar que es un holandés autóctono.

—¿Ruido? —Me ofendo. Jamás habían llamado ruido a mi música. ¡Será maleducado! Viene a mi casa, así, sin saludar ni presentarse ni nada, y se mete con mi música. Eso sí que no—. Yo no hago ruido. Yo toco. Y es mi trabajo, así que no puedo parar —contesto, algo tajante.

La sorpresa interrumpe un segundo su fruncimiento de ceño, y su ceja se alza a modo de sorpresa.

—¿Tu trabajo? ¿Qué quieres decir? ¿Eres músico o algo así?

—O algo así, no. Soy músico. Y tengo que ensayar ocho horas al día como mínimo.

—¡¿Como mínimo?! ¡No me fastidies! ¡Esto no hay quien lo aguante! — Hace ademán de tirarse del pelo, lo que es imposible porque lo lleva demasiado corto.

Me dan ganas de cerrarle la puerta de un portazo en las narices, pero mi educación me lo impide. Respiro hondo antes de contestar y mandar a freír espárragos.

—Mira, siento si te molesta, no es mi intención, pero no puedo dejarlo. Así que tendrás que acostumbrarte.

—¿Y no se puede bajar el sonido?

Me río, no lo puedo evitar, de lo estúpida que es su pregunta.

—No, lumbreras. Es un violonchelo, no un piano electrónico, y no se puede bajar.

El chico gruñe algo en lo que deduzco que es su idioma, porque no entiendo nada, y se va.

Le sigo con la mirada y veo que entra en el piso de al lado y cierra la puerta de un portazo. Vaya, ese es el piso de Andrés. ¿Será amigo suyo? Pues no se parece en nada a él. Quizás esté de paso. Espero que se vaya pronto y no me moleste más.

Vuelvo a coger el arco y me acomodo en mi silla. Cierro los ojos para intentar recuperar la concentración perdida. De nuevo pierdo la noción del tiempo, hasta que abro los ojos y veo que ya es de noche. ¡Y no he comido nada desde el desayuno! Mis tripas rujen, quejándose de mi ayuno autoimpuesto y decido darles una tregua.

En ese momento mi teléfono vibra. Siempre lo pongo en silencio cuando toco. Es Holden. Se me escapa una sonrisa.

—Hola, princesa. ¿Qué haces?

—Lo de siempre, tocar. Aunque ahora iba a cenar. Tengo un hambre de lobo.

—¿De lobo, eh? —Se ríe—. Vaya con la princesa, si resulta que es humana.

—Claro que soy humana, bobo.

—Yo también tengo hambre. Acabo de terminar mi turno. ¿Te apetece venir a cenar algo por ahí?

Me lo pienso unos segundos. Sigo una dieta bastante estricta. No por mi peso, ni nada parecido, solo es que la comida sana me sienta mejor, me siento ligera y no me duele la tripa. Por no hablar de que paso muchas horas sentada, por lo que no quemó muchas calorías que digamos. Y Holden no es que digamos un amante de la dieta sana.

—Sí me apetece, pero nada de comida basura. Necesito comer como una persona.

—Está bien, está bien. Iremos a un restaurante “de personas”. Podrás pedirte tu lechuga, conejito, y yo me pediré una buena hamburguesa, o un filete.

Sonríó ante el apelativo cariñoso. Sé que hace eso con todas las chicas (bueno, lo supongo), pero eso no quita que me encante.

Me cambio de ropa, me pongo unos tejanos ajustados que me hacen un culo muy bonito (eso dice Sonja), una camisa negra y mis botines negros. Me maquillo lo justo para parecer que no voy maquillada: un toque de crema de color como base y enmarcar mis ojos con el delineador y un poco rímel. Ese es todo el maquillaje que utilizo en mi día a día. Me gusta mi cara al natural.

Me encantan mis ojos. Puede que no lo entendáis, porque son marrones y pequeños, algo rasgados. Ofrecen una imagen dulce y eso me gusta. Y adoro mis pestañas, fuertes y largas. Lástima que no sepa usarlas, o sería irresistible. Eso dice Sonja.

Holden me espera en Vlaming, un restaurante lleno de gente joven y de ambiente, en el que tienen una excelente carta de carnes, pescados y ensaladas con una bonita presentación. No es uno de esos restaurantes románticos para parejas, aunque es bonito. Tiene unos cómodos bancos acolchados, y sirven las ensaladas en unas preciosas fuentes giratorias de varios pisos, como en un típico *brunch* neoyorkino. O lo que yo imagino que debe de serlo, claro, porque no he estado nunca en Nueva York. De hecho no

he estado en ningún sitio, excepto en Madrid, en Tarragona, donde pasábamos siempre las vacaciones, en Londres con mis padres y mi abuela para celebrar mi graduación en la escuela de música y ahora aquí, en Ámsterdam.

Holden cumple lo dicho y se pide un enorme entrecot con patatas. Yo casi siento ganas de vomitar solo de pensar en comerme ese pedazo de carne. Yo me pido unas tostadas con foie y un salmón a la plancha. Que coma sano no significa que coma poco. Al contrario, me gusta comer. También pedimos una botella de vino tinto.

—¿Qué tal tu nuevo apartamento? —pregunta, mientras ataca su entrecot sin piedad.

—Genial. Esto de estar sola es la bomba. Puedo pasearme por todo el piso desnuda, si quiero.

Deja de masticar y me mira con ojos de búho.

—¿Andas desnuda por casa?

—No, hombre. —Me río solo de imaginarlo—. Pero podría hacerlo, si quisiera. Me refiero a que puedo hacer lo que quiera, cuando quiera. No tengo que compartir nada con nadie. El mando de la televisión es todo para mí, igual que la nevera. Y no tengo que encerrarme en mi habitación o salir a dar un paseo porque mi compañera de piso ha ligado con algún chico.

—¡Bien! Vamos, que te pasas todo el día tocando, igual que antes —se burla mi amigo.

Le doy un pequeño capón por encima de la mesa, aunque en mi fuero interno reconozco que tiene razón.

—Ah, pero tengo un vecino muy simpático y muy guapo —digo, un poco para picarle, y porque quiero demostrarle que no soy un muermo, aunque es la verdad. Lo de guapo, no lo de que soy un muermo, aunque si lo pienso bien...

—¿Ah, sí? —Me analiza para ver si estoy bromeando, y mirada le debe de convencer—. ¿Ah, sí? —repite, esta vez con más interés—. ¿Y cómo os habéis conocido?

—En el ascensor. Casi le mato con mi chelo. Y me ayudó con las cajas de la mudanza. Bueno, más o menos. Habla mucho y parece muy divertido.

—Ajá —asiente, aunque no parece muy interesado en la conversación sobre mi vecino.

—Se llama Andrés y es español.

—¿Y qué hace aquí? ¿Está de paso o...?

—Da clases de español. Y también está aprendiendo inglés, creo. No sé, tampoco hemos hablado tanto. El viaje en ascensor no dio para más.

—Lástima —dice burlón—. Mira que se pueden hacer cosas en un ascensor...

—¡Holden! Tú siempre pensando en lo mismo.

—¿Es que hay algo más? —Me guiña un ojo.

Está tan guapo cuando sonrío y hace el travieso. No me extraña que tenga éxito con las chicas, es un seductor nato. Aunque a mí nunca haya tratado de seducirme.

—Y también he conocido a un capullo —digo, haciéndome la interesante.

—Vaya, vaya, ¡pero si llevas solo dos días en tu piso nuevo! ¿Qué pasa, que es el epicentro del ambiente? ¡Tendré que mudarme a tu barrio! ¿Has conocido a alguna chica también?

—No, solo a chicos.

—Quién lo diría. Clara, la devora hombres —se burla de nuevo, metiéndose un montón de patatas en la boca.

—Ja, ja, ja. Holden, el idiota.

—¿Y cómo es de capullo? Del uno al diez.

—Mmmm, un diez. Bueno, un nueve, quizás —contesto, mientras unto una tostada con un montón de foie.

—Tú siempre viendo el lado bueno de las personas. —Ríe.

La copa de vino y la conversación con mi amigo me relajan, me hacen sentir a gusto y decido olvidar por completo la visita del amigo de Andrés. Entonces caigo en la cuenta de que ni siquiera se presentó, el muy maleducado.

Con Holden siempre es así, me conoce mucho, aunque haga poco tiempo que somos amigos. Creo que tiene un don para conocer a las mujeres, saber lo que piensan, lo que quieren. Como en aquella peli cutre de Mel Gibson. No sé si es fruto del amplio estudio de campo realizado, o que realmente tiene un don, pero el caso es que, aunque la mayor parte del tiempo esté bromeando, a veces se pone bastante intenso, y puedes hablar de cualquier tema con él, sabe escuchar de maravilla. Siempre que la conversación sería no vaya sobre él, eso sí. A parte de que tiene un hermano mayor que está casado, con el que se lleva bien a pesar de que no se ven a menudo, y que sus padres viven en un

pueblo cerca de Ámsterdam, apenas sé nada de su vida privada.

A las once estoy en casa, porque es miércoles y mañana madrugo. Holden me ha acompañado hasta la puerta, como hace siempre que salimos de noche, a pesar de que Ámsterdam no es una ciudad peligrosa; al contrario, es una ciudad tranquila, aunque no tanto como para que las calles estén vacías, puesto que hay miles de turistas durante todo el año. Es todo un caballero cuando quiere.

Aún no ha visto mi piso, pero es algo tarde y estoy cansada, y además, no me parece adecuado que suba a estas horas. Podría malinterpretar mi invitación y sería muy incómodo. No, mejor otro día. Le doy dos besos rápidos y me adentro en el portal. Y no sé por qué, pero una sensación agrídulce se apodera de mí. Una sensación de vacío, de soledad.

Por suerte, no me pasa muy a menudo. Me gusta estar sola. Me gusta el silencio. Me gusta poder oír mis pensamientos. Me siento bien en mi propia compañía. Pero, a veces, por las noches, me siento sola. Sobre todo cuando vengo de pasármelo bien con Sonja o con Holden; de reírme, de ver y oír a otras personas, otras risas, colores, de conectar con el mundo. Supongo que es por el contraste con mi vida silenciosa, solo repleta con los sonidos de mi música.

CAPÍTULO 3

UN NUEVO VECINO

Son las diez de la noche del jueves. Es la hora prevista para el Skype semanal con mi familia. Ya he cenado y me conecto a mi ordenador. Normalmente lo hago desde el sofá, pero hoy estoy cansada, así que estoy en pijama en mi cama.

La llamada llega puntual y después de unos segundos veo a mi abuela en la pantalla.

—¡Abu! ¿Cómo estás?

Mi abuela no quiere que la llamemos abuela, ni yaya, dice que eso la hace mayor. Pretendía que la llamáramos por su nombre, Eugenia, pero a mí me parecía muy distante y comencé a llamarla “abu”. Le encantó el apelativo cariñoso y así se quedó.

Mi abuela me saluda desde el otro lado de la pantalla con la misma sonrisa de siempre, con su voz dulce y su larga y gruesa trenza blanca cayéndole a un lado de los hombros. Mi abuela siempre ha sido muy moderna. Fue de las primeras de su época en llevar pantalones, me cuenta siempre orgullosa. Y en conducir. Aunque ya no lo hace, y es mejor para la seguridad vial, creedme.

—Yo bien, cariño, por aquí todos bien, aunque te echamos de menos. ¿Qué tal tú? ¿Ya estás instalada en tu nuevo piso? ¿Es bonito?

—Sí, abu. Es genial y precioso. ¡Y es todo mío!

La abuela se ríe y no me extraña. Parezco una chiquilla con un juguete nuevo.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—¿Se puede hacer eso?

Ahora soy yo la que me río. Mis padres y mi abuela han conseguido saber cómo funciona Skype (que yo les instalé en una de mis visitas) lo justo para comunicarse conmigo, pero creen que tienes que estar muy quieto delante de la pantalla, o la conexión se irá al garete.

—Claro. Voy a dar una vuelta por el piso con el ordenador en la mano y así lo ves.

Hago lo que le digo, me levanto y le enseño primero mi habitación. Me paro unos segundos en la foto de mi mesita, para que vea que la tengo muy presente. Luego le enseño el baño, amplio y limpio, con una bañera que me muero por estrenar. A continuación le enseño la cocina, no muy grande, pero suficiente para mí, y para finalizar, el salón, diáfano, espacioso, blanco, presidido por mi silla y mi chelo, como si la única misión de ese salón fuera albergarlos a los dos, como un museo albergaría el mejor de sus tesoros.

Ya que estoy ahí, me siento en el sofá y vuelvo a ver a mi abuela, que está un poco emocionada, no sé si porque por fin tengo un piso para mí sola, por la foto de la mesita, o porque me echa mucho de menos. Creo que es por una combinación de todo ello.

—Ay, abu, no llores que si no lloro yo también. ¿Has visto? Todo este espacio para mi sola. Estoy la mar de bien. ¡Y tengo un vecino muy simpático!

—¿Ah, sí? ¿Y es de allí? Entonces será rubio, alto y guapo...

—Abu, no sigas. Es moreno y más español que la tortilla de patatas, aunque sí es muy guapo.

Mi abuela aplaude como una niña.

—¡Bien! ¿Ya te ha pedido una cita?

Sonrío, porque las ansias de mi abuela por encontrarme un novio no han variado ni un ápice, aunque me haya mudado a casi dos mil Kilómetros.

—No, ¡si no hace ni una semana que lo conozco! Y tampoco es mi tipo.

—¿Un chico guapo y simpático no es tu tipo? ¿Entonces que buscas, un pequeñajo, calvo y feo? Ay, esta niña, mira que es rarita.

—Oye, que te estoy oyendo y no soy rarita. Solo que no es mi tipo — digo encogiéndome de hombros.

—¿No será que estás coladita por ese amigo tuyo, Houdini, o como se llame? —Hace un año que conozco a Holden, y le he hablado de él algunas veces, a pesar de lo cual mi abuela sigue siendo incapaz de aprender su nombre.

—¿Holden? ¡Qué dices! Holden y yo solo somos amigos. —Aunque de forma incomprensible siento como mis mejillas se encienden ante la insinuación de mi abuela.

—Ya, claro, y yo me chupo el dedo.

—¡Abu! Anda, ponme con papá y mamá y déjate de ver tantos seriales de esos tuyos.

Mi abuela se ríe y se despide de mí con un beso. Charlo un poco con mis padres, les hago de nuevo el recorrido por el piso, me despido y me dejo caer en el sofá, exhausta por las emociones encontradas.

Después de hablar con mi familia siempre me envuelve la melancolía. Me encanta verles y oírles, sobre todo a mi abuela, pero al mismo tiempo me hace darme cuenta de cuánto les añoro. Este es el camino que yo he escogido, soy plenamente consciente de ello, lo que no significa que no sea duro.

Estoy buscando algo que me distraiga en la televisión, sin éxito, cuando llaman a la puerta.

Me sorprendo, porque son más de las diez, lo que para Ámsterdam viene a ser como las doce en España. A nadie se le ocurriría llamarte y menos aún visitarte a esas horas. Por no hablar de que estoy en pijama. Y mis pijamas no son de esos que salen en la televisión, sexis y sugerentes, con los que por cierto pasas más frío que un andaluz en Alaska, sino de esos gorditos y cómodos, que te hacen sentir a gusto con solo ponértelos.

Miro por la mirilla y me parece ver a Andrés. Claro, ¿quién iba a ser si no a esas horas?

Abro la puerta y el torbellino de Andrés ataca sin piedad.

—¡Hola! Perdona si es muy tarde, pero es que acabo de hablar con Tristan, y me ha dicho que ayer se comportó como un capullo contigo y vengo a pedirte perdón en su nombre. Vaya, bonito pijama. —Sonríe y yo miro mi pijama rosa con ovejitas blancas. Me sonrojo hasta la punta de la raíz de mi pelo castaño.

—¿Quién es Tristan? —Es todo lo que puedo articular ante su verborrea, y sobre todo por la vergüenza por las referencias a mi pijama.

—Mi compañero de piso, ¿quién va a ser? Me contó que vino ayer y se quejó del ruido, y cuando está de mal humor no suele ser muy educado, así que supongo que no lo fue, pero créeme, no siempre es así, es majo, pero es que está estudiando y...

—Vale, Andrés, respira —digo, parándole con la mano—. Tristán, un chico alto, tirando a pelirrojo, con un perfecto inglés y que tiene facilidad para lo que parecían palabrotas en holandés, ¿es tu compañero de piso?

—El mismo. Efectivamente, es holandés, trabaja conmigo en la escuela dando clases, y también está estudiando oposiciones para no sé qué. Por eso a

veces está muy nervioso, y tu música, que no digo que no sea buena, porque a mí me lo parece, aunque no tengo ni idea, pues le molesta. Pero no le hagas ni caso. Ya se acostumbrará. De hecho, a veces, cuando está estudiando no me oye ni a mí cuando le hablo. Otros días, en cambio, no puede concentrarse y entonces se pone de muy mal humor.

—¿Y por qué vienes tú a disculparte y no él?

—Pues es una buena pregunta, lo cierto es que es una excusa perfecta para volver a verte, ¿no te parece? Tristan no es muy hablador y me aburro.

Hay algo en Andrés que me hace confiar en él. Parece tan llano, tan sincero, e inofensivo. No se comporta como alguien que quiera ligar conmigo, ni parece un asesino en serie, y tampoco tengo muchos amigos, aparte de Holden y Sonja, así que ni me lo pienso.

—¿Quieres pasar? Iba a ver la tele un rato. ¿Has cenado ya?

—Sí, si se le puede llamar cenar a coger un poco de todo lo que he encontrado por la nevera. Pero tranquila, no tengo hambre.

—Pues pasa, anda, pasa. Aunque no sé si voy a ser mejor conversadora que Tristan ahora mismo. Estoy muy cansada.

—No pasa nada, me sentará bien cambiar de aires un poco. Tanta testosterona me tiene hartado.

Al entrar en mi piso lo primero que ve es mi chelo apoyado en la silla, como dueños del salón.

Me mira, interrogante, pidiéndome que toque algo, pero no me apetece en ese momento. No toco para impresionar a nadie, ni toco cuando me lo piden, me siento un poco mono de feria. Excepto si quien me lo pide es mi abuela. A ella no puedo negarle nada.

—Esta noche no, pero prometo que otro día, ¿vale?

—Está bien, debes de estar cansada después de tocar todo el día. Te he oído a veces, y tocas de maravilla, es... increíble. Nunca había oído nada parecido, aunque también es verdad que nunca he ido a un concierto de música clásica. De todas formas creo que tocas genial.

Me sonrojo ante su piropo, que parece sincero. No estoy acostumbrada a ellos. Los de Holden son distintos, son en broma, me los hace a mí igual que se los hace a cualquiera, y nunca suenan sinceros del todo.

Me doy cuenta de que Andrés es la primera persona que entra en mi piso (aún no he quedado con Holden y con Sonja para enseñárselo como es debido), y esa persona es un chico al que conocí hace apenas una semana en

un ascensor. Debería de parecerme extraño, pero lo cierto es que no me lo parece. Bueno, un poco sí, para ser sinceros. Mi piso es tan blanco, immaculado e inofensivo, y Andrés es como un torbellino. Lo cierto es que no encaja para nada. Como un Klimt en medio de una exposición de Miró.

Se acerca a mi precioso Montagna de fabricación alemana para admirarlo bien. Extiende la mano como si fuera a tocarlo, pero se detiene. Algo le dice que no debe hacerlo. Lo estudia con detenimiento. Me acerco hacia él.

—Es muy bonito. Nunca había visto uno tan de cerca. Parece que tenga forma de mujer.

—Sí, aunque no es por nada romántico, ni estético. Estos entrantes, las escotaduras —le señalo la parte con el dedo—, son para que puedas mover el arco cómodamente sin tocar los laterales del chelo.

—Ah. Pues vaya, le has quitado todo el romanticismo. ¿Y estos agujeritos de aquí, en forma de efe?

—Tú lo has dicho. Son las efes u oídos. Es por donde sale parte del sonido.

—Interesante... ¿Y cómo le da a alguien, mejor dicho, a una niña pequeña, porque supongo que se debe empezar siendo muy pequeño, por tocar el chelo, en vez de estar jugando en el parque, o con tus amigos, por ahí, conociendo chicos?

Esa es una pregunta que me han hecho un millón de veces y que es difícil de contestar. O no. No fui yo quien eligió la música, sino ella a mí. Mi madre me llevó a una escuela cuando era pequeña, por aquello de hacer alguna actividad extraescolar, y cuando oí las notas de un chelo saliendo del instrumento... fue como si me hablara, contándome una historia. Supe entonces que quería tocar como aquella chica.

Pero es tarde, y no me apetece tener una conversación trascendental ahora mismo con Andrés, que es como un niño pequeño, y algo me dice que sus preguntas no van a cesar.

—Te lo cuento otro día, ¿de acuerdo? —le digo sonriendo.

—Oh, está bien. Vas a soltarme aquello de “es una larga historia”... Entendido, entendido.

Andrés se encoje de hombros, dándose por rendido. Yo me dirijo hacia el sofá y Andrés me sigue. Nos sentamos en el sofá y me dispongo a encender la tele que había apagado al ir a abrir la puerta, cuando una voz sale de mi ordenador.

—¿Este es tu vecino? ¿El español? Pues sí que es guapo, sí. ¿Y ya te lo traes a casa? Que calladito te lo tenías, eh, ¿bribona?

Andrés, tras unos segundos de sorpresa, se troncha de risa, con unas carcajadas sonoras que resuenan por todo el salón.

—¡Abuela! —Lo digo con todas sus sílabas, porque me he quedado muerta del susto—. ¿Qué haces aquí todavía?

—No sé, hija, ¿cómo se apaga este cacharro?

—Dale al botón de debajo de la pantalla, abu, el redondito. Te cuelgo, ¿vale? Hasta la semana que viene. —Cuelgo y cierro la pantalla del ordenador, casi sin atreverme a mirar a Andrés.

Cuando lo hago, veo la risa contenida en sus ojos y los dos estallamos en carcajadas a la vez, y el ambiente se relaja de inmediato.

—¿Esa es tu abuela? Parece muy moderna, la mujer. Y tiene buen gusto, todo hay que decirlo.

—Sí, es mi abuela. Y es un caso. Es un encanto de mujer, con un gran complejo de Celestina. Es que se lo cuento todo, y le dije que un vecino muy amable me había ayudado con la mudanza... —No sabía bien cómo salir de aquel apuro. No quería que pensara que le había hablado de él a mi abuela como alguien especial. ¡Qué vergüenza! ¿Qué iba a pensar?

—Tranquila, Clara, no pasa nada. Me encanta que me echen piropos, y más aún si lo hace una encantadora ancianita. Son mi público favorito.

Me río y Andrés consigue que me olvide de la vergüenza que pueda haber sentido hace unos segundos. Con él todo parece fácil.

—¿Y qué le has dicho de Tristan?

—Eh,... esto... —Lo pienso unos segundos y me decido por la verdad—. Que es un capullo.

Las carcajadas de Andrés vuelven a resonar en mi piso vacío, generando un eco.

—Clara, Clara, creo que me lo voy a pasar muy bien contigo.

CAPÍTULO 4

UNA DE TORTILLA DE PATATAS

Es viernes y vuelvo de ensayar con la orquesta. Comenzamos la gira en un mes y los ensayos son cada vez más frecuentes y más largos.

Llevo dos semanas tocando sin parar y sin apenas salir de casa, porque Holden no me ha llamado y Sonja ha tenido guardias, con lo que el poco tiempo que tiene lo aprovecha para dormir. A veces lo hace, Holden, eso de desaparecer durante un tiempo, y siempre hay una chica de por medio. Aunque nunca le duran mucho.

Pienso en cómo será su chica actual. Casi con total seguridad, delgada, guapa, con un bonito pelo largo, no como el mío, corto por la barbilla, y una bonita sonrisa. Y beberá los vientos por él. No sé muy bien por qué, pero el pensar en que mi amigo está por ahí con alguna amazona rubia y guapísima me hace sentir pequeña, torpe y fea.

Aunque no debería importarme con quién pase sus ratos libres, solo somos amigos, pero a veces, cuando desaparece mucho tiempo, hace que me sienta invisible. Cuando empiezo a cabrearme me llama y vuelve a ser el Holden de siempre, encantador, divertido y travieso, y lo pasamos genial. Entonces se me olvida que a veces se comporta como un capullo.

Entro en mi portal cargada con las bolsas de la compra y mi chelo, pensando en si debo llamarle, cuando llego al ascensor y veo un letrero que de forma muy amable me informa de que no funciona. Maldita sea, hoy no. ¿Por qué siempre suceden estas cosas cuando estás cansada, hecha polvo y cargada hasta los topes?

Además, hoy estoy de mal humor. En los ensayos de hoy, Sophie ha estado mejor que yo.

¿Quién es Sophie? Pues es como un grano en salva sea la parte, como diría mi abuela. Sophie toca el chelo, como yo, y es muy buena, tengo que reconocerlo. Tiene una técnica excelente, aunque para mi gusto le falta sentimiento. Quizá será porque es una arpía fría y estirada. Y para más inri,

Johanson, el director, nos ha dicho que una de las dos haría el solo de chelo en toda la gira con [la Suite número 1 de Bach](#), una de mis piezas favoritas, así que estamos compitiendo por ello, lo que hace que aún sea más arpia conmigo.

Maldigo por lo bajo y me dispongo a subir cuando oigo unos pasos tras de mí.

Me giro y veo a Tristan. Vaya, definitivamente hoy no es mi día. Pero para mi sorpresa hoy no trae la cara de enfurruñado del otro día, al contrario, me sonrío, contrito.

—¿Eres Clara, verdad? —Me hace mucha gracia como pronuncia mi nombre en inglés—. Perdona por lo del otro día. Estuve muy mal educado. Es que tenía un mal día. Bueno, un mal mes —Se encoje de hombros—. Se acercan las oposiciones y estoy muy nervioso, pero no es excusa.

—No pasa nada —digo, sin saber muy bien qué más puedo decir.

—¿Puedo ayudarte con eso? —Me señala el chelo y yo frunzo el ceño—. ¿Es que no confías en mí? —pregunta, con una sonrisa en los labios.

Cuando sonrío le cambia la cara, su rostro, algo duro y serio, se relaja, y descubro, a mi pesar, que es muy guapo, con su pelo rojizo, sus ojos pequeños, de un azul intenso con unas arruguitas a los lados, y con su barba de tres días ya arreglada.

—No voy a tirarlo por las escaleras, si es lo que piensas.

—Mmm, no sé, después de lo del otro día, a lo mejor es una treta para deshacerte de él.

Se ríe. Tiene una risa preciosa, tímida y sincera. Ya no parece un borde maleducado, como la otra noche.

—Prometo que no. Pero si vas a quedarte más tranquila, puedes darme las bolsas.

La verdad es que mis vecinos son muy educados, todo hay que decirlo, y encima son guapísimos. Sonrío pensando en qué dirá mi abuela cuando se lo cuente.

—Está bien, muchas gracias.

Tristan me coge todas las bolsas, sin dejarme a mí ninguna, de modo que él ahora va cargado hasta los topes y yo más fresca que una lechuga, solo con mi chelo, que es como una extensión más de mi cuerpo y ya ni lo noto cuando lo llevo. Me sentiría mal si no fuera porque en sus manos parece que las bolsas no pesen. Es más bajo que Andrés, aunque más corpulento. Tiene

la espalda ancha y unos brazos fuertes. Subimos en un incómodo silencio. No sé qué decirle, no se me da bien hablar con desconocidos, con excepción de Andrés. Pero es que a él le da igual si hablo o no, ya habla él por los dos.

—¿Qué estudias? —Pregunto, para romper el hielo. Muy poco original, lo sé.

—Oposiciones para conservador de museo.

—Oh, ¡suena interesante! ¿Te gusta el arte? —Me sorprende, porque a mí me encanta el arte. La pintura, la escultura, la literatura, pero sobre todo la pintura. Rembrandt, Goya, los impresionistas franceses, y por encima de todos, Van Gogh. Ese fue uno de los motivos por el cual me hacía tanta ilusión venir aquí.

—Me encanta el arte, pero si te soy sincero, estas oposiciones son muy aburridas.

—¿Y por qué lo haces entonces? —Me doy cuenta de que quizás estoy siendo demasiado metomentodo—. Perdona, no quería...

—No, no pasa nada. —Se encoje de hombros—. Me gusta enseñar, pero... Mi sueño es trabajar en un Museo, rodeado de arte. En el Louvre, el Prado, el British... ¿Te imaginas? Todo el día pudiendo admirar esos tesoros del pasado... —Se emociona al pensarlo, puedo verlo en el brillo de sus ojos.

—Ya, ¿algo así como el Gran Mariscal en la peli de El Código Da Vinci?

—Sí, pero sin que me asesinen, claro. —Se ríe de nuevo, y descubro que tiene una bonita y enorme sonrisa cuando lo hace.

—A mí no se me daba muy bien estudiar. Prefería pasarme el día tocando o escuchando música. Al final mis padres vieron que mi futuro estaba ahí, y no puedo alegrarme más.

—Gente inteligente, tus padres. Debes de echarles mucho de menos.

—Lo cierto es que sí. Y a mi abu... abuela. Vive con nosotros. Bueno, vivía. Bueno, vive, soy yo la que ya no vive ahí. —Clara, por Dios, ¿qué te pasa? Ya os he dicho que los chicos guapos me ponen nerviosa. Y Tristan es bastante atractivo. No como Holden, que serviría de modelo para cualquier pintor, sino que a primera vista puede pasar desapercibido, aunque luego te sorprendes admirando su rostro anguloso, unos ojos azules y límpidos y una amplia sonrisa.

Se ríe por mi aturullamiento. Vaya, Clara, muy bien. Si es que pareces lerda cuando te encuentras con un chico guapo. ¿No hay ningún remedio contra eso?

Seguimos subiendo en silencio, porque visto lo visto calladita estoy más guapa, hasta que llegamos a mi piso. Tristan no suelta las bolsas. ¿Es que piensa entrármelas y colocarme la comida en la nevera? No sé muy bien qué hacer, pero es mejor que lo decida él, que parece saberlo, así que abro la puerta y él me mira en señal de interrogación, levantando las bolsas, como pidiéndome permiso para entrar. Afirmo con la cabeza y entra detrás de mí.

No veo si cotillea un poco a su alrededor porque va detrás de mí. Le guío hasta la cocina y allí me deja las bolsas en el mármol.

—Vaya, es mucha comida para una persona sola. En comparación, nuestra nevera está vacía. Claro que ni a Andrés ni a mi nos gusta ir a la compra, somos un poco desastres. Suerte que cuando voy a ver a mi madre me da comida de más, que congelamos. ¡Me encanta la tortilla de patatas!

—Pues a mí me sale excelente —presumo. Es cierto. Hacía compañía a mi abuela desde pequeña cuando la preparaba y luego pasé a prepararla yo misma.

—¿Sí? Pues me encantaría probarla algún día. —Sus palabras van acompañadas de una sonrisa que suaviza sus facciones, dejándome admirar de nuevo su rostro, que para ser sinceros, me parece cada vez más atractivo.

Vaya, me he metido en un jardín. Ahora tendré que invitarle algún día a comer. ¿O a cenar? Eso es lo que hacen los buenos vecinos, supongo. Bueno, por suerte está Andrés, que me hará de carabina, espero. Tristan me pone algo nerviosa.

—Bueno, pues me voy a casa. Voy a ver si Andrés ha dejado algo en la nevera o ha arrasado con todo. Esta noche tiene cita.

Me lo imagino solo en su casa, con una nevera vacía, comienzo un triste trozo de queso y un chusco de pan, a lo Oliver Twist, y a mí zampándome mi estupenda tortilla de patatas, y me siento mal.

—¿Quieres quedarte a cenar? —Las palabras salen antes de que pueda siquiera darme cuenta de lo que acabo de hacer.

Se gira y me mira sorprendido. Cachis, a lo mejor me he pasado. Mira que nunca me lanzo... ¿Invitar a un desconocido a mi casa? Debe de ser la maldita morriña, y que paso demasiado tiempo sola.

—Me encantaría, pero no pretendía auto invitarme, de verdad.

—No te preocupes, no te has auto invitado. Te he invitado yo. —Intento quitarle hierro al asunto, porque con una que se sienta incómoda ya hay bastante.

—Está bien. Pero solo si me dejas ayudarte.

—Claro. Voy a cambiarme y ahora vengo. Lávate las manos. —Si va a ayudarme, la limpieza es esencial—. El lavabo está al fondo del pasillo, a la derecha.

—¡Sí, chef! —Y se dirige hacia el baño, como un niño obediente. Le sigo con la mirada, y ahora que no me ve, le echo un vistazo a su trasero. Redondo, pequeño y firme, se adivina a través de la tela no muy gruesa de sus pantalones chinos, que le quedan de muerte, por cierto.

¿Cómo he acabado en mi piso con semejante tío? ¡Y le he invitado yo! Aun no puedo creerme lo que acababa de pasar, seguro que todo esto es culpa de Holden, viendo siempre como liga con las chicas, a lo mejor se me ha pegado algo y yo sin saberlo.

Tristan vuelve del baño con las mangas de la camiseta remangadas, dejando al descubierto unos fuertes brazos, con un vello rubio que por un momento siento ganas de acariciar.

Yo me he puesto unas bambas cómodas y unas mallas con una camiseta larga, que me tapa el trasero. Me gusta estar cómoda en casa, pero delante de Tristan no pienso ponerme mi pijama de corderitos. Ni muerta.

Juraría que Tristan me ha mirado el culo, aunque tan rápido y de forma tan disimulada que no se si ha pasado o ha sido producto de mi imaginación.

—¿Qué hago?

—Pela patatas, toma, tú unas cuantas y yo el resto. Luego las cortas a láminas, finas, pero no mucho, que si no cogen mucho aceite.

Me mira como si no tuviera ni idea de qué le estoy hablando.

—Cuando las tengas peladas miras cómo las corto y haces lo mismo.

—Entendido.

Antes de ponerme a pelar patatas, enciendo mi ordenador y pongo una lista de canciones actuales en acústico, que me encanta y me relaja, y saco dos copas de vino de la alacena. Escojo un vino tinto medio decente que he descubierto en el supermercado, y nos sirvo dos copas.

También abro un queso manchego que compro por Internet (lo sé, en Holanda hay muchos quesos, pero como el manchego, ninguno), y corto unos trozos, para no beber con el estómago vacío.

Dejo el plato de queso en medio de los dos.

Tristan lo mira todo complacido.

—Cocinar parece un ritual para ti.

—Quizá lo sea. Es como tocar. Tienes que dejarte llevar y disfrutarlo. La cocina no quiere prisas.

Me mira interesado, o a lo mejor está pensando que estoy chiflada, no sé.

—Esto es muy típico español, queso y vino. Es queso manchego, el mejor del mundo. Lo siento, pero el queso holandés no le llega ni a la suela del zapato. Pruébalo y me dices.

Tristan sonrío, como si acabara de contarle algo divertido, y se lleva un trozo de queso a la boca, saboreándolo despacio.

—Ahora un traguito de vino.

Me obedece.

—¿Qué tal?

—¿Cómo lo decís vosotros?... *Cojonudo* —dice en español.

Me río, convencida de que esa palabreja se la ha enseñado Andrés, pero tiene razón.

—Eso es.

Pelo patatas mientras escucho la música, y siento como todo mi cuerpo se relaja. El vino también ayuda. Me gusta cocinar en silencio, y Tristan parecer detectarlo, porque apenas me habla. Solo me mira de vez en cuando para ver cómo lo hago y me sonrío.

Cuando terminamos con las patatas, le hago cortar la cebolla, y disfruto en silencio viendo cómo llora, mientras no para de frotarse los ojos con el dorso de las manos, y maldice en holandés.

—Vale, vale, ya está. Lávate las manos y la cara y no te frotes los ojos, que es peor.

Cuando levanta la cara, tiene los ojos rojos como tomates y no puedo evitar soltar una carcajada.

Tristan finge que se enfada conmigo.

—Lo has hecho para vengarte, ¿verdad? Por lo de la otra noche. Seguro que la tortilla de patatas no lleva cebolla.

—Que no, tonto, te prometo que sí lleva cebolla. Bueno, al menos la mía, aunque también se puede hacer sin. —Y le dirijo una sonrisa malévol.

Mi mira como si estuviera furioso, pero una pequeña sonrisa en la boca le delata, y pienso en lo guapo que está en ese momento.

—Vale, ahora que el aceite ya está caliente, a la sartén. Y debe hacerse a fuego lento.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y relleno las copas de vino.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí en Ámsterdam? —pregunta.

—Pues este es mi segundo año. Vine el año pasado para una temporada, y este año me han prorrogado el contrato otra temporada más. Luego, quién sabe.

—¿Y no te pone nerviosa no saber qué vas a hacer el año que viene?

—Pues... aunque parezca extraño, no lo hace, y eso que soy una persona a la que le gusta tenerlo todo bajo control. En cambio la música es puro sentimiento, es libre, sin ataduras, y me contagia esa libertad. Para hacer lo que más me gusta tengo que aprovechar el momento. Mi momento está aquí y ahora, y lo estoy disfrutando al máximo. Cuando se acabe esta gira, buscaré otra. Quién sabe a dónde me llevará, si de vuelta a España, o a Praga, o... no lo sé. La única certeza que tengo es que la música estará conmigo vaya donde vaya, y eso me tranquiliza.

—Vaya, a mí me gustaría amar algo tanto como lo haces tú.

Me sonrojo un poco porque siento que quizás me he abierto demasiado, ante una pregunta sencilla. Quizás debería haber dado una respuesta sencilla, menos personal. Pero es que yo soy así, no sé hablar de banalidades, no sé darle vueltas a las cosas, para no llegar a nada. Tampoco es que vaya por ahí contándole mi vida al primero que pasa, solo me abro con la gente con la que me siento cómoda. Por lo demás, soy tan cerrada como una ostra.

—Quizás no lo hayas encontrado todavía —digo, para animarle.

—No todo el mundo lo encuentra. Tú eres afortunada, ¿lo sabías? A mí me gusta el arte, de hecho, me encanta, por eso doy clases de Dibujo y de Historia del arte en el instituto de Andrés. ¿Te lo ha dicho? —Asiento con la cabeza—. Aunque no tengo esa pasión que tú tienes. Quién sí la tiene es mi hermana. —Sonríe al pensar en ella.

—¿Tienes una hermana?

—Sí, Drika. Es mi hermana pequeña. Es la rebelde de la familia. Con dieciocho años cogió una mochila y se fue un par de años a ver mundo. Luego volvió, estudió una carrera y en cuanto terminó se volvió a ir. Ahora vive en Viena.

Su voz denota orgullo y amor cuando habla de su hermana, cosa que hace que me derrita un poquito. A mí me encantaría haber tenido una hermana o un hermano con el que compartir mi infancia, mis juegos, mis secretos... en mi imaginación nos llevamos genial, no discutimos nunca, siempre estamos el uno para el otro y siempre nos protegemos.

En ese momento suena la alarma del móvil que me recuerda que es la hora del Skype familiar. ¡Se me había olvidado por completo! Menos mal que soy previsora y tengo puesta una alarma permanente.

Enciendo el ordenador a toda prisa y me conecto a la aplicación.

—Es la hora del Skype familiar. Vigila el fuego, ¿quieres? Ves removiendo para que no se queme, con cuidado, que no se rompan las patatas. Si ves que ya están doradas, retiras la sartén del fuego.

Preferiría hablar a solas con mi familia, pero no puedo pedir a Tristan que se marche, sería de muy mala educación. Además, al pobre parece hacerle mucha ilusión probar mi tortilla de patatas, así que tendré que hablar con él delante. Me planteo irme a la habitación cuando caigo en la cuenta de que no debe de hablar español, así que no va a entender nada, por lo que me quedo en el sofá.

El ordenador hace ese ruido tan característico que me hace sentir unas cosquillas de emoción y al cabo de unos segundos aparece la cara de mi abuela.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Muy bien, abu. Algo cansada, esta semana estamos ensayando mucho. Dentro de poco comienza la gira.

—Qué bien, mi niña. Me encantaría estar allí para oírte, hace mucho que tu música no suena en esta casa —dice, algo triste.

—No te preocupes, abu, faltan un par de meses para que venga a veros, y prometo tocar para ti entonces.

La abuela aplaude como una niña pequeña.

—¿Ya estás comiendo bien? Mira que te conozco, que te pasas el día tocando y te olvidas hasta de comer.

—Sí, no te preocupes. Mira, en este momento estoy haciendo una tortilla de patatas.

—Así me gusta, cariño. Que te alimentes bien. ¿Qué tal va con el chico ese, el guapetón?

—Es solo mi amigo, ya te lo dije. —Evito decir nombres, porque eso sí que lo entenderá y no quiero que piense que hablo de Andrés o de él con mi familia. Me moriría de vergüenza.

—¿Entonces no hay nada? Oh, qué pena. Parecía majo.

En ese momento Tristan aparece a mi lado y me dice que la tortilla parece que ya está y que ha apagado el fuego.

Mi abuela abre los ojos como platos.

—¿Quién es este? Este no es el del otro día, ¿verdad? Ese era moreno, y este es pelirrojo. Y vaya pelirrojo. Ay, mi vida, ya veo que tienes mucha vida social por ahí, ¿eh, bribona?

Dios, menos mal que el pelirrojo en cuestión no entiende nada, que si no...

Y como si le hubieran invitado a la fiesta, el pelirrojo en cuestión se sienta a mi lado en el sofá, me dirige una mirada gamberra y a continuación se dirige a la pantalla.

—Hola, mi nombre es Tristan —dice, en un español bastante correcto, aunque con mucho, mucho acento—. Encantado de conocerla.

Me parece ver que mi abuela se sonroja (¿en serio?) y muy educada ella le devuelve el saludo, y yo quiero morirme en este momento. ¿¿Tristan habla español??

—¡Hola, Tristan! Soy Eugenia, la abuela de Clara. ¿Y de qué os conocéis?

—Soy su otro vecino.

La abuela abre los ojos como platos y luego sonrío pillina. No quiero saber lo que está pensando. Yo aún estoy procesando el hecho de que Tristan hable español y esté ahora charlando con mi abuela.

—¿Y estudias, trabajas...?

—¡Abu!

—¿Qué, cielo? Solo quiero saber a quién tienes por vecinos, si son de fiar o no. Estás tan lejos...

Tristan se ríe.

—No pasa nada —dice—. Pues las dos cosas, señora Eugenia. Estoy estudiando oposiciones para conservador de museo y doy clases a adolescentes en un instituto.

—¡Oh! —Mi abuela pone cara de aprobación—. Lidiar con un montón de adolescentes hormonados no debe de ser fácil hoy en día...

Tristan suelta una carcajada espontánea que resuena por todo mi comedor.

—Ni hoy ni nunca, me temo, aunque los tengo controlados, no se preocupe.

Mi abuela está sonriendo de oreja a oreja. Creo que le gusta Tristan.

—Pues me alegro de que mi nieta tenga buenos vecinos, siempre está tan

sola...

—Tranquila, señora Eugenia, Andrés y yo cuidaremos de ella, lo prometo. Andrés, el guapetón —incide Tristan, guiñándole un ojo a mi abuela. ¡A mi abuela!

Y ella se ríe y se pone colorada como una chiquilla. Yo estoy alucinando. No sé si esto está pasando o es producto de mi imaginación. Tristan, mi vecino, a quién acabo de conocer, está aquí, en mi salón, bromeando con mi abuela. Y yo solo puedo mirar a uno y a otro, como en un partido de tenis.

—Llámame Eugenia, muchacho, nada de señora. Encantada de conocerte yo también. —Y en ese momento se gira, y oigo (oímos todos) que le dice a mi madre: “Qué hombretones hay allí en Ámsterdam, hija mía. Me da a mí que Clarita ya no vuelve.”

¡Esta mujer! Se cree que porque no está mirando la pantalla yo no puedo oírla.

A Tristan se le escapa otra carcajada y yo quiero ser un avestruz para meter la cabeza bajo tierra.

¿Qué ha sido este momento? ¿Mi abuela y Tristan intimando? ¿Y cómo es que habla español? Espero que no haya entendido lo último que ha dicho mi abuela. No quiero mirarle a la cara en ese momento, porque él no sé, pero yo estoy más colorada que un pimiento.

Decido interrumpir bruscamente el momento *love* que están viviendo estos dos, porque me está resultando demasiado surrealista.

—Coge cuatro huevos de la nevera y bátelos, por favor —digo un poco seca.

Tristan se levanta, obediente.

—Adiós, señora Eugenia, digo, Eugenia. Encantado de conocerla.

Y se levanta, dejándome a solas con mi abuela, por fin.

—El placer ha sido mío —susurra la abuela, guiñándome un ojo—. ¿Qué les dan de comer allí a los muchachos? ¿Todos son así? ¡Madre mía, estarás bien entretenida!

—¡Abuela! Tristan es mi vecino, iba a cenar solo y le he invitado, nada más —digo, bajito, porque ahora que sé que el aludido habla español no quiero que oiga la conversación. Mi abuela es capaz de avergonzarme delante de él con sus bromas.

—¿Sabes qué, cielo? Creo que es mejor que nos llamemos mañana, ahora estás ocupada. Sigue con lo que estás haciendo. Rita, cariño, mejor

hablas con la niña mañana que hoy tiene una cita —le dice a mi madre.

—No es una cita —gruño, bajito.

—Claro, cariño, lo que tú digas. Mejor hablamos mañana. ¡No te acuestes tarde!

Cierro el ordenador con rapidez, antes de que mi abuela me ponga en un apuro y miro a Tristan de reojo, que disimula y finge que no ha estado intentando escuchar la conversación. Ya, claro.

Me levanto algo enfadada y me pongo a batir los huevos con fuerza, aunque ya están batidos.

Los echo al fuego en silencio.

Tristan se acerca a mí, con una sonrisa tímida.

—¿Te has enfadado? No quería entrometerme... Es que me parecía de mala educación no presentarme. Tu abuela es muy simpática.

—Sí, lo es. No, no pasa nada.

La verdad es que estoy algo molesta porque no he podido hablar con mi familia. Bueno, ya hablaría con ellos mañana. Aunque pensándolo bien, es una suerte que Tristan se haya presentado, porque si no, no habría sabido que hablaba español y él habría escuchado toda la conversación. Creo que ha sido una forma suave de decírmelo.

—¿Y por qué diablos hablas tú español? —Me sale un poco más brusco de lo que pretendía, pero es que me ha dejado descolocada.

—Un año de Erasmus, en la universidad de Castilla—La Mancha. Vivía en Talavera de la Reina. —Se encoje de hombros, como disculpándose por hablar español, por haber escuchado algo que no debía haber escuchado, o por haberse inmiscuido sin querer en la conversación con mi abuela, supongo que por todo.

¿Qué tendrá Talavera de la Reina para que todo el mundo termine allí? ¿Coincidiría con Gwyneth Paltrow? No, se deben de llevar unos quince años... Tristan debe de rondar los treinta y Gwyneth debe de tener... ¿Y por qué diablos estoy pensando en Gwyneth Paltrow ahora? Es que Tristan me ha dejado noqueada, y por eso no me he reído de cómo ha pronunciado Talavera de la Reina.

Me mira, sonriente, esperando mi reacción, y me ofrece más vino. Su sonrisa me desarma, no puedo estar enfadada con él. Al fin y al cabo nada ha sido culpa suya, al contrario, de no haber puesto de manifiesto que hablaba español vete a saber qué burradas habría escuchado de mi abuela.

Lo veo disfrutar como un niño con mi tortilla de patatas, embutiéndose los trozos en la boca casi sin masticarlos, y me hace gracia. Parece que no haya comido en una semana. A lo mejor es verdad, y el pobre no ha comido nada decente en los últimos días, aparte de macarrones.

Cuando terminamos, se ofrece a lavar los platos. Yo no le dejo, y al final terminamos los dos en la encimera, yo lavando y él secando, en silencio. No uno de esos incómodos, sino placenteros. Como si fuéramos viejos amigos. Como si hubiéramos hecho eso cientos de noches.

—Te llevas muy bien con tu abuela, ¿verdad? —pregunta, mientras friega la sartén en la que he preparado la tortilla.

—Sí, muy bien. Es como una segunda madre para mí. —Sonrío al pensar en todo lo que significa mi abuela para mí.

— Parece una mujer muy especial.

—Lo es. —No añado nada más, porque no encontraría palabras para expresar todo lo que mi abuela es para mí, y porque tampoco conozco lo suficiente a Tristan como para contárselo.

Se gira hacia mí, y me dedica una sonrisa enigmática.

—Parece que su nieta también lo es.

Vuelvo la cabeza hacia el fregadero, sin decir nada, esperando que no haya visto el rubor que cubre mis mejillas.

Al irse, se despide de mí con dos besos. Noto su barba hacerme cosquillas y siento un escalofrío. Me doy cuenta de que es la primera vez que nos tocamos, y no sé por qué, ese simple roce me hace desear mucho más.

CAPÍTULO 5

¿Y TÚ ERES...?

Es sábado y tengo ganas de salir de casa. Holden no ha llamado todavía, y yo no pienso llamarle. Aunque preferiría salir con alguien, y no sola.

He hablado con Sonja hace unos minutos, que estaba medio zombi porque acababa de llegar de una guardia.

—¿Qué te cuentas? —pregunta, con voz soñolienta, al cuarto tono, cuando ya me iba a dar por vencida.

Tengo ganas de contarle mi encuentro con Tristan y de decirle que ya no pienso que sea un capullo, porque si no, Sonja le seguirá llamando para siempre jamás “el capullo” y no me parece justo, aunque no sé si va a escucharme. Parece muy dormida.

—Nada especial... Ayer estuve charlando un rato con mi vecino, con Tristan, el capullo, que resulta que es bastante majo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —pregunta, sin mucho interés.

—Me lo encontré en la escalera, me ayudó a subir las bolsas, y me las entró en casa. ¿Te lo puedes creer? Así que le invité a cenar y estuvimos hablando...

Me interrumpe.

—¿Que le invitaste a cenar? ¿A tu casa? ¿Y qué pasó? ¿Hubo temita? ¿Está bueno?

Vaya, se ha despertado de golpe, la muy cotilla.

—Ni temita ni nada, solo estuvimos hablando.

—Ya decía yo... Por un momento me había emocionado. Pero no me has dicho si está bueno o no, eso significa que, o es un cardo o está buenísimo.

—Pues, a ver, feo no es, es bastante guapo, la verdad, aunque tampoco diría que está buenísimo... Andrés es más guapo.

—¿Andrés? ¿Quién es Andrés?

Tengo que acordarme de no contarle nada a Sonja cuando viene de una guardia, porque es inútil, luego tengo que repetírselo todo.

—Mi otro vecino, ¿recuerdas? El del ascensor. El compañero de piso de Tristan...

—Ya, sí, claro, Andrés...

Se hace el silencio al otro lado del teléfono y creo que Sonja se ha dormido de pie. Le hablo al aparato, que no me devuelve respuesta alguna. Ya la he perdido. Cuelgo, entre frustrada y divertida. Sonja es así.

Pienso por un momento si llamar al apartamento contiguo e invitar a Tristan o a Andrés, aunque debo reconocer que me da vergüenza.

Es cierto que ya he estado a solas con los dos y que no son unos completos extraños, pero no quiero que piensen que soy una vecina pesada, así que al final decido salir sola.

Es octubre y el clima todavía es bueno, se puede salir a la calle con una camiseta de manga larga y una chaqueta. Me anudo un pañuelo al cuello (siempre tengo frío en esa zona, ya que mi corta melena casi no me tapa), y salgo a la calle, sin rumbo. Voy a conocer el barrio.

Ando despacio por Celebestraat, y giro la izquierda hacia Pontanustraet. Si cruzo el puente, llegaré al centro. De repente me doy cuenta de que hoy no quiero ir al centro, que me encanta y es precioso, sino que quiero descubrir y conocer mi barrio. Voy sin rumbo fijo, y descubro que es un placer del que pocas veces disfrutamos en general, y yo en particular. Siempre vamos corriendo de aquí para allá, mirando el reloj, contando los minutos, de camino a algún sitio.

Hoy no, hoy solo camino y miro a mi alrededor. A los edificios, a las tiendas, a la gente que pasea por la calle cogidos de la mano, a sus sonrisas, a las bicicletas. Todos se mueven al compás de una música que solo yo puedo oír, lenta pero marcada, rítmica, acompañada, como una gran orquesta, como si representaran una función solo para mí. Sonrío. Siento paz.

Al llegar al puente, bordeo el canal, admirando una vez más sus casitas de cuento, y me detengo ante la preciosa fachada del Tropenmuseum. Está en mi lista de pendientes. Es un edificio que recuerda a la arquitectura inglesa, a uno de estos colegios elitistas que aparecen en las películas, con sus dos torreones, y sus puntas apuntando al cielo. En la entrada, un ajedrez enorme con las piezas casi tan grandes como una persona. Capturo la fachada con mi móvil, aunque sé que dentro de unos días lo más seguro es que termine borrándola. No soy de atesorar cosas, ni siquiera fotografías, prefiero atesorar recuerdos. Aunque mi parte infantil desea tomarse una fotografía con una de

estas maravillosas piezas de ajedrez, así que me hago un *selfie*.

Entro en una cafetería pequeña y acogedora, con decoración minimalista, y me siento a disfrutar de mi café con leche, corto de café y con azúcar moreno, y mi cruasán. Lástima no haber cogido un libro. No me apetece coger el móvil, no me gustan las redes sociales, ni tampoco quiero agobiarme por si Holden ha llamado o no. A la porra. No lo necesito para pasarlo bien.

Una pareja se sienta en la mesa de al lado. No paran de tocarse, de sonreír tontamente y de hacerse arrumacos, como cuando uno está enamorado. Siento una pequeña punzada de celos. Reconozco que me gustaría sentirme así por una vez. Tan tonta como para que nada más importe, solo la persona amada. Tan ciega como para no ver a nadie más. Tan inconsciente, que no me importe dejar mi felicidad en manos de otra persona. Pero no, hoy por hoy soy la única que me procuro mi felicidad ahora mismo, y es lo que estaba haciendo hasta que han llegado estos dos tortolitos para recordarme lo que no tengo.

Sigo paseando sin rumbo fijo, solo por el mero placer de pasear. Oost es un precioso barrio con zonas verdes que permiten respirar y alejarse del bullicio del centro y de la zona más turística. Me detengo unos minutos en un increíble mirador con vistas a los canales de la ciudad y me descubro sonriendo y pensando que *Ámsterdam* es un lugar precioso para vivir. Cosmopolita, moderno y acogedor a la vez. Como es una ciudad llena de turistas, todo el mundo va a su aire, sin embargo es

pequeña, y casi puedes recorrerla andando (al menos el casco antiguo y sus alrededores) o en bicicleta, lo cual me resulta nuevo y emocionante, viniendo de una ciudad como Madrid, en la que siempre tienes que moverte en metro.

Y aunque aquí también hay metro, yo suelo preferir el tranvía, que va por encima de la ciudad, para descubrir rincones nuevos.

A la hora de comer me dirijo a casa porque no quiero gastar más dinero y porque me apetece arrebujarme en el sofá.

Me dispongo a pasar una aburrida tarde de sábado viendo la televisión cuando la melodía de *The eye of the tiger* suena en mi móvil. Sonrío. Es Holden. Él me puso esa canción como identificación de llamada para cuando me llamara. Es un flipado de Rocky.

Me gustaría castigarle y no cogerle el teléfono, por los días que me ha tenido olvidada, pero la perspectiva de un sábado tarde y lo que es peor, un

domingo, en casa, sin compañía (Sonja tiene guardia otra vez, a veces odio su trabajo), hacen que le coja el teléfono.

—Hola, Holden.

—Hola, princesa. ¿Qué tal por tu reino?

—Pues algo aburrida, la verdad.

—¿Aburrida? ¡Oh, Dios mío! Esto hay que remediarlo de inmediato. ¿Salimos esta tarde?

—Pues la verdad es que me he pasado toda la mañana dando vueltas por la ciudad y estoy algo cansada. Podrías venir tú —le sugiero.

—Sus deseos son órdenes para mí, princesa. Traeré alguna película y algo de comer, algo grasiento y calórico, como a ti te gusta.

—¡Ni se te ocurra! —Me río. Y sé que, a pesar de mis amenazas, va a traer palomitas. Es uno de los pocos caprichos que me concedo a mí misma.

Hacia las cinco de la tarde suena el timbre y voy a abrir. Me he puesto mis tejanos maravillosos (los que me hacen un culo fantástico), y una sencilla camiseta de manga tres cuartos con un poco de escote. Cuando me la pongo veo como a Holden se le van los ojos y me encanta producir este efecto en él. Hoy quiero hacerle sufrir un poquito. O quizá quiero que vea que yo también soy guapa, y no solo esas amazonas rubias, altas y esqueléticas con las que sale.

Me miro al espejo de cuerpo entero del recibidor. Mi pelo corto y negro, mi piel blanca, mis ojos marrones... Aunque siempre me dicen que soy mona, yo creo que soy una chica bastante corriente, así que no me extraña que Holden no se fije en mí. Él está siempre rodeado de chicas, y puede escoger a la que quiera. Ir a un país extranjero y ligarte a un guía turístico guapo, rubio, con cara de ángel y sonrisa picarona está muy de moda, al parecer.

Cuando abro la puerta aparece un Holden sonriente, guapísimo, con unos sencillos vaqueros, unas deportivas blancas, una camiseta gris, un tanto ajustada y una chupa de cuero. Debería estar prohibido ser tan guapo. O al menos el destino debería haberle dado esa belleza a alguien con más cabeza y menos testosterona. En fin, que el mundo no es justo.

En ese momento aparece Tristan en el rellano y se detiene a hablar conmigo.

—Hola, Clara. Gracias otra vez por lo de la otra noche. Lo pasé muy bien. Y la tortilla estaba espectacular.

—Sí, a juzgar por que te comiste como la mitad, debió de gustarte mucho. —Le sonrío y él se rasca la cabeza y se encoge de hombros, como un niño cuando hace una travesura y le pillan.

Está tan guapo cuando sonrío. Su rostro se relaja, sus ojos azules relucen más y le salen unas arruguitas encantadoras alrededor. Y tiene una sonrisa que casi no le cabe en la cara. Lo observo con disimulo. Lleva unos pantalones de pinza color camel, una camisa de un tono verde, que resalta su pelo rojizo, y unas deportivas marrones. Debe de haber salido con alguien, pienso.

Me doy cuenta de que mi amigo está observando a Tristan de arriba abajo, con el ceño fruncido, y no con mucho disimulo, cuando de repente pone una sonrisa más falsa que un Louis Vuitton del top manta y le tiende la mano.

—Holden. ¿Y tú eres...?

—Tristan. —Este le encaja la mano, cordial, y le regala una sonrisa amable, aunque no le llegue a los ojos.

Holden está pensando a ver si le dice algo ese nombre, pero claro, yo no le he hablado de Tristan, solo de Andrés y de un vecino capullo, así que no tiene ni idea de quién es.

—Bueno, yo os dejo. Nos vemos, Clara. Hay que repetir lo de la otra noche. Holden, encantado de conocerte.

—Igualmente. —Aunque lo dice con un tono que deja entrever todo lo contrario.

Mi amigo sigue con la vista a mi vecino y contempla sorprendido cómo entra en el piso de al lado.

—¿Quién es este? —pregunta, antes incluso de que se haya cerrado la puerta. ¿Tu vecino el guaperas no era español? Este parece tan español como yo.

—Es Tristan, mi otro vecino.

—¿El capullo? —Pregunta sorprendido.

—Sí, bueno, no, resulta que no es un capullo.

—¿Y le has invitado a cenar?

—Bueno, fue más bien algo espontáneo. Me ayudó con las bolsas y comentó que le encantaba la tortilla de patatas.

—Ya. Muy listo, el tío.

—¿Qué dices?

—Pues que estaba claro que quería ligar contigo, y tú caíste en la trampa, princesa.

—Yo no caí en ninguna trampa —protesto, ceñuda.

—Ay, Clarita, tienes tanto que aprender de los hombres. Ese quiere llevarte al huerto, te lo digo yo.

No sé por qué, su actitud me enfada.

Tristan parece muy amable, y para nada la clase de tío que intenta seducirte con artimañas.

—No todos son como tú, ¿sabes?

—Qué quieres decir, ¿como yo?

—Que no todos los hombres quieren llevarte al huerto.

Se ríe sarcástico.

—Cielo, todos los hombres queremos lo mismo, solo que lo hacemos de maneras diferentes. Anda, no te enfurruñes que te salen unas arruguitas muy feas, aquí —y me señala en medio de la frente—. Y no querrás tener arrugas a tus veintiséis años, ¿no?

—¡Yo no tengo arrugas! — Ya me ha hecho reír otra vez, y olvido mi enfado.

—Anda, conecta el DVD. Te he traído una película que te gustará. Bueno, de hecho son tres. He traído la trilogía del Padrino. —Y comienza a tararear la banda sonora de El Padrino, mientras finge que toca el violín (muy mal, por cierto).

Vaya, Holden sabe cómo hacerme la pelota cuando quiere. Adoro El Padrino y él lo sabe. Es una de las películas favoritas de mis padres y la vemos a menudo, peleándonos por coger un sitio en el sofá.

—Dios, ¿cuánto tiempo piensas quedarte? —bromeo.

—Hasta que me eches, princesa —me dice, dándome un beso en la mejilla.

Es algo que hace muchas veces, igual que cogirme por los hombros y darme un beso en la frente, como si fuera su hermana pequeña o algo así. Me encanta y lo odio a partes iguales. Me gusta esa familiaridad con la que me trata, y ese contacto tan cercano, aunque a veces me gustaría que no me viera como a una niña, sino como a una mujer, como a alguien deseable.

Nos sentamos en el sofá a disfrutar de la primera película. No es la primera vez que la vemos. Él también es fan de Marlon Brando. Nos burlamos los dos de la caída de Sofía Coppola en las escaleras de la iglesia.

—Dios, mira que lo hace mal. ¿Es que su tío no podía decírselo? —dice, llevándose la mano a la frente.

—Será que la miraba con buenos ojos.

—Será eso.

—Por cierto, me gusta tu nuevo piso.

Estamos muy juntos, nuestros brazos se tocan. En ese momento deseo que me pase su brazo por los hombros, y acurrucarme contra él, pero ni él lo hace ni yo tampoco. Me pregunto qué pasaría si lo hiciera yo. ¿Saldría corriendo? Casi con toda probabilidad. Algo me dice que es justo lo que haría. Así que me quedo quieta, e intento concentrarme en la película, y no en el brazo de Holden acariciando el mío, aunque me cuesta bastante, la verdad. Le miro de reojo y está tan guapo, con su pelo rubio, su cara de niño bueno, su sonrisa de no haber roto un plato jamás, cuando lo cierto es que ha roto más vajillas que el hundimiento del Titanic.

No sé qué me pasa últimamente. Es ver a Holden y pensar en sexo. Y eso que no estamos en primavera. Vale, esto ya es urgente. Necesito echar un polvo o un día de estos voy a abalanzarme sobre él, y no quiero hacerlo, no quiero estropear lo que tenemos. Pero es que llevo más de un año sin sexo. Voy a tener que hablar con Sonja para que me presente a algún amigo. Suspiro y ahogo mi frustración en palomitas. Esto va a costarme más de un michelín.

CAPÍTULO 6

¡NO ME PAREZCO A MARY POPPINS!

Cada vez el inicio de la gira está más cerca. Ensayo entre nueve y diez horas al día, hasta que me duelen los dedos, las muñecas, los hombros. Quiero hacerlo perfecto y, por encima de todo, quiero hacer ese solo, y quiero ganar a Sophie, lo que no dice mucho de mí, ¡pero es que es tan arpía!

Hoy al terminar el ensayo me ha soltado un “no hace falta que te esfuerces tanto, Clarita, ese solo va a ser para mí.”

No sé qué me ha molestado más, si su prepotencia, el dar por hecho de que ella iba a ganar o el llamarme Clarita, que, al contrario que en los de Holden, en sus labios ha sonado despectivo, y no cariñoso.

Con tanto ensayo, Tristan debe estar a punto de suicidarse o de matarme, o quizá ambas, porque así no hay quien se concentre en sus estudios, aunque lo cierto es que no ha vuelto a llamar al timbre para quejarse. Quizá sea por la tortilla de patatas...

Llevo dos semanas casi sin salir de casa, solo para ensayar, ir al supermercado o a hacer algún recado que no puedo posponer. Holden no me ha llamado y me muero de aburrimiento. El otro día quedé con Sonja para tomar un café rápido, que es todo lo que su horario y el mío nos permitió, y le hablé de mis vecinos, otra vez, porque confirmé que el otro día no me estaba escuchando. Solo se quedó con que había invitado a cenar a un buenorro a mi piso. También le hablé de Holden. Bueno, ya le he hablado de él con anterioridad, aunque lo cierto es que no se conocen todavía.

Llamadme maligna, pero en todo este tiempo que hace que los conozco a ambos no he hecho nada para que se conocieran. Seguro que habrían tenido un lío que no sé cómo habría terminado, y no quería malos rollos entre mis dos únicos amigos y que me pillara a mí en medio. Vale, y por encima de todo no quería pensar en Holden y Sonja juntos. Una cosa es saber que se acuesta con un montón de mujeres a las que no conozco y no pongo cara y

otra que se acueste con mi amiga.

Sonja sonrió.

—Vaya, vaya, y parecías una mosquita muerta. ¡Y ahora tienes que quitártelos de encima! Oye, deja alguno para mí, ¿no?

—¿Qué dices? ¡Si iba a pedirte que me presentaras tú a alguien! Holden es mi amigo, aunque vale, tengo pensamientos sucios con él, Andrés es guapísimo, aunque no es mi tipo, y Tristan... es atractivo, pero, no sé, parece algo serio. Y lo que es más importante, ninguno de los tres muestra interés por mí, así que...

—Ay, Clara, mira que eres inocente. Cualquiera de los tres se acostaría contigo seguro. De hecho, muchos tíos se acostarían contigo, solo que tú también tienes que poner algo de tu parte, hija. A los chicos les gusta que tonteemos un poco.

—¿Tontear?

—Sí, hija, que parece que te has caído de un guindo. Una sonrisita por aquí, un comentario salido de tono por allí, menear las caderas... En fin, parecerse un poquito más a una chica de esas que salen en las películas porno que a... —me señaló de arriba abajo— Mary Poppins.

—¡Oye! ¡Que yo no me parezco a Mary Poppins!

—Físicamente no, aunque parece que vayas a ponerte a cantar de un momento a otro. —Se rio de mí sin piedad, y aunque sé que lo dijo para chincharme, tiene un poco de razón.

—Yo no sé tontear, ¿vale? Soy así. No me gusta arreglarme en exceso, soy siempre sincera y no me gusta mucho la vida social. ¡Oh, Dios, es cierto, soy un muermo y voy a quedarme para vestir santos! —Me tapé la cara con las manos, dramática.

—Anda, anda. Tampoco será para tanto. Sé tú misma, con un poquito más de *sex—appeal*, ya me entiendes. Mira.

Llamó al camarero, un chico más joven que nosotras y bastante mono, por cierto.

—¿Nos haces la cuenta, cuando puedas? —Sonja le sonrió, mientras lo miraba a los ojos, pestañeando un par de veces, y se atusó el pelo (su larga y ondulada melena rubia; claro, así cualquiera)—. Por cierto, el café estaba estupendo. Me encanta este sitio... y el servicio —dijo, mientras echaba una mirada al camarero como la que me había echado a mí poco antes, de arriba abajo, pero con mucha más intención.

Aun me río al recordar cómo el pobre camarero se alejó sonrojado, tropezándose, de modo que casi se le cae la bandeja al suelo. Creo que le pidió a un compañero que nos trajera la cuenta porque ya no le vimos más.

—¡Le has asustado, pobre! —le dije a mi malvada amiga.

—Sí, quizá me he pasado un poquito. Era demasiado joven. Pero te prometo que con los más mayorcitos funciona. Y hubiera salido de aquí con su teléfono.

Me encantó ver a Sonja, aunque fuera así, robándole unos minutos a nuestro tiempo, y recordar lo que me reía con ella cuando compartíamos piso. Aunque también me hizo darme cuenta de lo que echo de menos a veces el contacto humano, sobre todo femenino.

Recordando nuestra conversación, pienso si Sonja no tendrá algo de razón respecto a mí. En mi fuero interno sé que la tiene. Tengo veintiséis años y he tenido solo un par de rollos serios, por llamarlos de alguna manera.

El primero fue Arturo, un amor de verano de esos que se tienen a los diecisiete años, intensos, profundo, de esos que piensas que van a ser para toda la vida, y que se acaban el treinta y uno de agosto, aunque te dejan huella para siempre. Arturo era un chico con un físico de lo más normal, pero muy divertido. Yo me reía muchísimo con él. Era el alma de cualquier noche de verano, y nada era lo mismo si él no estaba. La noche que me confesó que yo le gustaba no me lo podía creer. Nos besamos tímidamente y noté cómo las piernas me temblaban y la piel me quemaba con su contacto. No pude pegar ojo en toda la noche.

Él fue el primero para todo. Nos amamos en la oscuridad de la playa, besándonos, riéndonos, tímidos, fue nuestra primera vez para ambos. Fue maravilloso, y algo torpe, como deben ser las primeras veces.

Nuestra historia duró dos veranos, hasta que su familia dejó de ir a Tarragona a veranear y se mudaron a Valencia. Al principio nos escribíamos intensas cartas en las que nos prometíamos amor eterno, yo tatué todos los libros con sus iniciales y no tatué mi cuerpo porque por aquellos entonces no estaban de moda los tatuajes, gracias a Dios. Hasta que las cartas se espaciaron y nuestro amor se diluyó en algún punto entre Tarragona, Valencia y Madrid.

A los veintidós llegó Marc, un chico encantador que conocí durante la carrera de música, que compartía piso con unos amigos, puesto que era de Barcelona. Marc era divertido, atractivo, sensible y tenía piso propio. Vamos,

el chico perfecto. Estuvimos saliendo casi un año, hasta que lo dejé, porque no estaba enamorada de él. No he vuelto a sentir nunca lo que sentía cuando Arturo me tocaba. Y quiero eso. Quiero volver a sentir esas mariposas, esos nervios al hablar con él por teléfono, esa sensación de que nadie más existía cuando estábamos juntos y esas sensaciones en mi piel. Sonja dice que eso no existe, que el amor adolescente no se repite jamás y yo no quiero creerlo, porque lo he visto, lo veo en mis padres, y por eso sigo esperándolo.

Y no penséis que llevo tres años sin sexo, Dios me libre, he tenido algunos encuentros de una noche, o de un par, nada serio. Chicos que conoces en una fiesta, o en una cena de esas que hacíamos durante la carrera, en la que podías traerte algún amigo, y tu amigo acababa con tu amiga y tú con el amigo de tu amiga. Sonja me dijo un día que por eso se les llama estudiantes de intercambio. Nos reímos mucho con esa idea.

El sexo esporádico no me llena. Me aburre. Bueno, no en el momento, claro, pero luego me siento tan sola como antes de ese encuentro. O incluso más. No hay nada peor que sentirse sola estando acompañada. Para eso prefiero centrarme en mi música, en mis sueños, que son ahora mi realidad, en salir de gira con una de las mejores orquestas del mundo. Y eso no me deja mucho tiempo libre para conocer gente.

Estoy tan centrada en mis cábalas que no veo a Andrés, que me saluda en el rellano.

—¡Eh, Clara! ¿Qué haces tan ensimismada? ¿Estás bien? Creo que sales poco. Oye, ¿te vienes esta noche a tomar una copa con nosotros? Va mujer, di que sí, te irá bien.

Andrés, como siempre, no me deja espacio para hablar. Es mirarle, con esa sonrisa suya tan franca y hacer que me sienta mejor al instante.

Además, en ese momento oigo la vocecita de Sonja en mi cabeza, llamándome Mary Poppins y diciéndome que me voy a quedar para vestir santos, y eso me hace decidirme.

—Claro, ¿por qué no?

Llevo dos semanas sin salir de casa, me irá bien airearme. Así que no puedo evitarlo y me emociono un poco. Estoy de los nervios, para ser sincera. A penas conozco a mis vecinos y voy a ir con ellos a tomar algo, sin mencionar que Tristan me pone algo nerviosa. Pero me niego a quedarme en casa otra noche más.

Me pongo mis vaqueros negros mágicos, y un top que tengo de tirantes,

rosa palo, con encaje, que deja al descubierto mi canalillo. Solo un poco, que a mí no me gusta enseñar. Y mi americana rosa fucsia. Como soy bajita, Tristan es alto y Andrés, un pino, me calzo mis sandalias de tacón de aguja de Jimmi Choo para H&M (que no soy rica), que fueron un capricho de cumpleaños del año pasado, para mis veinticinco, y que solo me pongo en contadas ocasiones, porque me destroza los pies. Y un foulard rosa palo para el cuello, que la noche en Ámsterdam en octubre es algo fría.

Me miro al espejo y sonrío. Estoy bastante bien, la verdad. Aunque mi look contrasta con mi cara lavada. Me hago la raya de los ojos resaltando su forma ovalada y me pongo rímel. Me doy un toque de gloss en los labios y ese es todo el maquillaje que estoy dispuesta a ponerme.

Es que el lugar al que me llevan no esté muy lejos o que vayamos en taxi, o voy a morir de dolor de pies. Además, tengo que intentar no parecer un pato mareado con estos tacones, lo que me supone un esfuerzo extra.

Por suerte, Andrés y Tristan deciden coger un taxi, y no me dejan pagar nada.

El primero me ha repasado de arriba abajo sin disimulo, y me ha dicho que estoy buenísima, lo que me ha hecho reír. Tristan no ha dicho nada aunque me ha parecido adivinar una sonrisa en su cara.

Cuando llegamos al bar, creo que me he arreglado demasiado. Es cierto que las chicas en Ámsterdam por la noche se arreglan mucho, bueno, igual que en Madrid, aunque quizá sea algo excesivo para la sencilla cervecería a la que vamos, con una terraza, en la que nos dan una carta con más de veinte cervezas y que está llena de grupos de gente joven.

Andrés me mira como si me hubiera leído en pensamiento.

—No te preocupes, estás pibón esta noche. Una chica nunca va demasiado arreglada —me dice en español.

—¿Pibón? —pregunta Tristan. —¿Qué es pibón?

—Que está buenísima —le aclara su amigo.

Yo me sonrojo y Tristan parece que se ve obligado a decir algo también.

—Estás muy guapa. —Lo dice sin muchos aspavientos, mientras no deja de mirarme con sus ojos, que descubro cada vez más azules, y noto cómo me sonrojo.

Para aplacar mis nervios me pido una cerveza algo fuerte, a la que doy buena cuenta. Cuando llevo la mitad ya estoy más tranquila.

—Bueno, Clara, cuéntanos, ¿cuándo te vas de gira?

—Pues me quedan un par de meses solo. Ahora estamos ensayando a tope.

—Sí, lo hemos oído —dice Tristan sonriendo burlón, y esta vez no suena a queja.

—Lo siento chicos, debe de ser horrible escucharme todo el día.

—Sí, horrible, horrible; tocas fatal —se burla Andrés.

—Tú calla, si nunca estás en casa —le acusa su compañero de piso, con un guiño.

Mis nuevos vecinos me hacen sentir muy cómoda, lo cierto es que me estoy divirtiendo. Tienen mucha complicidad entre ellos, a pesar de que son muy distintos. Andrés habla mucho, es muy extrovertido, y Tristan no tanto, aunque también se le ve relajado y alegre con su compañero de piso. Él produce ese efecto en la gente.

Cuando nos hemos terminado la primera cerveza, yo ya estoy algo alegre pero no tanto como para no darme cuenta de que hay dos chicas que no les quitan ojo. Andrés también se ha dado cuenta y no deja de mirarlas y sonreírles.

Yo no quiero ser un impedimento para que estos dos ligen esta noche así que se lo digo sin tapujos, porque no sé hacerlo de otra forma. Sonja tiene razón, tengo mucho que aprender de las artes amatorias femeninas.

—Oye, Andrés, que yo me marcho y os dejo el campo libre, ¿eh?

—¿Libre para qué? —pregunta Tristan.

Lo miro sorprendida y le hago un gesto imperceptible hacia las dos chicas, que se los están comiendo con la mirada, y creo que a mí me están maldiciendo en arameo. O en holandés, que para mí es casi lo mismo. Llevo un año allí y entiendo algunas palabras, lo justo para sobrevivir, ir a la compra... aunque es un idioma muy difícil.

—¡Oh! ¡No, no! Hemos salido a tomar algo contigo esta noche. No estoy interesado en ellas —dice Tristan, comportándose como un caballero, con la mirada tan fija en mí que tengo que bajarla hacia mi segunda cerveza.

Andrés me guiña un ojo, y le dice a su amigo:

—Habla por ti, amigo, el tío Andrés quiere tener una conversación con esas dos chicas tan guapas. ¿No te importa, verdad? —me pregunta.

—¡Claro que no! Diviértete —digo. Aunque preferiría que se quedara, porque es la parte divertida de nuestro trío, no puedo obligarle.

Andrés se va, y el trío se convierte en un dúo. Yo me tenso un poco, y

creo que Tristan también, aunque intenta que no se note.

—Me da un poco de miedo cuando habla de él en tercera persona.

—Sí, a mí también. —Sonrío.

Se produce un silencio de esos incómodos. Tristan y yo apenas nos conocemos, y yo no sé de qué hablarle.

—¿Cómo van las oposiciones? —pregunto, porque no se me ocurre nada más. De nuevo, yo y mi habilidad para entablar conversación.

Se encoje de hombros.

—Van. Pero no me apetece hablar de estudios esta noche, ¿quieres? —
Le da un largo trago a su segunda cerveza.

—Claro, perdona. Te entiendo. Yo amo mi trabajo, pero tampoco me gustaría hablar de él ahora mismo. La verdad es que necesitaba salir, llevo casi dos semanas encerrada en casa. ¡Estaba a punto de volverme loca!

Yo también le doy un trago a la mía, esta vez más suave, y directamente de la botella, como me gusta. La segunda cerveza y ya me he olvidado de fingir que soy una señorita. Estoy hasta por quitarme las sandalias, cuyas tiras se me están tatuando en la piel.

—Sí, ¡te entiendo! Yo también hablo solo a veces.

Ahora soy yo la que se ríe.

—¿Qué? —se defiende—. Tú tienes tu música que te hace compañía. Si estuvieras en silencio todo el día, como yo, también hablarías sola.

—¿Por qué lo haces? Las oposiciones, digo. Parece que no te gustan demasiado.

Se queda unos instantes en silencio.

—Para asegurarme un futuro. Para tener una estabilidad. Las clases están bien y me encantan, pero esos críos agotan a cualquiera. No me veo dentro de veinticinco años aguantándoles, yo cada vez más viejo y ellos cada vez con más energía. Seguro que me llamarán “La momia”, como una de esas que les enseño y que les gustan tanto. —Estira los brazos, más como Frankenstein que como una momia.

—Podrías ser como Indiana Jones, un profesor buenorro que va por ahí encontrando tesoros para su Museo...

Tristan casi se ahoga con su cerveza de la risa que le entra. Luego se pone serio y dirige su mirada hacia mí.

—¿Crees que estoy buenorro?

De forma automática y en cuestión de un segundo, siendo como toda la

sangre me sube a la cabeza.

—Yo..., esto, no, quería decir que... —Maldita sea, ¿por qué tengo que decir siempre lo primero que me pase por la mente, sin filtrar?

Vuelve a soltar una carcajada, ante mi azoramiento.

—Tranquila, te estaba tomando el pelo.

Carraspeo. Intento volver a retomar una conversación seria, o al menos una en la que yo no diga tonterías.

—Siento mucho lo de tus padres. —Y no sé por qué he dicho eso, cuando no estábamos hablando de nada trascendental. Supongo que he pensado en mis padres, en lo felices que parecen juntos, siempre encuentran un momento para reírse juntos; incluso cuando se enfadan son graciosos porque nunca llegan a enfadarse en serio. Al menos no delante de mí, claro. No soy tan ingenua como para pensar que no han tenido sus discusiones. Lo que me resulta sorprendente a día de hoy es que aún se miran como dos adolescentes. A veces incluso se ponen tontos delante de mí, lo cual me da un poco de grima y un poco de envidia, a partes iguales.

Los admiro tanto. Ese es el tipo de relación que quiero. De esas que perduran y se afianzan con el tiempo. De esas que son irrompibles. Y memorables. Ellos ni siquiera se dan cuenta, pero encontrar lo que ellos tienen es algo casi imposible. No sé, no creo que mucha gente tenga esa suerte. Aunque yo lo he vivido a través de ellos, viéndoles y creciendo rodeada de este amor, y es lo que quiero. No pienso conformarme con menos.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo. Ahora tengo una buena relación con los dos, aunque por separado. Ya me he acostumbrado. Sé que nunca van a volver a estar juntos, y no me importa. Tanto mi padre como mi madre tienen otra pareja desde hace muchos años, y los quiero. Es como tener dos padres y dos madres. No está mal. —Me mira sonriendo, y le da otro trago a su cerveza.

—Vaya, no lo había visto así. ¿Y te llevas bien con tu hermana?

—¿Con Drika? —pregunta sorprendido, como si mi pregunta fuera una estupidez—. Claro. Aunque nos vemos poco, porque siempre está viajando por ahí, pero siempre que viene intentamos pasar algo de tiempo juntos. Aunque también nos gusta hacernos enfadar. —Se ríe, seguramente recordando alguna anécdota.

—A mí me habría gustado tener una hermana. Se lo pedía cada año a Papá Noel cuando era pequeña, y me enfadaba con él cuando no me la traía.

Aunque luego veía los juguetes y se me pasaba. —Me río al recordarlo.

— Tú tienes tu música. Eres afortunada, ¿lo sabías? Porque te encanta lo que haces. Y eso no mucha gente puede decirlo.

—Sí, a veces me siento afortunada, aunque no creas que ha sido fácil, he tenido que renunciar a mucho. Cuando era adolescente todas mis amigas empezaban a salir de noche, a ir a fiestas, a salir con chicos, y yo me quedaban en casa ensayando, yendo a clases... He tenido muy poca vida social, y he perdido amigos por el camino. También he dejado de hacer muchas cosas que hace la gente normal.

—¿Cómo qué? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Pues..., no sé, por ejemplo, me perdí un concierto de Alejandro Sanz al que fueron todas mis amigas porque tenía ensayo general ese día, me perdí un fin de semana para ver las fallas de Valencia porque tenía una actuación el lunes siguiente y tenía que ensayar, nunca me he... —me callo, porque lo que estoy pensando no sé si quiero compartirlo con él. Mi lengua decide por mí y va más rápido que mi cerebro. Si es que me dan un poco de alcohol y se me suelta la lengua.

—¿Qué? —pregunta interesado, acercándose un poco más a mí.

—Nunca me he bañado desnuda en la playa —digo, un poco avergonzada.

No es que sea algo importante. Nada lo es por sí solo, y todo lo es en su conjunto. Recuerdo una ocasión en que mis amigas se fueron un fin de semana a la playa, y volvieron excitadas, felices y contentas, contándome su noche de diversión, en una fiesta en la playa, con unos chicos y bastante alcohol, donde terminaron todos bañándose desnudos, riendo y cantando (y haciendo otras cosas, claro). Fue muy divertido y yo me quedé con las ganas de haber estado ahí, como siempre.

Tristan casi se atraganta con su cerveza y me mira, con un interrogante en la mirada. Como si intentara leerme. Como si intentara descubrir cómo era esa Clara de adolescente. Esa Clara que sueña con bañarse desnuda en el mar.

Maldita sea, Clara, por qué eres siempre tan sincera.

Creo que va a burlarse de mí, pero no lo hace. Le da un largo trago a su cerveza y parece que está pensando algo para decir, aunque no le sale. No me extraña, después de mi comentario. Así que tengo que romper el hielo (otra vez) y me pongo a hablar sin saber muy bien hacia dónde voy o qué es lo que

quiero decir.

— ¡Quiero hacer tantas cosas! Y al final no hago nada. A veces..., a veces siento que..., no sé, que no hago nada importante en la vida. Que solo toco, que no contribuyo a que el mundo sea mejor. —Creo que he bebido algo más de la cuenta, y me está dando por ponerme filosófica.

—¿Qué dices? Tu música es estupenda. Tienes un don. Tú haces que la gente se sienta mejor solo con oírte tocar —dice con efusividad. Parece sincero. O quizás sean las tres cervezas que se ha tomado ya.

—¿Eso crees? —Siento un nudo de emoción en el estómago.

—Claro. A veces, cuando estoy muy saturado de estudiar, me quito los tapones y me siento en el comedor, a oscuras, y cierro los ojos para escucharte. Tú me transportas con tu música. Es... increíble.

Yo no sé qué contestar a eso. Creo que me sonrojo y Tristan también. O quizá sea de nuevo el efecto de la cerveza.

Hago un esfuerzo por mirarle a los ojos y durante un segundo nos quedamos así, mirándonos, sin saber qué decir, sin que esta vez me importe o me incomode ese silencio.

Silencio que Andrés se encarga de romper. Ha vuelto a nuestra mesa con una rubia guapísima.

—Eh, chicos, yo me voy a casa, portaos bien, ¿vale?

Le vemos alejarse con la rubia colgada del brazo, mientras su amiga me echa una mirada furibunda, al parecer porque le he fastidiado su plan imaginario de terminar la noche con Tristan.

Y tengo que confesar que eso me encanta, y son las cervezas que me he tomado las que hacen que le devuelva la mirada con una sonrisa triunfante.

CAPÍTULO 7

EL EPICENTRO DE LA VIDA SOCIAL

Me levanto el domingo con un poco de resaca y mucha sed. Ahora recuerdo por qué no suelo beber tanto. Me siento un poco embotada, con un ligero dolor de cabeza. Por suerte no bebí demasiado, porque no quería montar el número delante de Tristan.

No acostumbro a beber, porque cuando lo hago, es como si no fuera yo. Toda mi disciplina, mi autocontrol y mi sentido común se van por mi gaznate y hago y digo muchas tonterías. Con Sonja habíamos tenido alguna noche de esas y luego me contaba muerta de risa todo lo que había hecho o dicho y yo me moría de vergüenza.

Una vez me subí con Sonja a un karaoke y lo dimos todo con los Back Street Boys, lo que no haría ni muerta en circunstancias normales. Otra vez nos subimos a la barra de un bar e intentamos bailar a lo Bar Coyote, y terminé tirándome una jarra de cerveza por encima, como en un concurso de miss camiseta mojada, aunque no resultó nada sexy, sino más bien patético.

Por eso no suelo beber en exceso, no es que no me guste el alcohol, es que no me gusta la persona en la que me convierto, aunque Sonja diga que es mucho más divertida que mi yo serena. Me da miedo, bueno, pánico, no saber lo que soy capaz de hacer, es una sensación muy extraña. Creo que es por todos estos años de autocontrol y disciplina. Tengo una loca dentro intentado salir. Como La Masa, en mujer.

Me doy una ducha y me hago dos zumos de naranja naturales. Luego me como unas tostadas con jamón dulce y queso y me siento bastante mejor. Es tarde, son casi las doce del mediodía, yo nunca le levanto tan tarde, y me siento algo culpable.

¿Qué puedo hacer? Es una hora extraña para salir a hacer turismo, porque dentro de poco los museos cerrarán, es su hora de comer. Quizás sea el día ideal para pasármelo en el sofá viendo películas antiguas, uno de mis placeres secretos.

Me visto con ropa cómoda (no me gusta quedarme en pijama aunque no tenga que salir, me parece que estoy enferma) y reviso mi videoteca. Sí, tengo una videoteca. Soy una especie rara avis que compra películas y CD.

Me siento un poco melancólica hoy, así que creo que es el día perfecto para ver por trigésimo cuarta vez mi película favorita.

Siento un nudo de nervios en el estómago cuando me siento en el sofá, como una colegiala que se dispone a hacer alguna trastada. Me hago un bol de palomitas, me pongo cómoda y enciendo el DVD.

Estoy en la escena más emblemática de la película cuando llaman al timbre. ¡No me lo puedo creer! Lo ignoro, esperando que quien sea se marche. Lllaman al timbre otra vez. ¡Maldita sea! ¿Quién será un domingo?

Pongo el DVD en pausa y abro la puerta deseando encontrarme a alguien que me quiera vender algo para darle con la puerta en las narices cuando veo a Tristan, recién duchado, con su barbita de tres días cuidadosamente afeitada, oliendo a limpio y a una colonia que por un momento hace que desee abalanzarme sobre él, con algo en la mano.

—He pensado que no te apetecería cocinar, y nosotros tenemos macarrones de mi madre en la nevera como para un regimiento.

—Eh...

Por un lado tengo ganas de coger el táper y largarle, para terminar de ver mi peli favorita y ponerme otra, y otra, todas ellas vergonzosamente románticas y azucaradas, hasta la hora de cenar, lo que sería de muy mala educación por mi parte.

—¡Genial! ¡Gracias! Esto... ¿Quieres pasar y te los comes conmigo? — intento que suene convencida, aunque no sé si lo logro.

Posa su mirada sobre la mía durante un par de segundos que se me hacen eternos y que me obligan a bajar la vista, aunque los levanto a tiempo para ver su sonrisa y las preciosas arruguitas que se le forman en los ojos cuando sonrío, lo que significa que acepta encantado mi invitación.

Cuando llega al comedor, echa un vistazo a la tele, que está congelada con Baby en lo alto de los brazos de Johnny, después de su famosa frase “No permitiré que nadie te arrincone”, y no puede evitar sonreír. Yo me sonrojo hasta la raíz de mi cabello, que pasa de blanca a pelirroja, igual que el de Tristan.

—¿Así que eso es lo que hacéis las chicas un domingo? —Se burla—. ¿Quedaros en pijama viendo *Dirty Dancing*?

—Eh... sí, bueno, yo... No es un pijama, son unas mallas.

No sé qué decir. Tristan me sigue poniendo nerviosa. Su mera presencia hace que me sienta como una niña insegura, me impone su aplomo, su seriedad, sus ojos. Ayer pude mantener una conversación medio normal porque me había bebido un par de cervezas, pero ahora ya no hay rastro de alcohol en mi cuerpo, y sí un nudo en mi estómago. Y encima con estas pintas. Es la segunda vez que me ve en mallas y con una camiseta ancha, sin *sex—appeal* alguno de ese que dice Sonja. Maldigo mi suerte.

—No pasa nada. Me gusta *Dirty Dancing*. —Se ríe, dejándome ver esa sonrisa que no prodiga muy a menudo.

—¿En serio?

—No. —Se ríe todavía más y yo no tengo más remedio que reírme también.

—Vale, gracioso, pues ahora vas a tener que confesarme algún secreto vergonzoso tuyo para que estemos en paz —digo, cogiéndole el táper con brusquedad y dirigiéndome a la cocina para calentarlo.

—Pues hombre, así, de sopetón, no se me ocurre nada.

—Piensa un poco. —Le amenazo con una cuchara de madera, mientras pongo los macarrones en una olla—. No sé, por ejemplo, que te dan miedo las arañas y chillas como una niña cuando ves una, o que te gustan las Spice Girls, algo así.

—Vale, vale. A ver...—Se pasa una mano por el mentón, rascando su barba incipiente. De repente se pone serio—. Me hice pis en la cama hasta los ocho años. Y nunca pude ir de colonias con los otros niños, porque me daba vergüenza que lo supieran. ¿Te parece suficientemente bochornoso?

Me quedo helada y me giro para mirarle. Su rostro está serio, mirándome sin pestañear, no parece que me esté tomando el pelo, al contrario. Y yo siento una ternura enorme en ese momento, y unas ganas de abrazarle, y casi siento ganas de llorar por ese niño que no pudo disfrutar de lo que todo niño debería disfrutar, más aun sabiendo lo que se siente cuando no puedes hacer las cosas que todos los demás hacen, como si fuera lo más normal del mundo.

—Yo..., lo siento, no pretendía... —No imaginaba que iba a sincerarse tanto con su secreto bochornoso. Yo no quería avergonzarle, solo reírme un poco. Su sinceridad hace que me sienta culpable y algo incómoda.

—No pasa nada, era un niño. Ya casi ni me acuerdo. —Se encoje de hombros y cambia de tema porque el ambiente se ha puesto demasiado serio

—. ¿No los calientas en el microondas?

—No me gustan los microondas, las ondas que emiten son perjudiciales para la salud, intento evitarlo todo lo que puedo. —Nada más decirlo sé que ha sonado como si fuera una friki ecológica, o estuviera loca.

—Vaya, pensaba que era el único rarito. Yo caliento la leche en un cazo. Andrés me dice que soy prehistórico.

—Vaya, pues ahora ya conozco dos secretos bochornosos tuyos. Resulta que eres un poco rarito.

Vuelve a reírse con esa risa que llena todo mi pequeño apartamento y yo me alegro de que el ambiente se haya relajado de nuevo, aunque yo sigo algo nerviosa.

Me ayuda a poner la mesa y me señala el DVD, todavía congelado. —¿Quieres terminar de verla? No me importa, de verdad.

—Oh, no, tranquilo. Si ya era el final.

—Vale, pues entonces, ¿te apetece ver otra? Veo que tienes una videoteca. ¡Qué bien! A mí me encanta el cine.

Por suerte, en mi videoteca no tengo muchos otros títulos bochornosos, estoy bastante orgullosa de ella. Algunos clásicos de ahora y de siempre. Grandes películas. Aunque solo me he traído una pequeña muestra de Madrid.

Tristan escoge *La vida es bella*. Me encanta esa película, aunque quizá es demasiado intensa para un domingo de resaca.

—Me encanta esta película. ¿Te apetece verla, *principesa*? —susurra, llamándome como lo hace el protagonista a su mujer, y al decirlo, se acerca a mí unos centímetros, clavándome sus bonitos ojos azules.

Yo tengo que obligarme a tragar saliva, porque de repente se me ha secado la garganta.

No puedo decirle que no, así que comemos los macarrones de la madre de Andrés, que por cierto, están buenísimos, mientras vemos *La vida es bella*, lo cual está bien, porque así no tengo que esforzarme por buscar temas de conversación.

De pronto me doy cuenta de que estoy de nuevo en el sofá de mi casa, con un chico guapísimo al lado, y por un momento tengo ganas de que me abrace, pase su brazo por mi espalda y reposar mi cabeza en su hombro. ¿Qué me pasa? Está claro que tengo las hormonas revolucionadas. Es tener a un chico guapo cerca y pensar solo en una cosa.

Además, me doy cuenta de que esta película me hace llorar, y no quiero llorar delante de Tristan.

—¿Quieres algo de postre? —pregunto, buscando una excusa para levantarme.

—No, tranquila. Estoy bien. No te levantes.

Me cachis.

Se está acercando el final de la película, y tengo que pensar en algo alegre para no llorar. Estoy tan concentrada intentando pensar en algo, que me sobresalto cuando llaman al timbre.

Tristan también pega un salto a mi lado, en el sofá. ¿Qué pasa hoy?

Me levanto a abrir y me siento algo incómoda cuando veo a Holden en la puerta, aunque una parte de mí se alegre de verle. Hace días que no le veo y siempre me apetece verle, me río mucho con él y me distraigo la vista, dicho sea de paso.

¿Qué hago ahora? ¿Le dejo pasar y pasamos una tarde muy extraña los tres? ¿Echo a Tristan? ¿Echo a Holden? ¿Y desde cuándo mi casa se ha convertido en el epicentro de la vida social de Ámsterdam?

Creo que lo mejor es dejarle pasar, y dejar que decidan ellos, porque a mí estas situaciones se me fan fatal.

—Ah, hola —dice Holden, claramente contrariado al ver a Tristan en mi casa.

—Hola, Holden. —Tristan es más diplomático y más amable, aunque da la sensación que no le gusta la interrupción.

—No sabía que tenías compañía. Mejor vengo en otro momento.

Se hace un silencio incómodo, en el que ninguno de los tres sabe qué decir. Es Tristan el encargado de romperlo.

—No, no, tranquilo. Yo ya me iba. Por hoy ya he abusado de la hospitalidad de Clara.

A continuación se levanta y me da dos besos en la mejilla.

Al despedirse, me susurra:

—Buenas noches, *principesa*.

Y ese susurro es como una caricia para mí, que hace que el vello de mi nuca se erice.

Yo no quiero que se vaya, pero tampoco sé qué hacer. No puedo pedirle que no se vaya, porque está claro que no podemos estar los tres juntos. ¿De qué íbamos a hablar? Es raro. E incómodo.

—Adiós, Holden. Encantado de volver a verte. —Mi vecino se despide como un caballero, aunque no parece nada encantado de ver a Holden, la verdad.

—Adiós, esto...

—Tristan —dice éste, cortante.

—Eso, Tristan.

En cuanto este cierra la puerta, riño a mi amigo.

—Eso ha sido muy maleducado.

Sé perfectamente que sabe cómo se llama Tristan, porque estuvo burlándose de su nombre el otro día. Yo lo defendí, es un nombre precioso, le dije. Tristan, como en *Leyendas de pasión*. Cuando lo dije, Holden puso los ojos en blanco, mirando al cielo.

Por eso sé que lo ha hecho para fastidiarle.

—Oh, vamos, no ha sido para tanto. Solo quería picarle un poco. No es culpa mía si se enfada tan rápido.

—¿Y por qué quieres picarle? No te ha hecho nada.

—Yo soy así, ya sabes.

—Así, ¿cómo? ¿Un idiota? —digo poniendo los brazos en jarras.

— Sí, pero soy tu idiota preferido, princesa.

Me encanta cuando me llama así, y encima si va acompañado de una reverencia. Me río y olvido mi pequeño enfado con Holden, porque es muy difícil estar enfadada con él.

Se acomoda a mi lado, en el lugar que unos minutos antes estaba ocupando Tristan.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —pregunta, intentando parecer desenfadado, sin conseguirlo del todo, porque noto que no le ha gustado encontrarse aquí a Tristan, como si estuviera celoso, y una pequeña parte de mí salta de alegría.

—Nada del otro mundo. Estábamos charlando y viendo la tele.

—¿Ha venido otra vez a comer tu tortilla de patatas? —dice irónico.

De repente me apetece ser un poco mala con él, porque no tiene ningún derecho a burlarse de mis amigos, ni a preguntarme a quién veo o no veo, y menos alguien como él, que cada semana está con una chica distinta.

—Pues la verdad es que ha venido a ofrecerme un táper. Como ayer salimos hasta tarde, ha pensado que no me apetecería cocinar. Y ha acertado.

—¿Saliste ayer? —pregunta con tono de voz neutro.

—Sí, con Andrés y Tristan. —Sonrío inocente.

Noto como tensa la mandíbula, pero no dice nada y cambia de tema.

Se inclina hacia atrás, y pone los pies en la mesita.

—¿Qué estabais viendo?

Cuando ve la pantalla, me mira, con la ceja levantada.

—¿No habré interrumpido algo, verdad, Clarita?

—Oh, no, claro que no. —Noto como me sonrojo, no sé por qué.

—Vaya, vaya, habrá que vigilar al vecinito de cerca. Parece que tiene intenciones poco honestas.

—¿Qué dices? Aquí el único que tiene intenciones poco honestas eres tú.

—¿Qué? —Me mira, entre extrañado y divertido.

—No me refiero a mí, me refiero a las otras chicas..., ya sabes. Tú siempre estás pensando en lo mismo, ya sabes... —Gesticulo con la mano, nerviosa.

Uf, no sé cómo salir de esta.

Holden se ha quedado callado, lo cual es rarísimo en él. Como no sé qué hacer, reanudo la película. Sin lugar a dudas, hoy está siendo un día extraño.

Los dos permanecemos en silencio, lo cual es muy raro, y no sé si está enfadado por lo de Tristan, o por lo que he dicho.

Cuando me dispongo a preguntárselo, Holden pasa un brazo por detrás de mi cuello, así, como si fuera algo de lo más normal. Como si no fuera la primera vez que lo hace. Como si yo no sintiera unas cosquillas recorriendo todo mi cuerpo y mi corazón no hubiera dejado de latir por un segundo, para latir más rápido segundos después.

No sé qué decir ni qué hacer. No quiero que esto se termine, quiero quedarme así para siempre. No quiero hacer ningún movimiento que haga que Holden aparte su brazo de mi cuerpo. Decido quedarme muy quieta y callada, hasta que se acabe la película, deseando que este momento se prolongue de forma indefinida. Me entran unas ganas terribles de apoyar mi cabeza en su hombro, pero no quiero tentar a la suerte y que salga corriendo, así que intento disfrutar de esa sensación, de su tacto en mi piel, de su calor. Y rezo para que no se gire y vea el rubor en mis mejillas.

CAPÍTULO 8

ESTA JUVENTUD, NO SABEN NI LO MÁS MÍNIMO DEL CORTEJO

¡Cinco días! Cinco días desde que Holden me abrazó y no he podido hablar con él. Estamos a tope con los ensayos, salgo a horas indecentes, de modo que cuando él me llama yo no puedo cogerlo, y cuando salgo de los ensayos estoy molida, y no tengo fuerzas para llamarle.

Vale, sí que tengo, pero es que no sé qué decirle. Me muero de ganas de hablar con él y a la vez estoy aterrorizada. Siento un nudo en el estómago cada vez que lo pienso, porque... ¿Y si me habla como si no hubiera pasado nada? Entonces me llevaré una decepción. ¿Y qué le digo? ¿Me encantó que me abrazaras? Dios, no, qué vergüenza. ¿Y si lo hizo sin pensar? Quedaría como una tonta.

Casi puedo sentir como sale humo de mi cabeza, y me parece mentira que esté nerviosa como una colegiala por un abrazo, máxime cuando debería estar súper concentrada en mis próximos conciertos.

Hoy he estado en babia durante casi todo el ensayo, lo cual me ha granjeado una bronca de Johanson, y con toda la razón del mundo. Estoy en una de las principales orquestas del mundo, aquí no hay sitio para tonterías. Esto es primera división. No puedo dejar que me afecte mi vida amorosa. O la falta de la misma, en este caso.

Necesito consejo. Si hablo con Sonja ya sé lo que me dirá: lánzate, blablablá. Y no quiero oír eso, porque no quiero lanzarme. Soy muy clásica en algunos aspectos, y me gusta que sea el hombre el que conquiste a la mujer. Al menos en mi caso. Sonja me llamó antigua y mojigata cuando se lo dije. Desde el cariño, me dijo.

¡Yo no soy ninguna mojigata! Me gustan los hombre y me gusta el sexo como a cualquiera, solo que soy algo más exigente. Necesito una conexión para acostarme con alguien, y me gusta que me conquisten. Si eso es ser

antigua, entonces lo soy.

Necesito el consejo de alguien sabio, moderno, aunque no demasiado, y que me quiera y me conozca bien. Y tengo a la persona adecuada.

Después de un par de intentos, a la tercera mi abuela consigue conectarse y me contesta mi video llamada.

Cuando la veo, así, tan sonriente, me doy cuenta de lo mucho que la echo de menos. También la veo algo más mayor, con las arrugas más marcadas. Supongo que al no verla cada día, como antes, noto cómo envejece por momentos y siento que se me encoge el corazón un poquito.

—¡Abu! ¡Me alegro mucho de verte!

—Y yo a ti, cariño. ¿Cómo va todo?

Estoy tentada de decirle que bien, que como siempre, que mucho trabajo, pero todo bien. Lo de siempre, sin entrar en detalles. Pero no es momento de hablar de banalidades, necesito ayuda.

Suspiro para coger fuerzas.

—Ay, hija, qué suspiro. Reconozco un suspiro como ese y el culpable solo puede ser un hombre.

—Pues la verdad es que sí, abu, has dado en el clavo.

—Ay, hija, ¿sales con alguien? ¡Cuánto me alegro!

—Uy, uy, no vayas tan rápida, de momento solo somos amigos.

—Oh. —Mi abuela hace una mueca de decepción—. ¿Y ese suspiro? ¿Es que el chico no te hace caso? Porque si es así, es que no te merece, ya lo sabes. Y no lo digo por decir. Si alguien no se da cuenta de lo que vales, es que está ciego.

—No es eso. Creo... Creo que sí le gusto, aunque no estoy segura. Es Holden, ya te he hablado de él. Es mi mejor amigo aquí, y tenemos una relación especial. Nos reímos mucho, y me llama princesa, y a veces parece que le gusto... Pero no termina de lanzarse.

Mi abuela lo medita unos segundos.

—¿Tú le has mandado alguna señal?

—¿Señal? No te entiendo.

Mi abuela mira al cielo.

—Sí, hija mía, una señal, un poco de coqueteo, una sonrisa, una mirada...

—Yo no sé hacer eso.

—Dios mío, esta juventud, que no saben ni lo más mínimo del cortejo.

De sexo sí, mucho sexo, pero a la hora de la verdad...

—¡Abu!

—¿Qué? Si es verdad. A ver, ¿has pensado que a lo mejor el chico está tan perdido como tú? Quizás le gustes, pero no sabe si pasar a mayores, y necesite alguna señal por tu parte. Un pasito. Hija, los hombres a veces necesitan un empujoncito.

Suspiro, esta vez de hastío, porque mi abuela me está diciendo lo mismo que me diría Sonja, aunque con otras palabras, claro.

—Está bien, está bien, lo capto. Aunque no sé si sabré hacerlo.

—Pues vas a tener que aprender, si no quieres quedarte soltera y morir sola con un montón de gatos, que se te comerán cuando tengan hambre, y además, te destrozarán el chelo con sus zarpas, y...

Oh, ahí sí que ha sido cruel, mi abuela. Y de modo gratuito. La muy bruja.

—Vale, vale, entendido. Un pasito, una señal.

—Sí, cielo, así el muchacho sabrá a qué atenerse. Si le gustas, se lanzará. Y si no, pues a otra cosa, mariposa. Hay muchos peces en el mar, cariño. Y si este pez no pesca, es que no era para ti.

Ya, como si fuera tan fácil. Si no le gusto haré un ridículo enorme, y cada vez que le vea tendré ganas de meter la cabeza debajo del wáter, por lo que nunca más podremos volver a ser amigos.

Mi abuela debe de ver mi cara de agobio, porque me da ánimos.

—Vamos, vamos, Clarita, seguro que saldrá bien. Si ese muchacho no es ciego y tonto, seguro que le gustas.

—Gracias, abu. Ahora háblame de ti. ¿Cómo va por ahí? ¿Y papá y mamá? ¿Cómo se presentan las pre Navidades?

Como este año tampoco puedo ir a casa en Navidad, pues es cuando tenemos más actuaciones, iré a verles en dos semanas, en noviembre, y celebraremos la Navidad por adelantado. Unas pre Navidades. Ya lo hicimos el año pasado. Es algo raro, pero es lo que hay, no pienso renunciar a la Navidad por nada del mundo, y mis padres todavía menos.

—Ya sabes, como siempre, se exceden un poco con los adornos navideños y las luces, ¡y tu madre hasta nos ha comprado jerséis navideños para todos! Que yo seré vieja, pero todavía tengo sentido de la estética y esos jerséis son feos, muy feos, aunque cualquiera se lo dice. El tuyo te está esperando aquí. —Y me guiña un ojo, con sorna, lo que me hace reír.

—Ay, abu, ¡tengo tantas ganas de ir, que me pondría ese jersey y una nariz de reno si hace falta! Ya falta poco. ¿Ya tenéis el árbol?

—Pues ha resultado algo difícil, por eso de que falta todavía más de un mes para Navidad, por eso tus padres lo han comprado por “Internet”.

¿Es o no es adorable mi abuela?

Hablo con mis padres cinco minutos más después de dejar descansar a mi abuela, que la he visto algo cansada, aunque ella ha tratado de disimularlo, y mi padre me enseña orgulloso el árbol, sin adornos, porque me está esperando para adornarlo; es una tradición navideña desde que era pequeña.

Cuando las lágrimas están a punto de saltáreme, por la morriña, la conversación con mi abuela y la sonrisa de mis padres con sus jerséis navideños a juego, cuelgo la llamada.

Me levanto y me doy una larga ducha. Necesito limpiarme, barrerme la tristeza, la morriña y el cansancio acumulado de toda la semana. Y sobre todo necesito coger fuerzas. Para pensar en el siguiente paso. Con Holden. Porque quiero que haya un siguiente paso.

Reconocerlo ya es un gran logro, porque llevo un año engañándome a mí misma, diciéndome que solo somos amigos, que no me molesta que salga con todas esas chicas, que no se me rompe un poquito el corazón con cada nueva conquista suya y que no deseo que me coja entre sus brazos y me bese como siempre he querido que me besen.

Que no siento un cosquilleo por todo el cuerpo cuando me abraza, o no me quema la piel en el lugar en el que me sus labios me han tocado cuando me deja un beso en la frente, de esos que odio y adoro por partes iguales. Que no siento morirme un poquito cada vez que me sonrío con esa sonrisa canalla. Que no se me hincha el corazón cada vez que me llama princesa. Y que no sueño con ser una de esas chicas, para estar entre sus sábanas.

CAPÍTULO 9

UN BRILLO DIFERENTE

Es el último fin de semana antes de irme a Madrid para celebrar la Navidad anticipada y no pienso quedarme en casa. Además, esta semana ha sido especialmente dura, ensayando hasta las tantas, y necesito salir, divertirme.

¿Y quién es el mejor a la hora de divertirse?

Decido llamarle yo, bueno, enviarle un wasap, como el que no quiere la cosa, que parezca algo desenfadado y que no parezca que le estoy dando las vueltas que en realidad le estoy dando.

Todavía no me ha llamado desde el último día que nos vimos y yo me muero de ganas de verle, así que tengo que hacer algo, dar un paso. Veo la cara de mi abuela diciéndome que me voy a quedar para vestir santos, un montón de gatos comiéndose mis restos, y yendo después a por mi chelo. Y eso sí que no lo puedo consentir.

Hola, tengo hambre. Te apetece ir a cenar algo?

20.05

Mi corazón vibra un poquito cuando leo la respuesta.

Claro, princesa. Dónde quedamos?

20.11

Quedamos en bonito restaurante italiano porque elijo yo, y me encanta la pasta y las ensaladas. Soy una chica sencilla, qué se le va a hacer.

Llego cinco minutos tarde porque no quiero ser yo la que espere a Holden, aunque este llega diez minutos tarde, así que al final me toca esperar. En esos cinco minutos, enfundada en mi abrigo negro y sintiendo el frío de los coletazos del otoño en el rostro, me da tiempo a mordirme todas las uñas, sin dejar ninguna. Me he puesto un sencillo vestido negro, unas medias granates y mis botines negros, he resaltado mis ojos, aunque no mucho, y me he pintado los labios de color rojo, lo que no hago nunca. Ese color me parece muy agresivo, demasiado potente, demasiado vistoso para mí. Luego me he acordado de mi abuela: “mándale alguna señal”. Esa era mi señal.

¿Demasiado sutil? ¿O demasiado evidente? No lo sé, habrá que esperar.

Cuando llega Holden, me mira de arriba abajo, sin disimulo, y me regala una de sus sonrisas de lado, y yo siento que me deshago un poquito. Maldita sea su sonrisa. Y su lunar, que me dan ganas de besar cada vez que lo veo. Y malditas sean las señales. ¿No me habré pasado? Por lo que parece, a Holden le ha gustado. Cuando se gira a colgar la chaqueta, suspiro para aflojar un poco la tensión que agarrota mis músculos.

En cuanto nos sentamos pido un vino tinto, a ver si me calmo un poco. Le pregunto qué ha hecho estos últimos días y comienza a charlar de forma despreocupada, como siempre, y mis nervios se van disipando poco a poco. Me cuenta que hoy ha tenido un grupo en el que había una señora muy pesada, que no paraba de preguntar, que se había informado en la Wikipedia y se creía que lo sabía todo y que, para más inri, parecía una cacatúa. Holden me describe a la señora, con su nariz picuda y cuando me imita su voz de pito, me río y los nervios terminan de desaparecer.

Para mi alivio, y también mi decepción, volvemos a ser los de siempre.

Holden también está echando bastante cuenta del vino esta noche, porque aún no hemos terminado de cenar y ya nos hemos terminado la primera botella, así que pide otra. No sé si es buena idea, porque tanto alcohol anula mi buen juicio, pero esta noche me apetece dejarme llevar y olvidarme de todo, de la Clara prudente y calmada que soy siempre.

—¿Bien, y qué tal va con el imbé... con tu vecino? ¿Qué rollo os traéis?
—me suelta cuando vamos por el postre. Un tiramisú que compartimos porque yo ya no puedo comer más.

Lo ha preguntado como si nada, aunque me ha parecido detectar algo en su voz. Está claro que Tristan no le gusta. ¿Estará celoso? Un duendecillo baila la conga en mi estómago al pensar en esa posibilidad.

—¿Con Tristan? Muy bien, no es el idiota que yo creía. Al contrario, es muy simpático y atento. —Estoy disfrutando de lo lindo de hacer sufrir un poquito a Holden contándole las lindezas de mi vecino.

Él se burla sin piedad.

—¿Simpático y atento? Eso se dice de las personas que son un muermo.
¿Tan aburrido es?

—¡No seas malo! No es aburrido. Es muy agradable y muy educado.

—Eso suena a muermazo, lo que yo decía. —Finge que ronca ante lo que le estoy contando.

—Eres idiota. —No puedo evitarlo, sus tonterías me hacen reír.

—Clarita, ese chico quiere meterse en tus bragas —dice brusco.

—¡No seas grosero! —le digo, retirándole el tiramisú y poniéndolo donde no pueda alcanzarlo.

—Oh, princesa, no lo soy, créeme. Podía haberlo sido más. —Y me guiña un ojo, descarado—. Y devuélveme el plato. No te conviene comértelo tú solita o se te pondrá en ese precioso culito que tienes.

Noto cómo me sonrojo. Es la primera vez que Holden me dice algo así, y aunque sé que lo ha hecho para hacerme rabiar, ha dicho que tengo un culo precioso. Sonrío como una tonta y hago algo que no habría hecho si no llevara más de media botella de vino. Le sigo el juego.

—¿Crees que mi culito es precioso? —pregunto mientras chupo la cucharilla de tiramisú, despacio, manteniéndole la mirada.

Veo como traga saliva y tarda un par de segundos en contestar.

—Claro, princesa —contesta como si nada.

—Vaya, gracias. El tuyo tampoco está nada mal. —¿¿He dicho yo eso??

Holden me mira sorprendido y de repente estalla en una carcajada. Yo no puedo evitarlo y le sigo. Eso ha sido tan impropio de mí. Pero siendo yo no he llegado a ningún sitio con él, así que tendré que ser un poco menos yo y más atrevida.

—Esta noche estás diferente. —Me mira intrigado, con un brillo en los ojos y esa sonrisa de lado que me pone a cien.

—Diferente, ¿cómo? —pregunto con algo de miedo. A ver si me estaré pasando con las señales.

—Más..., no sé, más suelta, menos tú.

—Vaya, seguro que sacaste un diez en expresión oral. —Ahora soy yo la que me burlo, aunque me alegro de que se esté dando cuenta, de que esté funcionando.

—Nena, te aseguro que nadie se ha quejado nunca de mi expresión oral —lo dice con un tono bajo, haciendo énfasis en la palabra “oral” y yo me sonrojo hasta la coronilla, porque imagino a Holden entre mis piernas y noto cómo el pulso se me acelera en esa zona. Esto se me está yendo de madre.

—Ehhh, ¿nos vamos?

—Claro. Vamos a tomar una copa, que la noche es joven.

Holden paga la cuenta. Lo hace muchas veces cuando salimos, es bastante generoso, el dinero no es algo a lo que le de mucha importancia, a

pesar de que no le sobra. Él es así. Impulsivo. Hace lo que le apetece cuando le apetece. Y yo le envidio por ello.

Salimos a la calle. El aire fresco de la calle atenúa el calor de mis mejillas, aunque no el del resto de mi cuerpo. En la puerta del restaurante Holden posa su mano en el bajo de mi espalda, para hacerme salir a mí primero, y yo me estremezco. Su mano está algo baja, sin llegar a tocar mi “precioso culito”. ¿Qué está pasando? ¿Soy yo o esta noche el ambiente está cargadito de tensión sexual?

Creía que iríamos a una cervecería de las que le gustan. No es así. Me lleva a un bar de copas muy moderno, oscuro, con pequeñas luces que ñe dan un aire bohemio y romántico, lleno de parejas y gente joven, todos bien vestidos.

—¡Hola Holden! —le saluda la camarera, una chica alta, rubia, con el pelo recogido en una cola alta y unos preciosos ojos azules. Cómo no.

—Hola, Anka. ¿No tendrás libre el reservado, por casualidad?

—Para ti siempre hay sitio —dice guiñándole un ojo, y yo tengo ganas de vomitar. O de arrancarle la coleta. Porque no hay duda de que se han acostado.

Anka nos lleva a un reservado, una zona separada del resto del local con una pared de pladur, en el que hay una mesa bajita y unos sofás. No somos los únicos, hay otra mesa con sofás al otro lado, aunque está lo bastante lejos para que no oigamos nuestras respectivas conversaciones.

Cuando nos sentamos no puedo evitarlo y lo suelto.

—¿Traes aquí a todos tus ligues?

Sonríe, aunque la sonrisa no le llega a los ojos.

—Clara, no lo estropees, ¿quieres? Que la noche está yendo muy bien.

Por un momento Holden se ha puesto serio y yo temo haber metido la pata. Y no se me pasa que me ha llamado Clara, y no Clarita, y, aunque me gusta cuando usa ese diminutivo cariñoso, aún me gusta más cuando me llama por mi nombre. Me ha parecido algo más íntimo.

Suerte que aparece Anka y rompe ese momento incómodo.

—¿Qué queréis tomar? ¿Champagne?

Me mira inquisitivo y yo niego con la cabeza.

—Oh, no, no, el champagne se me sube a la cabeza. ¿Podría ser una copa de vino tinto? Para no mezclar.

—Que sean dos —pide—. Vaya, vaya, así que el champagne se te sube a

la cabeza. Entonces ya sé qué pedir cuando quiera emborracharte. —Su tono de voz es bajo, sensual, y va directo a cierta parte de mi cuerpo, que empieza a latir.

—¿Y con qué intenciones ibas a querer emborracharme? —susurro. Vaya, pues tampoco se me da mal esto de ligar, una vez me pongo.

—Con las peores, princesa. —Y se acerca un poco más a mí.

Siento calor, mucho calor. Holden está jugando conmigo y yo espero que siga con su juego hasta el final, porque si no voy a tener que llamar a los bomberos.

—¿Cómo lo haces? —susurro.

—¿El qué? —pregunta sorprendido.

—Eso, el ligar con ellas. Con todas esas chicas. ¿Cómo lo haces? —repito, esta vez un poco más alto. No sé por qué lo he preguntado, lo he hecho sin pensar.

Se echa hacia atrás, un poco sorprendido.

—¿Es que quieres que te enseñe a ligar?

¿Quiero? Sí, quiero saber cómo lo hace. Quiero ver cómo lo hace. Quiero sentirme una de esas chicas. Y quiero aprender a ligar. Porque quiero acostarme con Holden, a poder ser más pronto que tarde.

Afirmo con la cabeza, en silencio.

Mi amigo me mira extrañado durante unos segundos, pero me obedece.

—Pues..., me siento muy cerca de ellas —se acerca más a mí, hasta que mi brazo y el suyo se tocan, y siento un escalofrío. También puedo oler su perfume, que me invade, lo envuelve todo y hace que pierda la cabeza, solo puedo pensar en besarle el cuello. Mi corazón late más rápido.

Yo le sostengo la mirada, sin apartarla, y dejo que siga.

—Les sonrío, les hago sentir especiales...

—¿Cómo? —susurro.

—Diciéndoles lo guapas que están..., como tú, esta noche, que estás preciosa —pasa un dedo por mis labios.

Yo asiento mientras doy un largo trago a mi copa de vino, porque tengo la garganta seca.

—Las escucho...

—¿Las escuchas?

—Sí, dejo que hablen sobre ellas, eso les gusta.

—Ajá.

—Me acerco cada vez más... —Holden se aprieta contra mí, y me rodea con el brazo. Nuestras caras están muy cerca. Casi puedo sentir su aliento en mi rostro. Yo contengo el mío. Apenas puedo respirar. Siento mucho calor, y no solo en mis mejillas, sino en todo mi cuerpo, que quiere abalanzarse sobre él y comérselo todo a mordisquitos.

—¿Y luego? —digo con voz apenas audible.

—¿Luego?

Holden se acerca a mi boca, y nos quedamos así unos segundos. Yo cierro los ojos y espero que me bese. Hasta que oigo una voz en mi oído que me susurra:

—Luego les meto la lengua hasta la campanilla.

Yo abro los ojos y veo cómo está sonriendo, con esa sonrisa canalla y burlona, y me dan ganas de abofetearle. Me siento estúpida, espero que no se haya dado cuenta de las ganas que tenía de que me besara. Le doy un golpe en el brazo y le digo:

—Eres estúpido, Holden Poot y no sé cómo consigues engañar a esas chicas. Deben estar ciegas o algo así.

—Pues parecía que a ti te estaba gustando —me susurra al oído, rozándome la oreja con sus labios.

Dios, tengo que hacer un esfuerzo por no cogerle de la nuca y besarlo allí mismo. Tengo que acabar con esto, porque al parecer esta noche Holden no piensa acostarse conmigo. Ni esta ni ninguna otra, pienso con amargura. Solo se está burlando de mí.

—Está bien, ya te has divertido bastante a mi costa. Me marchó.

Me levanto para irme, pero me coge de la mano, impidiéndomelo.

—No, espera, Clara, por favor, no te vayas... —Me mira y veo la súplica en sus ojos. Parece sincero. Me doy cuenta de que de nuevo que no me ha llamado princesa, ni Clarita, ni ningún otro diminutivo, sino Clara. Mi nombre suena tan bien en sus labios... Deseo volver a oírlo.

—Era una broma. Oye, tú me lo has pedido. Yo solo..., siento si te has enfadado. No era mi intención. —Parece sentirlo de verdad, así que vuelvo a sentarme.

—Vale, pero nada de trucos baratos de los tuyos o me largo.

—Prometido.

Muy a mi pesar Holden se separa de mí unos centímetros; eso me pasa por bocazas. Cambia de conversación y relaja un poco el ambiente. Yo, por

mi parte, le hablo de los nervios por mi próxima gira, de las ganas que tengo de ir a visitar a mi familia y le cuento lo de las pre Navidades, y los horribles jerséis navideños de mis padres y él se ríe.

El ambiente vuelve a la normalidad, o casi, porque mi cuerpo sigue encendido, y volvemos a ser los de siempre, lo que me frustra sobremanera, porque esta noche no quería ser la de siempre. Quería ser otra chica. De las que se acuestan con Holden, para ser más exactos.

No nos damos cuenta y el local está a punto de cerrar. Veo que Anka me echa miraditas de soslayo y creo que está celosa porque piensa que voy a terminar la noche con Holden. Suspiro. Si ella supiera.

Me levanto demasiado rápido y noto cómo la cabeza me da vueltas. Creo que he bebido demasiado vino.

—Estoy algo mareada.

—No te preocupes, yo te sujeto.

Holden me da la mano y siento el calor recorrer todo mi cuerpo, desde la mano hasta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Lástima que no pueda disfrutar del todo de esa sensación porque es cierto que estoy algo mareada.

Salimos a la calle y me mira con cara de preocupación.

—¿Quieres sentarte un rato y te traigo agua?

—No, no. Necesito caminar.

Caminamos en silencio, mientras Holden no me suelta la mano. Ha entrelazado sus dedos con los míos y me sujeta con firmeza, como si temiera que fuera a caerme. Y yo siento ese contacto por todo mi cuerpo.

Hace una buena noche y, aunque refresca, no hace frío, al contrario, la suave brisa en la cara y el paseo consiguen despejarme un poco. Ya me siento mejor, sin embargo no se lo digo para que no me suelte. Pienso disfrutar de ese instante todo lo que sea posible. Camino despacio, porque no quiero llegar a mi casa y que ese momento se acabe. Me siento como la cenicienta a punto de dar las doce y convertirme en una calabaza, o lo que es lo mismo, en una chica invisible a los ojos de Holden.

Cuando llegamos a mi portal me suelta la mano con cuidado. De repente me siento vacía e indefensa, sin su mano sujetando la mía.

—¿Quieres que suba y te preparo un café? —pregunta.

Sí que me gustaría que subiera, y no para prepararme un café precisamente, aunque por su tono no parece que vaya con otras intenciones.

Mierda, Clarita, lo has estropeado todo, como siempre. Con lo bien que iba.

—No hace falta, de verdad. Ya estoy mejor. Gracias por esta noche. Lo he pasado muy bien—. Y sin pensar, me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. No dos, como solemos hacer siempre, sino uno, entreteniéndome en él unos segundos. En su piel cálida y en su perfume, que manda una señal directa a mi cerebro y a mi entrepierna.

Oigo como suspira y me parece que se estremece. De repente me coge la cara con sus manos, y noto cómo queman en mi piel.

—Clara... —susurra.

Vale, es ahora o nunca.

Me lanzo a su boca y lo cojo desprevenido. Le doy un corto beso en los labios, como el de una colegiala, y me aparto después del beso para ver su reacción. Puedo ver cómo me observa con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas, respirando de forma acelerada y mirándome como si quisiera comerme. Me enciendo solo con su mirada, porque veo en ella deseo, un deseo que nunca antes había visto y que me moría por ver en sus ojos, al mirarme.

Esta vez es él quien me besa, primero despacio, adentrando su lengua en mi boca lentamente, como pidiéndome permiso. Cuando ve que respondo, su beso se hace más profundo y nos besamos con avidez. Yo le sujeto de la nuca mientras él todavía no me ha soltado el rostro y nos besamos con fuerza, como si tuviéramos mucha hambre del otro. Yo gimo por el deseo y noto cómo me tiemblan las piernas. También noto la erección de Holden contra mi liviano vestido, que hace que todo mi cuerpo se encienda, y él se aprieta más contra mí, mientras no deja de besarme, de buscarme, de recorrer mi boca con su lengua, sin piedad. Yo solo pienso en que quiero que me coja en brazos y me suba ahora mismo a mi casa y me haga el amor hasta que no podamos más.

De repente me aparta y me mira, jadeando, azorado, sorprendido, como si todo aquello le hubiera cogido por sorpresa, como si no fuera él quien me hubiera besado.

—Yo..., esto... Será mejor que me vaya. Buenas noches, princesa.

Y veo cómo se aleja, con paso rápido, sin girarse y dejándome ahí, en el portal de mi casa, preguntándome qué narices acaba de pasar, mientras aún noto la sensación de la lengua de Holden en mi boca y una quemazón por todo el cuerpo.

CAPÍTULO 10

UNA CITA QUE NO LO ES

El sábado me despierto de golpe, pensando en los acontecimientos de la noche anterior. ¿Había sucedido de verdad o lo había soñado? Mi dolor de cabeza me confirma que todo fue real: el vino, Holden, el beso.

Rememoro la sensación de nuestras lenguas jugando, enroscándose, reconociéndose y noto el calor por todo mi cuerpo. Luego recuerdo cómo salió huyendo y un nudo se asienta en mi estómago.

¿Qué había hecho mal? Porque parecía que Holden tenía las mismas ganas de besarme (y algo más) que yo, no habían sido imaginaciones mías, lo había notado en su forma de besarme, de tocarme, en su entrepierna. Entonces, ¿cuál era el problema?

Me levanto y veo el táper con el que ayer casi me tropiezo en la puerta y una nota de Tristan, con una letra pequeña e irregular: “Por si tienes hambre. T.”

Devoro los macarrones aunque son las doce del mediodía, porque tengo hambre, y porque necesito algo que me llene el estómago y sustituya los nervios que se han asentado allí.

Lo siguiente que hago es coger el móvil para ver si hay algún mensaje de Holden. Nada. Dejo el móvil a mi lado, enfurruñada. Luego pienso que quizás no se haya despertado todavía, que seguro que más tarde me dice algo.

Me paso las siguientes horas dando vueltas por la casa, como un tigre en una jaula, consultando mi móvil cada dos por tres. Tengo que distraerme o voy a volverme loca.

Me ducho y me visto, para sentirme más persona, y vuelvo a consultar el móvil. No hay señales de Holden.

Llamo a Sonja y me sale el contestador. Debe de estar trabajando. Maldita sea.

Vale, Clara, tienes que hacer algo, salir de aquí, no puedes estar todo el día pendiente del móvil o vas a volverte loca.

A las cinco de la tarde, después de haber ordenado todo el piso, barrido, fregado, planchado y recogido la ropa ya no sé qué más hacer. Hoy no tengo la cabeza clara para centrarme en mi música, aunque sé que debería ensayar porque la gira está cerca, me conozco y sé que cuando algo me ronda la cabeza es imposible concentrarme. Tengo que salir del piso. Como no me apetece salir sola, sin pensarlo mucho llamo al 4º C. Me da igual si está Andrés o Tristan, o los dos, cualquiera me viene bien para distraerme de mí misma y de mis pensamientos.

Me abre Andrés.

—¡Hola, Clara! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué te trae por aquí? Pasa, pasa.

Cuando entro veo a Tristan, que está con la cabeza metida en sus apuntes. Levanta la vista al verme, y sonrío.

—Hola.

Hecho un rápido vistazo al salón. El piso es igual que el mío, aunque no lo parece. Está lleno de cosas, pero por extraño que parezca resulta acogedor. Las paredes están repletas de láminas de distintos tamaños y colores, que le dan un aire divertido. Hay dos sofás color gris, una televisión enorme que ocupa casi todo el salón, sobre un mueble lleno de DVD y revistas, y una mesa en la que supongo que comen, que ahora está invadida por Tristan y sus papeles.

Contrariamente a lo que se podría pensar de un piso con dos solteros, está bastante ordenado, si no tenemos en cuenta la mesa en la que ahora estudia Tristan, que está repleta de papeles, bolígrafos y fluorescentes de colores varios, post it, libros y un par de vasos ya vacíos.

—¿Quién quiere venir conmigo a dar una vuelta? Necesito salir de casa —digo, a modo de saludo.

Tristan me mira sorprendido, quizás he sido demasiado brusca, aunque al instante reacciona.

—A mí también me irá bien descansar un rato. Me va a estallar el cerebro. Te acompaño. Dame unos minutos para vestirme.

Lleva unos vaqueros viejos, algo desgastados por el uso, y una sencilla camiseta de manga corta. La verdad es que está bastante bien así, no sé para qué quiere cambiarse.

—Yo no puedo, chicos. Me encantaría acompañaros, pero he quedado con una preciosidad en un par de horas, así que me quedo aquí para

prepararme y ponerme guapo. —Andrés me guiña un ojo.

Sabe perfectamente que no tiene que hacer ningún esfuerzo por ponerse guapo, lo estaría aunque fuera con un orinal en la cabeza, el muy truhan. La naturaleza se ha portado demasiado bien con él, con su casi metro noventa, su rostro, pincelado por el mejor de los escultores, esos ojos oscuros con grandes pestañas, esa nariz que denota carácter y esa boca grande y sensual.

—Sí, claro, tienes que depilarte, escoger el modelito, peinarte, maquillarte, ponerte gomina, hacerte la manicura... —me burlo.

—¿Todo eso hacéis las tías? Qué pereza, menos mal que soy un tío, si no lo llevaba claro.

Tristan y yo nos reímos, porque tiene razón. Andrés es muy guapo, pero un poco vago. Por lo que me contó Tristan el otro día, tiene un montón de ropa, que deja esparcida por toda la casa, y siempre se pone lo primero que pillá, o lo que esté limpio en ese momento. Tiene suerte que su compañero de piso es más ordenado, y se encarga de la colada, o iría por el mundo sin calzoncillos, me dijo.

Mientras Tristan se cambia, me siento en el sofá y Andrés se sienta a mi lado.

—¿Va todo bien?

—Yo..., sí, bueno...

—Vamos, Clara, suéltalo, cuéntaselo todo al tío Andrés. Aunque no lo creas, se me da bien escuchar.

Me río por su ocurrencia, la verdad es que con Andrés me siento muy cómoda siempre. Y me hace gracia cuando se llama a sí mismo “el tío Andrés”. Si solo es algo mayor que yo. Debe de rondar los treinta, al igual que Tristan. Bueno, para ser exactos Andrés tiene veintinueve y Tristan, treinta y dos. Me lo dijo Andrés otra de las noches que vino a verme, no es que yo se lo preguntara.

—Pues verás, ayer besé a un chico, bueno, nos besamos los dos y fue..., fue increíble. Pero después salió corriendo.

—Oh, vaya, Clara, si te estás haciendo toda una mujer.

—¡No te burles, Andrés, que es muy serio! ¡No sé qué pasó! ¿Hice algo mal?

Andrés me ve la cara de preocupación y se da cuenta de que el tema es serio. Abandona su sonrisa burlona.

—A ver, Clara, seguro que tú no hiciste nada mal. Cuéntame más. ¿Qué

pasó? ¿Quién es el afortunado?

No tengo mucho tiempo para contarle todo sobre Holden, sobre nuestra relación, porque Tristan va a salir de un momento a otro, y con él no tengo tanta confianza, así que intento hacer un resumen.

—Es un amigo. Nos conocemos hace un año, somos buenos amigos, pero él siempre está con otras chicas y..., nunca había pasado nada entre nosotros hasta ayer.

—¿Fue un momento de esos de amigos que se besan y ya está o hay algo más?

—¿Qué quieres decir?

—Que si te gusta, Clara.

—Pues... —Dirijo la mirada al suelo.

—Oh. Entiendo.

Ese “oh” no me ha sonado nada bien.

—¿Qué pasa, Andrés? Suéltalo, anda. Si fueras tú, ¿qué pensarías?

—Es complicado, Clara. Yo nunca me acuesto con mis amigas. Tengo sex amigas, claro, aunque no son amigas de verdad, son chicas con las que me acuesto a veces sin compromiso por parte de ninguno de los dos. Con una amiga de verdad... Eso complica la situación, porque quizá uno acabe sintiendo más que el otro y luego todo se estropea. Créeme. Lo sé.

No era eso lo que quería oír, aunque creo que Andrés tenía razón. ¿Y si fue solo un momento especial? ¿Y si a Holden no le gusto y ahora se agobia porque piensa que a mí sí me gusta? Lo que, a más inri, es cierto.

Tengo que aclarar las cosas con Holden. Tengo que saber si fue solo un calentón o si siente algo más. ¿Pero, cómo se lo planteo? ¿Y si él no siente nada por mí? ¿Y si me dice lo que no quiero oír? Porque su huida es lo que sugería.

Consulto el móvil de forma disimulada por si tengo alguna llamada o algún mensaje. Nada.

Tristan sale de la habitación con unos pantalones chinos color *camel* y una sencilla camisa blanca de manga larga, con las mangas remangadas, y unas bambas marrones. Como siempre, parece un *dandy*. Cada día me parece más guapo, aunque es normal, teniendo las hormonas como las tengo.

—¿A dónde te apetece ir?

Respondo casi sin pensarlo.

—Al Museo Van Gogh.

Parece sorprenderse ante mi respuesta durante unas milésimas de segundo, y espero que se burle de mí, o haga aspavientos por hacerle ir a un museo cuando lo que quiere él también es no pensar en sus estudios, o me diga que qué clase de persona quiere ir a un museo un sábado. Sin embargo, no hace nada de eso.

Coge la chaqueta que tiene colgada detrás de la puerta, las llaves y la cartera que hay en un cuenco en la entrada y se despide de Andrés.

—Nos vamos, diviértete con tu cita —le dice a su compañero de piso.

—Lo haré, tranquilos. ¡No volváis tarde y portaos bien! ¡O no!

Tristan y yo nos reímos, Andrés es todo un personaje.

Es sábado, por lo que hay bastante cola en el museo. No había pensado en eso. Suelo ir entre semana, cuando hay menos gente.

Cuando estoy a punto de ponerme en la cola, Tristan me coge de la mano durante un segundo, y me pide que le siga. Enseguida me suelta la mano, como si se arrepintiera de ese contacto espontáneo, aunque el contacto de su piel queda gravado en la mía un rato.

Lo sigo intrigada, que va hacia el guarda de seguridad a decirle algo, cuando veo que es Tom, el guarda simpático que me sonrío cada vez que voy al museo y que a veces me deja pasar sin pagar entrada.

Me parece que se sorprende al verme con Tristan. Debe de ser porque siempre me ve sola. Pero bueno. No es tan raro verme con un hombre. Vale, con un hombre guapo, porque Tristan resulta más atractivo cada vez que lo miro.

No sé cómo no me di cuenta la primera vez que lo vi. Tiene una belleza de esas atemporales. No es guapo al estilo Holden, no tiene rasgos aññados, al contrario. Es muy masculino. Tiene la mandíbula ancha, unos bonitos ojos de un azul profundo y límpido, y una sonrisa que ilumina su rostro y lo llena por completo. Pero no es para tanto, no para que Tom se sorprenda al verme con él. Me ofende un poco.

—¡Tom! ¿Qué haces trabajando un sábado? Creía que solo trabajabas entre semana.

—Estoy cubriendo a mi compañero, tenía una boda.

—Oh, vaya. Lo siento, aunque me alegro de verte.

—Yo también.

Se acerca a mí y me susurra:

—Podéis entrar por la puerta de atrás. Dile a John que vas de mi parte.

Tristan tira de mí y vamos corriendo hacia la puerta de atrás, riendo como dos colegiales que están haciendo algo malo. Cuando llegamos me doy cuenta de que aún tiene mi mano en la suya. Él sigue mi mirada hacia ese punto y me suelta la mano, con la misma indolencia que la ha cogido.

—¿De qué conoces a Tom?

—De venir aquí, nada más. Como vengo a menudo, entre semana, le veo a menudo, y a veces intercambiamos unas palabras. Y a veces incluso me deja entrar gratis.

—Vaya, vaya, la señorita sabe usar sus armas de mujer. —Ha bajado la voz al pronunciar sus últimas palabras, que acompaña de una sonrisa pícaro.

Tengo intención de protestar, porque yo no uso ninguna arma de mujer, solo soy yo misma con Tom, y nada más lejos de mi intención que flirtear con él para que me deje entrar sin pagar, pero la verdad es que me gusta que Tristan lo crea, al contrario que Sonja y que yo misma, claro. Me gusta que me vea como alguien que tiene armas de mujer, aunque no tenga ni idea de cómo usarlas, la verdad.

Nos paramos ante *La habitación*, una de mis favoritas, aunque no puedo disfrutarla como me gustaría, porque estamos rodeados de gente, dando pequeños empujones e intentando hacerse un sitio en primera fila, que cuando consigues tampoco disfrutas, porque sabes que hay otras personas esperando lo mismo que tú. Por eso vengo entre semana. Sin embargo, hoy necesitaba volver. Ver aquellas pinturas tan llenas de color, de fuerza, de pasión, de locura, y que a la vez conseguían transmitirme una paz inmensa.

Tristan se sitúa a mi lado, con los brazos detrás del cuerpo, tan cerca de mí que nuestros brazos se rozan. No sé si apartarme, para que no se lo tome como una muestra de rechazo, o de mala educación. Su cercanía me pone algo nerviosa. Intento centrar mi atención de nuevo en el cuadro.

—Es tan especial, tan romántica, tan musical... Su pintura es como un pizzicato.

—¿Cómo un qué? —gira su cabeza hacia mí.

—Como un pizzicato; en música es cuando pinzas las cuerdas del chelo con el dedo, en vez de tocarlas con el arco, en jazz se usa mucho, es como un guiño. ¡Es tan revolucionario, tan intenso! —Me emociono ante mi pintor favorito, y cuando me giro veo a Tristan que me está mirando con una sonrisa.

—¿Te estás burlando de mí por mi ataque de fan loca de Van Gogh?

—Qué va, me parece encantadora tu pasión. Nunca he visto a nadie disfrutar tanto con una pintura, a parte de Drika y de...

—¿Quién?

Niega con la cabeza, escondiendo una sonrisa enigmática y vuelve a fijar la vista en el lienzo.

—Nadie, en realidad a nadie.

—¿Sabes? Te parecerá una tontería, pero este es mi lugar favorito del mundo.

—No me parece una tontería —contesta con la voz seria, casi susurrante—. Lo entiendo. Este lugar está tan lleno de color, de luz, y a la vez transmite tanta paz, tanto silencio. Es un lugar de culto al arte, con mayúsculas, no solo a él.

Lo miro extrañada porque es casi como si sintiera lo mismo que yo, como si me comprendiera. He venido aquí tantas veces desde que estoy en Ámsterdam que ni me acuerdo.

—Mi madre también es una gran amante del arte. Me traía aquí a menudo cuando era pequeño. Es casi tan fan de Van Gogh como tú.

—Ah, ¡así que es eso! Vaya, me encantaría conocerla.

Luego pienso que eso ha sonado algo raro, e intento arreglarlo, aunque a él ya se le ha escapado una carcajada.

—¡Vaya! ¡Eso sí que no me lo había dicho nunca ninguna chica en la primera cita!

Yo me sonrojo y le doy un pequeño golpe en el brazo.

—¡No seas idiota! Esto no es una cita.

Tristan deja de reírse en seco y su rostro se vuelve serio.

—¿Ah, no? —pregunta, acercando su cabeza a la mía unos milímetros más, de modo que ambas están cerca, muy cerca... —Pues es una lástima. — Su voz baja unos tonos, los mismos que sube mi libido.

Abro la boca y boqueo intentando decir algo, cuando veo que sonrío travieso.

—Tranquila, te estoy tomando el pelo.

Dejo escapar el aire de mis pulmones. Vaya, parecía muy serio al principio, pero veo que le gusta bromear. Debería enfadarme, no obstante me gusta esa muestra de confianza, que se vaya abriendo más, que me vaya mostrando algo más de él.

Por unos segundos, pienso en qué pasaría si tuviera una cita con él.

Sonríó para mis adentros. ¿Qué diría Holden?

Holden... Me doy cuenta de que no he mirado el móvil desde hace casi dos horas. Miro mi móvil con disimulo para ver si tengo noticias de él. Nada. Me escuece, siento un nudo en el estómago de nervios ante esa falta de comunicación, aunque luego me obligo a mí misma pensar que eso es normal en él, a veces se pasa un par de semanas o tres sin llamarme. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Solo que esta vez esperaba que me dijera algo. ¿El qué? No lo sé. ¿Hola, Clara, me encantó el beso de anoche, llevo un año amándote en secreto y quiero casarme contigo?

No seas boba, Clara, solo fue un beso. Un momento entre amigos, un calentón, como dijo Andrés. Seguro que él no le da más importancia. Si hablara con Sonja me daría un bofetón y me diría que me lo tire de una vez o lo deje estar.

—¿Va todo bien? Te veo algo distraída. Me parece que ahora mismo estás muy lejos de aquí.

Una voz a mi lado me hace volver a la realidad.

—No, no, todo bien.

Tristan me mira y veo en su mirada que no me cree, aun así asiente.

—Ajá.

Yo miro al suelo, avergonzada. Está claro que sabe que le estoy ocultando algo, pero es que no sé qué decirle. ¿Que me siento estúpida por haber besado a un chico y no saber qué es lo que piensa él? ¿Que estoy coladita por mi mejor amigo? ¿Que estoy aquí ahora con él para distraerme y no pensar en otro chico?

Niego con la cabeza, porque esto de esconder sentimientos se me da muy mal. Lo he intentado con Holden y se me está desbordando, ya no puedo contenerlo más.

—La verdad es que sí tengo la cabeza en otro lado, perdona. No lo puedo evitar.

—¿Quieres contármelo?

¿Quería? Más bien lo necesitaba. Al fin y al cabo Tristan es un tío, quizás podría ayudarme a aclarar qué está pensando Holden ahora mismo. No es que crea que todos los hombres son iguales, aunque sí que quizás él entienda su funcionamiento cerebral mejor que yo, que si tengo que hacerle caso a Sonja, soy un poco limitada para los temas del corazón.

Así que cojo aire y lo suelto.

—Besé a un chico, bueno, nos besamos, a mi mejor amigo para ser más concreta, bueno, a Holden, ya lo conoces... Y ahora no sé qué hacer, y él no me ha dicho nada y...

Me parece ver cómo la mandíbula de Tristan se tensa al mencionar a Holden, que, al parecer, no le cae muy bien. Aun así, se acerca y me coge de la mano para guiarme hacia el banco que hay en medio de la sala, que tiene espacio para los dos, aunque un poco apretujados. Se sienta casi en el borde, para dejarme espacio a mí. De nuevo siento unas cosquillas cuando toca mi mano con suavidad, casi como si le diera miedo, aunque la retira enseguida.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche —confieso, y me siento un poco tonta porque me doy cuenta de que ni siquiera han pasado veinticuatro horas y yo ya estoy de los nervios.

Se hace el silencio un par de segundos, en los que parece meditar sus palabras.

—Vale, quizás aún sea un poco pronto, seguramente él también estará confuso, y no sepa qué decirte.

—¿Tú crees? —Le miro esperanzada.

—Claro. —Me dedica una sonrisa para calmarme, aunque le sale algo forzada. Parece que ni él mismo cree en sus argumentos. Prosigue para intentar convencerme—. A los hombres esto de procesar y analizar nuestros sentimientos se nos da algo peor que a vosotras, así que dale tiempo. Si ves que no te dice nada, sácale tú el tema. Creo que lo mejor siempre es hablar las cosas, ser sincero, para evitar malentendidos.

Dicho así, parece la mar de sencillo y que yo me estoy montando una película mental de aúpa. Intento forzar una sonrisa, porque los nervios siguen en mi estómago, pero me doy cuenta de que Tristan tiene razón. Es muy pronto, seguro que Holden está tan sorprendido y confuso como yo, y no sepa cómo abordar el tema. Lo malo es que yo tampoco.

—Anda, salgamos de aquí. Te invito a un helado.

—¿A un helado? Qué te crees que tengo, ¿quince años?

Tristan se ríe con una sonora carcajada.

—Los helados siempre ayudan. Y usted perdone, señorita “he besado a un chico y no sé qué hacer”.

—¡Oh! —Finjo ofenderme por su comentario destinado a pincharme, pero lo cierto es que me ha hecho gracia, porque sí que parezco una quinceañera estúpida.

Salimos por la puerta de atrás para evitar el gentío y ambos nos despedimos de Tom y le damos las gracias de nuevo. Me parece ver que Tom le guiña un ojo a mi amigo, aunque deben de ser imaginaciones mías.

Al salir, Tristan se para ante una cola de gente en una *roulotte* donde venden helados.

—¿Aquí? —le pregunto algo desconfiada.

—Créeme, son los mejores helados de Ámsterdam.

Cuando nos toca, yo pido un helado de limón, como siempre, y él uno de *stracciatela* con virutas de chocolate de colores por encima, y yo me río de él.

—¿Quién tiene ahora quince años?

—¿Qué pasa? Está buenísimo.

—Es que..., no te pega.

Me mira burlón.

—¿Que no me pega?

—No, te pega algo más serio y estirado, como helado de té matcha o algo así.

Parece que le he tocado la fibra porque se le desdibuja un poco la sonrisa.

—¿Crees que soy estirado?

—Pues... —Vaya, me he metido en un jardín—. Estirado no, un poco serio quizás, pero eso no es malo. Yo también soy seria.

—Y que lo digas. Te traigo al mejor sitio de helados de toda la ciudad, ¿y te pides un soso helado de limón? —Me doy cuenta de que ha dejado pasar mi comentario, aunque creo que le ha molestado más de lo que me deja entrever.

—¿Qué pasa? Me gusta, y para qué arriesgarme con sabores extraños.

—En esta vida hay que arriesgarse, Clara. El que no arriesga no gana.

No sé a qué se refiere exactamente, aunque intuyo que no está hablando de helados.

CAPÍTULO 11

SOLO FUE UN BESO

El domingo creo que voy a morir de nervios.

Sé que han pasado solo dos días, que es pronto, que Holden quizás esté asimilando todavía lo que pasó, o puede que ni siquiera haya pensado más en ello, porque es Holden y estará acostumbrado a que las chicas le besen. Pero yo no puedo estar una semana así, con todo esto comiéndome por dentro, quiero saber..., necesito saber qué siente, si es que siente algo, para poder seguir hacia delante. Si no comparte mis sentimientos, entonces... Entonces me escocerá, pero podrá empezar a curar. Si por el contrario, lo que le pasa es que tiene miedo, entonces intentaré que lo supere. Que lo superemos juntos, porque yo también lo tengo.

Tras poco más de dos horas de ensayo, he tenido que dejar el chelo a un lado porque no estoy concentrada. Las notas me salen forzadas, mecánicas, sin vida. Dejo mi arco, frustrada, y me voy a mi habitación para cambiarme. Necesito salir a ver si el aire fresco me aclara las ideas.

Por fin he podido quedar con Sonja, quien, a pesar de que acaba de terminar una guardia, ha accedido a tomarse un café conmigo, cuando le he dicho que era una emergencia.

Le he contado los últimos acontecimientos con Holden. Nuestra noche, el beso, y la huida. Y el silencio.

—Vaya... Me he puesto cachonda con vuestro beso —bromea, mientras se toma su café descafeinado. Piensa desmayarse en la cama en cuanto llegue a casa, me dice.

—¡Sonja! Que no estoy para bromas.

—Vale, vale... —Hace una pausa—. ¿Ese chico te gusta de verdad? — Me siento de nuevo como una quinceañera.

—Creo que sí. —Me cuesta reconocerlo, aunque no tiene sentido engañar a Sonja, y mucho menos engañarme a mí misma.

—Entonces tienes que hablar con él. No lo dejes pasar. Seguro que él no quiere hablar del tema, ya sabes, es un hombre, esto de hablar no se les da muy bien, así que tendrás que ser tú la que dé el primer paso.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si... no siente nada por mí?

—Pues entonces yo estaré a tu lado —dice, apretando mi mano—. Cielo, tienes que saberlo, para pasar página, o para ir a por él. La incertidumbre es lo peor.

Tiene toda la razón. La incertidumbre es lo que me está matando. Casi puedo sentir como se va formando un pequeño agujero en mi estómago.

—Está bien. Lo haré —accedo de mala gana, porque tengo miedo. Aunque no puedo seguir así, dándole vueltas y más vueltas sin llegar a ninguna parte. Tengo que saber qué es lo que siente Holden por mí.

—Tendré el teléfono encendido y una botella de tequila preparada por si acaso. —Se ríe, aunque sé que es cierto, que lo hará.

Cuando dejo a Sonja hago acopio de toda mi valentía y, ni corta ni perezosa, me presento en el piso de Holden, hacia las doce del mediodía, porque seguro que ayer salió y se ha acostado tarde.

Cuando estoy a punto de llamar al timbre caigo en la cuenta que puede que esté acompañado, y el nudo de mi estómago sube hacia mi garganta, hasta casi dejarme sin respiración.

Llamo al timbre, rezando para que Holden haya dormido en casa y esté solo (bueno, con su compañero de piso), y dejo escapar el aire contenido cuando veo que es él quien me abre la puerta, con cara soñolienta, despeinado y en calzoncillos. No puedo evitar echar una miradita rápida, ¡ay, Dios! ¿Clara, qué haces?

Al verme abre los ojos como platos y se queda inmóvil en el quicio de la puerta, sin saludar, ni nada.

Como soy un poco masoquista, miro por el hueco que queda abierto y veo a una chica en el sofá, en ropa interior, tomándose un café o lo que sea. A lo mejor es un tequila y siguen de fiesta.

Siento como si me hubieran golpeado en el estómago, y que estoy a punto de llorar cuando veo que su compañero de piso sale de su habitación, nos ve, y a continuación le da un beso en la boca a la chica del sofá, y se acomoda a su lado. Yo suelto todo el aire que tenía contenido en los sienta

—¿Podemos hablar? —le suelto. Luego caigo en la cuenta que yo tampoco le he saludado.

—Eh..., claro, dame unos minutos para que me vista. ¿Quieres..., quieres pasar? —lo dice sin mucha convicción. De hecho, ninguna. Ni siquiera termina de la puerta.

—No, gracias, estoy bien aquí.

Yo tampoco quiero pasar, ni sentarme al lado de esa chica en ropa interior y del compañero de piso de Holden, que no conozco de nada. Me siento violenta y una clara presencia no deseada.

—Está bien, como quieras.

Holden deja la puerta entreabierta, para no darme con la puerta en las narices, supongo. La chica semidesnuda y el chico intercambian unas palabras en susurros, ésta se levanta y se va a una de las habitaciones, dando un portazo a la puerta. Vaya, parece que está enfadada.

Sale en poco más de cinco minutos, con el pelo mojado, oliendo a limpio y a perfume, con unos vaqueros y una camiseta y su chupa de cuero, guapo y perfecto, como siempre. Aunque falta su sonrisa de medio lado. Aún no la he visto. Parece nervioso.

—¿A dónde quieres ir? —pregunta.

—No sé, a cualquier cafetería que esté cerca. —Me encojo de hombros. Me da igual, a algún sitio donde pueda sentarme y tomarme un café o una tila, doble a poder ser.

Llegamos a una pequeña cafetería, que además es panadería, con cinco o seis mesas, y un escaparate con unos bollos buenísimos, lástima que tenga el estómago cerrado.

Nos sentamos en un silencio incómodo, pedimos dos cafés y Holden pide un croissant.

—¿A que debo el honor de la visita? —Lo sabe a la perfección, aunque intenta aliviar la tensión, o quizá espera que yo no saque el tema.

—Ya lo sabes. —Los rodeos no son lo mío, lo reconozco—. Me gustaría hablar de lo que pasó el viernes.

Noto enseguida cómo se tensa en el asiento, se le ve claramente incómodo.

—Ajá. —No sabe cómo salir de esta. Y veo que él no va a empezar a hablar así que me toca a mí.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Qué fue... eso?

—Eso fue un beso, Clarita —me dice, medio burlón. Yo tengo ganas de matarlo, porque no estoy para bromas.

—Sé lo que fue, Holden. Lo que no sé es lo que significó, ni por qué saliste corriendo después.

Carraspea. Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—Clara, yo...

—¿Sí? —Reconozco que estoy disfrutando un poquito viéndole sufrir. Al menos no soy la única. Soy incapaz de darle un sorbo al café, porque creo que lo vomitaré tal cual entre por mi garganta.

—Solo fue un beso... —Está mirando su taza, sin levantar la vista.

—A mí me pareció algo más. Quiero decir que si tú no hubieras parado, habríamos, habríamos...

—Por eso lo paré.

Sí, pienso con amargura, lo hiciste.

—¿Por qué?

Levanta la vista sorprendido.

—¿Por qué? ¿Es que tú querías...?

Me sonrojo hasta la raíz del cabello, pero tenemos que hablar de esto sí o sí.

—¿Es que tú no? Porque me pareció que sí... — No puedo creer que haya sido capaz de decir eso en voz alta, aunque mis ojos permanecen en mi taza, incapaces de mirarle.

Holden se remueve en su asiento. Está claro que esta conversación le disgusta y le incomoda. Vaya, practicar sexo se le da muy bien (o al menos en mi imaginación lo hace), hablar de ello no tanto.

—Vale, a ver, fue una noche bonita, lo estábamos pasando bien, tú estabas preciosa y distinta, atrevida... El alcohol, nuestra conversación... Todo estaba siendo un poco íntimo, y se me fue de las manos. Lo siento. — Holden tampoco levanta la vista de su café mientras me suelta toda esa retahíla.

—¿Que lo sientes? ¿Sientes haberme besado?

—No, no quería decir eso. El beso estuvo genial... —Carraspea de nuevo.

Yo no digo nada, y voy removiendo el café con leche, que ya casi tengo al punto de nata.

—Entonces, ¿por qué saliste corriendo? —alcanzo a preguntar.

—Porque me asusté. No sabía qué hacer, Clara. Si me quedaba allí me iba a ser muy difícil no...

—¿No qué?

—Ya lo sabes.

Ya. No acostarse conmigo. ¿Y qué habría tenido eso de malo? Eso ya no me atrevo a preguntárselo, porque soy una idiota, una cobarde, y porque no quiero oír la respuesta.

—¿Sabes lo mal que me he sentido estos dos días, sin saber nada de ti? Me besas, y luego te vas corriendo, y me dejas ahí, sin saber qué pasa, pensando que he hecho algo mal. —Me cuesta pronunciar esas palabras, confesarle que he estado pensando en él, en ese beso... Pero al mismo tiempo quiero que lo sepa. Que me ha hecho daño.

—Soy un capullo...

—Sí, lo eres.

—No había terminado.

—Perdón. Es que... No sabía qué decirte.

Me espero que diga algo más, pero se calla.

—¿Eso es todo?

—No, sí...

—Qué tal: “Hola, Clara, ¿qué tal estás? Me gustó mucho el beso del otro día”. O quizás “Clara, lo siento, lo del otro día no volverá a repetirse, porque somos amigos, y no quiero complicar las cosas entre nosotros”. — Personalmente prefería la primera opción, pero cualquiera habría sido mejor que la incertidumbre.

Se frota la cara, nervioso.

—Yo... Es que tú no eres como las demás, Clara. En el buen sentido. Y no quiero estropearlo.

—¿Me estás diciendo que no vas a arriesgarte nunca? No me refiero a mí —rectifico rauda, aunque no es cierto, porque claro que me gustaría que se arriesgara conmigo—, sino en general. ¿Es que nunca te has enamorado?

—No.

Su respuesta, tajante, me desconcierta y me asusta, por partes iguales.

—¿No? ¿Ni cuando eras adolescente? Todo el mundo se enamora siendo adolescente. De tu profesora, de una vecina, de una amiga, de la madre de tu amigo...

—¿De la madre de mi amigo? ¿Por quién me tomas? —Holden finge ofenderse, aunque sé que le ha hecho gracia mi comentario, porque sonrío.

—¡Y yo qué sé! ¡Solo era un ejemplo! —Y me río, y él también, y la

tensión que hay entre nosotros se diluye un poco.

—Mira Clara... —Holden hace el amago de acercar su mano a la mía, pero la deja a medio camino—. Tú eres especial, diferente... Contigo me lo paso bien, tengo ganas de verte, de charlar contigo, de contarte cómo me ha ido el día, de escucharte, de hacerte reír. Eres con la única chica con la que me pasa esto. Y no quiero estropearlo. Si tú y yo..., ya sabes, estuviéramos juntos, seguro que lo estropeo, porque sí, porque soy un capullo con las tías.

Suspiro. Sus palabras me llenan, me tranquilizan y me inquietan a partes iguales. Porque dicen lo que no quería oír. Que soy especial, más que las chicas con las que se acuesta, algo que siempre he querido pensar, y que nunca había confirmado, y escucharlo de sus labios es muy agradable y halagador, me reconforta, pero en definitiva, que no soy lo suficientemente especial para que quiera arriesgarse conmigo.

Acordamos no volver a hablar del beso, ni de esa noche. Acordamos seguir siendo amigos. Acordamos no complicar lo nuestro. Y yo finjo que todo eso me parece bien, porque no me deja otra opción.

Cuando llego a casa, me siento en el sofá, a oscuras y en silencio, rememorando la conversación, una y otra vez. Intento quedarme con las palabras que no me hacen daño, con las que son como una medicina para el mal de amores: “Clara, tú eres especial, diferente... Contigo me lo paso bien, tengo ganas de verte, de charlar contigo, de contarte cómo me ha ido el día, de escucharte, de hacerte reír.”

Me las repito en mi mente una y otra vez, como un mantra, esperando que calmen la angustia que siento en el pecho, aunque no lo hacen. Porque una vocecilla dentro de mí se empeña en repetirme: no eres suficientemente buena para él.

Y siento como algo dentro de mí se rompe un poquito.

CAPÍTULO 12

UNA NO CITA LA MAR DE EXTRAÑA

Necesito alejarme de Holden y del remolino de sentimientos que me provoca nuestra relación, o mejor dicho, nuestra no relación. Esta semana me centro en mi música, toco y todo durante horas, olvidándome de todo y de todos. Toco por placer, y para evadirme de la realidad. No solo las piezas que tengo que ensayar para el concierto, también mis piezas favoritas. El prelude de la Sonata para chelo número 1 de Brahms consigue que me funda con la música, con las notas que yo misma creo, y me eleve por encima del sonido, y me vuelva etérea, de modo que fluyo, y mientras toco nada puede atraparme, ni lastimarme.

A finales de semana tenemos una serie de conciertos benéficos y será como un ensayo general antes de la gira.

Casi no salgo de casa, solo para comprar comida o desayunar en una de esas pastelerías que tanto me gustan. Es el único placer que me concedo esta semana. Estoy imbuida de música, de su espíritu, y disfruto de esa soledad en la compañía que ella me concede.

El jueves hacia de las cuatro de la tarde llaman a mi puerta. Cuando voy a abrir no veo a nadie. Sin embargo un pequeño papel de libreta capta mi atención. Lo cojo y resulta ser una nota que alguien ha dejado ahí, junto con un táper.

“¿Estás bien? Tu música suena algo triste. T.”

Por un momento siento como si Tristan pudiera leer dentro de mí, y me siento cohibida. ¿Tan transparente soy, que incluso a través de mi música puede saber cómo me siento? Es un tanto extraño y reconfortante a la vez.

Cojo el táper, pensando que son los macarrones de su madre. Cuando lo abro me sorprende un estallido de colores, en forma de gominolas caseras, de esas que venden en las ferias, nada de esa basura prefabricada que venden en

las tiendas de chucherías; de limón, de fresa, de naranja, de menta... Todos los colores posibles reunidos en ese pequeño espacio. Es casi mágico.

Dentro hay otra nota: “Creo que un poco de azúcar te irá bien. T.”

Sonríó como una boba por el detalle, tan nimio y tan bonito a la vez.

Sin pensarlo, voy hacia su piso y llamo a la puerta.

Esta vez es Tristan quien me abre, con una sonrisa en la cara.

—Espero que te gusten las gominolas.

—Claro que me gustan, ¿qué clase de bicho raro crees que soy?

—No lo sé, ¿uno al que no le gustan los helados de *stracciatella* con virutas de chocolate?

—Ahí me has pillado. Bueno, no es que no me guste, es que no lo he probado.

—Pues eso habrá que remediarlo.

Andrés me saluda efusivo, como siempre.

—¡Clarita! Anda entra. ¿Va todo bien? Últimamente no se te ve el pelo, todo el día en casa encerrada tocando esa música, que es preciosa, no me malinterpretes, pero mujer, tienes que salir un poco a que te dé el aire.

—Creo que tienes razón. Ya no sé ni a qué día estamos.

—Es jueves —contesta Tristan—, así que te mereces un descanso. Y yo también, que estoy hasta las narices de tanto estudiar.

—¡Es “juernes” y el cuerpo lo sabe! —dice Andrés en español, bailoteando como un tonto.

Tristan y yo nos reímos, aunque creo que no ha entendido el significado de la palabra y tenemos que explicárselo.

—¿Quién es tu víctima de esta noche? —le pregunto, porque seguro que habrá alguna.

—Pues una preciosa rubia a la que conoceré esta noche, lo presiento. — Andrés tiene debilidad por las rubias. Será porque en España escasean.

Me río, la seguridad de Andrés es aplastante, y divertida. Él es así, no esconde nada, lo que hay es lo que ves, no pretende engañar a nadie, ni siquiera a las chicas con las que se acuesta, regalándoles piropos vacíos. Él es sincero. Solo pretende pasárselo bien y que ellas se lo pasen bien. Ojalá yo pudiera ser tan desinhibida. Pero no, yo tengo que fastidiarlo todo con sentimientos de por medio.

—¿Te dan miedo las agujas? —pregunta Tristan, sin venir a cuento.

—¿Qué? No, ¿por qué? —Luego caigo en la cuenta—. Oye, no pensarás

que vamos a ir a hacernos un tatuaje, ¿verdad? Porque si quieres yo te acompaño, pero ni muerta me tatúo algo en la piel.

Tristan se acerca a mi oído y me susurra:

—Ni siquiera en algún lugar... ¿oculto?

Mi garganta se convierte de repente en el desierto del Gobi y tengo que forzarme para aparentar normalidad.

—No, ni siquiera ahí.

Suelta una carcajada.

—Tranquila, te estaba tomando el pelo. Prometo que no vamos a hacernos ningún tatuaje.

—¿Entonces, a dónde vamos? —pregunto, recuperando la compostura.

—Ya lo verás —contesta, misterioso.

—Andrés, ¿vienes con nosotros a dónde sea que Tristan vaya a llevarme? ¿Por cierto, tú sabes qué está tramando? —busco un aliado en Andrés, porque por algún motivo que desconozco estar a solas con Tristan me parece algo peligroso.

Andrés pone su mejor cara de niño bueno y niega con la cabeza.

—No tengo ni idea, Clarita. Pero estate tranquila, que Tristan es un poco muermo, a lo mejor te lleva a un concierto de música clásica o al ballet o a algún rollo de estos.

Yo levanto una ceja y Andrés se da cuenta de su metedura de pata.

—Oh, no, no quiero decir que lo que tú haces sea un rollo, tú tocas de maravilla, Clarita, yo, esto...

—Tranquilo, Andrés, ya te he entendido.

La verdad es que viviendo de él no puedo enfadarme. Es tan encantador, y siempre dice lo que piensa, así, sin filtros. Lo cierto es que le envidio un poquito, no es que yo no sea sincera, solo que él no le da importancia a lo que piensen los demás, si les gustará o no, y por eso es imposible enfadarte con él —. Pues entonces nos vamos. Que tengas suerte esta noche.

—No la necesito, *mon amour* —dice, en una mezcla de español y francés, mientras se despide con la mano.

Tristan coge el táper de gominolas.

—Esto sí lo vas a necesitar.

Este chico es la mar de extraño, pienso. Aunque una parte de mí está emocionada por no saber a dónde voy ni qué es lo que tiene pensado para mí. Me apetece que me sorprenda.

Vamos paseando por Rembrandpark, uno de los muchos parques que tiene Ámsterdam, en silencio, disfrutando del paisaje. A pesar de lo que pueda parecer, esos silencios con Tristan ya no son incómodos. Al contrario, me hacen sentir tranquila, en paz. Me he dado cuenta de que Tristan es hombre de pocas palabras y solo habla cuándo le apetece, no habla por hablar, no necesita rellenar esos espacios.

—¿Puedo preguntarte si va todo bien con tu amigo? ¿Habéis solucionado el tema? —pregunta, así, sin preámbulos, aunque pidiendo permiso para entrometerse en mi vida privada. Él siempre tan educado. Sé que no lo hace por mera curiosidad, sino porque el otro día vio que no estaba bien y de algún modo se preocupa por mí.

—Lo hemos hablado, sí.

—¿Y? —Esa pregunta podría englobar muchas otras. ¿Qué te dijo? ¿Qué le dijiste tú? Aunque creo que lo que está preguntando es cómo estoy.

—Y hemos quedado en que fue un momento bonito, del que no vamos a volver a hablar, porque somos amigos y no queremos estropearlo.

No sabía por qué estaba usando el plural. La verdad es que eso no es lo que habíamos acordado, aunque es lo que quería Holden, no lo que quería yo. Y creo que se nota en mi voz poco convencida.

—¿Y eso es lo que quiere él o también lo que quieres tú?

Se gira hacia mí y me mira. Yo bajo la cabeza porque no quiero mentirle, ni tampoco reconocer en voz alta la verdad. Mi silencio es su respuesta.

Asiente con la cabeza, sin decir nada.

Nos detenemos ante la puerta del Hospital Holanda, cerca de la zona de los Museos.

—Vamos, ya hemos llegado.

—¿Aquí? ¿Estás bien? ¿Estás enfermo?

Por un momento siento un peso en el pecho, y me siento estúpida hablándole a Tristan de mis penas de amor de una adolescente de veintiséis años cuando él tiene cosas más graves de las que preocuparse.

— No, no, tranquila. Sígueme.

Le sigo, intentando pensar qué demonios hacemos en el hospital, si él no está enfermo y deduzco que vamos a ver a alguien. ¿A su madre? ¿Está enferma? ¡Y yo contándole mis penas de amor! Ay, Dios, ¿va a presentarme a su madre? Como dije que quería conocerla. Pero, ¿aquí? ¿Y por qué me va a presentar a su madre?

Antes de que pueda volverme loca, entramos en una sala blanca, con asientos reclinables y pequeñas pantallas de televisión. Alguien con una bata blanca sale a recibirnos.

—¿Es su primera vez como donante?

—¿Eh? —Es todo lo que consigo articular.

—No, la mía no —contesta.

—¿Donante de qué? —pregunto con miedo.

Tristan y el de la bata blanca se miran y se ríen, el primero a carcajadas y el segundo de forma algo más disimulada.

—De sangre, ¿de qué va a ser? ¿Crees que van a extirparte los órganos para el mercado negro o algo así?

Le miro enfurruñada porque habría estado bien que me contara a dónde íbamos, sobre todo si implica una aguja y sangre de por medio.

—¿De qué va esto? —le pregunto intrigada.

Tristan se pone serio.

—Vengo de vez en cuando a dar sangre, cada tres o cuatro meses. He pensado que, si no te dan miedo las agujas, quizás te animarías —espera mi reacción, que no llega, de lo sorprendida que estoy. Este es el lugar más extraño al que nadie me ha traído jamás—. No tienes que hacerlo, si no quieres. —Su cara es una mezcla de burla y de reto—. Cuando termine, me das unas cuantas gominolas de las tuyas para recuperarme y luego nos vamos a comer algo, si te parece bien.

—¿Qué? ¿Y te vas a comer todo eso tú solo? Ni pensarlo.

Y me remango la manga de mi jersey, dando a entender que estoy dispuesta a hacerlo. Nunca antes he dado sangre, es algo que no se me había pasado por la cabeza, pero ya que estábamos allí, por qué no hacerlo. Pensándolo bien, es un gesto generoso y altruista. Muy de Tristan, pienso. Aunque no lo conozco lo suficiente para pensar algo así.

Él se ríe.

—Vale, valiente. Primero tienes que rellenar un cuestionario —me indica.

En un rincón de la sala hay dos mesas con cuestionarios, que cogemos y rellenamos en silencio. Yo lo miro de reojo mientras rellena el suyo. Cuando llego a la pregunta de si he tenido relaciones sexuales los últimos meses sin protección no sé si reír o llorar. Ni sin, ni con. Nada de nada. Me sorprende intentando leer qué es lo que ha puesto él en el suyo.

Este hombre me desconcierta. ¿Qué habrá pasado por su cabeza para traerme aquí? No se me habría ocurrido nunca llevar a nadie a dar sangre, la verdad. A no ser que quisiera que saliera corriendo. Sin embargo, él parece tan seguro de sí mismo.

—¿Ya has terminado? Ahora te tomarán la presión y te medirán el hierro. Si estás bien, te harán la extracción.

Mis resultados parecen ser buenos, porque me hacen pasar a uno de los sillones. Tristan se tumba en otro, a mi lado.

—¿Qué brazo quiere?

No me asustan las agujas, no me duelen, pero siendo sincera, tampoco me gustan. Prefiero no tenerlas cerca, para ser sincera.

—El izquierdo.

Así que miro hacia la derecha, hacia donde está Tristan. Está la mar de tranquilo, viendo lo que sea que echan en la televisión, y de vez en cuando se gira hacia mí y me sonrío, como si guardara un gran secreto.

—¿No crees que es un lugar muy extraño para una cita? —bromeo, para calmar los nervios, mientras sigo las instrucciones del enfermero y abro y cierro el puño izquierdo, despacio.

—¿Quién ha dicho que esto sea una cita? —Sonríe burlón y yo quiero tirarle algo a la cabeza, pero no tengo nada a mi alcance y mejor no moverme, no se vaya a salir la aguja y empiece a salpicar la sangre, porque entonces seguro que me desmayo—. ¿Es que quieres una cita conmigo? Si es así, no tienes más que pedírmela —pronuncia en un susurro, acercando su cuerpo al mío. Y juraría que la jeringuilla se ha quedado sin sangre durante unos instantes, porque se ha ido toda a mi cabeza.

—Eres bobo.

Tristan se ríe de mí ya sin disimulo y yo finjo estar enfurruñada.

Cuando terminamos, nos llevan a otro rincón de la sala, en la que hay zumos, agua, y algún tentempié, para recuperar líquidos y fuerzas.

Nos tomamos un zumo y nos comemos las gominolas, en silencio, hasta que lo rompo, porque me muero de curiosidad.

—¿Por qué aquí?

—Porque dijiste que sentías que no hacías nada importante, nada que valiera la pena. Pues con este pequeño gesto acabas de salvar vidas. Esto importa. —Mientras habla me clava sus ojos azules de forma tan intensa que tengo que desviar la mirada.

No sé qué decir. No solo me escuchó el otro día, en la cervecería, cuando le contaba cómo me sentía, sino que se acordaba de mis palabras y ha hecho esto para que yo me sienta mejor. Me siento abrumada.

—Gracias. —Es todo lo que pude decir en ese momento, porque me ha conmovido.

Asiente con la cabeza, sin palabras. No hacen falta.

Vamos a comer a una pizzería, donde pedimos una *focaccia*, una ensalada para compartir, y una pizza para cada uno. Yo protesto, porque es demasiado, pero Tristan me dice que tenemos que recuperar fuerzas. No pedimos vino porque no es buena idea, después de haber dado casi medio litro de sangre, así que nos decantamos por un par de cervezas bien frescas.

Charlamos, le cuento lo de mis próximos conciertos, le hablo de la bruja de Sophie, de los nervios por la gira, las ganas que tengo de celebrar la pre—Navidad con mi familia, la relación especial que tengo con mi abuela... De hecho me doy cuenta de que solo estoy hablando yo y él escucha. Lo que se le da muy bien, por cierto.

Volvemos paseando de nuevo por el parque Rembrandt, y me paro ante un artista callejero, admirando sus carboncillos, que son extraordinarios, de un realismo como pocos he visto.

Tristan se detiene a mi lado y también observa los dibujos, con admiración.

—Es muy bueno —me dice, en lo que yo coincido.

—¿Quieren que les haga un retrato, pareja? —nos pregunta el hombre, afable. Es un hombre delgado, con las facciones muy marcadas, y una gorra protegiéndole la cabeza del frío y quizás también, de la calvicie.

—Oh, no, nosotros no somos...

—Claro —me interrumpe—. ¿Por qué no?

Y como no quiero ser grosera con ese hombre tan amable, nos sentamos los dos en unas sillas como las de los directores de las películas, mientras ese hombre comienza a dibujar. El hombre nos hace sentarnos casi uno enfrente del otro, mirándonos, nos indica.

Sus trazos son rápidos, seguros. Yo me estoy muy quieta, intentando mirar a Tristan, pero no siempre lo consigo, y tengo que bajar mis ojos. En cambio él parece tenerlos fijos en los míos, como si quisiera leerme, como si quisiera traspasarme, llegar a un lugar recóndito dentro de mi alma. Tiene una pequeña sonrisa permanente en la boca. Parece que está disfrutando del

momento y sé que también está disfrutando un poquito de mi azoramiento.

Apenas oigo el “ya he terminado”, me doy cuenta cuando Tristan se levanta y le paga al hombre nuestro retrato. Lo mira y veo como aumenta su sonrisa. Me lo tiende en silencio y yo le doy un vistazo rápido, porque me siento vulnerable, vulnerable ante su mirada y la de ese hombre, y temo que hayan podido leer en mí más de lo que me gustaría.

Lo miro y me veo a mí, con una sonrisa algo tímida y unos coloretos que espero que hayan salido de la imaginación del artista, y a un Tristan que me mira desde el lienzo, sereno y confiado, y con una sonrisa enigmática, como si guardara algún secreto.

—Quédatelo —dice—. Es un regalo.

Nos despedimos en el rellano.

—Gracias por esta tarde. Ha sido muy... interesante.

Y acerca su rostro al mío, despacio. Por un momento temo que va a besarme, y las piernas me tiemblan, pero sus labios no se dirigen a mi boca, sino a mi cara, primero una mejilla, luego la otra, despacio, recreándose en cada una de ellas, y siento el fuego arder en mis mejillas.

—A...Adiós —baluceo, entrando rápidamente en mi piso, donde recupero la respiración. ¿Qué. Ha. Sido. Eso?

Un par de horas más tarde, cuando estoy a punto de quedarme dormida, rememorando nuestra despedida, el tacto de su piel en la mía y el calor que desprendía, me percató de que es jueves y no he llamado a mi familia. Y lo que es peor, ya es demasiado tarde para hacerlo. ¡Maldita sea!

CAPÍTULO 13

NAVIDADES EN FAMILIA

Madrid, cómo lo he echado de menos. A pesar de que cada vez que vuelvo me parece más bullicioso, más ruidoso, con más gente... disfruto enormemente de estar aquí. Del bullicio de la Plaza del Sol, de las compras navideñas sin empujones (claro, esto de hacerlas un mes antes es lo que tiene), de los grupitos de adolescentes que se reúnen en la calle Preciados, de las luces del árbol de la plaza, hasta de los apretujones del metro, aunque de eso también hay en Ámsterdam.

Aunque sin duda de lo que más disfruto es de mi familia. Cuando llego a mi casa de La Sierra, un barrio a las afueras de Madrid, mis padres y mi abuela me reciben con sus horribles jerséis navideños, me obligan a ponerme el mío, se pelean por abrazarme, besarme, y se nos escapan algunas lágrimas. Mi madre se empeña en hacernos una foto a los cuatro, y aunque estoy cansada, creo que es mejor dejarla que discutir con ella, así terminamos antes, así que pongo mi mejor sonrisa.

Mis padres son grandes amantes de la Navidad, y este año lo han dado todo. Toda la casa está repleta de adornos navideños, mire donde mire, guirnaldas, figuras de osos, renos, alces, Papá Noël, ángeles, etc. por toda la casa. Una corona de flores en la puerta, un centro navideño con piñas y nieve en la mesa, los calcetines en la chimenea. Todo está precioso. Y mi madre está haciendo chocolate caliente. Me cuesta contener las lágrimas ante todo ese despliegue hogareño; hace que me dé cuenta de todo lo que no tengo en Ámsterdam y de lo que los he echado en falta.

Estoy cansada por el viaje, así que hoy sustituimos la cena por el chocolate con churros y por la conversación que se reduce a las mil preguntas que me hacen mis padres. ¿Estás bien? ¿Comes bien? ¿Hace mucho frío allí? ¿Has conocido a alguien?

Intento contestar a todas, una a una. Las preguntas se atropellan, hasta que mis padres se dan cuenta e intentan relajarse un poco.

—Vamos, vamos, que la niña ya está aquí, ahora no me la agobiéis a preguntas —dice la abuela—. Dejadla descansar y mañana será otro día.

La abrazo y le doy un beso en la mejilla. Mi abuela, que siempre sabe cómo me siento, lo que estoy pensando, lo que necesito.

—Abu, ¿te vienes a mi cuarto y me cantas una nana?

Vale, puede parecer raro, pero es una tradición entre mi abuela y yo. Ella me la cantaba siempre antes de irme a dormir cuando era pequeña, y nunca dejó de hacerlo, y yo me acostumbré a dormirme con la voz de mi abuela. Nunca duermo tan plácidamente como cuando ella me canta, porque eso significa que estoy en casa. Es lo que más echo de menos en Ámsterdam.

Mi abuela entona “A la nanita nana” con su voz dulce y algo temblorosa por la edad, y yo me dejo caer en los brazos de Morfeo, agotada y feliz.

A la mañana siguiente mi madre tiene preparado un desayuno para un regimiento de infantería al completo: tostadas, mantequilla y mermelada, zumo de naranja natural, café, fruta, croissants y ensaimadas. Dejo escapar un suspiro. Veo que aunque celebremos las Navidades antes, no voy a estar exenta de sus excesos.

Me bebo el zumo natural, y comienzo por las tostadas. Tengo un hambre feroz, a pesar de los churros con chocolate de ayer. Me doy cuenta de que mi abuela no está.

—Todavía no se ha levantado.

Me sorprende un poco porque mi abuela siempre ha sido de las de levantarse temprano. Luego caigo en la cuenta de que ya tiene una edad, y de que es normal que le cueste levantarse cada vez más.

Cuando baja la veo algo desmejorada, más delgada, con unas pequeñas ojeras y unas arrugas nuevas que no estaban cuando me fui. Siento como un pequeño dolor en el pecho al darme cuenta de que mi abuela es ya una persona mayor, y que no le queda mucho tiempo de vida, y que yo no estoy aquí para disfrutarla cada día, y tengo que obligarme a sacudir la cabeza para alejar esos funestos pensamientos. Mis padres y mi abuela están felices si yo lo estoy, y saben que estoy cumpliendo mi sueño. No querrían que fuera de otra forma. Lo sé con certeza, aunque también sé que eso no hace que mi ausencia sea más fácil.

Ella me ve y me abraza.

—¿Cómo está mi niña esta mañana?

—Muy bien, abu, muy feliz de estar aquí. —Tengo que hacer un

esfuerzo por contener las lágrimas.

—Oh, vamos, vamos, nada de lloros, que tenemos un fin de semana estupendo planeado para ti. ¿Qué plan hay para hoy, Rita?

—Esta mañana vamos a ir a patinar sobre hielo, y esta tarde prepararemos el árbol.

—¡Oh! —Aplaudo porque es algo que me encanta, y a mis padres también. Sí, a los dos. Patinan de miedo, de hecho fue mi padre el que me enseñó a patinar. De pequeña íbamos muy a menudo, luego ya no tanto.

—Abu, ¿vienes con nosotros?

—Oh, no, hija, tu abuela ya está vieja para patinar, mis huesos no soportarían una caída, y allí hace mucho frío. Yo os espero en casa mientras preparo una excelente comida, ¿te parece?

—Claro. ¿Qué vas a preparar? —Me relamo, porque mi abuela es la mejor cocinera del mundo.

—Una ensalada y unos calamares en tinta, algo ligerito. Recuerda que esta noche tenemos la cena de Navidad.

—¿Cómo se me va a olvidar? Aunque sea veinticuatro de noviembre —me río.

Aprovecho el viaje en coche para decirle a mi madre que veo a la abuela más mayor y manifestarle mi preocupación.

—No es nada, cielo, es que ha tenido un constipado que se le ha alargado mucho y se ha quedado más débil. No tienes de qué preocuparte, tu abuela es muy fuerte.

—Sí, lo es —coincido. Aunque me doy cuenta de que mi madre también está preocupada, aunque intente disimularlo por mí.

Cuando me pongo los patines, y comienzo a dar vueltas por la pista, se me pasa la preocupación. Mis padres me apuntaron a patinaje cuando era pequeña, por lo que no se me da nada mal.

Cojo velocidad y me doy la vuelta, patinando hacia atrás, girando, haciendo piruetas, y volando sobre la pista. Es una sensación de libertad, casi como cuando toco mi querido chelo. Allí, en el hielo, no hay nada más. Abro los brazos y disfruto de esa sensación. La pista no está muy llena, así que puedo patinar a mis anchas.

Mis padres tampoco lo hacen nada mal, mi padre había patinado de joven, y fue él quien enseñó también a mi madre. Siempre decía que había enseñado a patinar a dos generaciones de la familia y le encantaría que fueran

tres.

Les veo cogidos de la mano, sonrientes y felices, mirándose y regalándose algún beso de vez en cuando y de verdad que no sé cómo lo hacen, cómo consiguen mirarse así después de casi treinta años juntos.

Mi padre y yo hacemos unas cuantas piruetas, y al final patinamos los tres cogidos de la mano, conmigo en medio de los dos. Soy consciente que cualquiera que nos vea puede tener una sobredosis de azúcar, pero es lo que hay. También os diré que no es siempre así, cuando vivía en casa no lo era, aunque teníamos nuestros momentos. Los domingos eran siempre para nosotros, para nuestras partidas de cartas que siempre ganaba la abuela (y no por que la dejáramos), para nuestros Trivials, Monopolys o cualquier otro juego de mesa que descubriamos.

También teníamos nuestras discusiones. Sobre todo con mi madre. En especial cuando le dije que quería irme al extranjero. Soy su única hija así que no debió de ser nada fácil para ellos. Al final mi madre cedió, porque vio que iba en serio. Y creo que mi padre y mi abuela ayudaron a convencerla.

Por la tarde todos ponemos nuestro grano de arena en la decoración del árbol. Mis padres han comprado uno de verdad, como me gusta a mí, aunque es un problema para entrarlo y sacarlo de casa, por las medidas y lo que pesa; otro de los inconvenientes es que hay que barrer cada día, porque va soltando hojas. Por no hablar de la base, hay que encontrar alguna que no dejara escapar el agua. El parque de mis padres tenía una mancha del último árbol “de verdad” que compramos.

Todo eso nos dio igual. Creo que todos queríamos unas Navidades perfectas, bueno, unas pre—Navidades perfectas, para que ese sentimiento perdurara y pudiera llevármelo conmigo y retenerlo en las verdaderas Navidades, que pasaría sola.

Después de decorar el árbol busco un ratito para charlar a solas con mi abuela.

Vamos a mi habitación, y nos tumbamos en mi cama de matrimonio.

—Cuéntame, Clara, qué te preocupa. ¿Es por ese chico?

Me río por dentro porque parece que tenga quince años, en vez de veintiséis, pero aquí estoy, con mi abuela, hablando de un chico.

Muevo la cabeza de forma afirmativa.

—Nos besamos. Y fue increíble, pero él quiere que seamos solo amigos. Aunque... Creo que quiere algo más, aunque tiene miedo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque yo también lo tengo. Porque después de ese beso se abrieron muchas preguntas, muchas incógnitas, y estaba aterrorizada. Así que supongo que él también estará igual.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir? No voy a hacer nada. Me ha dejado claro que quiere que seamos solo amigos.

—¿Y qué quieres tú, cielo? No quiero que te pases la vida preguntándote qué habría pasado. Puede que funcione, o puede que no, pero no intentarlo es de cobardes. Y tú no eres una cobarde.

—No, no lo soy. Abu... ¿Cómo se sabe? Cuando encuentras al hombre de tu vida. No quiero sonar ridícula, ya sabes, como papá y mamá. Como tú y el abuelo.

La abuela dio un largo suspiro.

—Mi Ricardo, que Dios lo tenga en su gloria. Él lo supo antes que yo.

—¿Sí?

La abuela sonrío al recordarlo.

—Sí. Me vio y cuenta que se enamoró nada más verme. Que lo supo. Que yo era el amor de su vida. Yo no me di cuenta hasta más tarde. Fue él quien insistió en cortejarme, yo le dejé hacer, porque me gustaba, no diré que no, pero me costó un tiempo enamorarme de él. Porque yo no miraba con el corazón, sino con los ojos. Y el amor se siente aquí. —La abuela se tocó el corazón—. Si no hubiera sido por él, no estaríamos juntos, ni habría tenido a tu madre, ni ella a ti. Se lo agradeceré siempre, a mi Ricardo, el ser tan tozudo. ¡Mañico, era!

La abuela y yo nos reímos recordando al abuelo. Sí, era testarudo, y refunfuñón, y también tenía el corazón más grande que yo había visto jamás.

—Ay, abu, es que el amor duele.

—¿Y qué hay del otro chico?

—¿Qué otro chico? —pregunto confundida. No le he hablado a mi abuela de ningún otro chico. Bueno, sí, de Andrés, pero siempre le he dejado claro que somos amigos, nada más.

—Ese del que no me estás contando nada. Ese tan guapo y tan simpático. El pelirrojo que estaba en tu piso el otro día.

—¿Tristan? Es..., es solo un amigo. —Aunque me parece que me he sonrojado, porque en cuanto he pronunciado su nombre no he podido evitar

rememorar nuestra despedida del otro día. Su cara tan cerca de la mía, sus besos en mis mejillas, que parecieron más una caricia que un beso. Me estremezco de nuevo al recordar el roce de su piel sobre la mía.

—Ya. —La abuela asiente con la cabeza, aunque pone cara de que no me cree. Se incorpora en la cama, no sin dificultad, y me da un beso en la mejilla, puedo notar el contacto con los pliegues suaves de su piel. Ese contacto siempre me ha hecho sentir en casa.

—Cielo, recuerda, mira con el corazón, no con los ojos. Y créeme, cuando llegue, lo sabrás.

No tengo ni idea de lo que quiere decir mi abuela. Tampoco se lo pregunto porque sé que no va a darme otra respuesta. Así que tendré que conformarme con esa charla y con su sabiduría, que esta vez parece sacada de una de esas galletas chinas de la fortuna.

La cena es abundante, y transcurre rápido. Mi padre ha dispuesto todo su arsenal de aperitivos, jamón serrano, tostadas con mantequilla y salmón, foie y dátiles con *bacon*. Un consomé de primero, con virutas de jamón, huevo duro y pepinillos, y el capón con ciruelas y puré de manzana de la abuela. De postre una macedonia, y luego los turrone, polvorones y neulas de chocolate.

Siento que voy a explotar de un momento a otro, de tanta comida y tanta felicidad. Y por fin llega la hora de abrir los regalos. Siento ese cosquilleo en el estómago, por la anticipación, me encanta abrir los regalos, no tanto por el regalo en sí sino por la sorpresa. Me encantan las sorpresas la noche de Navidad. Por lo demás, no tanto. Me gusta tenerlo todo planificado y organizado en mi vida. La Navidad es una excepción. Es una noche para las sorpresas, para la magia, para atesorar recuerdos de esos que puedas traer contigo de vuelta en una noche fría y solitaria. Por eso es tan especial.

Me he puesto mi jersey navideño, así que los cuatro ofrecemos una estampa sacada de una postal. Solo nos falta un perro con las orejitas de reno.

Mis padres me han comprado un abrigo de lana color camel, calentito y precioso, y unas botas altas y elegantes de piel marrones, que me vendrán muy bien para el invierno en Ámsterdam. Mi abuela me ha tejido una bufanda y un gorrito rojos, que abrazo, me acerco a la mejilla y son tan suaves que podría morirme de gusto. Me los pongo de inmediato.

También me han comprado unos cuantos libros en español, porque saben que allí me cuesta encontrarlos.

Mi padre me ha envuelto embutidos al vacío para que los meta en la maleta, porque sabe que el jamón me pirra, y además me recuerda a mi casa.

Cuando abro el último paquete con mi nombre, veo la foto que nos hicimos el día anterior en un precioso marco navideño, que mi abuela debió llevar a revelar cuando estábamos en la pista de patinaje. Aparecemos los cuatro sonrientes, felices, con nuestros horribles jerséis y unas amplias sonrisas de felicidad.

—¡Es perfecta!

Me la llevaré conmigo de vuelta a Ámsterdam, y la miraré cada vez que eche de menos a mi familia.

Siento que me embarga la emoción y también algo de tristeza, por la vuelta inminente, y sacudo la cabeza ante ese funesto pensamiento. No, ahora no es hora de ponerse triste, sino de disfrutar de los míos.

Mi abuela abre mi regalo, es el cedé de uno de los conciertos que dimos la temporada pasada en Ámsterdam, porque sé que le encanta escucharme tocar y que lo echa mucho de menos. Ella abraza el cedé como si fuera un tesoro. También le he comprado una pulserita de plata con dos anclas, quizás fuera demasiado juvenil, pero la vi y pensé en ella, en nosotras.

—Yo tengo otra igual, abu, ¿ves? Y la llevaré siempre. Cuando te eche de menos, la miraré y sabré que tú tienes la tuya y que también estás pensando en mí.

Mi abuela me abraza, y llora, y ahora sí que no puedo retener las lágrimas. ¡Maldita sea! En momentos como este odio tener que irme tan lejos de mi familia. Aunque tengo un último regalo para ellos, para todos.

Me seco las lágrimas y veo que mi madre también tiene los ojos llorosos. Mi padre mira hacia otro lado.

—Esto es para vosotros.

Cuando lo abren, no saben bien lo que están viendo. Son unos billetes de avión. Seis, para ser más concretos. Me han costado una pequeña fortuna, pero es el dinero que más a gusto he gastado en toda mi vida.

—Es para que vengáis a verme al concierto de Año Nuevo. Para los tres. La abuela puede quedarse en mi casa, en mi habitación, y vosotros podéis mirar un hotelito barato, ya he mirado algunos y...

No puedo seguir hablando porque mi madre me abraza tan fuerte que casi me ahoga, y mi padre no se queda corto.

—Cariño, ¡Te habrán costado una fortuna! ¡No tenías que hacerlo!

Mi padre me susurra un “gracias” al oído y me acaricia la mejilla.

Mi abuela tiene el billete en la mano, que le tiembla de la emoción.

—Abu, ¡podrás venir a verme! Verás mi piso, y Ámsterdam, que es precioso, y conocerás a Sonja, y a Andrés y a Tristan... —Y pienso que ojalá conociera también a Holden, y pudiera vernos juntos y felices.

Mi abuela me abraza, y no me dice nada, creo que está emocionada. Cuando me suelta por fin habla.

—Claro, cariño. Me encantará.

Mis padres y yo recogemos la mesa, mientras mi abuela descansa un poco y nos preparamos para una de nuestras partidas de cartas.

Hacia las dos de la mañana estamos todos agotados, la abuela nos ha vuelto a ganar y yo solo pienso en mi cama de matrimonio, grande y mullida. Aunque una parte de mí no quiere irse a dormir, porque cuando me despierte, será el día de mi marcha. Mi abuela también está exhausta. Ha sido un día largo y lleno de emociones para todos.

Esa noche mi abuela no me canta una nana, aunque tampoco me hace falta porque caigo rendida en la cama.

A la mañana siguiente todos estamos un poco menos contentos, aunque intentamos que no se nos note. Todos sabemos que hoy me marcho otra vez, aunque falten unas horas, y el triste aroma a despedida se masca en el ambiente.

Desayunamos otra vez como si fuera nuestro último día en la tierra. Hoy no hay ningún plan preparado. Solo nosotros, la familia, en casa, y es lo que más podría desear.

Pasamos la mañana perezosos, viendo la televisión, como si fuera un domingo cualquiera. La abuela se sienta a mi lado y me coge de la mano. Mi madre y mi padre están abrazados. Ojalá pudiera retener este instante, guardármelo en una bola navideña, y llevármelo a mi otra casa, la que no es un hogar.

Comemos en un silencio que mi madre intenta romper a base de preguntas, mi padre me cuenta los últimos cotilleos sobre gente del vecindario que casi ni recuerdo y la abuela está inusualmente callada.

Después de comer, estoy preparando la maleta cuando entra mi abuela.

—Hola, cielo.

—Hola, abu. ¿Estás bien? Te veo cansada.

—Sí, cariño. Es que estoy cansada. Soy muy mayor, ¿sabes? —Y me

guiña un ojo.

Yo me río.

—Tienes setenta y siete, no son tantos. Hay gente que vive hasta los cien.

—Hay, cielo, qué pereza, yo no quiero vivir tanto—. Mi abuela hace una pausa—. Hija, ¿eres feliz?

—Claro. Es decir, os echo mucho de menos, pero estoy cumpliendo mi sueño. Y allí no estoy sola. Tengo a Sonja y a Holden, y ahora tengo a Andrés y a Tristan. Salgo de vez en cuando, lo paso bien. Estoy bien.

Mi abuela parece contenta con mi exposición, porque sonrío. Una sonrisa de esas amplias, limpias, sinceras.

—Me alegro, cielo. Porque te mereces toda la felicidad del mundo.

—Ay, abu, que vas a hacerme llorar.

Mi abuela me coge ambas manos.

—Tus padres y yo también te echamos mucho en falta, aunque se nos hace más llevadero saber que estás lejos porque tú lo has escogido. Que eres feliz, que estás viviendo tu sueño, todo aquello por lo que siempre has luchado. No dejes nunca de luchar por lo que quieres, Clara. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Tengo un nudo en la garganta.

—Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Y yo a ti. Y ahora deja que termine de preparar la maleta o vamos a llegar tarde al aeropuerto.

Son casi las doce de la noche cuando llego a mi casa. El taxista me ayuda a bajar la maleta del coche, y yo doy gracias a que mi nuevo piso tiene ascensor.

Intento no hacer mucho ruido con la maleta, porque las doce de la noche en Ámsterdam son como las dos de la mañana en España, y cierro la puerta con suavidad.

Me quito las botas nuevas, me pongo el pijama y dejo la maleta a un lado. No tengo fuerzas para deshacerla. Lo único que saco es la foto que me he traído bien envuelta en medio de la ropa y rezando para que no se rompiera. Para mi alivio, ha llegado intacta. La coloco en mi mesita de noche, al lado de la otra que tengo con mi abuela, y mi familia es lo último que veo antes de cerrar los ojos.

CAPÍTULO 14

UN EMPUJONCITO... O UN DESCALABRAMIENTO

Vuelvo a Ámsterdam con una idea fija en la cabeza. Mi abuela tiene razón. Tengo que dejar de suspirar por Holden y pasar a la acción o nunca va a suceder nada y me pasaré la vida preguntándome qué habría pasado si lo hubiera intentado. Aunque estoy muerta de miedo. Necesito otro empujoncito más, y Sonja es la persona indicada para dármelo.

Bueno, ella más que un empujoncito me metería de lleno en la cama de Holden, con un picardías. Eso sería infalible, me dice en nuestro encuentro.

—Mira que eres burra. Hablo en serio, Sonja.

—Y yo. Tienes que usar todo tu arsenal, Clara. Ponte guapa, queda con él en tu casa, le emborrachas y luego te lo llevas a la cama.

Dicho así, parecía fácil y todo. Y seguro que a ella le funcionaba. ¿Por qué a mí no?

Bebo de mi copa de vino, nerviosa. Desde que he tomado la decisión de pasar a la acción estoy nerviosa todo el día. Y es una sensación incómoda, desagradable, pesada, que necesito quitarme de encima cuanto antes.

Esa noche decidimos cenar en uno de nuestros restaurantes favoritos. Un italiano en el Café Piazza, en una calle de nombre impronunciable cerca de la plaza Damm, que aunque solemos alejarnos de las zonas turísticas, nos encanta, porque es pequeño y acogedor. Y el cocinero es italiano de verdad. Hace unas pizzas y unas ensaladas buenísimas. Y lo mejor son los postres. Mañana Sonja no trabaja, y por fin podré disfrutar de ella durante más de media hora seguida, por lo que hemos quedado para cenar y luego tomar unas copas.

Nuestra conversación me pone algo tensa por lo que creo que estoy bebiendo más vino de lo normal. Me doy cuenta cuando nos hemos terminado la primera botella y aún no hemos llegado al postre. Como no quiero pasarme, pedimos una copa más cada una.

Sonja me pregunta cómo es Holden físicamente. Hemos hablado de él muchas veces, bromeado otras tantas y fantaseado con terminar en sus brazos (bueno, esto último solo yo), aunque nunca le he explicado al detalle cómo es. No le importaba, cuando no sabía que me gustaba. Tampoco le he enseñado una foto, por el simple hecho de que no tengo ninguna. No soy persona de hacer fotos. Me gusta disfrutar de mis momentos, sin tener que dejar constancia de ello y mucho menos exponerlo a todo el mundo. No tengo redes sociales. No me interesa la vida de otras personas y no creo que a nadie que no sean mis amigos o mi familia deba interesarle la mía.

En ese momento me doy cuenta de que me gustaría tener una foto de Holden para poder enseñársela, aunque, pensándolo bien quizá sea mejor así, o me pasaría las noches mirándola y suspirando por él... Sí, es un poco triste, lo sé.

Así que se lo cuento. Le hablo de su cara de niño malo, de su rostro fino, sus facciones perfectas, de su sonrisa canalla, de su pelo rubio y sedoso que me gustaría acariciar, y del lunar que tiene junto a su boca, que me gustaría besar, morder...

—¡Para, para! ¡Que me estoy poniendo cachonda y todo! —se burla.

—¡No seas idiota! —digo, haciéndole un mohín.

—Si lo digo en serio. Me lo estoy imaginando y,...uf. No sé qué haces con tu vida que no te lo has tirado ya.

Pongo los ojos en blanco, no lo puedo evitar. Sí, ese es el quid de la cuestión. No me lo he tirado (odio esa expresión) porque..., porque... soy un muermo, una romántica, una mojigata y siempre estoy esperando que llegue mi príncipe azul en un caballo blanco. Y eso no va a pasar. Tengo que pasar a la acción, lo entiendo, aunque es más fácil pensarlo que hacerlo.

Cuando nos levantamos del restaurante estamos algo achispadas y Sonja me convence para ir a comprarme un picardías.

Me hace probarme unas prendas que si estuviera en plenas facultades no me probaría ni loca, y ella se prueba otras tantas, que le quedan de vicio. ¿Sabéis aquella escena de una película en la que Eva Mendes y Meg Ryan (ya entradita en años) se encuentran en un probador con unos picardías que están comprando para el marido de Meg, que resulta ser también el amante de Eva? ¿Recordáis cómo le quedaba a Eva? Sí, como a una auténtica Diosa del Olimpo, mientras yo soy la pobre Meg, que intenta ser quien no es. Pues así me siento yo con esa maldita prenda del demonio.

Sonja se lleva el suyo y me regala el mío, porque sabe que de otra forma no iba a llevármelo. Y aunque ni siquiera sé si voy a ponérmelo, salgo de allí sintiéndome algo excitada de pensar en la cara que pondría Holden si me viera de esa guisa.

En el bar nos tomamos dos copas cada una, y reconozco que estoy algo ebria. Hacía tiempo que no bebía tanto. Me he emocionado con la noche de chicas, y los nervios por mi futura e incierta vida amorosa me han jugado una mala pasada, aunque tengo que reconocer que lo estoy pasando genial.

Sonja y yo nos reímos de todo y de nada, me cuenta sus últimas conquistas (con todo lujo de detalles, y cuando digo todo es todo —podría hacer una estadística de los hombres circuncidados que hay en Ámsterdam solo con sus historias—) y luego se pone algo más seria y me cuenta que una vez estuvo hecha polvo por un tío. Vaya, eso sí que es nuevo.

Llevaban un tiempo saliendo y ella estaba coladita por él, cuando él se fue de vacaciones, que ya tenía programadas, con sus amigos. Ella se quedó aquí esperando unas llamadas que nunca se producían, hasta que vio unas fotos en una red social de él y sus amigos con unas chicas, en una de las cuales aparecía él muy acaramelado con una de ellas. Se quedó hecha polvo, llorando, hasta que decidió que ya había llorado bastante por aquel capullo, se vistió divina de la muerte, se peinó su preciosa melena rubia, se maquilló y se hizo una foto en el portal de su casa que subió a sus redes sociales con el comentario: “De fiesta loca!!” Luego subió a su casa, volvió a desvestirse, a desmaquillarse, se puso el pijama y se fue a dormir. Y esa fue la única noche que se permitió estar hecha polvo.

Y por cosas como esta es por las que quiero y admiro tanto a esta mujer. No deja que nada ni nadie le afecten más de lo necesario. No os equivoquéis, no es una insensible, al revés. Es una médica excelente y se preocupa mucho por sus pacientes. Y con sus amigas es excepcional. Te lo da todo y está para ti siempre que la necesites (y no tenga guardia, claro). Lo que es, es una mujer muy fuerte que sabe lo que quiere y lo que no, y no le da miedo decirlo. Si quiere acostarse con un hombre, no espera a que él se lo pida. Va a por lo que quiere. A veces me gustaría ser más como ella en ese aspecto.

Después de su confesión, mi amiga pide otra ronda para las dos y comienza a bailar, aunque es un bar de copas y nadie está bailando. Ella cierra los ojos y se deja llevar por la música. Algunos chicos la miran y sonrían, algunas mujeres la miran mal, otras sonrían también, y ella es ajena a

todas esas miradas. Me coge, me levanta y me obliga a bailar. Y yo, como ya estoy bastante beoda, lo hago, y nos lo pasamos francamente bien.

Al despedirnos tenemos un momento de esos de exaltación de la amistad, nos abrazamos, nos besamos y nos decimos que nos queremos mucho, aunque nos veamos poco. Es tarde y hemos bebido, así que cada una coge un taxi, porque vamos en direcciones contrarias.

Estoy eufórica, pletórica, exultante. Ha sido una noche genial, me he divertido muchísimo, no tengo sueño y no quiero irme a dormir. Y una idea se me pasa por la cabeza. Antes de que pueda darle una vuelta, le doy otra dirección al taxista y me agarro a mi bolsa con el picardías como si fuera un talismán y tuviera el poder de darme buena suerte.

Llamo al timbre antes si quiera de pararme a pensar si es una buena o una pésima idea. Tras unos segundos en los que pienso que nadie va a abrir la puerta, aparece Holden en calzoncillos, despeinado y frotándose los ojos.

Cuando me ve, se le abren como platos. Más o menos como a mí al ver el bulto en sus calzoncillos.

—¿Clara? ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien? —Parece preocupado.

—Sí, sí. ¿Por qué no habría de ir bien? —Me cuesta un poco articular las palabras. Intento sonar serena y segura.

—¿Porque son las tres de la mañana? —pregunta, y parece medio enfadado.

Se me escapa una risita nerviosa.

—¿Estás...? ¿Has bebido?

—Pues claro que he bebido, tonto. Vengo de tomar unas copas con Sonja —digo, mientras suelto de golpe la bosa de lencería y me quito el abrigo, intentando ser sensual.

Holden pone cara de... no sé, prefiero no pensarlo, y me abre la puerta para que pase.

—Pasa, anda, te haré un café.

—No quiero café.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Tienes vino?

—Ehhh, sí, esto... No creo que quieras tomar más vino —dice, entre preocupado y divertido.

—¡Sí que quiero!

—Shhht. Travis está durmiendo. —Me pone su dedo índice en los labios,

y me dan ganas de cogerlo y chuparlo.

—¿Quién es Travis?

—¿Quién va a ser? Mi compañero de piso.

—¡Ah, sí! Claro. —Entonces recuerdo que mi amigo tiene un compañero de piso, solo que no sé su nombre, porque nunca me ha interesado saberlo.

Holden desaparece un momento tras lo que supongo es su habitación y vuelve con una camiseta y unos pantalones de chándal. Maldita sea.

Va a la cocina, que es americana, y por tanto puedo verle y disfrutar de su trasero bajo ese chándal ligero, y tras unos instantes de duda, sirve dos copas de vino, aunque la suya está más llena que la mía.

Me la da y nos sentamos en el sofá.

—¿Y bien, a qué debo esta intempestiva visita? —Ahora parece más relajado y ya no tan gruñón.

—Pasaba por aquí. —No me creo que haya dicho esto.

—¿Pasabas por aquí? ¿A estas horas? Y has pensado, voy a saludar a Holden que, quizás, esté algo aburrido a las tres de la mañana. —Me mira burlón.

—Vale, vale. Me has pillado. No pasaba por aquí. Solo que... He ido con Sonja a tomar unas copas y ahora no tengo sueño. —Estoy nerviosa. No sé cómo hacer esto. La teoría la tenía clara: tú y yo, picardías, a la cama. La práctica ya me cuesta más. —Eh, ¿sabes que no tenemos ninguna foto juntos? —Cojo el móvil, lo pongo en cámara, no sin cierta dificultad, he de reconocerlo, e intento acercarme a él, con tan mala suerte que nos damos un cabezazo.

—¡Ay! ¿Clara, se puede saber qué te pasa? —Ahora vuelve a estar gruñón.

Maldita sea. No vas bien, Clara.

—Nada. —Me río como una tonta, para aligerar el ambiente, y le doy un largo trago a mi copa.

Él hace lo mismo.

—¿Quieres acostarte conmigo?

El vino sale despedido de su boca, que me mira como si fuera una cucaracha gigante parlante.

—¿Qué dices?

No soy capaz de repetirlo, por muy beoda que vaya. Con una vez ya ha sido suficiente. He tenido que hacer acopio de todo el valor que tengo. Y

dejar la vergüenza a un lado. Suerte que el alcohol me ha ayudado con eso.

—Ya lo has oído. ¿Quieres? —Me acerco a él, inclinando mi cuerpo sobre el suyo, y le paso mi dedo índice por el pecho, descendiendo hasta su cintura.

Me coge el dedo y me detiene antes de que llegue Dios sabe dónde (y yo se lo agradezco). Me mira muy serio.

—Clara, cariño, has bebido un poco más de la cuenta. Creo que lo mejor será que te vayas a dormir.

Me ha llamado cariño, y lo ha dicho como si estuviera acostumbrado a decírmelo, como cuando se lo dices a alguien cada día, como si yo fuera su “cariño” de verdad, y no como cuando me llama conejito, cielito, princesa u otros apelativos cariñosos, y ese apelativo ha sido un bálsamo para mis oídos y para mi corazón. También para mi entrepierna, seamos sinceros.

—No quiero irme a dormir. Quiero... Ya lo sabes. ¿Por qué no quieres acostarte conmigo? —Ahora estoy empezando a enfadarme.

—Clara... —Se frota la cara, nervioso—. No es que no quiera... Oye, ¿podemos hablar de este tema en otro momento?

—¡Es que yo no quiero hablar! ¿No te parezco guapa? ¿Es eso? —Me parece que estoy empezando a ser un poco patética, aunque por suerte estoy demasiado ebria para darme cuenta.

Holden me coge la cara entre sus manos y clava sus bonitos ojos color caramelo en los míos.

—Me pareces preciosa, no se trata de eso...

—¿Entonces?

—Clara... Ya hemos hablado de esto. Tú y yo somos amigos... Buenos amigos, y no quiero estropearlo. Yo no sé ser la persona que tú esperas...

—¿Y tú que sabes lo que yo quiero?

— Te conozco, ¿recuerdas? Tú quieres a alguien que se enamore de ti, que te trate como te mereces y que te entregue su corazón envuelto en papel de regalo, y yo no soy esa persona.

—¿Y qué te da derecho a decidir por mí? —Me levanto, furiosa. Creo que se me está bajando el efecto del alcohol.

—¡Yo no estoy decidiendo por ti, sino por mí! —Ahora Holden también está gritando. Travis debe de tener un sueño muy profundo.

—¡No es cierto! Mira, si no te gusto, entonces bien, pero... pero yo creo que sí te gusto, y que no te atrevas a intentarlo conmigo por miedo!

—¡Yo no soy un cobarde! —Se levanta del sofá de un salto y se encara a mí.

—¡Sí lo eres!

En ese momento Holden tira de mí agarrándome de la cintura con una mano, mientras posa la otra en mi nuca y me acerca a él. Antes de darme cuenta sus labios están besando los míos, que responden con ansia, y entreabro la boca para dejar pasar a su lengua, que se adentra en mi boca furiosa, impaciente, deliciosa. Mis manos se agarran a su cuello y le aprieto contra mí. No puedo pensar, solo sentir, su cuerpo contra el mío, su lengua en mi boca, que sigue reconociendo la mía por todos sus recovecos, y nos besamos furiosos, descubriéndonos, lamiéndonos, mordiéndonos.

La cabeza me da vueltas, todo a mi alrededor está negro, no veo el piso de Holden, no sé dónde estoy, ni si es de día o de noche, ni cómo he llegado aquí, solo sé que estoy entre sus brazos, que su boca me está besando como nunca antes me han besado y que su cuerpo parece tan ansioso como el mío.

Noto su cuerpo, que se ha despertado, apretándose contra el mío, y gimo al sentirlo. Él absorbe ese gemido con su boca y me devuelve un gruñido de placer.

Mi mano se dirige a su trasero y lo aprieto contra mí. Deseo sentirlo aún más cerca, y por lo que parece, él también.

Error. Ese movimiento hace que Holden abra los ojos y me mire, como si también despertara de un sueño y no supiera dónde está. Al instante se está separando de mí, y noto cómo intenta recuperar la respiración, igual que yo.

No se oye nada en el comedor, solo nuestra respiración agitada y las ganas de sexo de ambos, que gritan en silencio.

—Joder, Clara. —Se frota la cara de nuevo.

Yo intento acercarme a él y cogerle de la cintura. Él me lo impide, cogiéndome de las manos.

—Clara... No. Así, no.

Leo la determinación en sus ojos, cuyas pupilas están aún dilatadas por la excitación, y sé que no va a ceder. Aunque ahora sé que lo desea tanto como yo. Y con eso me vale por hoy.

Me recompongo, voy hacia la entrada, donde he dejado mi bolsa con la lencería, cojo mi abrigo, me lo pongo y me dirijo hacia la salida.

Holden me acompaña, en silencio.

—Voy a llamarte un taxi —dice, como si acabara de caer en la hora que

es y en que no puedo irme andando sola a estas horas ni en mis condiciones.

Oigo cómo llama a un taxi y le da su dirección, mientras me remuevo, incómoda, andando arriba y abajo de la entrada.

No sé qué hacer. No quiero volver a sentarme. Quiero irme de aquí, meterme en la cama y rememorar ese beso hasta caer rendida. Y no tener que mirar a Holden nunca más a la cara, eso también.

Por suerte a estas horas no hay mucho tráfico y el taxi llega rápido. Oigo un claxon que me avisa que está abajo. Mientras, Holden está esperando que me vaya, con las manos en los bolsillos del chándal, y su mirada, que va de mis ojos al suelo. Parece igual de incómodo que yo.

—Buenas noches, Clara —dice, sin siquiera acercarse para darme dos besos. O uno siquiera.

—Buenas noches, Holden.

Cuando se cierra la puerta del piso, no sé si tengo ganas de saltar, de reír o de llorar. Creo que de todo un poco. No sé muy bien qué es lo que ha sucedido ahí dentro, si es bueno o malo, si eso va a cambiar nuestra relación a mejor o a peor. Aunque no tardaré en descubrirlo, me temo.

Por suerte, mañana me voy de gira y voy a estar unos días sin verle. Creo que nos vendrá bien a los dos, para asentar nuestros sentimientos, para asimilar lo que está pasando entre nosotros y tomar alguna decisión, en un sentido o en otro. Si Holden no quiere nada conmigo entonces va a tener que cambiar algunas actitudes hacia mí. No puede rodearme los hombros y apoyarme en su pecho, no puede sonreírme como lo hace, no puede mirarme los labios como si quisiera comérmelos cada vez que me ve, no puede llamarme cariño, ni ser tan encantador, joder. Porque va a volverme loca. Y porque ya ha conseguido que diga una palabrota. Maldito Holden.

CAPÍTULO 15

NOCHE DE BRUJAS

Llevamos casi dos semanas de gira. De hotel en hotel. Ensayando innumerables horas antes de cada concierto, tocando, disfrutando de esa sensación de nervios en la boca del estómago antes de salir al escenario y del subidón de adrenalina una vez terminada la función. Casi siempre vamos a celebrarlo con los compañeros después de cada concierto, necesitamos compartir esa sensación de triunfo, de éxito, de felicidad con alguien que pueda comprenderla.

Si bien echo de menos a mi familia, porque durante todo este tiempo solo nos hemos comunicado por teléfono o por mensajes. No hemos podido hacer nuestro Skype semanal, yo no tengo apenas tiempo, aunque las pre—Navidades celebradas en casa me habían colmado de amor, cariño y energía para pasar esos días sin los míos.

Hablé con Sonja y, muerta de vergüenza, le conté lo sucedido con Holden el otro día después de que nos viéramos. Ya podéis imaginar lo que me dijo. Primero se rio de mi patético intento por llevarlo a la cama. Luego, cuando vio que no me hacía ni pizca de gracia, me dijo que la próxima vez que lo viera, fuera a por él sin dudarlo y sin dejar testigos. Muerte súbita por sexo. No pude evitarlo y me reí, a pesar de que cada vez que recordaba mi último encuentro con Holden quería morirme de vergüenza y ser una de esas aves que esconden la cabeza bajo el ala.

Dudé en si contarle también la última despedida con Tristan, un tanto extraña. Quería hacerlo, para que me diera su opinión. ¿Estaba interesado en mí o eran mis hormonas, que me estaban jugando una mala pasada? Luego lo pensé mejor y no le dije nada. Para qué, sabía su respuesta: tíratelo y lo averiguas. O algo así.

Por eso, de vez en cuando me encontraba dándole vueltas a todo ello en mi cabeza, a Holden, a nuestro encuentro, que no paraba de recordar en secreto, a su negativa, que me causaba un pequeño agujero de tristeza en el

estómago cada vez que la recordaba, y que en mi imaginación terminaba siempre de forma diferente: con Holden diciéndome que sentía algo más por mí, con Holden diciéndome que quería arriesgarse conmigo, con lo nuestro. Con Holden llevándome a su cama.

Y luego me venían a la cabeza las tardes con Tristan, lo bien que me sentía con él, cómo iba descubriéndole y abriéndome a él, esa sensación de familiaridad estando en su compañía. Y nuestra despedida. Su cara tocando la mía durante unos segundos de más. Y notaba cómo mi piel volvía a encenderse con el recuerdo.

Y cuando ya creía que todos esos pensamientos iban a explotarme y a fundirme el cerebro intentaba alejarlos centrándome de nuevo en la música.

Pasé horas y horas escuchando música esos días. Música clásica y de ahora. No penséis que soy un muermo que solo escucha a autores muertos hace siglos. No, en mi Ipod están Chopin, Mozart y Pau Casals, es cierto, pero también Adele, Alanis Morrissete, Sia, Zaz (me encanta la música francesa, es tan romántica, y evocadora), Ed Sheeran o Sam Mendez. Y algunos secretos inconfesables. He dicho que son inconfesables.

En España, cuando iba a alguna cena con mis amigas nunca me dejaban encargarme de la música. Decían que era un muermo y el Grinch de las fiestas. Entonces tenía que aguantar ese horrible *reaggeton*, y pensaba que qué suerte sería en aquellos momentos ser sorda, como Beethoven.

Esta noche tocamos en Brujas. Es una ciudad de cuento y hemos llegado por la mañana. Por la tarde toca ensayo general y por la noche concierto, sin embargo al día siguiente tenemos un día libre que pienso aprovechar haciendo turismo.

Salgo del ensayo y me dirijo a mi hotel cuando veo a un grupo de turistas frente a mí, escuchando con atención las explicaciones del guía, y pienso en acercarme y escuchar durante unos segundos, ya que no conozco Brujas y me encantaría saber algo de su historia. No pretendo unirme al paseo turístico gratis, solo ver si capto alguna explicación, así que me sitúo detrás del grupo, separada solo unos pocos centímetros. Claro que el chelo no ayuda a pasar desapercibida.

Estoy concentrada intentando captar algo cuando una voz conocida dice al grupo:

—Vaya, tenemos una añadida que no ha pagado por la visita.

Todo el grupo se gira a mirarme con severidad, y yo me sonrojo hasta las

orejas, cuando oigo que esa voz se ríe y pronuncia mi nombre.

—Vaya, Clarita, no te tenía por una *voyer*.

Abro mucho los ojos cuando veo a Holden riéndose con esa media sonrisa que adoro y odio a partes iguales, por lo que produce en mí. Aunque hoy hay algo más en su expresión. Algo indescifrable. Mantiene su mirada fija en la mía, retándome.

Siento un vuelco en el estómago al verle de nuevo, tan guapo, tan sonriente, tan distinto de la última vez que le vi, serio y taciturno, en su piso, a las tres de la mañana. Aunque por una parte, mejor encontrármelo con más gente, resulta menos incómodo porque no tenemos que hablar de lo que sucedió.

—Yo..., solo quería escuchar un poco. Lo siento, perdonadme —digo a todos y a nadie en general, mientras siento cómo me ruborizo.

—No pasa nada, tranquilos. Es una buena amiga. Clara, puedes quedarte con el grupo si quieres. ¿Verdad que esta personita tan encantadora puede quedarse con nosotros, grupo? —Hace una seña hacia mí, y por si aún había alguien que no me estuviera mirando, todos dirigen su mirada hacia mi persona.

—Sííí —contestan al unísono. Aunque detecto algunas miradas de desconfianza, sobre todo femeninas.

Holden se acerca a mí y me habla en susurros para que nadie pudiera oír nuestra conversación.

—¿Estás tocando aquí esta noche?

Su cercanía, su olor, me obligan a cerrar los ojos y a tragar saliva. Rememoro sin querer nuestro beso y siento cómo los colores me suben a las mejillas. Me paso la lengua por los labios en un gesto incontrolable.

—Sí. ¿Y tú, qué haces aquí? —¡¿QUÉ NARICES HACES AQUÍ?! Es lo que quiero gritarle.

—Es una escapada de una sola noche. Les enseño la ciudad, hemos ido a comer, y cuando termine este tour tienen un rato libre esta tarde antes de la cena. Mañana volvemos pronto por la mañana. —Holden parece el de siempre, con su aplomo y su despreocupación, aunque me parece detectar algo de nerviosismo en su voz, y en sus gestos, algo envarados.

—Oh.

Por un lado me siento aliviada. No voy a tener que ver a Holden a solas y pasar por el mal trago de hablar de lo del otro día. Por otro, me muero de

ganas de cenar con él, ver a una cara amiga que hacía días que no veo ninguna, a parte de mis compañeros, reírme con sus chorradas, contemplarle y soñar con su boca. Oh, ya estoy otra vez.

—Oye, tengo que cenar con el grupo. Luego podemos quedar, si te apetece. Te llamo cuando acabe, ¿vale? —Intenta sonar desenfadado, aunque creo que igual de nervioso que yo.

—Claro. —Me obligo a sonreír con naturalidad, aunque ahora mismo no circula la sangre por mi cuerpo.

—Bueno, y después de esta interrupción, seguimos con la visita. Señorita, ¿quiere unirse a nosotros? —Me dedica una última sonrisa de medio lado, con toda su malicia.

—Oh, no, no. Ya me iba. Gracias y perdón.

No sé dónde meterme. A mí que me gusta pasar desapercibida, siento todas esas miradas encima de mí, preguntándose quién es esta extraña chica con un chelo colgado de la espalda que les está haciendo perder el tiempo y les roba la atención de su estimado y guapo guía.

Me alejo sintiendo todavía calientes mis orejas y no me desaparece la rojez del rostro hasta al cabo de unos minutos.

Estoy nerviosa y eufórica. Voy a pasar un rato a solas con Holden. ¿Se repetirá el beso de la otra noche? ¿O por el contrario me dirá de nuevo que no quiere nada conmigo y que dejede ponerme en evidencia, como la otra noche? Aunque recordando cómo reaccionó, y el beso que me dio (porque me lo dio él)... Sonrío como una tonta al pensar en las posibilidades que nos ofrece esa noche.

Creo que no es mi mejor concierto. No estoy mal, pero estoy tan nerviosa pensando en mi cita con Holden, algo que nunca me había pasado cuando toco, no suelo dejar que mis pensamientos, alegres o tristes, me afecten. Esta noche tengo que hacer un gran esfuerzo y poner todos mis sentidos en mi música, porque a la que me descuido se me va por los cerros de Úbeda. O siendo más concreta, por la sonrisa de Holden. Por sus labios. Por su lunar. Por su lengua, que imagino dentro de mi boca otra vez. Y por el bulto de sus pantalones apretándose contra mí.

Cuando levanto la cabeza y veo la mirada furibunda de Johanson, nuestro director, sé que no está nada contento conmigo, así que me dejo de tonterías y me centro. Eso no me evita una charla en el intermedio, con regañina incluida, como si fuera una colegiala, lo que hace que Sophie sonría

como la arpía que es.

La segunda parte del concierto la bordo. Pongo todo mi empeño y mi concentración en lo que estoy haciendo, y mi arco pasea por el chelo, rememorando los movimientos realizados miles de veces. Al terminar, levanto la vista hacia el público, algo que no hago nunca durante las actuaciones, para no ponerme nerviosa. A penas distingo un amasijo de caras, de gente, rostros irreconocibles, solo público. Entonces me parece ver a Tristan entre ese público. Son solo un par de segundos. Luego le pierdo de vista.

Creo que mis nervios y mis ganas de ver una cara conocida me han jugado una mala pasada. Al fin y al cabo estamos en Brujas, no en Ámsterdam.

Pienso en cenar algo en el hotel y arreglarme luego para dejar a Holden con la boca abierta. Tengo donde elegir, pues en los conciertos siempre vamos de gala. Esta noche por ejemplo llevo un vestido negro un poco ajustado, unas medias negras y las botas altas que me regalaron mis padres en nuestra Navidad personal.

Sé que me dijo que solo quería ser mi amigo, aunque los hechos parecen decir lo contrario. Y yo quiero por encima de todo que me mire como lo hizo la otra noche... Con deseo, con lascivia, con hambre, como si quisiera desnudarme y todo lo que viene después. Amigos sí, pero no estoy ciega y está claro que la otra noche quería besarme (y algo más) tanto como yo a él, así que voy a hacerle sufrir un poquito.

Lo que me pilla desprevenida es que Holden me esté esperando en la puerta del teatro, allí, recostado contra la pared, tan guapo como siempre, con unos *jeans* oscuros, sus eternas zapatillas y un chaleco anorak, que deja al descubierto una camiseta gris algo ajustada, y todo ello adobado con esa sonrisa de medio lado que me hace perder el Norte, el Sur y el resto de puntos cardinales y olvidarme de la chica sensata que suelo ser.

Pienso en mi *look*. Maldita sea, no me he podido arreglar para la ocasión. Bueno, suerte que me he maquillado, me he pintado mis labios en color rojo, a juego con el gorrito y la bufanda rojas que me tejió mi abuela. Estoy dispuesta a echar toda la carne en el asador.

No debo de estar nada mal, a juzgar por el repaso que me da Holden, sin mucho disimulo, por cierto. Veo cómo se moja los labios, en un gesto incontrolado. Yo he dejado mi abrigo abierto, a pesar del frío, para que

podiera admirar mi cuerpo debajo del vestido. Creo que estoy empezando a usar mis armas de mujer. Sonja estaría orgullosa.

En ese momento me parece ver otra vez a Tristan, y levanto la cabeza para tratar de verlo bien.

—¿A quién buscas, princesa? Tu príncipe ya está aquí —dice Holden, haciendo una reverencia.

—No seas tonto—digo, riéndome, encantada de ver que es el de siempre, lo que hace la situación menos tensa—. Me ha parecido ver a un amigo.

—¿A quién?

Estoy a punto de decírselo, cuando pienso que se burlará de mí, porque la idea es absurda, y además sé que Tristan no le cae muy bien, así que hablar de él no es la mejor manera de empezar nuestra noche.

—A nadie, en realidad. Creo que me he confundido.

Vamos paseando por el Muelle del Rosario, un lugar que parece sacado de un cuento de hadas, con el canal flanqueado por esas construcciones tan características de los Países Bajos, todas similares y distintas a la vez, de alturas casi iguales, con tantos ventanucos y casitas de ladrillos a la vista que parecen construidas en jengibre.

Estamos algo callados, sobre todo Holden, que no es amigo del silencio, y sé que ambos estamos un poco nerviosos porque es nuestro primer encuentro después del beso de la otra noche. Nuestro segundo beso. Y yo espero que no sea el último.

Vamos andando hasta el Grote Markt o la Plaza Mayor, en pleno centro de Brujas, en la que se condensa la vida nocturna. Es una zona llena de vida y bulliciosa, tanto de día como de noche. Entramos en uno de los muchos locales que hay, en el que divisamos una mesa libre y pedimos dos cervezas y un plato de carne con puré de patatas. Viene genial por la noche para calentar el cuerpo y recuperar fuerzas después de un concierto.

—¿Y bien, cómo va la gira? —Holden intenta ser el del siempre y eso hace que me calme y me sienta más cómoda.

—Muy bien, estamos llenando en cada ciudad, y la gente aplaude muchísimo. Lo estoy pasando genial. Antes de empezar estoy nerviosa, pero luego... Luego me siento fantástica, fuerte, poderosa. No sé cómo explicarlo. No te rías —digo, golpeándole el brazo, al ver que está sonriendo.

—No me río. Es que me gusta verte tan contenta, tan eufórica. Normalmente eres más contenida. Aunque últimamente pareces otra persona,

más..., más apasionada.

Holden está mirándome a los ojos con intensidad, como si tratara de desentrañarme. Yo trago saliva, porque sé que se refiere a nuestro último encuentro, y porque eso me ha parecido algo íntimo para las conversaciones que solemos tener. Más desenfadas, más sobre todo y nada en particular, sobre la gente, sobre el mundo, nunca nada demasiado personal.

—Puedo ser muy apasionada —digo, a la defensiva, mientras doy un pequeño golpe en la mesa con mi cerveza, porque no me gusta que crea que soy una persona contenida, lo que me suena a sosa, aburrida y sin interés.

—¿Ah, sí? —pregunta, clavándome la mirada, y acercándose un poco más a mí.

Noto cómo me sube el calor a las mejillas y ruego porque no se vea con la tenue luz del local.

—Sí —susurro, porque no me sale casi la voz, aunque no aparto la mirada—. Creo que la otra noche te lo demostré, ¿no?

Nos quedamos así un par de segundos, en los que me cuesta trabajo respirar, hasta que Holden se pasa la mano por el rostro y se levanta de golpe.

—Voy a pedir otras dos, ¿quieres?

—Vale.

¿Lo he puesto nervioso? Diría que sí. Dibujo una sonrisa en mi cara, aprovechando que no puede verme. Me está gustando esto de sacar mis armas de mujer. Es divertido y excitante. Y no pienso parar.

He decidido que voy a hacer caso a Sonja. Quiero acostarme con Holden. Quiero volver a probar su boca, quiero lamer su cuello, su cuerpo, y que él me toque en todos los lugares del mío. Siento cómo me enciendo solo de pensarlo. Y luego, ya se verá. No puedo continuar así, o voy a volverme loca. El beso de la otra noche abrió unas compuertas que ya no puedo ni quiero cerrar. Las he intentado contener durante un año, pero ese beso barrió todas mis defensas e hizo brotar todo lo que siento. Y sé que él también lo desea.

Cuando vuelve con las dos cervezas, le doy un buen trago a la segunda y hago acopio de todas mis fuerzas para lo que viene a continuación.

—¿No te enseñé las fotos de los horribles jerséis navideños? Mira, verás que feos son. —Y ni corta ni perezosa me levanto y me siento al lado de Holden, para poder enseñarle mejor las fotos, como quien no quiere la cosa, como si no hubiera estado pensando en hacerlo todo el rato que ha estado en la barra, como si no me hubiera costado horrores.

Me acerco a él, rozándonos, brazo con brazo, pierna con pierna, puedo sentir el áspero tejido de sus vaqueros en mi piel a través de mis medias, y me gusta más de lo que pueda tener sentido. Me imagino cómo sería sin ropa de por medio, y tengo que obligarme a tragar saliva porque tengo la garganta seca.

Le enseño las fotos que nos hicimos en casa de mis padres. Yo no las estoy mirando, ya las he visto muchas veces, aunque Holden tampoco. Finge que lo hace, pero le he oído aguantar la respiración cuando me he acercado tanto.

Puedo oler su perfume, que me vuelve loca y que estuve buscando en Navidades en una perfumería de Madrid hasta dar con él. *Egoist*, de Chanel. Me envuelve las fosas nasales y me llega directo al cerebro y a otras partes de mi cuerpo, que se activan nada más olerlo.

Yo sigo enseñándole la fotos de la pre Navidad con mis padres, patinando, haciendo la cena, mientras sigo pegada a él, rozándole con mi pierna, sintiendo su tacto y haciendo que la mía esté a temperatura de ebullición.

—Clara... —susurra.

—¿Sí? —pregunto inocente.

—Me lo estás poniendo muy difícil... —Holden coge uno de los mechones de mi pelo.

—¿El qué? —Casi no me sale la voz.

—El no besarte. —Suspira.

Trago saliva. Es ahora o nunca.

—Entonces bésame.

Acerco mi rostro al suyo, y lo detengo a unos milímetros de su boca, respirando con dificultad. Casi puedo sentir su aliento. A él también le cuesta respirar. Esta vez no voy a dejar que se me escape.

Cubro los escasos milímetros que nos separan, y soy yo quien le besa, abriendo la boca, buscando su lengua, que responde inmediatamente a la mía, y se encuentran, se reconocen, se enredan con pasión. Yo le cojo por el cuello y lo aprieto más contra mí. Oigo cómo jadea en mi boca, lo cual me excita todavía más.

Enredo mis dedos en su cabello, suave y sedoso, un poco, y tiro de él, mientras no dejo de castigarle con la lengua. Holden gime de placer. Con su otra mano me coge de la cintura y me aprieta contra su cuerpo. Puedo sentir

su erección contra mi pierna. Yo me aprieto más contra él y siento mi pecho contra el suyo.

Los besos van haciéndose cada vez más rápidos y profundos, y nuestras manos no pueden parar quietas, me acaricia la espalda, y yo la suya. Sin pensarlo dirijo mi mano hacia su erección, necesito sentirle, tocarle, comprobar lo que le estoy haciendo sentir, yo y nadie más que yo, en esos instantes.

Holden jadea y se aprieta contra mí y siento todavía más su erección contra mi mano. Dios, esto se nos está yendo de madre. O paramos o nos echan del local.

Él parece darse cuenta porque en un esfuerzo titánico, se separa de mí y me mira, con las pupilas dilatadas, despeinado, y los labios hinchados por nuestros besos. Nos miramos y leo el deseo en sus ojos. Ya no hay vuelta atrás.

—Vamos a otro sitio —susurra.

—Vamos a mi hotel —me oigo decir. Es otra Clara la que habla. Una excitada, atrevida y sin miedo. No la Clara serena, tranquila y comedida que suelo ser.

Sus ojos se abren, con sorpresa.

No quiero que este clima que hemos creado se termine, ni que Holden vuelva a alejarse. Sé que quiere lo mismo que yo. Lo veo. Lo noto. Así que cuando quiero darme cuenta, mi mano, algo temblorosa, está acariciando su pelo.

—Quiero desnudarte y comerte entero —le digo al oído, y noto cómo se estremece con mi contacto.

Se levanta raudo y trata de esconder su excitación con el abrigo. Deja unos billetes en la barra y me coge de la mano, para ayudarme a levantarme.

—Vámonos —me insta.

—¿Y el cambio?

—Que le den.

Me río, divertida ante la urgencia de Holden, que es la misma que la mía.

La vuelta por el parque se me hace eterna; Holden tira de mí y en ese momento habría deseado cambiar mis botas altas por unas bambas y hacer los cien metros lisos hasta el hotel.

Por fin llegamos a mi hotel y yo le guío hacia el ascensor. Es tarde, así que no hay nadie. Antes de que llegue, Holden ya me está besando y

apretándome contra él. Su excitación no ha bajado. En cuando se abre la puerta del ascensor me arrastra dentro, me aprieta contra la pared y comienza a besarme la boca, el cuello, los pechos, por encima del vestido, y con la otra mano me acaricia el culo, mientras acerca su erección contra mí.

Menos mal que solo son cuatro pisos porque si no, creo que lo hacemos aquí mismo.

En cuanto entramos por la puerta, Holden echa un rápido vistazo al piso, descubre enseguida la habitación, me coge en brazos, me lleva hacia ella y me tira en la cama.

No puedo evitarlo y me río descontrolada. Ha sido un gesto tan varonil, tan primitivo, tan sexy... Enseguida lo tengo encima de mí. Me mira, veo el deseo en sus ojos, y me acaricia el pelo.

—¿Estás segura de esto? —Su voz está ronca por el deseo, la urgencia.

¿Segura? Si no terminaba lo que había empezado iba a morirme de excitación.

—Del todo.

—Clara... Esto puede complicarlo todo. —Veo la preocupación en su rostro.

—Cállate y bésame. —En ese momento no puedo pensar en nada más que en Holden, en su boca, en sus manos en mi cuerpo, en que deseo tenerlo dentro de mí, sentirlo por completo en cada milímetro de mi piel. No me importa nada más, ni mañana ni el futuro, solo el presente.

Él asiente con la cabeza y vuelve a besarme, esta vez más despacio, primero en la boca, luego en el cuello, la clavícula, el pecho... Noto cómo sus manos buscan el bajo del vestido y me lo sube, yo levanto los brazos y me lo quita. ¡Suerte que me he puesto mi sujetador de encaje!

Con un dedo, me baja el sujetador, y dirige su boca hacia uno de mis pezones, y comienza a acariciarlo, dándole vueltas, luego a besarlo, mordisquearlo y pellizcarlo. Noto cómo mis pezones responden a sus caricias, poniéndose duros. Luego se dirige al otro y me hace lo mismo, juguetea, lo muerde, lo succiona con cuidado y yo gimo de placer.

Le quito la camiseta, porque deseo sentir su piel contra la mía. Él la tira por encima de la cama y nos reímos. Me desabrocha el sujetador en un certero movimiento, y también lo tira. Me mira unos instantes antes de seguir.

Me levanta un poco de la cama y nos quedamos incorporados. Despacio, me quita las medias, y luego las braguitas, mientras no deja de mirarme a los

ojos. Es lo más sexy que he visto en mi vida. Me siento bella, poderosa, excitada. Holden se quita sus pantalones y sus calzoncillos y admiro su erección, por fin libre. No está nada, pero que nada mal. Él sonríe con suficiencia.

Me coge en volandas y despacio, me encaja en su erección. Yo dejo escapar un gemido de placer, y él gruñe ante nuestra unión. Después de un par de movimientos le acojo mucho mejor.

Comienzo a moverme despacio, arriba y abajo, mientras acaricio su espalda con mis manos. Él me besa los pechos con fruición, mientras me coge y me aprieta contra él, para que nuestra unión sea más fuerte todavía, yo hecho la cabeza hacia atrás y me muevo al compás que marcamos los dos. Apoyo las manos en la cama y me inclino hacia atrás, para sentirnos todavía más, y él gime de placer.

En un rápido movimiento vuelve a tumbarme, está encima de mí, todavía estamos unidos. En ese momento sale de mí para ponerse un preservativo que coge del bolsillo trasero de sus pantalones, en unos segundos que a mí se me hacen eternos, hasta que vuelvo a tenerlo dentro de mí.

Esta vez nos movemos rápido, fuerte, él entra y sale y yo le agarro las nalgas para apretarle contra mí, mientras subo las caderas para notar más el roce. Le tengo tantas ganas, los dos nos tenemos tantas ganas, que ninguno de los dos queremos ni podemos hacerlo durar. Siento que voy a explotar en breve, y cuando el orgasmo llega grito de placer. Holden se deja ir segundos después, y se queda exhausto encima de mí. Cuando levanta la cabeza, me da un beso, y luego sale de mí para tumbarse a mi lado.

Me quedo mirando el techo unos segundos, recuperando la respiración. Ha sido algo precipitado, rápido e increíble, por las ganas que teníamos los dos y que no hemos podido contener por más tiempo. El problema es que ahora que lo he probado no creo que pueda quedarme ahí. Quiero más, mucho más.

Holden se mueve a mi lado y por un segundo se me encoge el estómago al pensar que ahora va a vestirse y a marcharse y que aquello será como si no hubiese ocurrido jamás. Suspiro tranquila cuando noto cómo se recuesta de lado, hacia mí, y me pone un brazo por encima, atrayéndome un poco hacia él.

—Ven aquí, princesa.

Yo estoy exhausta por las emociones, y no tardo en quedarme dormida

con una estúpida sonrisa en la boca.

Al despertarme, todavía no me creo lo que ha pasado la noche anterior, tengo que obligarme a recordar que ha sido real, y su brazo rodeando mi cintura, su cuerpo caliente, me lo corroboran. Sonrío de nuevo. ¡Es cierto! ¡Pasó! Me he acostado con Holden. ¡Por fin! ¡Y no ha salido corriendo!

Rememoro la noche anterior, sus caricias, su lengua recorriendo mi boca, mi cuerpo, mi pecho, y mi cuerpo reacciona en seguida, listo otra vez para lo que Holden quiera darme.

Me giro hacia él y le doy un suave beso en los labios, para despertarle. Él abre los ojos y sonrío cuando me ve. Eso me infunde ánimos. Holden está en mi cama y no se ha ido. Y no quiere irse. Su cara no es de arrepentimiento, al contrario, parece feliz de estar aquí, conmigo.

Vuelvo a besarle, esta vez abriendo la boca, esperando que la suya responda. Él abre los ojos sorprendido, pero responde enseguida. Seguimos desnudos, por lo que mi cuerpo enseguida responde a sus caricias, y mis pezones duros se aprietan contra su pecho. Esta vez soy yo quien está encima de él, siento su erección matutina contra mi cuerpo y sonrío. ¡Bien! Holden está preparado para un segundo asalto y yo estoy deseándolo.

Le beso su preciosa boca que tan loca me vuelve, y le pellizco el labio inferior. Él me coge de la nuca y nuestro beso se hace más profundo. Yo le agarro del pelo, su rubio y suave pelo que tantas veces he deseado tener así, entre mis manos, y le miro.

Sonrío de medio lado y está tan guapo que casi duele. Esa sonrisa canalla termina de encenderme, y le beso y le muerdo su boca, su lunar, su mandíbula, su barbilla, su clavícula, y voy bajando por su pecho, contemplándole, deleitándome, acariciándolo con mis manos, recorriéndolo de arriba abajo, haciendo pequeños círculos con mi lengua. Me detengo un poco más en su pubis, perfectamente depilado, como yo imaginaba, y le castigo ahí un poquito. Es tan sexy que no puedo contenerme.

Holden gime y echa la cabeza hacia atrás.

La verdad es que me da algo de vergüenza que me mire, así que cierro los ojos. El gemido de Holden se convierte en un grito y se incorpora en la cama, con los codos apoyados para verme.

La verdad es que no es algo que suela hacer, no me gusta especialmente y me da vergüenza, pero con Holden me ha apetecido, así, si más. Todo él me excita. Oigo como gruñe de placer, y noto como una de sus manos me cogen

del pelo y siguen el ritmo que yo marco, apretándome más contra su erección mientras él levanta la cadera para sentirme más a fondo.

De repente tira algo más fuerte de mi pelo y me obliga a parar.

—Para, o...

Holden me coge por la espalda y me gira en un movimiento certero, dejándome otra vez debajo de él. Estoy húmeda y necesito tenerlo dentro ya.

—Eres tan sexy —susurra.

Sexy, nada de mona o guapa, sino sexy, y yo me siendo como una Diosa griega, bella, poderosa e inmortal.

Holden coge otro preservativo del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo coloca, entrando en mí sin preámbulos. Yo gimo y me acomodo para él. Él entra y sale despacio, mientras busca mi boca, y me acaricia los pechos con sus manos, sintiéndole en cada parte de mi cuerpo.

Esta vez nos movemos más despacio, disfrutando ambos de nuestra piel, de nuestros besos, de nuestras lenguas, de nuestras manos recorriendo todo nuestro cuerpo, de lo que nos hacemos sentir, hasta que no podemos más, los besos se hacen cada vez más rápidos y furiosos, igual que sus embestidas. Yo levanto mis caderas para sentirlo todavía más y siento las cosquillas que anticipan el orgasmo, que llega en una explosión que me hace gritar de nuevo. Esta vez Holden grita conmigo y nos abrazamos fuerte los dos mientras él se vacía en mí.

Recuperamos la respiración y nos miramos. Ambos nos echamos a reír.

—Creo que deberíamos salir de la cama o no respondo de mí mismo — me dice.

Y yo no veo plan mejor que quedarme ahí con él practicando sexo hasta el día del juicio final.

Él se levanta y aprovecho para admirar su culo, pequeño y apretado, como imaginaba. La vida ha sido muy generosa con Holden y yo me alegro de poder disfrutarlo por fin.

Cuando se aleja hacia la ducha yo me quedo en la cama, pensando en lo que acaba de pasar. Un montón de preguntas se agolpan en mi cabeza, y temo dejarlas salir. No quiero ser la chica pesada que comienza a agobiarse y a hacerle un tercer grado a la otra persona después de haberse acostado. ¿Es lo que quería, no? Pues ya lo he conseguido. Dos veces. Aunque no le haría feos a una tercera, ni una cuarta.

Vale, Clara, céntrate. Has echado dos polvos geniales con Holden, tu

amigo, y ya está. Ya lo habéis hablado, ¿recuerdas? Sois solo amigos. Sí, pero eso era antes de acostarnos. Quizás deberíamos volver a hablarlo, para poner los puntos sobre las íes. Para sentar los términos de nuestra relación. ¿Amigos con derecho a roce? ¿Amigos que se han acostado y ya no van a volver a hacerlo? Porque sería una lástima, con lo bien que se nos da.

Dios, ¿por qué es tan difícil? Va a ser verdad que el sexo entre amigos lo complica todo.

Quizá lo mejor sería hablarlo como dos personas adultas que éramos, pero es que ni siquiera podía centrar mis pensamientos, con tanta pregunta. ¿Ha significado algo para él? ¿Volverá a suceder? ¿Esto cambia algo entre nosotros? ¿De qué manera?

Son demasiadas preguntas incluso para mí, y creo que ni él ni yo tenemos las repuestas todavía. Lo mejor será esperar a ver cómo se suceden los acontecimientos.

Holden sale de la ducha ya vestido. Creo que está más guapo que nunca. Quizá sea porque le he visto al completo, sé lo que hay debajo de esa ropa, y... bueno, es aún mejor que el exterior. Suspiro, pensando en lo que me voy a perder a partir de ahora. Casi es peor haberlo experimentado, porque ahora lo sé a ciencia cierta.

—Princesa, debo irme. Tengo que acompañar a mi grupo de vuelta a Ámsterdam, salimos en una hora. —Parece un poco incómodo ante la despedida.

—Está bien, no pasa nada... Ya nos veremos. —Vale, estoy nerviosa y es todo lo que se me ha ocurrido. Porque no sé lo que viene a continuación. Porque nunca he hecho esto antes. Acostarme con un chico, sí; con un extraño, alguna vez. Pero con un amigo que no sé si es algo más, nunca. ¿Qué se dice en estas situaciones? ¿Llámame? ¿Y si él no quiere llamarme? ¿Y si no quiere repetir? ¿Y si ha sido un calentón de una noche y yo hago el ridículo pidiéndole que me llame? Pues ese “ya nos veremos” es lo único que sale de mi boca.

—¿Ya nos veremos? —Holden levanta una ceja, burlón—. ¿Me estás dando largas?

—No, yo... ¡Cállate, anda, y vete! —Me río.

Se acerca a la cama, con paso lento y cadencioso, y me da un beso en los labios.

—Nos vemos a tu vuelta, princesa.

Noto como el nudo de mi estómago se deshace despacio, ante sus palabras y su sonrisa, que me hacen entender que quiere volver a verme, y se me escapa una amplia sonrisa, tan amplia como la felicidad que me invade.

—Estás preciosa cuando sonrías.

Cuando oigo la puerta, me levanto, perezosa, y me dirijo al baño a darme una ducha. No puedo dejar de pensar en todo lo sucedido. Bajo el grifo, rememoro de nuevo las caricias de Holden y dejo volar mi imaginación con todas las perversiones que me gustaría hacerle de nuevo y que él me hiciera a mí, y calmo mis ganas de él con la alcachofa de la ducha.

CAPÍTULO 16

UN PASEO A LO “VERANO AZUL”

La gira me da un respiro de tres días para pasarlos en casa. En Ámsterdam, me refiero. No tenemos conciertos, aunque sí ensayos agotadores e interminables, por lo que no puedo irme a España.

En cuanto vuelvo voy a visitar a mis vecinos, porque tengo muchísimas ganas de verles. En poco tiempo se han convertido en mi familia allí. Cuando estás fuera de tu país, tus amigos lo son todo: amigos, familia, confidentes, hermanos... De todo un poco.

Dejo la maleta en mi piso y sin deshacerla, algo impropio de mí, llamo a la puerta del 4º C.

Me abre Andrés, que me da un abrazo y me espachurra como si hiciera un año que no me ve.

—¡Clarita! ¡Qué bien que estés de vuelta! ¿Cómo ha ido? Seguro que bien, porque eres una artista. ¿Ya has comido bien? Porque te veo más delgada. Claro, sin los macarrones de mi madre...

—Andrés, déjala respirar, ¿quieres? —gruñe Tristan, que se levanta a saludarme como si le diera pereza, dejándome dos besos fríos en las mejillas, que nada tienen que ver con los últimos que me dio.

—No le hagas caso, Clara, que está de un borde últimamente... Las oposiciones estas le tienen frito, y por ende, él a mí. ¿Por qué no te lo llevas por ahí, a que le dé un poco el aire? —me susurra.

—¿Qué ha dicho? —gruñe el aludido.

—Que estudias mucho y necesitas salir un poco. —Obvio lo de borde, para evitar una disputa entre compañeros de piso.

—No me apetece salir —gruñe Tristan de nuevo.

Está claro que le pasa algo. Ni siquiera cuando le conocí y le molestaba mi música era así de desagradable.

—¿Sabes qué? Andrés ha conocido a la mujer de su vida —dice Tristan,

cambiando de tema y desviándolo de su persona.

Andrés le tira un cojín a la cara y Tristan sonrío un poco.

—¡Serás traidor!

—¿Ah, sí? Vamos, ¡cuéntamelo! —le insto, y me siento en el sofá, a su lado.

Tristan desaparece, supongo que a cambiarse, porque lleva un liviano pantalón de algodón, que no deja mucho a la imaginación, o quizás demasiado, y una sencilla camiseta, algo gastada.

—Pues... La otra noche salí con unos compañeros del trabajo, más jóvenes que yo y no veas cómo le dan a la cerveza, estos nórdicos. El caso es que bebí unas copas de más y estaba algo mareado, de lo que no estoy muy orgulloso... Bueno, eso no viene al caso. Estaba tumbado en un banco, tratando de que se me pasara el globo, cuando un ángel vino, me levantó las piernas y me ayudó a recuperarme.

—¡Le pegó un par de tortas! —grita Tristan, asomando la cabeza desde su habitación.

—¿Qué? —pregunto asombrada y divertida a partes iguales.

—Sí, dijo que es lo que había que hacer por si me desmayaba. Y funcionó, ¿vale? —dice Andrés, a la defensiva.

—Resulta que a Andrés le va el sado —se burla su amigo, que ya ha vuelto, con unos sencillos *jeans* azules desgastados y un jersey de cuello alto azul marino, que resalta el color de sus ojos. Incluso cuando se viste con cualquier trapo parece un *dandy*. Y ese jersey hace resaltar sus bonitos ojos azules.

Le admiro un par de segundos y me vuelvo a concentrar en la historia de Andrés, que es muy divertida, sobre todo porque parece que se haya pillado de esa chica de verdad.

—Bueno, me dijo que era eso o una jarra de agua, y con la temperatura de Ámsterdam por la noche preferí las tortas, de verdad. Además sus manos eran pequeñas y suaves... Volví en mí y todo dejó de darme vueltas.

—Sí, y solo veía a su ángel —se burla de nuevo Tristan—. Y le pidió el teléfono y ella le dio calabazas.

—¡Cállate! No voy a contarte nada más, nunca.

—Es que cuando me lo contó aún iba un poco borracho, la verdad, y fue muy divertido verle babear por su ángel, que le había salvado la vida.

—¡Serás traidor! Más vale que no te emborraches tú la próxima vez o te

dejaré tirado por ahí, en la calle, para que mueras de frío, nórdico cruel.

Me doy cuenta de que les he echado mucho de menos.

Andrés aprovecha que su compañero de piso está en el baño para insistir.

—Oye, en serio, sácalo de aquí un poco. Apenas sale, y está insoportable. Hazlo por mí, ¡por favor!

—Está bien, pero, ¿y si no quiere?

—Si se lo pides tú no te dirá que no. Es demasiado caballeroso. Esa educación tan exquisita que ha recibido juega en su contra. —Andrés me guiña el ojo.

—Vale, pero no te libras de contarme lo de tu ángel con todo detalle la próxima vez, ¿prometido?

Andrés mira al cielo y pone los ojos en blanco.

—Te lo prometo, cotilla. Anda, ve y líbrame de este mal.

Cuando Tristan sale del baño, me acerco a él.

—¿Te apetece dar una vuelta? Llevo muchos días fuera y echo de menos la ciudad. Tú podrías enseñarme rincones que aún no conozco.

—¿Me estás pidiendo una cita, Clara? —Su rostro anguloso está a pocos centímetros de mí, su barbilla casi rozando la mía, y sus ojos azules están fijos en los míos.

En seguida noto cómo me ruborizo (maldita sea, ¿por qué tendré la piel tan blanca y seré tan sensible a los hombre guapos?) y veo cómo sonrío un poco.

—Está bien, vamos. Creo que a mí también me irá bien salir un poco de aquí.

—¡Sí, por favor! —dice Andrés—. ¡Y no te des prisa en volver!

Ahora es Tristan quien le tira el cojín a Andrés.

—Veo que habéis estado muy distraídos por aquí. ¡Me voy unos días y aparece un ángel!

—Sí, parece que muchas cosas han cambiado en pocos días —dice críptico, mientras coge su abrigo gris del colgador y se lo pone.

Estoy descubriendo que Tristan a veces es así. A pesar de que no siempre sabes muy bien a qué se refiere, parece que todo lo que dice tiene un sentido, aunque tú no se lo encuentres ese momento. Eso me gusta de él.

—¿Cómo ha ido la gira?

—Genial. He disfrutado muchísimo. Ha sido todo un éxito, y lo hemos disfrutado mucho con los compañeros también. Bueno, menos con Sophie,

claro. Ha sido lo que siempre soñé que sería, aunque un poco más solitario, la verdad.

—¿Solitario? —pregunta, con las manos en los bolsillos de su abrigo, que por cierto, le queda de muerte.

—Sí, de hotel en hotel, lejos de la familia, amigos... Aunque nos apoyábamos entre nosotros, hemos hecho una piña muy bonita con los demás músicos, pero a veces te sientes solo, y piensas que todo el mundo se está divirtiendo o está con alguien querido mientras tú estás en una pequeña y fea habitación de hotel. A veces es duro.

Asiente, como si lo comprendiera. Es curioso, si cualquier otro me hubiera preguntado por la gira, le habría contestado solo la primera parte, lo que la gente espera que conteste. Éxitos, aplausos, diversión. Pero Tristan tiene algo que hacía que me abra a él. Esa forma de escoger siempre las palabras, de no hablar porque sí, de dar siempre en el clavo, de ser sincero.

—¿Y no has recibido ninguna visita en todos estos días?

Trago saliva ante su pregunta. ¿A qué se refiere? Por un instante entro en pánico. ¿Y si era él el de Brujas? No puede ser. Me lo habría dicho. ¿Y para qué iba a ir hasta Brujas solo para escucharme tocar? No, creo que se refiere a Holden y a mi historia con él, de la cual no conoce los últimos acontecimientos y, no sé por qué, prefiero que siga siendo así. Prefiero guardármelo para mí.

Carraspeo.

—No.

Me dedica una mirada fugaz y vuelve a asentir. Y como si volviéramos a la casilla de salida, me siento incómoda ante Tristan, como si acabáramos de conocernos. Como si nunca hubiéramos compartido confidencias. Quizá sea por la mentira que acabo de soltarle. Odio mentir.

—¿Y tú qué tal? ¿A qué se debe ese mal humor? ¿Es por las oposiciones?

Tristan permanece en silencio unos segundos, y luego niega con la cabeza.

—No, o al menos no todo.

Vaya, ya se está poniendo críptico otra vez. Que me encanta, ojo. El problema es que nunca sé hasta dónde puedo preguntar, si debo insistir o dejarlo estar.

—¿Y eso? —decido que es una buena pregunta. Abierta, para que me

cuenta lo que quiera, si es que quiere contarme algo.

—Es que creo que se me está escapando...

—¿El qué, la vida?

Sonríe de medio lado, casi con cinismo.

—Algo así. Algo que me importa. —Tristan sigue con las manos en los bolsillos y la mirada al frente algo perdida.

—Entonces ve a por ello. Si no lo intentas, lo lamentarás.

—¿Y si lo intento y fracaso? —pregunta, girándose hacia mí, y leo el miedo en sus ojos.

—Pues..., será duro, pero deberás estar orgulloso de ti mismo por haberlo intentado. Si te rindes de antemano, habrás perdido seguro.

—Sí, parece sencillo. —Vuelve a poner su mirada al frente.

—Nunca no lo es. Luchar por lo que quieres no siempre lo es, créeme. Aunque yo no desearía vivir de ninguna otra forma. No desearía estar en ningún otro lugar que no fuera este, aquí y ahora.

—Yo tampoco. —Se gira para mirarme y veo un brillo intenso en sus ojos.

De repente coge mi mano y tira de ella, como hace a veces, sin darse cuenta, en un gesto espontáneo y familiar que cada vez me gusta más.

Tras una larga pausa en la que caminamos en silencio, vuelve a hablar.

—¿Conoces el mercado de las flores?

—La verdad es que no.

Tristan me mira como si hubiera matado a alguien.

—¿Llevas un año en Ámsterdam y no has ido nunca al mercado de las flores?

Me encojo de hombros, algo avergonzada.

—Lo cierto es que no. Esto es como cuando vives en Barcelona, y no has ido nunca a visitar la Sagrada Familia.

—Pues es un crimen. Anda, vamos.

Andamos unos metros y Tristan se para en uno de esos puestos donde puedes alquilar una bicicleta, pagando unas monedas.

—¿Vamos a ir en bici? —pregunto con miedo, porque no voy en bicicleta desde que tenía quince años.

—Sí, es más rápido y es el mejor sistema de moverse por aquí, ya que todo es muy llano. ¿Es que tampoco has ido en bicicleta? —Me mira horrorizado—. ¿Qué has estado haciendo exactamente?

—Tocar —me defiendo—. Y visitar los Museos. El Rijksmuseum, El Van Gogh...

—Sí, sí, pero no has vivido la ciudad. No la has respirado. Su ambiente, sus calles, su gente. —Ahora Tristan me recuerda a mí cuando hablo de mi música. Le brillan los ojos y sonrío.

—Está bien, está bien. Venga, cojamos una bicicleta. Yo seré Bea y tú serás Pancho.

—¿Qué dices?

—Sí, como en *Verano Azul*. —A veces se me olvida que estoy en otro país—.

—¿Y eso qué es?

—Era una serie que veía todo el mundo en familia, de una pandilla de jóvenes que pasaban los veranos en un pueblo, y estaba Chanquete, que era como el abuelo de todos, e iban en bicicleta, y cantaban una melodía.

Empiezo a silbar la melodía de *Verano Azul* y Tristan estalla en carcajadas.

Yo frunzo el ceño, porque se está riendo de mí, aunque en el fondo me alegro de haberle hecho reír, porque no me gusta cuando está refunfuñón.

—¿Sabes ir en bici, no? —pregunta, ante mi inquietud frente a ese trozo de hierro con dos ruedas.

—Claro, solo que... hace mucho tiempo que no lo hago.

—No te preocupes. —Se acerca a mi oído y me susurra—: Dicen que es como hacer el amor. Nunca se olvida.

No sé si es su voz gutural, su aliento en mi oído, sus palabras, o una mezcla de todo ello que hacen que mi rostro se ponga de color grana. Me giro para que no pueda verme, pero su sonrisa me dice que mi táctica es inútil.

Me subo a uno de esos trastos con miedo, y los primeros metros los doy algo indecisa, girando demasiado el manillar. Al cabo de unos metros me doy cuenta de que es bastante fácil; bueno, menos por la gente a la que tienes que ir esquivando. Me siento ligera, liviana, con la brisa en mi cara, el olor del otoño y la ciudad pasando ante mis ojos. Voy detrás de Tristan observando la ciudad como nunca antes la había observado, y es maravilloso. Es como si mis ojos fueran una cámara de vídeo de esas antiguas, y fuera grabándolo todo en mi retina.

Llegamos a lo que debe de ser el mercado de las flores. Un grupo de barcazas amarradas a los muelles de los canales están repletas de flores, de

semillas, de bulbos, especias, iluminando el lugar con un estallido de colores que lo hacen parecer mágico.

Por las callejuelas hay también varios puestos, no solo de flores, sino también de ropa o antigüedades. Entre todo ello sobresalen miles de bulbos de tulipán de todos los colores que dan al lugar un aire de cuento.

—Me encanta este lugar.

No me extraña, la verdad. Es un lugar de cuento, aquí parece que nada malo pueda suceder nunca. Ese estallido de colores inspira felicidad.

Paseamos sin rumbo fijo, entre las calles, nos mezclamos con la gente, de vez en cuando Tristan se para a admirar algunas flores y yo me quedo en un segundo plano, viendo cómo disfruta. Está relajado y sonriente. Feliz. Nada que ver con el Tristan que me he encontrado unas horas antes. Ese lugar produce un increíble efecto sobre él.

En una de las paradas, se detiene y charla en holandés con la dueña. Parece que están negociando. Cuando termina, me tiende una caja de bulbos de tulipanes amarillos y otra de blancos.

—Para ti. Para que siempre lleves Ámsterdam contigo. Puedes llevarlos a España y plantarlos. El clima es muy bueno allí, ya verás cómo crecen, y cuando los mires, te acordarás de mí..., de nosotros. De tus vecinos de Ámsterdam.

Me emociono ante ese sencillo detalle, que para él parece importante, y por tanto, para mí también lo es.

—Gracias —digo, y sin poder evitarlo, me veo abrazándole.

Noto como Tristan se tensa un poco ante mi contacto, y estoy a punto de separarme de él cuando me envuelve en sus brazos con delicadeza. Mi oído queda a la altura de su pecho, fuerte y cálido, y oigo el latir acelerado de su corazón. ¿O es el mío?

Permanecemos así un par de segundos, extraños, íntimos, en los que pienso que en ese momento no deseo estar en ningún otro lugar. Tristan se separa unos centímetros de mí, sin soltarme, con su rostro frente al mío. Sus ojos se pierden en mis ojos. Mis ojos, en su boca, que se acerca despacio a la mía, sin dejar de mirarme, hasta que no puedo aguantar más esa mirada que pretende traspasar todas mis capas, y los cierro. Contengo la respiración mientras espero el instante en el que sus labios acaricien los míos.

Un sonido estridente nos interrumpe.

Tristan se deshace rápido del abrazo, como si se arrepintiera de esa

muestra espontánea de afecto, y yo rebusco en mi móvil para encontrar al culpable de la ruptura de ese momento tan nuestro.

Veo el nombre de Holden en la pantalla y el estómago me da un vuelco.

Una parte de mí desea cogerlo y oír su voz. La otra, no quiere hablar con él delante de Tristan, así que le cuelgo.

Este parece incómodo y está tenso, seguramente por nuestro extraño contacto, y vuelve a poner esa mirada perdida. Enfunda sus manos en su chaleco y deja caer los hombros. Su voz suena hueca, carente de emoción.

—Bueno, creo que ya está bien el paseo por hoy. Debo volver a estudiar.

Me alegro de que volvamos en bicicleta, y no andando, porque creo que la conversación iba a ser algo incómoda, si es que la hubiera habido, porque algo me dice que Tristan ya no está muy hablador.

Vuelvo, intentando maravillarme de nuevo de la ciudad, mirando a los lados, intentando captarlo todo, pero ahora los colores parecen menos vivos, la gente menos sonriente y el sol menos brillante. La ciudad parece como apagada, igual que Tristan. Como si la ciudad se hubiera imbuido de su espíritu, unos grandes nubarrones cubren el cielo, dejándolo de un color plomizo que anuncia una lluvia inminente.

En cuanto llego a casa llamo a Sonja, que ha mantenido su palabra y ha dejado el teléfono encendido. Aunque está trabajando, encuentra un momento para mí, sobre todo cuando, nada más coger el teléfono, le grito: “¡Me he acostado con Holden!”.

Oigo como Sonja se disculpa y busca un lugar tranquilo para hablar, supongo.

—¡Cuéntamelo todo! Y rápido, que no tengo mucho tiempo.

Le hago un resumen de mi encuentro fortuito con Holden en Brujas, de nuestra cena, de nuestro beso y del resto, sin entrar en muchos detalles. Ella me lo perdona porque no tiene tiempo, aunque intuyo que en nuestro próximo encuentro no voy a poder escaparme y voy a tener que explicárselo todo, todo.

—¿Dos veces? Serás guarrilla. —Se ríe.

Yo sonrió, porque solo de recordarlo se me pone una sonrisa bobalicona en la cara.

—¿Y ahora qué? —pregunta Sonja, poniendo voz a mis dudas.

—Ahora... No sé. Me dijo que nos veríamos a la vuelta. No salió corriendo, como yo esperaba. Eso es bueno, ¿verdad?

—Claro que es bueno, tonta. ¿Por qué iba a salir corriendo? ¿Es que no ibas depilada? —se burla.

—Estoy demasiado feliz para que me afecten tus pullas —digo orgullosa.

—Ya lo veo, ya. —Puedo oír su sonrisa al otro lado del teléfono.

Dudo un instante sobre si contarle o no lo que ha pasado con Tristan esta tarde, pero me doy cuenta de que no sabría qué decirle exactamente. ¿Qué Tristan y yo hemos tenido un momento de... intimidad? Tampoco sé a ciencia cierta si ha existido ese momento o han sido imaginaciones mías. Decido guardármelo para mí.

Voy a colgar cuando oigo que me grita:

—¡Clara!

—¿Qué?

—Me alegro mucho por ti. Ahora no le dejes escapar.

—Tranquila, no lo haré.

CAPÍTULO 17

NO TE HACÍA YO TAN EFUSIVA

En cuanto llego a casa le llamo.

—Hola, princesa —contesta en un tono nuevo, íntimo, casi como un secreto entre los dos, o eso me parece a mí—. ¿Por qué me has colgado? ¿Es que no querías hablar conmigo? —pregunta juguetón.

—No seas tonto. Es que estaba..., ocupada. —Decirle que estaba con Tristan no me parece una buena idea.

—Bien, ¿y ya no lo estás? ¿Te apetece salir? Hoy es mi día libre.

—¡Claro! —¿Todo un día con Holden, ahora que puedo tocarle, besarle y quién sabe qué más? ¿Porqué puedo, verdad? ¡Estoy preparadísima! —¿Qué tienes pensado?

—La verdad es que no he pensado nada. Solo..., estar contigo, ya sabes..., nada especial. —Parece nervioso y eso es tan nuevo en Holden que me enternece.

—Vale, me pasas a buscar y ya vemos lo que hacemos.

—En una hora estoy ahí.

Tengo una hora para arreglarme. De repente me parece muy poco tiempo. ¿Qué me pongo? Eso nunca me ha preocupado, pero hoy, hoy... es mi primera cita con Holden. Vale que ya nos hemos acostado, aunque eso fue algo casi improvisado, (y mejor, porque de otra forma creo que me habría muerto de nervios). Hoy voy a pasar el día —y espero que la noche— con Holden. ¿Voy depilada? Ay, Dios, ¡no del todo! Lo que significa que cuando me acosté con él tampoco. Por un momento me quiero morir, aunque me tranquilizo un poco al pensar que él no pareció darse cuenta.

Vale, Clara, relájate un poco. Es Holden, habéis salido decenas de veces. Esta es una más.

Pero no lo es. Porque ahora él y yo estamos juntos. ¿O no? Vale, quizás decir que estamos juntos es un poco excesivo. Sería más exactos decir que hay algo entre nosotros. ¿El qué? Pues no lo sé con exactitud porque no

hemos hablado del tema. Y yo no pienso preguntárselo, aunque me muera de ganas.

Maldigo la necesidad que tengo de tenerlo todo controlado en cada momento, de saber siempre dónde estoy, de ponerle nombre a todo, porque ahora siento que camino sobre una cuerda floja y sin red. Y no me gusta. No me gusta en absoluto. Aunque las cosquillas que siento en el estómago... No me había sentido así en mucho tiempo. Desde Arturo. Creía que no volvería a sentir eso jamás, hasta que ha llegado Holden y ha vuelto a poner mi estómago patas arriba. Como en una montaña rusa.

Me depilo las piernas, me hago un peeling y una mascarilla rápidos, me ducho y me aliso un poco el pelo. Suerte que lo tengo corto y no tardo mucho. Ahora solo falta decidir qué me pongo. Me decido por ser yo misma. Ya estoy bastante nerviosa, necesito que mi ropa me reafirme, no que me haga sentir extraña. Un sencillo vestido negro floreado con unas medias tupidas negras y unos botines del mismo color. El toque de color, como siempre, el gorrito y la bufanda rojos de mi abuela. Me los pongo y pienso en ella y en lo que me diría en ese momento. Lánzate, Clarita, quien no arriesga no gana.

Y eso es lo que siento que voy a hacer. Lanzarme al vacío, sin protección. Doy un gran suspiro.

Por último, resalto mis ojos y en el último momento decido que es mejor no pintarme los labios. Por si nos besamos, el gloss es demasiado espeso, y no quiero pintarlos de rojo y que se me corra el pintalabios y parecer una furcia.

Porque si algo tengo claro, es que en cuanto vea a Holden voy a besarle como si fuera el último día en la tierra, tantas son las ganas que tengo de volver a hacerlo. Lo he soñado tanto, lo he deseado tanto que ahora no sé si voy a tener suficiente.

En cuanto lo veo en mi portal, apoyado en su coche, con unos *jeans* negros desgastados, un jersey gris de cuello redondo por el que asoma una camiseta blanca, su chupa de cuero abierta, y esa sonrisa de medio lado, que esta vez parece más amplia que nunca, siento que me derrito de felicidad.

Sin pensarlo, corro hacia él y me tiro en sus brazos. Nuestras bocas se encuentran antes de decirnos nada, nuestras lenguas se enredan como si se hubieran echado muchísimo de menos, él me aprieta fuerte contra su cuerpo y yo no quiero que me suelte nunca.

Nos besamos hasta quedarnos sin respiración. Holden me suelta y me mira, mientras intenta recuperarla.

—Vaya, Clarita, no te hacía yo tan...

—¿Tan qué?

—Efusiva. Tan efusiva.

—¿Te molesta?

Sonríe y finge pensárselo, el muy canalla.

—Para nada. —Y vuelve a besarme, esta vez más despacio, deteniéndose en cada rincón de mi boca, saboreándome, como si fuera un helado.

Vuelve a separarse de mí y me mira. Sus pupilas están dilatadas y siento sus ganas de mí pegadas a mi cuerpo.

—Clarita, vámonos o subimos ahora mismo a tu apartamento y no salimos en todo el día.

Mmm, la propuesta resulta muy, pero que muy tentadora. Aunque eso podemos hacerlo después. Ahora quiero pasear con Holden por toda la ciudad. Que la ciudad nos vea. Juntos.

—Llévame a tu sitio preferido de Ámsterdam.

—¿Cómo? —pregunta desconcertado.

—Sí, a tu sitio preferido. ¿No tienes uno?

—Pues..., no lo había pensado nunca. Aunque si tuviera que escoger uno... ya sé cuál sería. —Sonríe.

—¿Sí? Pues vamos. Llévame.

Me siento tentada de cogerle la mano, pero él no ha hecho el amago de hacerlo, así que contengo mis ganas. Supongo que no es uno de esos que pasean agarraditos de la mano. Nunca me ha parecido que lo fuera. Siento una pizca de decepción al confirmar mis sospechas.

Holden y yo paseamos hasta la plaza Dam y nos sentamos en una de las mesas de un restaurante cualquiera.

—Es aquí —dice.

—¿El restaurante?

—No, mujer. La plaza. Mira —dice. Y me señala a todas partes y a ningún sitio en particular.

Hay un obelisco en una parte de la plaza, no en el medio. El enorme y precioso edificio neoclásico del Ayuntamiento. El árbol de Navidad con las luces encendidas. Lo cierto es que es preciosa.

—¿El qué en particular?

—La gente que pasa. Algunos parecen tener prisa, otros solo disfrutan del paseo, como nosotros. Otros ríen, algunos discuten, algunos buscan un lugar en el mapa, otros solo esperan a alguien. Está llena de vida, de posibilidades, de historias...

—Vaya.

No sé qué me esperaba, algo más superficial, algo más como “aquí es donde me ligué a aquella chica que”..., no sé, algo más Holden, aunque a veces se me olvida que no es solo una cara bonita. Estudió historia del arte cuando en su casa querían que fuera abogado, o economista, o algo con futuro, y se fue en cuanto pudo. Es un alma libre, no le preocupa dónde va a estar el año que viene, ni siquiera el mes que viene. Es algo que admiro, me gustaría ser parecerme más a él en este aspecto.

—Y de chicas guapas. —Ahí está. Algo más Holden.

Me giro hacia él para ver a dónde dirige su mirada. Me está mirando a mí. Solo a mí.

Me sonrojo hasta la punta del cabello, y esta vez no me importa que lo vea.

—¿Qué me dices del tuyo? ¿Cuál es? A ver, déjame adivinar... Algo como el Concertgebouw, aunque trabajas allí, así que ese no puede ser. Quizás algún museo, algo repleto de belleza.

—El Van Gogh —reconozco, y siento un pequeño calor en el corazón al saber que me conoce tan bien.

Se ríe.

—No iba muy desencaminado.

—¿Te apetece ir después? —pregunto.

—¿Al Van Gogh? Clara, lo he visto cientos de veces, ¿recuerdas?

Claro, es guía turístico. Pero no lo ha visto con mis ojos, quiero decirle. Aunque no digo nada. No me apetece ir a algún sitio donde tenga que aguantar a Holden con cara de acelga, quiero que nos divirtamos, que sea un día especial para ambos.

Nos tomamos una cerveza mientras hablamos de todo y de nada, y nos reímos, como siempre, aunque tengo los nervios aposentados en la base del estómago. De vez en cuando Holden me mira los labios, y noto el deseo en su mirada, y tengo que hacer un esfuerzo por no saltar por encima de la mesa y abalanzarme sobre él.

—¿Tienes hambre? —pregunta al cabo de un rato.

—Un poco —miento. Porque normalmente soy de comer, aunque hoy tengo los nervios aposentados en el estómago y no se quieren ir.

—Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Se levanta y me coge de la mano. Pasan unos segundos en los que pienso que ha sido un gesto involuntario y que va a retirarla. No lo hace. Yo aprovecho ese contacto y entrelazo mis dedos entre los suyos, y nos miramos y sonreímos como bobos, sin decir nada.

Holden me lleva a su coche, y me abre la puerta para que suba. ¡Me abre la puerta! ¡Holden! Vaya, este chico tiene golpes escondidos. Sabe ser tan mono cuando quiere. No me extraña que caigan todas en sus redes. Por un instante el pensar en todas esas mujeres con las que ha estado me pellizca el estómago. Sacudo la cabeza e intento descartar enseguida ese pensamiento. Ahora está conmigo y eso es lo que importa. Y pienso disfrutarlo mientras dure.

Nos alejamos un poco del centro de la ciudad y vamos al *Ámsterdam Bos*, un precioso parque con un canal de remo en el que juegan algunos niños y mayores con sus embarcaciones de juguete, repleto de caminos que recorrer a pie y en bicicleta. Parece sacado de uno de los cuadros de Goya (antes de su etapa oscura, claro).

—¿Vamos a hacer un picnic? —Levanto una ceja incrédula—. ¿A principios de noviembre?

—Cierra el pico, quejica —dice, cuando ya hemos bajado del coche, atrayéndome hacia él y besándome en la boca. Siento que hace años que no le beso, cuando no debe hacer ni dos horas, que a mí me han parecido una eternidad. Me abrazo a su cuello y le devuelvo el beso, profundo, intenso, y siento como se despierta todo mi cuerpo.

Holden me separa con suavidad y se ríe.

—Clarita, Clarita, si sigues así no voy a poder contenerme.

No quiero que se contenga, quiero hacer el amor con él todo el día y toda la noche para ser sincera, pero estamos en un merendero público, donde puede haber gente. No creo que venga mucha, en esta época el año, pero no quiero arriesgarme. Hace un día soleado, con una ligera brisa que se torna en un aire frío cuando el sol desaparece.

Cuando abre el capó y saca una cesta de picnic y dos mantas casi me desmayo. Sonrío como una boba porque veo que esto va en serio. Me esperaba alguna broma pesada, con él nunca se sabe.

Lo dispone todo, pone una manta en el suelo, abre la cesta, de la que saca un táper con tortilla de patatas, distintos tipos de queso, unos sándwiches de salmón y una botella de vino tinto y dos copas.

La otra manta es para taparnos. Lo cierto es que ha pensado en todo. Me encanta que haya dedicado tiempo a pensar algo para sorprenderme, y la verdad es que lo ha conseguido. Yo no necesito hacer nada especial, solo quiero estar con él, disfrutar de su compañía, de su atención, de su risa, de la sensación nueva y emocionante de que es, en algún sentido, mío, aunque debo reconocer que esto es bastante romántico.

—¿Has hecho tú la tortilla? —pregunto.

Se ríe ante mi ocurrencia.

—No, no he tenido tiempo. Pero los sándwiches sí los he hecho yo —se pavonea.

—Vaya, si eres todo un cocinillas.

—No se lo digas a nadie. Tengo una imagen de chico duro que mantener. —Y me quiña un ojo.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo, solo si me demuestras qué más sabes hacer.

Holden se acerca a mi oreja y me susurra:

—Te demostraré todo lo que sé hacer en cuanto lleguemos a casa.

La temperatura del ambiente ha subido de golpe. Holden está a pocos centímetros de mi cuello, mirándome como si quisiera comerme, y yo también tengo un hambre voraz, y no precisamente de tortilla de patatas.

Me giro hacia él y volvemos a besarnos como locos. Nos abrazamos, nos tocamos, mientras nuestras lenguas juegan sin control. Mi cuerpo se acelera y comienzo a respirar con dificultad.

Me empuja con su cuerpo, y quedamos los dos tendidos en la manta, él encima de mí. Sigue besándome en la boca, cada vez con más ímpetu, y sus manos se escapan debajo de mi jersey. Yo suspiro y me arqueo cuando encuentran mis pechos. Entierro la cara en su cuello, que muerdo, y lamo, y beso como si quisiera comérmelo. Cuando beso el lóbulo de su oreja, gime y yo me excito todavía más, si cabe, al notar sus ganas de mí.

—Clara... —jadea.

Le agarro del pelo, ese pelo rubio, liso y sedoso que me vuelve loca, y volvemos a besarnos, mi lengua busca la suya con fruición, intercambiando ganas, saliva y gemidos por doquier.

Cuando sus manos me desabrochan el botón del pantalón me doy cuenta de que estamos a punto de hacerlo en un lugar público, y me entra el pánico.

Me separo de él, aunque con mucha dificultad.

—Holden, para, para.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta?

—Claro que me gusta, pero no quiero hacerlo aquí.

Levanta la vista y sonrío, travieso, con esa sonrisa ladeada que me encanta, sobre todo cuando va dirigida a mí.

—Yo no veo a nadie por aquí. ¿Y tú?

No puedo evitar sonreír al pensar en su insinuación, y en qué pasaría si me dejara llevar, pero no puedo. Solo de pensar que pueda vernos alguien... Me moriría de vergüenza allí mismo.

Le empujo con suavidad para poder incorporarme.

—Ni se te ocurra pensarlo, Holden Poot. Eso no va a suceder —digo, con el ceño fruncido y mi dedo índice amenazador.

Se ríe.

—Clara, Clara. Ya vuelves a ser tú. Siempre tan comedida.

Sus palabras no me hacen gracia.

—No soy comedida, solo que no quiero que me detengan por escándalo público.

—Está bien, princesa, no pasa nada. Continuaremos más tarde. —Y me da un beso en la punta de la nariz.

Intento peinarme con la mano mientras recupero la respiración. Ahora sí tengo un hambre de lobo, y ataco la tortilla de patatas sin piedad, mientras pienso sin poder evitarlo que cuanto antes terminemos de comer, antes nos iremos a su piso. O al mío, mejor, que no quiero toparme con su compañero o alguna de sus conquistas.

Holden me mira divertido.

—¿Qué pasa?

—Nada, me hace gracia.

—¿El qué?

—Que comes como una lima.

Me sonrojo de vergüenza y él se ríe a carcajadas.

—No te preocupes, Clarita, la verdad es que me gustan las mujeres que comen sin avergonzarse.

—¿Y por qué habría de avergonzarme?

—Pues eso digo yo. ¿Quieres otro trozo de tortilla? —pregunta, mientras intenta meterme en la boca otro trozo, a la vez que me hace cosquillas para que me ría y abra la boca. Yo no puedo evitar reírme, y él coge la tortilla de patatas con la mano y me la mete en la boca, que acaba desparramada por el suelo, por el mantel...

—Eref tonto —digo, con la boca llena de tortilla, que no pienso desperdiciar, porque está buenísima.

A resultas del ataque, tengo a Holden pegado a mí, con un brazo apoyado en el suelo y el cuerpo inclinado hacia mí. Me empuja con su cuerpo hacia el suelo, de modo que quedamos tumbados, él sobre mí, su rostro a escasos centímetros del mío, su boca casi tocando la mía.

Con su dedo índice, me acaricia el rostro, desde la frente, hasta la mandíbula, pasando por la nariz. Yo siento una sensación de placer por todo el cuerpo.

—Clara, eres preciosa, ¿lo sabías?

No me hace falta un espejo para saber que estoy sonriendo como una boba.

—No hace falta que me regales los oídos, como haces con todas las chicas.

—No lo hago —responde con el ceño fruncido, algo inusual en él—. Lo digo de verdad.

Y su rostro serio y circunspecto me hacen creer que lo ha dicho en serio y que al parecer lo he ofendido, y no se me ocurre otra cosa que hacer sino besarlo.

Lo cojo de la nuca y lo beso, suave, dulce, disfrutando del momento, despacio, perdiéndome en esos labios que tantas veces he mirado y he deseado besar en secreto. Y sus labios me responden, su lengua busca la mía, y ambas se encuentran. Es un beso largo, lento. Los dos disfrutamos del mero hecho de besarnos, como si fuéramos adolescentes, aunque nuestras manos no pueden dejar de acariciarse mutuamente.

Cuando terminamos el picnic Holden me lleva a su piso (su compañero ha ido a visitar a su familia ese fin de semana “y tenemos el piso para nosotros solos”), y yo tengo que contener un grito de emoción, por la anticipación. Porque espero que vayamos a acostarnos. Después de los arrumacos en el bosque estoy más caliente que una fragua.

Suspiro aliviada y nerviosa por partes iguales cuando su mirada lobuna

no me deja lugar a dudas.

Solo cerrar la puerta me empuja contra el marco y me besa como si hiciera un año que no besara a una mujer. Yo respondo de forma inmediata, sujetándole de la nuca y rodeándole su cintura con una de mis piernas. Holden me coge en brazos y yo le rodeo con las dos piernas, mientras él me sujeta contra la pared, sin dejar de besarme. Yo respondo como nunca antes lo había hecho, le beso con fuerza, succionando su lengua con ganas, mordiéndole el labio con demasiada fuerza.

—¡Au! —se queja, y yo paro de inmediato.

—¡Perdona! ¿Te he hecho daño?

Se ríe.

—No quiero que pares, princesa. Sigue besándome así, me pones a cien. No sabes todo lo que quiero hacerte —me susurra.

Su respiración en mi piel, su lengua en mi cuello, sus manos en mis nalgas, su voz susurrante en mi oído, hacen que me excite todavía más si cabe.

Vuelvo a besarle con ansia, disfrutando de la boca que tan loca me vuelve, cogiéndole por el pelo, por ese pelo rubio que tantas veces he deseado acariciar, y le aprieto contra mi boca. Respiro con dificultad, pero no me importa. Nos besamos como salvajes, con ganas contenidas, con deseo, casi con rabia.

Holden intenta quitarme el jersey con una sola mano, porque me está sujetando con la otra, así que le facilito el trabajo y lo hago yo. Enseguida atrapa uno de mis pezones con su boca y lo lame, lo muerde, tira de él hasta que grito de placer. Siento la necesidad imperiosa de tenerle dentro de mí.

—Holden... —gimo—. Quiero..., quiero... —Me da vergüenza decirlo. Yo nunca he sido de las que hablan en la cama, y mucho menos de las que piden nada.

Él me susurra al oído de nuevo.

—¿Qué quieres, Clara? Dímelo. Dime qué quieres que te haga...

Su tono es bajo, ardiente, provocativo, y yo me dejo llevar por su voz y por el deseo que siento en ese momento.

—Quiero sentirte dentro —le pido, contra su cuello, porque no me atrevo a mirarle.

Holden me coge la mandíbula y me obliga a mirarle. Sus pupilas están dilatadas por el deseo, y sus ojos brillan en la oscuridad.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Siento como se desabrocha la cremallera del pantalón y ese simple sonido me excita tremendamente. Baja mis medias, me aparta las braguitas con destreza y me embiste sin preámbulos, aún con los pantalones puestos, mientras me mira a los ojos.

Yo grito de placer y sorpresa, y no puedo evitar sonreír.

—Oh, Clara, eres tan..., tan...

—¿Tan qué?

Holden sigue entrando y saliendo de mí, primero despacio, como castigándome, mientras me mira y sonrío con malicia.

—Tan sexi, tan preciosa... ¿Te gusta cómo te follo? —pregunta, mientras mueve las caderas, entrando y saliendo de mí.

—Sí... —gimo.

—Dilo —me insta, y a continuación presiona con su boca mi otro pezón, rodeándolo con su lengua despacio, mordiéndolo, y torturándome de placer.

Yo odio esa palabra, siempre la he odiado, pero en ese instante, en boca de Holden, me parece muy excitante.

—Me gusta cómo lo haces —digo, mientras le cojo del pelo y le aprieto contra mi pecho, para que no pare, y agradezco que la luz esté apagada para que no pueda ver mi rostro encendido.

Mis palabras parecen enardecerle, y aumenta el ritmo de sus embestidas.

Estoy al borde del orgasmo, con Holden dentro de mí, cada vez más fuerte y más rápido, mientras me sigue castigando dulcemente mis pechos.

Cuando termina de torturarme con sus dedos en mi sexo, no puedo evitarlo y me voy con un grito.

Él sonrío y sale de mi interior, bajándose despacio al suelo.

—Todavía no he terminado contigo.

Se saca un preservativo del bolsillo trasero del pantalón y me lo da.

—Pónmelo —me ordena.

Suerte que estamos a oscuras, porque así no puede ver el color bermellón de mi cara. Obedezco, porque deseo hacerlo. Vaya si lo deseo.

Se lo pongo, despacio, acariciándole por el camino, y Holden gime.

—Oh, joder.

Yo estoy excitada, y me siento deseada, atractiva y poderosa, al ver lo que provoco en él, y ver cómo me mira. Como siempre he deseado que me mire.

Le beso de nuevo en la boca, apretándome contra su cuerpo, y sintiendo su erección en el mío. Le cojo de la cintura de los pantalones y de los calzoncillos y se los bajo, porque hay demasiada ropa entre nosotros. Holden abre más los ojos, y sonrío, lascivo, mientras me quita el vestido, y de un plumazo me baja las medias y mis braguitas, de modo que nos quedamos desnudos, el uno frente al otro.

—Vamos a tu cama —le pido.

Me coge de la mano y con paso firme me guía hasta su habitación. Nada más entrar, me empuja con suavidad hacia la cama, y yo caigo de espaldas, riéndome.

Holden se tumba encima de mí, manteniéndose con sus brazos para no chafarme, y yo me derrito mirando ese brazo tenso, su trasero redondo y firme, su rostro tan cerca del mío, y su boca, que me pierde...

Vuelvo a besarle, esta vez más despacio, reconociendo su boca, su lengua, saboreándolo, disfrutando de lo que me hace sentir.

A mi pesar, abandona mi boca, que se siente huérfana de él, y me regala besos por todo mi cuerpo. En el cuello, en mis hombros, que acaricia, en el hueco de la clavícula, que besa, en mi pecho, rodeándolo, en mi ombligo, en mi bajo vientre y en descenso, hacia mis labios, deteniéndose ahí, acariciándome con su lengua, de arriba abajo, y luego en su interior, primero despacio, después cada vez más rápido y con más fuerza, mientras yo me como a las sábanas y me muerdo el labio para no gritar.

Ver a Holden entre mis piernas es lo más morboso, sucio y sexy que he visto en mi vida, y eso hace que me excite todavía más. Él sigue castigándome dulcemente ahí abajo, cada vez más rápido, deteniéndose en mi clítoris, rodeándolo, lamiéndolo sin parar, hasta que cuando intenta mordisquearlo, yo no puedo más y me suelto en un orgasmo brutal que noto por todo mi cuerpo, desde las puntas de los pies hasta el último de mis nervios.

Holden sonrío satisfecho y me susurra al oído:

—Creo que te ha gustado, ¿verdad?

Yo sonrío y me niego a contestar y a aumentar su ego, que no lo necesita, y le beso, por toda respuesta. Sabe a mí, y a él, y eso me vuelve loca. Le rodeo con las piernas y le aprieto contra mí, pidiendo así sin palabras lo que deseo.

Holden no se hace esperar y entra en mí, sin dejar de besarme y

morderme la boca, el cuello, el mentón, la lengua, los labios.

Yo enrosco mis dedos en su pelo y tiro de él suavemente, mientras busco su boca, que necesito sentir en la mía, y siento su respiración entrecortada, que se mezcla con la mía, deseo con deseo, ganas con ganas, y aprieto su culo contra mí, porque necesito sentirlo todo, cada centímetro de él dentro de mí. Tras varias embestidas, cada vez más rápidas, que yo acompaño con mi cuerpo, Holden estalla, en un gemido gutural y profundo.

Cuando abro los ojos, veo que ya está despierto, mirándome. No puedo descifrar su mirada. Parece una mirada de satisfacción, mezclada con algo de miedo, no estoy segura. Esa mirada es nueva. Me estremezco de placer por despertar entre sus sábanas y también de terror, por no saber lo que viene a continuación.

—Buenos días —digo, tímida, porque aún no me acostumbro a despertarme entre las sábanas con él a mi lado.

—Buenos días, princesa —responde, dejando un beso en mi nariz—. ¿Has dormido bien? —pregunta socarrón.

Increíblemente bien, como nunca. Muevo la cabeza arriba y abajo. No quiero que piense que ha sido el mejor sexo que he tenido en mi vida, aunque sea cierto.

—Voy a darme una ducha. —Y Holden va hacia el baño, tal como Dios lo trajo al mundo, sin ningún pudor, lo que me permite observar su anatomía perfecta y tragarme las ganas de seguirlo a la ducha. No quiero que piense que soy una ninfómana. Aunque con él lo parezca.

Me revuelvo en la cama. Después de la tarde maravillosa que pasamos ayer, y de la noche, me asaltan las dudas. No puedo evitarlo, yo soy así. ¿Es una buena idea esto que estamos haciendo? ¿Y qué es lo que hacemos? Sé que lo estamos pasando bien (muy bien, para ser exactos), pero tengo la constante sensación de que esto va a terminarse en cuanto Holden se canse, y ese pensamiento me aterroriza.

—Holden, ¿qué estamos haciendo? —pregunto cuando vuelve de la ducha, con una toalla envuelta en la cintura y su pelo mojado. Su torso al descubierto y minúsculas gotas de agua aún en su cuerpo. Tengo que tragar saliva ante lo guapo que está.

—¿Qué? Pues a esto yo lo llamo follar, princesa, aunque tú seguramente lo llamarás hacer el amor. —Me mira y me guiña un ojo, sentado en la cama mientras se viste.

—No seas idiota. Me refiero a ti y a mí, a esto. ¿Crees que es una buena idea? —quizás no debería preguntarlo, pero no puedo evitarlo.

—Pues no se nos da nada mal, la verdad —sigue bromeando, mientras se pone sus calzoncillos.

—Venga, hablo en serio. ¿Qué es esto? —pregunto, a riesgo de parecer una de esas mujeres pesadas y que sienten la necesidad de ponerle nombre a todo, aunque en esos momentos creo que es precisamente lo que soy.

Y sé que me he prometido a mí misma no hacer esto, dejarme llevar y disfrutar del tiempo que estemos juntos, pero no puedo hacerlo. No sin saber qué estamos haciendo. No sin saber si voy a tenerle hoy, para verle mañana en brazos de otra, porque no podría soportarlo. Si va a ser así, prefiero saberlo.

Holden suspira, se tumba junto a mí y se apoya en su brazo izquierdo, quedando de cara a mí.

—Pues somos dos amigos que lo estamos pasando bien. No me gusta ponerle etiquetas a las cosas.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que quieres?

—No lo sé...

Se incorpora de golpe, preocupado.

—Me dijiste que tú también querías esto. Te pregunté y me dijiste... — se frota el rostro, nervioso. Parece agobiado.

—Sí, sí. No es eso... Es que... —No quiero que piense que no quería acostarme con él. Que me arrepiento, o algo así. Porque nada más lejos de la realidad. No me queda más remedio que reconocer mis miedos.

—No quiero ser otra de tus conquistas.

Holden me mira serio y vuelve a tumbarse, a mi lado, regalándome antes un suave beso en los labios.

—No eres otra de mis conquistas, tú eres tú y eres especial, ya lo sabes.

Sonríe como una boba.

—¿Lo sé? La verdad es que no. Dímelo.

Coge la almohada y me da con ella en el costado, luego se sube encima de mí y empieza a hacerme cosquillas.

—Ya lo sabes, niña mala, no hagas que lo repita.

Yo me retuerzo de risa, hasta que me agarra de las muñecas y las coloca por encima de mi cabeza. Me mira, con sus ojos marrones llenos de deseo y

me besa por todo mi cuerpo. Y bueno, a lo que me hace a continuación yo no lo llamaría hacer el amor, sino algo más... sucio, como diría él.

CAPÍTULO 18

TE ESTARÉ ESPERANDO CUANDO VUELVAS

Me paso dos días y sus dos noches enteras en su piso, sin salir ni siquiera a por comida, que pedimos a domicilio. Me olvido de mi dieta sana y comemos pizza y hamburguesa en la cama, porque, qué diablos, hemos hecho mucho ejercicio y tengo una hambre de lobo.

La segunda mañana que despierto en la cama de Holden entro en pánico cuando abro los ojos y no lo veo. Siento un escalofrío por todo el cuerpo y un nudo enorme en el estómago. Ya está. Se ha cansado de mí y se ha ido. Y el mundo se cae a mis pies. Tengo un nudo enorme atenazándome la garganta.

Me levanto y miro por si está en el baño. No está, y tampoco hay ruido alguno en el piso. Busco alguna nota, mientras reprimo mis ganas de llorar, sintiéndome tremendamente estúpida y pequeña, e insignificante, y traicionada, y humillada, y muchísimas sensaciones más que no me da tiempo a identificar, cuando oigo la llave en la cerradura, y para mi gran alivio lo veo entrar con dos cafés con leche y una bolsa de una pastelería.

Tengo que girarme para recomponerme, limpiando una lágrima que empezaba a asomar por mis ojos, y dejo escapar todo el aire contenido.

Me giro con una sonrisa, que no consigue ocultar mi preocupación.

—¿Va todo bien, princesa?

—Claro —digo con una voz que me sale un tanto extraña.

Holden deja los cafés sobre la mesa del comedor y me abraza.

—¿Seguro?

Es la primera vez que noto verdadero cariño en su voz, y en sus gestos, en ese abrazo, más allá del sexo, y de todo lo que hemos compartido hasta ese día. Noto verdadera preocupación por mí y eso hace que las lágrimas que estaba conteniendo salgan a la superficie.

Me separa de él y no puedo evitar que me vea.

—¿Qué pasa, princesa? —Su rostro muestra sorpresa y preocupación, y me limpia las lágrimas con sus pulgares.

En ese momento me siento vulnerable y estúpida. ¿Qué le digo yo ahora?

—Creía..., creía que te habías marchado. —Mentir se me da muy mal, y en ese momento no tengo capacidad ni fuerzas para inventarme algo.

—¿Qué? —Me mira incrédulo.

Yo bajo la cabeza avergonzada.

—¿Crees que soy capaz de irme sin más? —Parece ofendido y algo enfadado.

Yo me pongo a la defensiva.

—Oh, vamos, Holden, los dos sabemos que eres perfectamente capaz.

Se echa hacia atrás, como si le hubiera golpeado en la mandíbula. Tras unos segundos, en los que tengo miedo de que me mande a mi casa con cajas destempladas, se acerca a mí y me coge de la cintura.

—Tienes razón. Soy capaz de hacerlo, pero no contigo, Clara. Tú me importas. ¿Lo entiendes?

Yo asiento con la cabeza, aunque no termino de creérmelo. Quiero, de verdad que sí, y una parte de mí sabe que es cierto, mientras la otra recuerda todas las chicas con las que ha estado y tiene miedo. Mucho miedo.

—Ven aquí, tonta. Mírame. —Con un dedo coge mi mandíbula y me obliga a mirarle—. No voy a ir a ningún lado.

Y me abraza de nuevo, mientras me acaricia el pelo, y nos quedamos así un buen rato, sin decir nada, hasta que el calor de su cuerpo parece traspasarse a mi corazón, y me calmo. Me separo de él un poco azorada.

—Lo siento.

—No pasa nada, princesa. Venga, tómate el café que te he traído antes de que se enfríe. Corto de café y con azúcar moreno, como a ti te gusta.

Sonrío para mis adentros ante el mero hecho de que Holden sepa cómo me gusta el café y esa nimiedad consigue terminar de relajarme, y el ambiente raro que nos había envuelto desaparece por completo.

Terminamos de desayunar y recogemos un poco el piso, lo que significa que tiramos todos los restos de comida que hay en la habitación y en el comedor y ventilamos la habitación, que huele a sexo, a él y a comida.

—¿Quieres que salgamos a dar una vuelta? —pregunta.

Lo pienso durante unos segundos. ¿Quiero? Por un lado me apetece salir y que me dé el aire; por otro, estoy tan a gusto en ese piso, con Holden, en esa burbuja que está siendo estos dos días, que no quiero que se termine. Tengo miedo de salir a la calle y que me convierta en calabaza, así que niego

con la cabeza, y él sonríe, travieso, de medio lado, con esa sonrisa que se me ha clavado ya muy dentro.

—¿Y qué tienes en mente?

—Pues..., iba a darme una ducha —digo, mientras me levanto, aún envuelta con la sábana, que dejo caer frente a él, que abre mucho los ojos. No me reconozco a mí misma cuando soy tan desinhibida, nunca antes he sido tan atrevida. Es él quien consigue despertar esos instintos en mí, y la verdad es que me sorprende y me encanta a partes iguales.

—Me parece un plan excelente. —Su voz se ha vuelto más baja, sus ojos están fijos en mi cuerpo, y él ya se está quitando el jersey.

El asalto en la ducha es rápido, intenso y brutal, con Holden apretándose con su cuerpo contra la mampara y empujándose por detrás, tan fuerte que pienso que se va a romper la mampara y nos vamos a abrir la crisma los dos, hasta que dejo de pensar y solo siento. Su cuerpo, el mío, respondiendo a sus caricias, nuestra respiración, nuestros jadeos, nuestro placer bajo el agua. Nos dejamos ir en un orgasmo que casi hace que me caiga al suelo, si no fuera porque él me está sosteniendo.

Después de eso nos quedamos un rato tumbados en la cama, observándonos. Yo disfruto del placer de tenerlo tan cerca y poder recrearme en su rostro de niño, en su sonrisa, en sus labios, que rozo con mis dedos, en su pelo acariciando la almohada, en sus manos, que recorren mi contorno. Y eso me parece más sexy y más íntimo que todo lo que hemos hecho hasta ahora.

—No quiero romper este momento, pero... ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Tres semanas.

Holden arruga la nariz.

—Eso es mucho tiempo sin verte, princesa.

Yo no puedo contener la sonrisa ante ese comentario, por la inmensa alegría que me produce saber que va a echarme de menos.

—Lo sé. Puedes venir a verme, si quieres.

—Me encantaría, pero sabes que no puedo. Estamos en temporada alta. Solo tengo un par de días libres en estas tres semanas, además del día de Navidad, y ni siquiera son seguidos.

Día libre en el que podrías venir a verme, quiero decirle, aunque estemos a tres horas en tren y eso nos deje solo unas pocas horas para estar juntos.

Pero no digo nada. Entiendo que él también necesite descansar en sus únicos días libres. Aunque voy a echarlo mucho de menos. Intento cambiar de tema, porque el ambiente se ha vuelto a cargar un poco.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? ¿Irás a tu casa?

Los padres de Holden viven en un pequeño pueblo llamado Thorn, a casi dos horas de Ámsterdam, por lo que supongo que irá a verles.

—Sí, supongo que sí. —No parece muy entusiasmado.

—¿No te hace ilusión? A mí me encantaría pasar esos días con mi familia, va a ser duro estar sin ellos.

—Lo cierto es que tengo ganas de ver a mi madre. A mi padre..., no tanto. Espero que venga Gerrit, por lo menos con él será más divertido.

—¿No te llevas bien con tu padre? —Hace un año que nos conocemos y me doy cuenta que nunca antes me había hablado de la relación con su familia. Es decir, sé que sus padres están juntos, que viven en Thorn y que tiene un hermano llamado Gerrit, del que me ha hablado a veces, con el que tiene una buena relación, aunque se ven poco, y eso es todo.

Holden se encoje de hombros.

—No mucho. A él no le gusta que yo esté por ahí “haciendo el tonto”, como él lo llama. Él preferiría que yo fuera médico, o abogado, o trabajara en alguna gran empresa, como mi hermano.

—Oh, vamos. Estudiaste Turismo. Fuiste a la universidad y tienes un trabajo que te gusta. Tendría que estar orgulloso.

—Él no lo ve así. No lo ve como un trabajo serio. Dice que es una fase, y que a ver cuándo maduro. Él sigue esperando..., y yo también. —Intenta bromear, aunque veo que le duele que su padre no esté orgulloso de él.

Yo no quiero imaginarme cómo sería no tener el apoyo de mis padres. Si estoy aquí ahora es por ellos, y por mi abuela, porque siempre me han apoyado en mis sueños, y en mis decisiones. Incluso en la de marcharme lejos de ellos.

Pienso en Holden, fuera de su casa, sin el apoyo y el cariño de sus padres, sin su hermano..., y por un momento entiendo por qué necesita tener siempre compañía. Debe de sentirse muy solo.

No digo nada y le beso en los labios, suave, despacio, acariciando con mi lengua esa boca suya que hace mis delicias.

Holden me coge por la cintura y me quedo encima de él. Su beso se hace más intenso, más profundo, más rápido y salvaje, y enseguida noto cómo su

cuerpo vuelve a tener ganas de mí, y yo de él. Nos encajamos enseguida, sin dejar de besarnos en ningún momento. No hay palabras, no hay susurros esta vez, solo besos y gemidos, y él y yo moviéndonos al compás, despacio, saboreando el instante. Cuando noto que aumenta el ritmo, me aprieto contra él para sentirle en todo mi cuerpo, y nos dejamos ir a la vez, ahogando un grito que se pierde en nuestros labios, aun unidos, y permanecemos así, abrazados, un buen rato, hasta que me quedo dormida de puro agotamiento y felicidad.

Un rugido en mi estómago me despierta. Miro el reloj. Son casi las dos del mediodía. Oigo a Holden trastear en la cocina. Me doy una ducha rápida (voy a terminar como una pasa), me visto y salgo a ayudarlo.

Está cocinando pasta.

—Hay que reponer fuerzas, princesa. —Sonríe, pícaro.

—Y que lo digas. Estoy muerta.

—¿Entonces, no quieres otro asalto?

Me río, no puedo evitarlo. Claro que quiero, pero no puedo o voy a necesitar mucho hielo en la zona.

—Creo que por este fin de semana ya está bien.

—Lástima. —Chasquea la lengua, y me sonrío burlón. Su lunar despunta en el borde de esa sonrisa, y me dan ganas de comérmelo.

En vez de eso, nos comemos un plato de pasta enorme cada uno mientras me mira, embobado.

—No sé cómo puedes meterte todo eso en el cuerpo y ser tan pequeñita.

—Eh, que no soy tan pequeña —protesto.

—Sí, sí que lo eres. Pero me gusta. Pequeña y manejable. —Me guiña un ojo.

Yo me sonrojo, porque aunque parezca mentira, después de pasarme dos días en la cama con Holden, he descubierto que practicar sexo con él se me da bien (muy bien, de hecho), sin embargo hablar de ello me sigue dando apuro.

—¡Cállate y déjame comer tranquila! —digo, y le tiro la servilleta.

—¡Vale, vale! —Y levanta las manos en son de paz.

—¿Está buena?

—Buenísima —digo con la boca medio llena.

—¿Más que la que te trae Tristan? —pregunta, burlón.

—Qué pasa, ¿estás celoso?

—¿Por qué iba a estarlo? —Su voz se ha tensado un poquito, lo que me divierte, a decir verdad.

—No lo sé, tú sabrás.

De repente vuelve a ser el Holden de siempre, burlón, infantil, el que finge que no se toma nada en serio.

—Clarita, ese chico quiere colarse en tus bragas, ya te lo he dicho, pero, ¿sabes qué? —Y se acerca a mi oído y me susurra—: Que soy yo el que se ha metido ahí dentro. Y varias veces.

—¡No seas grosero! —Aunque no puedo evitar sonreír al pensar en lo cierto de sus palabras.

Terminamos de comer sin mencionar más a Tristan, porque tengo claro que es un tema que no le agrada, y aunque sea divertido ponerle un poco celoso, no quiero tensar el ambiente, pues están siendo dos días perfectos y no quiero que nada pueda romper esto que está pasando aquí, sea lo que sea.

Después de comer ponemos la tele, Holden me pregunta qué quiero ver, aunque me da igual, porque estoy muy cansada, y me quedo dormida en su pecho, con sus brazos rodeándome, como la primera vez en mi casa, tan igual y tan distinto.

Cuando me despierto, veo que a Holden le cuelga la cabeza hacia un lado y emite pequeños ronquidos, que me parecen el sonido más bonito del mundo en ese instante, porque el estar ahí los dos, abrazados, como una pareja cualquiera, hace que todo me parezca especial. Y grabo su rostro, relajado y en paz, para llevármelo conmigo durante las dos próximas semanas, que algo me dice que van a ser muy duras, porque ahora tengo algo que echar mucho de menos.

Holden se despereza ante mi movimiento y recupera su brazo, haciendo un pequeño gesto de dolor que me entenece, porque no se ha movido ni un milímetro para que yo no me despertara.

—Vaya, bello durmiente, tú también necesitabas descansar después de tanto ejercicio, ¿eh? —me burlo.

—Bah. —Hace un gesto con la mano, quitándole importancia—. Puedo repetirlo cuando quieras.

—Fanfarrón —digo, atacándole por sorpresa y haciéndole cosquillas.

—¡No, no! ¡Para, para! —Se retuerce y se ríe, pero como tiene más fuerza que yo, consigue cogerme las dos manos, y, empujándome con su cuerpo, me tumba en el sofá.

—¿Quieres comprobarlo? —me susurra al oído.

Su voz en mi oído, su aliento en mi piel, es algo que hace que todo mi cuerpo responda de forma instintiva, todo mi vello se eriza y mi bajo vientre palpita. Maldito Holden, va a acabar conmigo.

Intento negarme, porque quiero ir a casa y hacerme la maleta, porque mañana tengo que madrugar. Su cuerpo encima del mío, su aliento en mi cuello, su voz susurrándome lo que tiene pensado hacerme, su lengua en mi boca, son demasiado para mí y cedo. El sofá es testigo de nuestro último asalto de ese increíble fin de semana que quiero grabar a fuego en mi memoria.

Cuando me acompaña hasta la puerta me invade una repentina tristeza. Los dos nos quedamos un par de segundos sin saber qué hacer ni qué decir.

Por un momento temo que va a ser una despedida incómoda, cuando Holden se acerca a mí, me sujeta de la cintura con las dos manos y me da un beso que me hace temblar las rodillas.

—Te estaré esperando cuando vuelvas, princesa —dice, clavándome sus ojos cuando me suelta.

Cuando se cierra la puerta y salgo a la calle, siento un inmenso frío en mi cuerpo, sin embargo no es por el aire fresco de Noviembre, que hasta agradezco en el rostro, sino por la falta del cuerpo de Holden abrazando el mío.

CAPÍTULO 19

QUE TENGAS UNA BUENA NOCHE, PRINCESA

Yo tenía razón. Esta vez la ausencia está siendo más dura. Echo de menos mi piso en Ámsterdam, las visitas de mis vecinos, a mis padres, a mi abuela, pero por encima de todo echo de menos a Holden, su voz en mi oído, sus manos recorriendo mi cuerpo, su boca, su sonrisa, su lengua, su cuerpo en el mío... Cuando apago la luz no hago más que recordar esos instantes juntos, y he tenido que darme más de una ducha fría, hasta que casi se me ha congelado el cerebro.

He intentado llamarle un par de veces, pero me saltaba el buzón de voz. Luego él ha intentado llamarme a mí, sin encontrarme, porque me paso el día ensayando o de concierto. Por la noche le he llamado varias veces, sin resultado.

Siento una punzada de nervios y ansiedad en mi estómago cada vez que le llamo y no me coge el teléfono. Mi parte paranoica piensa que me está evitando, que han sido dos días fantásticos, pero que ya se ha cansado de mí, que ha conocido a otra, aunque luego me obligo a pensar en todo lo que compartimos, en sus últimas palabras al despedirse, y en el hecho de que me ha llamado, aunque yo no haya podido cogerle el teléfono.

Aunque lo que más miedo me da es que le conozco y sé que no se va a quedar en casa llorando por los rincones. Siempre ha tenido mucha vida social, le encanta salir y le encanta la noche. Sé que estará por ahí tomándose unas cañas, solo espero que no haya ninguna amazona rubia, morena, pelirroja o de ningún otro tipo acompañándolo, porque cuando pienso en esa posibilidad, el estómago se me contrae y casi tengo ganas de vomitar.

He tenido que llamar a Andrés para que me distraiga de mis propios pensamientos.

—¡Clara! ¡Que ilusión oírte! ¿Cómo va todo? ¿Estáis teniendo mucho público? Supongo que sí. Por aquí todo más o menos como siempre, aunque Tristan está insoportable últimamente. Se acercan los exámenes y no hay

quien lo aguante

Oigo protestar al aludido de fondo y no puedo evitar reírme. Ya sabía yo que Andrés iba a animarme. De repente me acuerdo de algo.

—¿Qué tal con tu ángel? ¿Has sabido algo más de ella? ¿La has vuelto a ver?

—Eh..., no. Pero no te preocupes, estoy bien. Es solo una chica, no es para tanto. El mundo está lleno de chicas guapas...

En ese momento Tristan coge el teléfono.

—No es verdad, no está bien. Ha ido al bar donde la conoció casi cada noche a ver si se la vuelve a encontrar, ha preguntado por ella a todos los camareros. Parece un acosador —se burla. Al oír su voz, rememoro nuestro último encuentro y una punzada de nervios se asienta en mi estómago.

Ahora es Andrés quien refunfuña.

—Vaya, sí que le ha dado fuerte. —Intento sonar lo más normal posible para que no lo note.

—Eso parece. Y como no la encuentre pronto, no sé qué va a pasar. Vaga como alma en pena por el piso. No hay quien lo aguante.

—Vaya, es lo mismo que me ha dicho de ti. Oye, no te agobies con los exámenes. Con todo lo que estás estudiando, sé que te irán bien, ya lo verás.

—Gracias. —La línea se queda en silencio unos segundos, que se me hacen eternos. —¿Tú qué tal? —Parece que no quiere hablar de él.

—Muy bien —miento—. Bueno, Sophie es una plasta y me tiene de los nervios. Con la competencia por el solo está más insoportable que nunca. Por lo demás, todo bien.

—¿Solucionaste lo de tu amigo?

La pregunta, tan directa e inesperada, me descoloca y me deja sin habla unos instantes.

—Lo cierto es que sí. —Carraspeo. No sé qué más decirle. ¿Que estamos juntos? Ni siquiera yo lo sé. ¿Que he pasado los dos mejores días de mi vida en su casa y en su cama? No hace falta. Y menos aún después de nuestro... lo que fuera. Si es que lo hubo.

—Ya. —Se hace una pausa incómoda en el teléfono—. Bien, me alegro. Oye, te paso con Andrés, que quiere decirte algo. —Y se despide así, sin más.

Menos mal, porque por un momento no sabía cómo continuar la conversación con Tristan.

—¿Clara? Oye, pásatelo genial y vuelve pronto, ¿quieres? Que esto está

muy aburrido sin ti. Demasiada testosterona.

Me río al pensar en Tristan, de los nervios por los exámenes, tirándose del pelo sin parar, gruñendo y frunciendo el ceño, que cuando quiere a gruñón no lo gana nadie, y en Andrés, suspirando por su “ángel” por los rincones y, llamadme mala persona, pero el darme cuenta de que todo el mundo tiene sus problemas, hace que vea los míos un poco más pequeños y que me sienta un poco menos sola.

Esa llamada, el oír la voz de mis amigos, el imaginármelos en su piso, en su rutina, hace que todo sea más llevadero.

A pesar de todo, llevo cuatro días sin poder hablar con Holden y ya creo que voy a volverme loca cuando el quinto día recibo una sorpresa.

Estamos a punto de empezar el concierto y alguien llama a la puerta del camerino que compartimos algunas chicas, para maquillarnos, retocarnos y poco más. No somos estrellas del rock, no tenemos camerino propio.

Sin esperar mi respuesta, aparece la melena rubia y los ojos pequeños y malvados de Sophie con un ramo de flores, y no me deja ni abrir la boca.

—Vaya, vaya, Clarita, parece que tienes un admirador secreto, y eso que parecías una mosquita muerta.

La mandaría a freír espárragos por lo de mosquita muerta si no fuera porque las flores han acaparado toda mi atención.

—Dámelo —digo, más brusca de lo que pretendía.

Se ríe y me lo deja de malas maneras encima del tocador.

—No te esfuerces, no hay nombre en la tarjeta.

—¿Has leído la tarjeta?! —pregunto furiosa. Ahora sí tengo que contenerme para no soltarle una fresca.

—Claro, para algo interesante que pasa por aquí. Disfruta de las flores, bonita, porque ese solo va a ser mío.

Suspiro de alivio cuando cierra la puerta, y entonces me permito ponerme nerviosa. Las manos me tiemblan cuando cojo la tarjeta y la abro. Está escrita en unas mayúsculas algo torpes.

“Que tengas una buena noche, princesa”

No está firmada, aunque no me hace falta para saber que son de Holden, pues le pasé el programa de dónde iba a estar esas dos semanas, por si se daba un milagro y su grupo terminaba todo en el hospital con una intoxicación (leve, que no soy tan mala persona) y él podía escaparse. Siento un calor enorme en el pecho y unas incomprensibles ganas de llorar de

emoción.

Puede parecer una tontería, pero cuando estás fuera de casa, sola, esperando una llamada que no llega, trabajando todo el día, llegando al hotel agotada y con la única compañía de tus pensamientos, un gesto como ese te llena de emoción y te recuerda que no estás sola, que hay alguien que piensa en ti.

Cojo el móvil inmediatamente para darle las gracias y veo que está sin batería. ¡Seré estúpida! Tanto consultar el móvil a cada segundo que tengo libre, lo he dejado seco. ¿Y si me ha llamado?

Tengo ganas de pegarme a mí misma por lo idiota que he sido, pongo el móvil a cargar y en cuanto puedo, lo enciendo para ver si tengo algún mensaje. ¡Mierda! ¡Tengo una llamada de Holden! Tengo que contenerme para no darme de cabezazos contra el tocador, y tengo suerte, porque en ese momento llaman a la puerta del camerino.

—¡Dos minutos para salir!

No tengo tiempo de llamar. Cojo mi chelo y maldigo cuando veo que se me ha roto una cuerda.

Busco en mi bolso. Siempre llevo una caja de cuerdas de recambio. Qué extraño, no la veo. Rebusco, nerviosa, abro todas las cremalleras, compartimentos. Nada. ¿Será posible? ¿Qué me está pasando? Me dejo el móvil sin batería, me olvido mis cuerdas... Creo que tanto pensar en Holden me está fundiendo el cerebro.

Le pido una a un compañero, que por suerte, es menos olvidadizo que yo, la cambio todo lo rápido que puedo y salgo corriendo al escenario.

Johanson me mira con muy mal genio.

—Clara, llegas tarde.

—Lo siento, se me ha roto una cuerda y he tenido que cambiarla.

—Que no vuelva a pasar —gruñe—. Hay que tener los instrumentos preparados, siempre.

Johanson es un tío majo, aunque muy exigente. Supongo que hay que serlo para dirigir a una de las mejores orquestas del mundo. No tolera las tonterías, ni las faltas de puntualidad, ni el desorden. Y lo entiendo, porque yo soy como él. Normalmente. Cuando no tengo el cerebro hecho papilla por pensar en Holden.

Veo a Sophie sonreír malévolamente, mientras afinamos los instrumentos, alegrándose por la bronca que me acaban de echar, y tengo ganas de

estamparle el chelo en la cabeza. Esta chica despierta mi parte más violenta.

Pienso de nuevo en el ramo de flores que me ha enviado Holden y cierro los ojos. Rememoro sus últimas palabras antes de separarnos. “Te estaré esperando cuando vuelvas, princesa”. Y con ese pensamiento me relajo y dejo que la música haga el resto.

Al terminar, estoy recogiendo mis partituras cuando Johanson se acerca.

—Esta noche has tocado muy bien, Clara, a pesar de todo.

—Gracias. Siento lo de antes, no volverá a suceder.

—No pasa nada. Te has repuesto enseguida y has tocado de maravilla, con cuerda nueva y todo. Eso me demuestra que he tomado la decisión correcta.

Abro la boca para decir algo, pero no puedo, los nervios no me dejan. Espero oírlo de su boca. Necesito oírlo de su boca.

—Ese solo es suyo, señorita Ferrer —Y me da unas palmaditas en el hombro. Todo sentimientos, este hombre.

La voz debe de haber corrido, porque al salir, Sophie me da un empujón y se marcha indignada. Aunque estoy tan contenta que ni siquiera me enfado.

Esa noche llego al hotel eufórica. Ha sido un día increíble, ¡por fin he conseguido el solo!

Cojo el teléfono y llamo a Holden, impaciente, y con los nervios en el estómago, como cada vez que lo llamo.

Cuando oigo su voz casi grito de la emoción. Bueno, de hecho creo que sí grito.

—¡Lo he conseguido! ¡He conseguido el solo! —digo, a modo de saludo. Oigo cómo se ríe, por mi muestra de efusividad, supongo.

—¡Bien! Me alegro mucho por ti, de verdad. ¿Y cómo se lo ha tomado la bruja?

—No muy bien, casi me atropella a la salida, pero no me importa.

—Esa es mi Clarita.

Después del momento de emoción, me quedo un poco cortada. Llevo tantos días queriendo hablar con él, escuchar su voz, que ahora que le tengo al teléfono no sé qué decirle.

—¿Cómo estás? —pregunto. Muy bien, Clara, otra vez vuelves a ser la chica atontada.

—Bien. Trabajando, y por las noches saliendo por ahí. Ya sabes, nada especial. —Holden tampoco es muy expresivo por teléfono, que digamos.

El teléfono se queda en silencio unos segundos, que se me hacen eternos.
—Te echo de menos —dice.

Tengo que apartarme el teléfono de la boca para que no oiga el grito que se me ha escapado, y me pongo a dar saltitos por la habitación, como una idiota.

—Yo también —digo, cuando me calmo.

—He tenido que darme muchas duchas frías por tu culpa, ¿sabes? — bromea, destensando un poco el ambiente.

Yo suelto una carcajada.

—Ya somos dos —confieso.

—¿Sí? Pues eso tiene solución —contesta, con esa voz susurrante que tanto me pone.

—¿Ah, sí? —Pues no veo yo cuál, si estamos a más de quinientos kilómetros de distancia.

—Sí. —Baja todavía más la voz—. ¿Qué llevas puesto?

Tardo unos segundos en comprender sus intenciones. ¿Sexo telefónico? ¡Nunca he practicado sexo telefónico! Solo de pensarlo ya noto cómo me palpita el bajo vientre.

—Pues..., ahora mismo un vestido negro, unas medias negras, y mis botas altas. —Menos mal que eso es verdad, porque soy tan tonta e inexperta en esto que si hubiera llevado un jersey de cuello alto se lo habría dicho igual.

Oigo un suspiro telefónico.

—Esto empieza bien...

Holden comienza a darme instrucciones para que me quite la ropa y yo lo hago, obediente, mientras intento dárselas yo también sin morir de vergüenza. La verdad es que esto no es lo mío, no lo he hecho nunca y jamás me habría imaginado haciéndolo, pero ahora mismo solo me concentro en su voz, en imaginarme sus manos recorriendo las partes de mi cuerpo que me va nombrando, besándome donde dice besarme, tocándome, acariciándome a través de mis manos... Oír el orgasmo de Holden a través del teléfono me excita de un modo que no consigo entender y me dejo ir yo también, sin contener mi gemido, que quiero que oiga. Que sepa lo que me hace sentir aun sin tocarme. Y es lo más excitante y lo más extraño que he hecho en mi vida.

Esa noche me duermo con una sonrisa de satisfacción en los labios, sintiendo a Holden de alguna manera a mi lado.

CAPÍTULO 20

UN REGALO INESPERADO

Es el día de Navidad. Me despierto en el hotel y no puedo evitar sentirme sola. En un arrebato de melancolía pienso en volver a Ámsterdam, aunque solo sea por un día. Luego caigo en que es una tontería, todos mis amigos estarán con su familia, así que estaría sola igualmente, y además tendría que pasar seis horas en un tren. Así que me digo que es mejor quedarme aquí, en Delft e intentar que sea un día especial de algún modo.

Lo primero que hago es hacer un Skype con mi familia, que se pelean por ponerse ante el ordenador. Mis padres, para mi sorpresa, no llevan sus jerséis navideños, y en ningún momento se atreven a pronunciar la palabra Navidad, como si no existiera, supongo que en un vano intento de hacerme sentir mejor, o por lo menos, que no los extrañe tanto. Lo cual es una tontería, porque es Navidad, aunque nosotros la hubiéramos celebrado hace un mes, así que les deseo una feliz Navidad y les digo que cedan el sitio a la abuela.

La sonrisa de la abuela es, como siempre, como un bálsamo de agua caliente para mi corazón. Esa sonrisa me transporta a mi hogar, a su voz, a sus cuentos, a sus canciones, a nuestras conversaciones susurradas de noche, a caricias. La abuela sonrío de oreja a oreja, aunque la veo pálida, ojerosa y con mucha tos. Ha pillado la gripe, pobre.

—Está bien, abu, no hables mucho, que te da la tos. Ya hablo yo. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Me han dado el solo, y... Holden y yo... bueno, ya sabes —digo con sonrisa bobalicona.

—Oh, cielo, cuánto me alegro. Quiero que seas feliz, te lo mereces. Así que le has dado a la Sofía esa en todas las narices, ¿eh? Pues lo siento por ella, pero yo ya lo sabía. Nadie toca como mi nieta.

Amor de abuela.

—Gracias, abu, aunque claro, tú que vas a decir...

—Y el muchacho ese, Golden, o como se llame, ¿te trata bien?

—Claro, muy bien. —Por un momento me suben los colores a la cara de pensar en lo bien que me “trató” Holden durante todo el fin de semana. Si mi abuela supiera, le daba un síncope.

—Ya lo veo ya, pillina. ¿Así que te ha tratado bien muchas veces?

—¡Abuela!

La abuela se ríe.

—Ay, juventud, divino tesoro. Quien la pillara. Cielo, disfruta, pero siempre con cabeza, ¿eh? Que no queremos sorpresitas dentro de nueve meses.

—¡Abu! ¿Quieres parar ya? —Dios, qué mujer. Es peor que Holden cuando se trata de avergonzarme.

—Vale, vale. Ay, qué tímida eres a veces, Clarita. Espero que con él no lo seas tanto, cielo.

Abro la boca por la sorpresa. Esta conversación con mi abuela está resultando más que incómoda, así que tengo que cortarla ya.

—Puedes decirle a papá y mamá que no pasa nada por celebrar la Navidad sin mí, nosotros ya tuvimos la nuestra y no quiero que para vosotros hoy sea un día cualquiera. Y más conociéndolos a ellos, que se estarán muriendo de ganas de encender todas las luces, poner mil adornos navideños, hacer ponche, ponerse sus jerséis y cantar villancicos. —Mis padres son unos frikis de la Navidad, qué se le va a hacer.

—Hay, hija, ¡menos mal! —Mis padres asoman la cabeza por detrás, y yo rezo para que no hayan oído nada de la conversación con mi abuela.

Mi padre saca sus jerséis con la cara de un reno estampada, que para mí que los llevaba encima por si acaso, se los ponen y se despiden de mí sonrientes, junto con mi abuela, casi como en la foto que tomamos en las pre Navidades. Verles así, juntos y felices es mi mejor regalo de Navidad.

Me despido de ellos y salgo a desayunar fuera del hotel. A poder ser, en la cafetería más bonita que encuentre. Y hoy voy a atiborrarme de café y de dulces. Porque sí. Quiero llamar a Holden, pero después de la llamada de mis padres necesito algo con menos drama y menos intenso, o me voy a poner a llorar.

Opto por llamar a Sonja, que seguro que me saca una sonrisa, como hace siempre. Está con su familia, aunque está encantada de hablar conmigo.

Le hago un breve resumen de mi fin de semana con Holden, ella grita, me llama zorrón, y se alegra mucho por mí.

—Yo he conocido a alguien...

—¿Qué? —Levanto la voz más de lo normal teniendo en cuenta que estoy en un lugar público y la gente me mira—. ¿Qué? —repito, esta vez más bajo. No es raro que Sonja haya conocido a un chico, conoce a montones, siempre, lo que es raro es que el chico en cuestión sea digno de mencionar.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Ya os habéis acostado?

—¡Qué dices! ¡No! Lo conocí la otra noche, y no le he vuelto a ver, pero era tan guapo y divertido...

Que a Sonja le guste un chico y no se haya acostado con él, solo puede significar una cosa. Que le gusta más de lo que ella quiere reconocer.

—¿Y os habéis vuelto a ver?

—Pues no, porque soy una idiota redomada y ese día me dio por hacerme la estrecha. ¿Te lo puedes creer?

—Pues la verdad es que no. Debió de fundirte el cerebro. —Lo sé porque a mí me ha pasado.

—Será eso. Bueno, oye, que tengo que dejarte, mis padres me reclaman. Feliz Navidad, zorrón, nos vemos a la vuelta y me lo cuentas todo con detalles, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco solo de pensar en la conversación que me espera cuando vuelva, lo de mi abuela es poco en comparación con el tercer grado que me va a hacer Sonja sobre las artes amatorias de Holden, su anatomía, sus medidas, en qué posición lo hemos hecho, en fin, TODO.

Todo lo que ella me cuenta sobre sus ligues y que yo casi nunca tengo ocasión de contarle (y tampoco lo hago cuando la tengo, no soy tan desinhibida. O no lo era). Sonríó al pensar en el sexo telefónico. Eso no se lo he contado, ni pienso hacerlo.

Después de tomarme dos cafés y comerme una ensaimada y un chuchito de crema (un día es un día), voy a pasear un poco por la ciudad, y aprovecharé para llamar a Holden. No quiero hacerlo en un lugar cerrado y pequeño, no quiero que nadie pueda escuchar nuestra conversación, que, conociéndole, quién sabe cómo terminará.

Le llamo un poco antes de la hora de comer, porque seguro que a esa hora estará en casa de sus padres. O eso espero. No quiero pensar que al final no ha ido y está tan solo como yo. A mí, porque no me queda otro remedio, pero eso no sería justo para su madre.

Le llamo, y me coge el teléfono a la primera, para mi alivio y mi

sufrimiento. Como siempre, tengo un nudo en el estómago, que trato de deshacer caminando arriba y abajo, o en círculos, como una tonta.

—¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad a ti también, princesa.

—¿Estás en casa de tus padres?

—Sí. Me sabía mal no venir. Mi madre se ha alegrado mucho.

—¿Está tu hermano?

—Sí, con su mujer. La verdad es que me ha gustado mucho verle, y hace que todo sea más fácil y divertido por aquí.

Supongo que lo dice por su padre. No sé si preguntarle o no, aunque al final me decido a hacerlo.

—¿Qué tal con tu padre?

—Bueno, ya sabes. No prodiga mucho amor. —Le noto la voz un poco triste, aunque trate de esconderlo—. Pero con Gerrit y su mujer aquí, al menos “Holden y su vida disoluta” no somos el centro de la conversación.

—Holden, es tu padre, y estoy segura de que te quiere, aunque no te lo diga. Y aunque no esté de acuerdo con todas tus decisiones.

—¿Con todas? Querrás decir con ninguna —dice, esta vez sí, con un tono de amargura que no puede esconder.

—Oye, no seas muy duro con él, ¿quieres? A veces los padres no saben hacerlo mejor, eso no significa que no nos quieran.

—Me gustaría que estuvieras aquí —suspira, y yo me quiero morir de la emoción.

—Y a mí estarlo —susurro, porque no me sale la voz.

Y me viene a la cabeza una imagen idílica de Holden y yo a la mesa, cogidos de la mano, con su padre y su madre sonrientes, charlando de todo y de nada. Sí, tengo una imaginación desbordante, no puedo evitarlo.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Ah, sí? —Tengo que contenerme para no ponerme a dar saltitos en la calle.

—Sí, te lo daré cuando vuelvas. —Y pone esa voz suya tan sugerente, que hace que me estremezca al instante.

Me río al darme cuenta del regalo que quiere darme Holden. Deseo que me lo dé muchas veces, por cierto, porque tantos días sin él me están pasando factura. Las duchas frías ya no funcionan y el sexo telefónico solo hace que tenga más ganas de acostarme con él.

De repente caigo en la cuenta de que no le he comprado nada. Sabía que no íbamos a pasar la Navidad juntos. ¿Y cuándo vuelva? ¿No será raro si no le compro nada? Pero, ¿y si le compro algo y él no me regala nada? Da igual, porque lo cierto es que me apetece comprarle algo. Y a Andrés, y a Tristan, a ver si les mejora el humor. Por suerte, estoy en el lugar indicado. Encontraré algo en el mercado de Delft, estoy segura.

A Sonja ya se lo compré hace unos días. Unos pendientes largos preciosos que le van a quedar de muerte y un vestido de esos cortos y ajustados que le sientan como un guante y que yo no me pondría ni muerta.

—Cuento los días —contesto, porque es verdad.

—Y yo—. Y esta vez sí que no me contengo y no puedo evitar dar saltos y hacer aspavientos de alegría. La gente me mira, algunos como si estuviera loca, y otros sonriendo, como si compartieran mi felicidad. Como si supieran que estoy... ¿enamorada?

Oh. Dios. Mío.

¿Es cierto? ¿Me he enamorado de Holden? Me doy cuenta, aterrorizada, de que sí. Porque esto no entraba en mis planes. O sí. No lo sé. ¿Y en los suyos?

Creo que se refería a esto cuando hablaba de que las cosas podían complicarse. Y tenía toda la razón. ¿Qué va a pasar a partir de ahora? ¿Y si él no siente lo mismo? Oh, no puedo ni pensarlo. Me moriría.

De repente, la felicidad que he sentido unos momentos antes se transforma en un miedo atroz, que va subiendo por todo mi cuerpo, hasta la garganta.

Olvido mis planes de ir al mercado y mis pies me llevan de vuelta hacia el hotel, porque mi recién descubierta clarividencia me ha dejado en shock. Me paso la tarde haciendo zapping hasta dar con *Sonrisas y Lágrimas* y agradezco al cielo que me dé un respiro, porque mientras la veo me acuerdo de mi casa, de mi abuela, de las nueces que comemos siempre por Navidad, antes de comer, mientras mi madre nos riñe diciéndonos que luego no vamos a comer nada, y me siento un poco mejor.

Sin quererlo me quedo dormida, y me despierta el sonido del teléfono.

Me sorprendo al ver que es Tristan. No le he llamado, ni a él ni a Andrés, aunque les he enviado un mensaje con mis mejores deseos navideños.

—¿Te pillo bien? ¿Puedes hablar o estás ocupada?

—No, no, tranquilo. —Intento que no se note mucho que me acabo de

despertar—. Estoy sola viendo la tele. —Me doy cuenta de lo triste que suena eso e intento arreglarlo para no parecer tan patética—. Bueno, he ido a dar una vuelta, a desayunar, he hablado con mi familia, con Sonja, con Holden, y ahora estaba descansando.

—Entiendo —dice, y se queda callado unos instantes—. He pensado que al estar lejos de tu familia, te apetecería oír una voz amiga.

—¡Claro que me apetece! De hecho no os he llamado porque pensaba que estaríais con la familia.

—Estaba, pero ya estoy en casa, solo. Andrés se ha ido a pasar unos días con su familia.

—Debe de estar rezando para encontrar a su ángel —digo, y los dos nos reímos.

Me alegra que me haya llamado. Me gusta oír su voz. Me doy cuenta de que es la primera vez que me llama, a mí, sin Andrés de por medio, y me doy cuenta también de que lo he echado mucho de menos.

—¿Cómo ha ido? ¿Has comido con tu padre o con tu madre? ¿O sois de esas familias modernas que os juntáis todos en días señalados? —Tan pronto como lo pregunto, pienso en si no me habré pasado de cotilla.

A Tristan no parece importarle, porque me responde sin más.

—No, no, he comido con mi madre, y luego he ido a tomar café y turrónes con mi padre y su mujer. Cada año pasa igual, y acabo más lleno que el pavo de Acción de Gracias.

Sonrío al pensar en Tristan hinchado como un pavo.

—Oh, un buen hijo en toda regla.

—Ese soy yo, el buen hijo —dice burlón—.

—¿No ha venido Drika?

—No, está en Malasia, o Indonesia, o no sé dónde exactamente haciendo no sé el qué. —Ríe, como si le pareciera divertido.

—¿Y a tus padres no les molesta? —Pienso en lo tristes que se pondrían mis padres y mi abuela si no fuera a verles en Navidad. Bueno, de hecho no he ido, y por eso tuvimos que inventarnos nuestra propia Navidad.

—Bah, están acostumbrados. Luego vendrá y pasará un par de semanas en casa, y todos contentos. —Cambia de tema—. ¿Qué tal está yendo la gira?

—¡Genial! ¿Sabes que me han dado ese solo al final?

—¿Qué dices? ¡Me alegro por ti! Aunque yo no lo dudaba.

—Ya, pero tú no sabes cómo toca Sophie, es como una máquina, no se

equivoca nunca.

—Tú lo has dicho. Puede que sea como una máquina, pero tú tienes... corazón.

Me conmueve ese piropo de Tristan, por cómo lo dice, porque parece totalmente sincero, y porque no es de los que regalan piropos, y yo estoy un poco azorada.

—Eh..., gracias.

—De nada.

—Tengo un regalo para ti —dice, tras unos instantes de silencio.

—¿De verdad? No hacía falta... —Pienso en que tengo que comprarle algo sin falta en cuanto vuelva a Ámsterdam.

—Lo sé, pero me apetecía.

—Está bien, pues cuando vuelva me lo das.

—No, voy a dártelo ahora.

—¿Qué? ¿Cómo? —No entiendo nada. ¿Tristan está aquí? Si ni siquiera sabe dónde estoy.

—Shhhht, no hables, pon el altavoz y escucha, ¿vale?

—Vale. —Es todo lo que acierto a decir.

Le hago caso: pongo el altavoz del móvil y antes de que me dé tiempo a pensar de qué narices va todo eso oigo una melodía que sale del teléfono de Tristan. No tardo ni dos segundos en reconocer la canción. Es *Amiga mía*, de Alejandro Sanz. Me quedo en completo silencio con una sensación extraña en el estómago, mientras Alejandro desgrana su canción.

*“Amiga mía, lo sé, sólo vives por él
Que lo sabe también, pero él no te ve
Como yo, suplicarle a mi boca que diga
Que me ha confesado entre copas
Que es con tu piel con quien sueña de noche
Y que enloquece con cada botón que
Te desabrochas pensando en sus manos
Él no te ha visto temblar, esperando
Una palabra, algún gesto un abrazo
Él no te ve como yo suspirando
Con los ojitos abiertos de par en par
Escucharme nombrarle
¡Ay, amiga mía! Lo sé y él también*

*Amiga mía, no sé qué decir
Ni qué hacer para verte feliz
Ojalá pudiera mandar en el alma o en la libertad
Que es lo que a él le hace falta
Llenarte los bolsillos de guerras ganadas
De sueños e ilusiones renovadas
Yo quiero regalarte una poesía
Tú piensas que estoy dando las noticias
Amiga mía, princesa de un cuento infinito, oh, amiga mía,
Tan solo pretendo que cuentes conmigo...”*

No puedo evitarlo. El torrente de emociones sufridos en el día de hoy, la morriña, mis nuevos sentimientos descubiertos, para los que no estaba preparada, el miedo, la añoranza y esa canción... Todo se desborda y no puedo evitar que se me escapen las lágrimas a borbotones.

Cuando termina la canción me seco las lágrimas y tengo que hacer un esfuerzo para que Tristan no se dé cuenta de cómo me ha afectado su regalo, no quiero que piense que me he entristecido por su culpa.

—¿Y esto? —Es todo lo que consigo decir.

—Me dijiste que nunca habías ido a un concierto de Alejandro Sanz. Quería remediarlo. —Intenta imprimir su voz de seguridad, aunque juraría que le ha temblado.

De nuevo siento un nudo en el estómago, por ese gesto tan bonito, por el hecho de que se acordara de lo que le conté aquella noche en el pub, de ese regalo, que es el más bonito que nunca nadie me ha hecho, y me pongo a llorar de nuevo, y esta vez no puedo evitar que Tristan me oiga.

—¿Estás bien? —pregunta, apabullado—. ¡Lo siento! ¿No te ha gustado? Yo, esto, perdona... No pretendía..., mierda.

—No, no, Tristan. Me ha encantado. Es que hoy estoy muy sensible, solo eso. No te preocupes. Es... —Dudo si decírselo o no, pero lo cierto es que es la verdad y quiero que lo sepa—. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

No sé si sigue al teléfono, porque no oigo nada. Tras unos segundos, habla de nuevo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Me alegro.

Y casi puedo sentir su enorme sonrisa a través del teléfono.

—Clara, yo...

—¿Sí?

Tras un nuevo silencio, Tristan habla.

—Nada. Te deseo una Feliz Navidad. Buenas noches, *principesa*.

Siento una mezcla de emociones al colgar el teléfono. Melancolía, por la falta de los míos, alegría, por haber podido hablar con Holden y con Sonja, y un calor en el corazón que no sé cómo definir después de la llamada de Tristan.

Al hacer balance del día, pienso que, de un modo extraño, quizás haya sido el mejor día de Navidad que he pasado en toda mi vida, teniendo en cuenta que estoy lejos de casa.

CAPÍTULO 21

UN GATO NEGRO

El concierto de hoy ha sido todo un éxito, igual que mi solo. Me han aplaudido durante al menos cinco minutos seguidos. Nunca me había sentido mejor. Como si fuera una gran artista. Estaba henchida de orgullo, de felicidad, de satisfacción por el trabajo bien hecho. Ha sido una recompensa por todos los días, horas, años de trabajo. La verdad es que he tenido que hacer un gran esfuerzo para no dejar salir las lágrimas que querían escaparse de mis ojos.

Me habría gustado que mi familia estuviera aquí, y Holden, y mis amigos, pero ya tendrán ocasión de verme en año nuevo. Y falta poquísimos para eso. Estoy emocionada.

Johanson me ha felicitado y yo salgo del recinto donde se ha celebrado el concierto flotando, casi levitando de felicidad.

Después del concierto nos vamos unos cuantos compañeros a tomarnos unas cañas y yo me apunto, porque estoy eufórica, y no me apetece meterme en el hotel. Estoy tan contenta que no me importa que venga Sophie, aunque sea con cara de haber comido un pepinillo agrio, desde que Johanson me ha elogiado.

Nos sentamos todos a la misma mesa, Sophie, como siempre, todo lo alejada que puede de mí, y pedimos unas jarras de cerveza, un surtido de quesos, una especie de croquetas de vacuno (aquí les llaman *bitterballen*) y el típico estofado holandés, con una salchicha similar al *frankfurt* en medio, para todos. Al carajo con mi dieta y mi comida sana. Al fin y al cabo, las reglas están para saltárselas de vez en cuando, ¿no?

Al llegar no tengo hambre, debido a los nervios y la emoción que tengo asentados en el estómago, pero es empezar a comer y a beber y los mismos nervios hacen que devore como una posesa. Termino pronto con mi jarra de cerveza y me levanto a la barra a por más.

Como aún estoy de los nervios, mi grado normal de patosismo aumenta,

por lo que no me doy cuenta, y choco contra un camarero que llevaba una bandeja de cerveza en las manos, que se cae al suelo con gran estrépito, haciéndose añicos todo su contenido, derramando la cerveza y liando un estropicio monumental. De reojo veo como Sophie se está tronchando de risa. Me giro, con toda la dignidad de la que soy capaz, dispuesta a volver a la mesa, pisando sin querer la cerveza que acabo de tirar al suelo, con tan mala fortuna que me caigo al suelo, aunque me da tiempo a apoyar una mano.

De inmediato, siento un dolor intenso en la muñeca, y chilló sin poder evitarlo.

Algunos de mis compañeros y el pobre camarero atropellado vienen a socorrerme (Sophie no, claro), aunque en su defensa diré que al menos no se ríe, porque mi chillido los ha asustado a todos.

Me levanto con facilidad, tengo el vestido mojado, aunque ni siquiera lo noto porque solo puedo pensar en mi mano, que me duele mucho. Pido hielo enseguida al camarero, que ya ha ordenado a alguien que friegue mi desaguisado, y me lo trae solícito.

Vuelvo a mi mesa con el hielo sobre mi muñeca. El silencio casi puede masticarse. Todos temen preguntarme. Para un músico, dañarse la mano es lo peor que le puede pasar. Yo no me atrevo ni siquiera a pensar en las consecuencias. Ojalá solo sea una torcedura leve, aunque no lo sabré hasta pasadas las primeras horas.

Estoy tentada de salir corriendo a urgencias, cuando me doy cuenta de que no sé ni siquiera dónde está el hospital más próximo. Estoy muy nerviosa y no puedo pensar con claridad. En ese momento lo que me parece la mejor idea es terminarme mi cerveza. Eso demuestra el estado en el que estoy.

Finalmente alguien se atreve a hablar.

—¿Puedes moverla?

Lo intento, y consigo moverla, aunque duele.

—Sí.

Se oye un suspiro general.

—Bien, al menos no está rota.

—De todas formas deberías ir a urgencias —dice otro. Ni siquiera sé quién habla.

Asiento con la cabeza, porque no puedo hablar. Si hablo voy a empezar a llorar y no quiero.

—Vamos, te acompaño.

Mis compañeros se encargan de mirar por Internet dónde está el hospital más cercano (¡benditos móviles!) y de llamar a un taxi. Incluso se ofrecen a acompañarme, pero yo me niego.

—Tranquilos, no hace falta. No es grave. Seguro que tendremos que esperar un montón de rato, y no quiero hacerlos eso. Iros a casa, que mañana hay ensayo. —Trago saliva al darme cuenta de que no sé si yo estaré en ese ensayo.

Me meto en el taxi con mi bolsa de hielo, a la que me agarro como un clavo ardiendo, como si pudiera salvarme la vida, y le pido que me lleve a la dirección que me han dado mis compañeros.

El taxista mira de reojo la bolsa de hielo, que está chorreando agua encima de su tapicería impoluta, y está a punto de abrir la boca para protestar, pero supongo que el hecho de que yo esté ya llorando, sorbiendo y moqueando sin control hace que se lo piense dos veces. Al fin y al cabo solo es agua.

El taxista es tan amable que me invita a la carrera. Al parecer, uno de mis colegas le ha dicho que yo era una gran estrella, le ha enseñado el vídeo de mi solo y ha quedado encantado. Me ha pedido un autógrafo y todo, y los dos hemos puesto cara de circunstancias cuando le he dicho que soy diestra, al tiempo que le enseñaba mi muñeca dolorida.

—Que se recupere pronto, señorita. Ya verá como no es nada y dentro de poco está usted otra vez tocando como los ángeles.

Sus amables palabras hacen que las lágrimas acudan a mí otra vez. Presa de la emoción, le doy las gracias y un beso en la mejilla al taxista, que se marcha bastante contento para no haber cobrado la carrera.

En urgencias tengo tiempo de que se me disipe la emoción, se me baje el efecto de la cerveza, y hasta la paciencia. Una torcedura de muñeca no será importante para ellos, lo entiendo, pero para mí sí lo es. Es vital. Mi mano es mi herramienta de trabajo, como la de un cirujano. Depende del estado de mi muñeca no podré tocar en dos o tres días, o si es peor, una semana, dos, o incluso más.

De repente entro en pánico al pensar que falta una semana para fin de año, el concierto más importante de la temporada, y para que mi familia venga a verme con toda la ilusión del mundo. Será la primera vez que mi abuela coja un avión, y está muerta de miedo, así que no puedo hacerle esto.

Entonces uso la táctica de mi compañero: hablo con la chica de

urgencias, muy amablemente, pero con firmeza, le digo que soy una estrella de la música clásica (es lo bueno que tiene la música clásica y el ser una desconocida, que no pueden saber si mientes o no), le enseño el vídeo, y le digo que mañana tengo un concierto muy, muy importante, al que van a venir grandes autoridades, que tengo que tocar sí o sí, y que tienen que verme la muñeca pronto.

En Holanda se toman muy en serio lo de la música clásica, por ello tienen una de las mejores orquestas sinfónicas del mundo, junto con la de Viena, aunque ellos tengan el renombre (en todas nuestras conversaciones, sobre todo las étlicas, acabamos metiéndonos con ellos y diciendo que somos tan buenos o incluso mejores, y que si Mozart hubiera nacido en Holanda y no en Austria, otro gallo cantaría), y eso hace que la enfermera de recepción me llame enseguida para que me atiendan, mientras le enseña el vídeo a sus compañeras, que me miran con admiración.

Si no estuviera tan asustada, hasta tendría su gracia. Tendré que acordarme de explicárselo a Sonja y seguro que algún día nos reiremos, aunque no hoy.

La médica de urgencias me manda una radiografía y una resonancia magnética. La espera se me hace eterna, menos mal que no me muerdo las uñas, si no ya tendría muñones.

Cuando vuelve, tengo que contenerme para no echarme encima, y hacer uso de todo mi autocontrol para preguntarle muy educadamente qué es lo que tengo.

—Buenas noticias, no está rota. Solo es un esguince moderado. Algún tendón ha resultado dañado, nada grave. Le vendaremos la mano y tendrá que estar en reposo un par de semanas, nada más.

El box se hace cada vez más pequeño, empiezo a sudar, veo doble (y no por culpa de la cerveza) y oigo una voz en eco que me repite: “dos semanas, nada más; dos semanas, nada más; dos semanas, nada más”.

Por un momento lo veo todo negro y cuando abro los ojos, estoy estirada en una camilla. El médico me mira con cara de circunstancias.

—Se ha desmayado, creo que ha tenido un ataque de ansiedad. ¿Se encuentra mejor?

Vaya, qué vergüenza. Debe de pensar que soy una histérica. Lo veo en su cara. ¿Un ataque de ansiedad por un esguince de muñeca?

Quiero gritarle que no, que no estoy mejor, que estoy jodida, que esto es

una putada y que todo es una mierda, pero no lo hago, porque, uno, no quiero confirmarle que soy una histérica, y dos, yo no uso ese lenguaje.

Después de coger su receta para unos calmantes y de darme el alta, llamo a un taxi. Estoy deseando meterme en la cama, llorar a moco tendido y ya mañana hacerme cargo de la situación. Tendré que anular los billetes de mi familia, ver si puedo cambiarlos por otros, contárselo a todo el mundo... ¡Mis compañeros! Están esperando noticias mías, los pobres.

Con todo el pesar de mi corazón intento enviar un wasap, y me frustro y me enfado cuando me doy cuenta que teclear no es una opción, por lo que tendré que enviar un mensaje de voz.

Justo antes de que venga el taxi les informo de que tengo un esguince, y que tengo para un par de semanas (omito el nada más), y que lo siento mucho por las molestias. Ahora van a tener que buscar un suplente, en estas fechas, y alguien tendrá que aprenderse mi solo. Ni siquiera me pongo furiosa al pensar que ya tienen a ese alguien. Sophie estará encantada, pienso con amargura. Todos se deshacen en palabras de ánimo, incluso Sophie, por lo que intuyo que deben de haberse llevado un buen susto. Creo que todos me compadecen y al mismo tiempo se alegran de no ser yo en este momento.

Cuando me bajo del taxi, y justo antes de entrar en el hotel, un gato negro se cruza en mi camino.

Me río con sarcasmo porque, en fin, ya se sabe que los músicos somos gente muy supersticiosa, y el tío (bueno, el minino) no ha podido resistirse a pasearse por delante de mis narices para regodearse de mi mala suerte.

Tengo ganas de oír la voz de Holden, seguro que me haría sentir mejor. Por otro lado estoy triste, agotada y sin fuerzas para esa conversación, así que me meto en la cama y gracias a la mezcla de la cerveza con los calmantes, caigo enseguida en los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 22

UNA VUELTA MUY AMARGA

Esa vuelta a casa fue de los momentos más dolorosos que recuerdo. Cogí el primer tren de vuelta, tras hablar con mis padres (no tuve fuerzas para hablar con mi abuela) y contarles lo que había pasado. Ellos trataron de animarme: “ya habrá más conciertos, son solo dos semanas, no pasa nada, no dramáticos...”, y a pesar de su buena fe, no lo consiguieron.

Durante el trayecto, conseguí anular los billetes, aunque perdiendo una parte del dinero, y me planteé si comprar otros para el día de reyes.

Reyes no era ni mucho menos año nuevo, sin embargo era el segundo concierto más importante del año, al que acudía más público, era el cierre de la temporada y, lo que era más importante, en el que quizá pudiera tocar yo.

Conté los días que quedaban hasta el día de Reyes infinidad de veces, pero por muchas veces que lo contaba, era menos de dos semanas, así que al final decidí no comprar los billetes, porque no podría soportar otra decepción llegado el momento. Tendría que empezar a asimilar que aquél año mi familia no vendría a verme, y yo no tocaría en Fin de año ni en la noche de Reyes, dos conciertos mágicos.

Vaya, qué bien se me daba regodearme en mis miserias. En esas tres horas de trayecto, me puse en los cascos la música más triste que conocía (*los Nocturnos* de Chopin son muy buenos para estas ocasiones, y también *My immortal*, de Evanescence, que puse unas doscientas veces, *Someone like you*, de Adele, que escuché como unas trescientas, y *Amiga mía*, de Alejandro Sanz, que escuché como un millón.

Intenté consolarme pensando en mi gran día, en el día del solo, en los aplausos, y conseguí sonreír durante un segundo. Bueno, algo es algo, Clara. Vas a tener que esforzarte más.

Luego pensé en que todo eso tenía una parte buena, y es que vería a Holden antes de lo previsto. Y eso consiguió hacerme sonreír algo más.

Nada más entrar en casa guardo el chelo en el armario (no podría

soportar verlo ahí, llamándome con su cántico silencioso, cual sirena a un marinero), y llamo a Holden.

—¡Hola, princesa! ¿Cómo va todo? ¿Ya has aplastado a esa bruja de Sophie? —La alegría de su voz es como un cuchillo en mi corazón.

—No, bueno sí, no...

—Clara, ¿va todo bien? Te oigo rara.

Trago saliva e intento no llorar.

—Estoy aquí. Me hecho daño en la muñeca y tengo para un par de semanas.

—Oh, joder, cuánto lo siento... Aunque eso significa que podemos vernos antes, ¿no?

—Sí, supongo que sí. —No puedo evitar sonreír un poco ante el hecho de que Holden tenga tantas ganas de verme.

—Pues esta noche paso por tu casa, princesa. Espérame, ¿vale?

—Vale. Hasta esta noche.

Doy unas cuantas vueltas por mi piso como un tigre enjaulado, pensando en qué puedo hacer. La televisión nunca me ha gustado mucho, aparte de las películas, que me gusta ver en compañía, el piso está limpio (y tampoco puedo limpiar mucho con una mano) y no puedo tocar.

No tardo ni dos minutos en llamar al timbre de mis vecinos.

Me abre Andrés, que se sorprende al verme.

—¡Clara! ¿Qué haces aquí? No pensaba verte hasta después de Reyes. ¿Tienes fiesta? —Cuando ve mi cara la sonrisa se le borra del rostro—. ¿Qué ha pasado?

—Necesito un chocolate o algo caliente y muchos mimos. —Es mi respuesta.

Tristan está sentado ante la mesa del salón, que está llena de papeles desparramados, lleva el pelo algo más largo y despeinado, y la barba de tres días, que ahora es más bien de una semana, sin arreglar. Está igual de guapo, o incluso más. Levanta los ojos de los papeles y se queda inmóvil al verme.

—¿Qué haces aquí? —pregunta extrañado.

—Necesita un chocolate caliente y muchos mimos —repite Andrés—. Voy a la cocina. Hazle compañía y sé amable.

—Siempre soy amable —gruñe Tristan.

Andrés y yo nos reímos, por lo poco que casan sus palabras con su tono, y Tristan no tarda en acompañarnos.

Tristan y yo nos sentamos en el sofá mientras Andrés se dirige a la cocina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Me fijo en su cara. Él tampoco parece estar muy bien. Está algo más delgado, con ojeras y juraría que le han salido algunas arrugas más alrededor de los ojos, que hasta le quedan bien, al condenado. Los nervios de los exámenes le están pasando factura.

Le enseño la mano que tenía metida en el bolsillo de la sudadera por toda respuesta.

—¡Oh! ¡Mierda! ¿Para cuánto tienes?

—Dos semanas.

—Eso significa que te vas a perder el concierto de Año Nuevo.

Asiento con la cabeza.

—Y que probablemente no podré ni terminar la temporada. —Mi voz se quiebra al final de la frase.

—Lo siento mucho, Clara. —Tristan pasa su brazo derecho despacio por detrás de mi cuello, y me acerca a él con mimo, como si tuviera miedo de mi reacción. Yo dejo caer mi cabeza en su cuello, y noto cómo suspira.

No puedo evitarlo y dos lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas. Siento un nudo enorme en la garganta. Duele. Jolín si duele. Tener tu sueño tan cerca, al alcance de la mano, rozarlo con las yemas de tus dedos, y que te lo arranquen de cuajo.

Tristan me acerca con suavidad hacia su pecho. Permanecemos así, en silencio, un rato. Es todo lo que necesito. Las palabras no pueden curarme ahora. Solo necesito tiempo para asimilarlo, para que duela menos.

Su boca, cálida, deja un suave beso sobre mi pelo y yo cierro los ojos. Es reconfortante. Me seco las lágrimas con la mano buena y me dejo mimar.

Al cabo de un rato, Andrés sale de la cocina con chocolate caliente para todos y unas tostadas con mantequilla y mermelada. Tristan se separa de mí con demasiada brusquedad para mi gusto, dejándome huérfana de su reconfortante abrazo.

—Era esto o tequila, pero creo que ahora es mejor el chocolate —dice, y se sienta en el sofá, a mi lado, de modo que estoy arropada por mis vecinos, a los que ya considero mucho más que eso.

Sonrío. Andrés y sus ocurrencias.

—Sí, mejor. Mira la última vez que te pasaste con el tequila lo que pasó

—le pincha Tristan.

—Pues no me fue tan mal, conocí a mi ángel.

—Sí, ¿y de qué te ha servido?

—Pues de momento de nada, pero no desisto en mi empeño. Estoy convencido de que nos volveremos a encontrar. Es el destino —dice, mientras unta mantequilla en una tostada con la mirada perdida. Es casi cómico.

Tristan hace una mueca y yo sonrío.

—Que tú no creas en el destino no significa que no exista, hombre de poca fe —dice Andrés.

—Sí creo en el destino. Aunque a veces te juega malas pasadas.

—¿A qué te refieres? —pregunto curiosa.

Tristan parece meditar sus palabras.

—A veces te pone a alguien delante que crees que es para ti, que es esa persona, para luego darte cuenta de que es de otro... No sé, por ejemplo, mira a Andrés. ¿Por qué el destino le habría puesto delante a su ángel para luego no verla nunca más? Es cruel.

—Quizás para que deje de ser un golfo con las mujeres —sugiero, guiñándole un ojo.

—¡Ehh! —se queda el aludido—. Aunque pensándolo bien... Quizá tengas razón. A lo mejor es una señal para que me centre y busque una buena chica.

—Eso no se busca, eso se encuentra —contesta Tristan.

—¿Y tú, la has encontrado, Tristan? —le pregunta Andrés, con ganas de pincharle.

El aludido le fulmina con la mirada y no contesta. Se limita a meterse una tostada con chocolate en la boca.

—Bueno, ¿y entonces tú y el maromo ese, tu amigo, qué tal vais? —pregunta

Andrés.

No es que me guste mucho hablar de Holden con estos dos, me da algo de corte, aunque prefiero este tema a regodearme en la autocompasión.

—Pues..., bien, la verdad. Antes de irme esta última vez pasamos dos días geniales. Aunque luego en la gira le he echado de menos, casi no hablábamos.

—¿Por qué no? —pregunta Tristan.

—Oh, por nada en especial. Cuando él me llamaba yo estaba ocupada, y cuando yo lo llamaba él estaba ocupado.

—Si quieres hablar con alguien encuentras el momento —dice Tristan, algo seco.

—Tristan, ¿ya estamos otra vez? Qué te he dicho de lo de ser amable. — Y se gira hacia mí, en español—. Estos nórdicos a veces están faltos de modales. Debe de ser porque están muy cerquita de los vikingos, y claro, ya se sabe, de cerveza sí entienden, pero de tratar a las mujeres...

—Te olvidas que hablo español —contesta en un español casi perfecto, fingiendo estar enfadado.

Yo no puedo evitar una carcajada, aunque el comentario de Tristan me ha escocido un poco, porque no dejo de pensar que tiene razón, y en que si hubiera sido al revés, yo habría hecho lo imposible para hablar con Holden, en vez de estar de copas por ahí.

—Os he echado de menos, chicos.

—Y nosotros —dice Andrés.

—Y yo —susurra Tristan como para sí mismo.

Me giro para mirarle, porque no sé si su pensamiento está aquí o, por el contrario, muy lejos. Su mirada azul se queda fija en la mía demasiado tiempo, de forma que tengo que bajar los ojos. Este hombre es tan intenso a veces.

—Chicos, tengo que bajar a por pan, que se nos ha terminado —dice Andrés—. Clara, ¿te quedas a cenar?

—Te lo agradezco mucho, pero he quedado.

—Claro, qué tonto. Con el maromo, ¿verdad?

—Sí. —Sonríe—. Y no le llames el maromo. Se llama Holden.

—O tu ángel. —Me guiña un ojo Andrés.

—Seguro que Clara no es tan sensiblera como tú —gruñe Tristan de nuevo.

—Señor, ¡dame paciencia para aguantar a este hombre! —Andrés suplica al cielo—. Y ya de paso, si pudiera volver a ver a mi ángel, no ya por mí, sino por estos dos descreídos.

Andrés se marcha dejándonos solos a mí y a Tristan, con la sensación de ser las dos únicas personas maduras de ese piso.

—¿Siempre es así?

Tristan parece algo ausente, aunque tras mi pregunta vuelve a fijar su

atención en nuestra conversación.

—Siempre. Aunque la verdad es que hasta lo agradezco, tanto silencio me vuelve loco. Andrés es como un soplo de aire fresco..., aunque a veces tenga ganas de estrangularle. Y es desordenado, y un poco desastre, pero es un buen tío. Aunque no le digas que te lo he dicho, que luego se crece. — Intenta sonreír.

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. ¿Cómo van los estudios? ¿Cuándo es el examen?

—En un par de meses.

—Oh, entonces estás en la recta final. Ya verás como aprobarás.

—Eso espero, porque no sé si aguantaré otro año así. Necesito salir, moverme, trabajar, sentirme útil... Aquí empiezo a sentirme encerrado.

—Te entiendo. —Y ahora más que nunca. Eso de estar en casa sin hacer nada puede volverte loco. Yo no he aguantado ni dos minutos y él lleva casi dos años. No quiero ni imaginarlo. Con razón a veces es tan gruñón. Aunque otras, cuando se suelta, es encantador y atento, hasta cariñoso.

—¿Qué piensas hacer ahora? —pregunta, señalándome la muñeca con la mandíbula.

—Pues..., creo que voy a pasar unos días en casa, con mi familia.

Lo acabo de decidir ahora mismo, aunque la verdad es que no me ha hecho falta pensarlo mucho. Necesito sentirme arropada, y mi frío y solitario piso de Ámsterdam ahora mismo no se me antoja muy acogedor. Necesito mi enorme sofá con mi manta y a mi abuela al lado, tejiendo. A mi madre y a mi padre trasteando por casa, sus risas, sus carantoñas, sus fingidas discusiones... Me doy cuenta de cuánto les echo de menos.

Tristan asiente.

—Sí, en estas ocasiones el calor de la familia es lo mejor. Te irá bien estar con ellos unos días, ya lo verás. Saluda a tu abuela de mi parte. — Sonríe.

—Estará encantada. Es tu fan número uno.

—Bueno, al menos alguien de la familia lo es —me pincha.

—Eh, que yo también..., que tú me caes..., que yo...

De su boca se escapa una sonora carcajada. Hacía tiempo que no le oía reírse así. Desde nuestro último paseo, antes de que se pusiera críptico y ceñudo, y me doy cuenta de cuánto me gusta que se ría así. Esas carcajadas me ensanchan el alma.

Le doy un golpecito en el pecho, y él aprovecha para cogerme el puño con su mano. La mía es tan pequeña que cabe dentro de la suya.

—¿Por qué no me has llamado? —pregunta, sin soltar mi mano.

—¿Qué?

—Durante la gira. Si te sentías sola podías haberme llamado.

Me encojo de hombros. Lo pensé en más de una ocasión, para ser sincera. Aunque Tristan es más de distancias cortas. Me gusta estar con él como ahora, pero hablar por teléfono con él... Se me hace raro. Y por algún extraño motivo me pone nerviosa.

Pienso en su última llamada y en regalo tan bonito que me hizo. Quizás haberle llamado habría sido una buena idea. Caigo en la cuenta de que no le he dado las gracias en persona.

—Por cierto, gracias por el regalo de Navidad. Fue..., muy especial. — Me sonrojo un poco al recordarlo, al pensar en mí llorando en una cama de hotel y Tristan siendo testigo a distancia de esa pena y de ese momento tan íntimo.

—De nada. Siento haberte hecho llorar. No era mi intención. Yo... — Parece buscar las palabras adecuadas para disculparse.

Le interrumpo, porque no hace falta que se disculpe. Fue un regalo precioso. El más bonito y extraño que me han hecho nunca.

—No fue culpa tuya, de verdad. Es que me sentía sola, demasiadas emociones en tan pocos días: la gira, el no poder hablar con Holden cuando quería, los nervios por el solo, el teneros a todos lejos... y la Navidad. Fue muy emocionante. Eran lágrimas de emoción, no de tristeza.

—Entonces me doy por satisfecho. No querría hacerte llorar por nada del mundo —dice, mientras un dedo rebelde se le escapa y acaricia mi mejilla, recorriendo su contorno, muy despacio. Yo me estremezco. Me obligo a hablar para romper este momento de intimidad que comienza a ponerme nerviosa.

—Pensándolo bien, y hasta que pasó lo de la muñeca, han sido unos días muy intensos que no cambiaría por nada del mundo. Los ensayos, las actuaciones, mi gran noche, la piña que hicimos con el resto del grupo, las flores de Holden...

—¿Qué? —me interrumpe, soltando mi mano, que hasta ese momento había estado reposando dentro de la suya, y que de repente siento desangelada.

—Holden me envió flores una noche. Llevábamos unos días sin hablar, no coincidíamos, y supongo que pensó que eso me animaría. Fue muy bonito. Me hizo muchísima ilusión recibirlas.

Tristan asiente con la cabeza sin decir nada. Está mirándome de esa forma que me deja sin aliento, como queriendo traspasarme, leerme, desentrañarme. A continuación abre la boca para decir algo. Luego parece pensárselo mejor y vuelve a cerrarla.

En ese momento entra Andrés con la compra, Tristan se separa de mí y siento que algo se rompe, como si la burbuja en la que me siento cuando estoy con él hubiera explotado, dejándome sin oxígeno.

CAPÍTULO 23

DUERME, PRINCESA, DUERME

Cuando llega Holden, le abro la puerta y antes de que pueda decir nada le abrazo. Tras un instante de sorpresa, Holden me arroja entre sus brazos, dulces y firmes, y nos quedamos así, unidos, un buen rato, en el que las palabras sobran.

Cuando por fin decido que ya es bastante, me suelto y lo miro. ¡Lo he echado tanto de menos! No me he dado cuenta de cuánto hasta que lo he visto, lo he tocado, lo he olido, he visto su sonrisa... Tanto, que casi me ha dolido su ausencia.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —pregunta, sin soltarme, acariciándome el pelo.

—Que soy una patosa de manual, eso ha pasado. Y que voy a perderme el final de temporada. Y que mi familia no va a poder verme tocar... —El nudo en mi garganta me impide seguir y las lágrimas vuelven a asomar a mis ojos.

—Shhht. Tranquila. No llores, no soporto verte llorar.

Vuelve a abrazarme, y yo enredo mis manos en su suave pelo, que tiene un efecto balsámico en mí, y nuestros labios se encuentran.

Es un beso dulce, triste, que, tras los primeros instantes, se va intensificando, nuestras bocas se reconocen, se han echado de menos y nos lo demostramos. Yo me pongo de puntillas, me cuelgo del cuello de Holden y él me aúpa, de forma que quedo enredada en su cintura.

Así, sin dejar de besarnos, y encaramada a él, nos dirigimos a mi habitación, y me deposita en la cama con cuidado.

—Te he echado mucho de menos. Y él también. —Señala al bulto que tiene en los pantalones. Y yo no puedo pensar en otra cosa que no sea en acariciarle, sentirle, besarle cada centímetro de su cuerpo.

Holden me desnuda, despacio, sin dejar de mirarme. Levanto los brazos

y me quita el jersey y una camiseta que llevo debajo. A continuación me desabrocha los pantalones, muy despacio, y me los quita. Cuando me quita también las braguitas, rozando mi piel con sus dedos, siento un escalofrío de deseo. Holden hace lo mismo y se desnuda. No me deja hacerlo a mí, que estoy impaciente, y su lentitud me mata. De un solo gesto se quita su jersey y su camiseta, lanzándolos por el aire. Luego se desabrocha el pantalón, que se baja muy despacio, disfrutando de la tortura, y lo lanza por los aires. Su torso al descubierto, y el principio de sus caderas, marcadas, hace que suelte un suspiro, y él sonrío de medio lado, el muy canalla.

Tengo ganas de cogerle, besarle, morderle ese lunar que tiene y comérmelo entero a besos, aunque parece que él tiene otros planes.

Por fin se quita su ropa interior, dejando al descubierto todo su cuerpo, que yo no puedo dejar de admirar, con pudor y deseo al mismo tiempo.

Holden me tumba en la cama y me besa en la boca. Yo le abrazo, pero él coge mis manos y las pone por encima de mí, sujetándolas con las suyas, sin dejar de besarme, cada vez con más intensidad. Nuestras lenguas se enroscan, se reconocen, nuestras bocas se muerden, gimen y se castigan. Yo siento como se acelera mi respiración y la suya, y como su sexo se aprieta contra el mío. Yo me arqueo, para sentirle bien y para darle a entender que estoy más que lista, pero él solo juega conmigo, sin llegar a entrar en mí.

Me estoy volviendo loca de deseo, necesito abrazarle, apretarle contra mí, sentirle dentro, y él sigue besándome, cada vez más rápido, con más deseo. Nos mordemos los labios como salvajes, le muerdo el cuello, porque es todo lo que puedo hacer y él se queja, entre risas.

—Niña mala —dice, chasqueando la lengua.

—Holden, por Dios...

—¿Qué quieres? —Para por un momento de besarme y sonrío travieso.

—Ya lo sabes... —Todo mi cuerpo lo está pidiendo a gritos.

—Y tú también lo sabes. Quiero que me lo digas.

—Holden, por lo que más quieras, ¡fóllame ya! —Sé que es lo que quiere que le diga y no voy a tenerle hasta que lo haga, y no puedo esperar más.

—Esa es mi niña.

Holden me suelta y de inmediato, todo mi cuerpo le reclama, me abrazo a él con brazos y piernas, y le dirijo hacia mi sexo. Cuando entra en mí con fuerza ahogo un grito de placer. No habría aguantado ni un minuto más sin tenerle dentro. Mis manos le aprietan con fuerza, y sin quererlo le clavo las

ñas en la espalda, al tiempo que le aprieto con mis piernas contra mí.

Él ahora un gemido contra mi cuello, que besa, lame, muerde, mientras empieza a moverse dentro de mí. Sé que no voy a aguantar mucho, me ha puesto a cien, el muy canalla, y llevo tanto tiempo deseándolo.

Yo me muevo a su ritmo, aferrándome a él, y nuestros labios se vuelven a encontrar, feroces, mientras nuestros cuerpos sudorosos se mueven al unísono. Yo siento la anticipación del orgasmo en mi espalda y me dejo ir gritando como nunca.

Holden también está a punto, y, no sé cómo, consigue salir de mí para ponerse el preservativo a trompicones, con prisa, y me pide que me dé la vuelta. Yo lo hago y me embiste desde atrás, y yo ahogo un grito contra la almohada. Nuestros cuerpos hacen ruido al chocar, es erótico y excitante, y yo siento que podría irme otra vez, pero Holden no me da tiempo. Noto cómo su cuerpo cede en un espasmo, y se deja caer a mi lado, recuperando la respiración.

Cuando recupera la respiración, se recuesta en la cama, apoyando su cabeza en su brazo derecho, me mira y sonrío.

—Si me dejas unos minutos, te doy un segundo asalto.

Yo le dejo lo que quiera, con tal de repetir lo que acabamos de hacer. No sé cómo he podido estar tanto tiempo sin sexo, la verdad. Aunque es cierto que no lo recordaba tan bueno. No sé si es mi memoria, que falla, o es Holden, que es muy bueno en lo que hace. Claro que la práctica es lo que tiene, aunque en ese momento me dan igual todas las chicas que se han acostado antes con él, si eso hace que sea tan genial.

Holden cumple con su promesa, y después del segundo asalto, que es mucho más rápido que el primero, nos tumbamos exhaustos en la cama.

Me recuesto de un lado y cierro los ojos, y siento como se acomoda detrás de mí, pasando su brazo izquierdo por mi cintura. En un momento dado lo levanta, para acariciarme el contorno con su dedo índice, desde mi barbilla, pasando por mi cuello, mi hombro, y mi brazo, hasta llegar a mi mano, que coge, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Sabes? Ya tengo uno —murmura.

—¿Un qué? —pregunto, medio dormida.

—Un lugar favorito en el mundo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? —pregunto sin mucho interés.

—Este. Ámsterdam al anochecer, pero contigo. Está lleno de

posibilidades...

Un cosquilleo de felicidad me envuelve, y quiero quedarme así para siempre. Esa noche duermo como no he dormido en toda mi vida, con su brazo alrededor de mi cintura, y su respiración, ahora tranquila, acunándome.

Por la mañana Holden se despierta juguetón, y casi sin darme cuenta, estamos haciéndolo otra vez. Yo tengo la zona algo dolorida y muerta de vergüenza se lo digo, por lo que decide prestarle una atención especial con su boca, hasta hacerme chillar.

Después de ayudarlo a terminar, Holden se levanta y se va hacia el baño, regalándome otra maravillosa visión de su trasero. ¡Qué envidia me da que sea tan desinhibido! No puedo evitar ponerme colorada cuando se gira, y me pilla mirándole. Él se va hacia el baño riendo y encantado de haberse conocido.

Yo me pongo un camisón y voy a la cocina, a ver qué hay para desayunar, porque tengo mucha hambre, sin caer en la cuenta que cuando llegué ayer me fui directa a casa de mis vecinos, con lo que mi nevera está del todo vacía.

Por suerte tengo café, aunque no hay nada para acompañarlo. Pongo una cafetera al fuego y espero que salga Holden para ver si quiere ir a desayunar algo, o se comporta como un caballero y me trae el desayuno.

Para mi grata sorpresa Holden se ofrece a ir a buscar algo, tras indicarle dónde está la panadería más cercana.

Le acompaño a la puerta, con mi camisón, que hace que se ponga tontorrón otra vez.

—¡No! ¡Para! —Me río—. Anda, ve a buscar el desayuno, que tengo hambre.

Cuando abro la puerta veo a Andrés y a Tristan que salen de casa. Tras vernos, Andrés me guiña un ojo. Tristan posa su mirada sobre mí, y la deja ahí unos segundos, sin decir nada. De repente me siento desnuda, y no solo porque lleve un minúsculo camisón.

—Holden —saluda arisco.

—Tristan — contesta Holden con una sonrisa de oreja a oreja. A continuación me abraza y me planta un beso de tornillo que me deja temblando.

Se produce un momento incómodo mientras están ahí, los tres, esperando el ascensor, y yo cierro la puerta enseguida, porque aún sigo en camisón y

siento un escalofrío.

No soy estúpida, sé que Holden acaba de marcarse el numerito de gallito de corral y, aunque me parece muy infantil y del todo innecesario, una pequeña parte de mí, la que se ha pasado un año suspirando por él, creyendo que nunca iba a poder tenerle entre mis brazos, no puede evitar sonreír satisfecha.

Aprovecho que Holden no está para ducharme sin que me asalte otra vez (no me puedo creer que esté diciendo esto), y me visto con ropa cómoda. Me pongo unos *jeans* negros, mis bambas blancas, y una sudadera gris con las letras de Fama en rosa, que es una de mis favoritas. Me cuesta un poco con una sola mano y casi lo consigo, si no fuera porque el botón del pantalón puede conmigo.

Quizás no haya sido una buena idea ponerme pantalón. Pienso que un vestido sería una mejor opción, hasta que me doy cuenta que entonces necesitaré ponerme medias, y eso va a ser aún más imposible. Tendré que dejar que Holden me abroche el pantalón, lo que me parece una idea muy sexy, y cierta parte de mí, aunque dolorida, se despierta de nuevo. Vale, el botón se va a quedar así, al fin y al cabo no se ve, con la sudadera.

Cuando vuelve Holden casi me abalanzo encima de él, esta vez por los cruasanes que trae en una bolsa.

Tras dos cruasanes (grandes) y dos tazas de café, y con él en mi casa, me siento mucho mejor que ayer.

Holden vuelve a meterse conmigo por la cantidad de comida que soy capaz de ingerir después del sexo, aunque yo no me achanto ante sus burlas. Al contrario, sonrío mientras me meto otro trozo de cruasán en la boca y él me dice que estoy muy sexy cuando como. Este hombre...

Después de la comilona, necesito salir de mi piso. Holden se muestra de acuerdo y vamos a pasear, sin rumbo fijo. Cuando me ve con dificultades para ponerme el abrigo me ayuda y me lo sujeta, mientras yo meto mi muñeca dolorida. Ese simple gesto es como una caricia y yo sonrío como una tonta.

Quién me iba a decir a mí que sería tan detallista. Pienso en la cara que suele mostrar a los demás: siempre divertido, desenfadado, alegre, aunque distante, y luego pienso en el otro Holden, en el que es cuando está conmigo, en la primera vez que me trajo el desayuno a la cama, en las flores, en pequeños gestos como ese. Podría enamorarme de ese Holden. Vale, creo que

ya lo estoy un poco, aunque prefiero no pararme a pensar en ello porque me da pavor. Porque él no es de los que se enamoran, él mismo me lo había dicho. No se había enamorado nunca. Jamás.

Siento una punzada de terror en el estómago al recordar nuestra conversación. ¿En qué lugar me deja eso a mí? ¿A lo nuestro? No quiero ponerle etiquetas, de verdad que no...

Su voz interrumpe mis pensamientos.

—¿Estás bien? Te has quedado quieta.

Me doy cuenta de que Holden está unos pasos adelantado, y que tiene razón. Me he quedado quieta de repente, inmóvil. Mis pensamientos me han paralizado.

—Sí, sí, bien. Es que tenía la cabeza en otro sitio, perdona.

—Ya... Lo entiendo. Es por tu mano, ¿verdad?

Y como no puedo explicarle los derroteros que están tomando mis pensamientos sin asustarle, le miento y asiento con la cabeza. Él acaricia mi mano buena.

—Vamos, esto pasará. Ya habrá otra temporada. Y tus padres vendrán a verte la próxima vez, ya lo verás.

Deseo con todas mis fuerzas que tenga razón, que la Sinfónica me renueve el contrato, que es anual, y que tenga la oportunidad de quedarme allí, y tocar para ellos. Y si no es allí, sería en otra parte. Hay más orquestas, más ciudades, aunque me doy cuenta asustada que no quiero otras ciudades, porque en ellas no estará Holden. Ni Sonja. Ni Andrés. Ni Tristan. Ellos se han convertido ahora en mi familia.

En ese instante acabo de descubrir otro nuevo miedo. Además del miedo a que Holden no sea capaz de sentir lo mismo que yo, se suma el de tener que alejarme de él, de los míos. De repente siento que me falta la respiración.

—Clara, ¿estás bien? Oye, ¿quieres que vayamos al Van Gogh?

Agradezco la propuesta, sobre todo el hecho de que se acuerde que es mi lugar favorito, sin embargo no quiero ir, porque no creo que ahora pueda hacerme sentir mejor, y no quiero que ese lugar pierda ese carácter de refugio para mí.

Niego con la cabeza.

—Clara, me estás preocupando. Vamos, paseemos y que te dé el aire. Deja de darle vueltas a esa linda cabecita tuya, y ya verás cómo te sientes mejor.

—La verdad es que no me apetece pasear. Quiero irme a casa.

Holden me mira y asiente. Damos media vuelta y nos dirigimos a casa.

—Cuéntame la cara que se le quedó a Sophie cuando te dieron el solo, anda. —Sé que está intentando cambiar de tema y que me olvide de mis preocupaciones.

Por unos segundos, el ver la cara de pasa agria de Sophie lo consigue, me hace sentir mejor y sonrío un poco.

—No estuvo mal, la verdad. Puso una cara como así. — Arrugo los morritos y funzo el ceño. Holden suelta una carcajada—. Y luego intentó atropellarme, la muy..., la muy...

—¿Ni siquiera ahora puedes decir palabrotas? —me mira incrédulo.

—No, ni siquiera ahora.

—La muy cerda, dilo.

—La muy cerda —digo flojito.

—¡Más alto!

—¡La muy cerda!

—¡¡Más alto!!

—¡¡¡La muy cerda!!!

Y en ese momento veo que me he pasado porque unos cuantos transeúntes se han girado a mirarnos como si estuviéramos locos.

Y por extraño que parezca, eso me arranca una carcajada. Holden se une a mí, y no podemos parar de reír. Me río tanto que por un momento cruzo una calle sin mirar y una bicicleta casi me atropella. Su conductor hace sonar el timbre, indignado. La gente nos mira extrañados, y eso aún nos hace más gracia. Al final la risa se esfuma, dejándome unas agradables agujetas y una sensación de felicidad momentánea.

Holden siempre consigue que me ría, sean cuales sean las circunstancias.

—Está bien, paseemos. —Ya no tengo ganas de meterme en las cuatro paredes de mi casa. Tiene razón. Andar, respirar el aire frío de diciembre, ver las calles engalanadas de luces, a la gente paseando, hace que me sienta un poco mejor.

—Mujeres, no hay quién os entienda.

Nos encaminamos hacia el Museumplein, la zona de los museos. Allí está el Van Gogh, el Rijksmuseum, el Museo del Diamante, el Moco Museo (museo de arte moderno, no tiene nada que ver con el nombre, que siempre me hace reír) y un enorme parque, que, a pesar del frío siempre está lleno de

gente. Y mi segundo lugar favorito de Ámsterdam, la plaza de patinaje al aire libre que, como es diciembre, está abierta y llena de gente.

La primera vez que fui me sorprendió ver algunas personas que patinaban con una silla, que resulta que es para agarrarse y no caerse. En una punta de la pista unos niños juegan a hockey. En la otra, parejas, amigos y familias patinan y se ríen. Hay una pareja que llevan sus propios patines, porque son diferentes de los azules del resto, y se pavonean por la pista con sus piruetas. Me caen mal al instante.

—Quiero patinar —digo en voz alta. Recuerdo la última vez que lo hice, en mi casa, con mis padres.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Estás loca? ¿Y si te caes y te haces daño?

De repente me hace gracia su preocupación.

—Qué puede pasar, ¿que me rompa la otra muñeca? —digo sarcástica.

Me mira sorprendido, porque no está acostumbrado a mi sarcasmo, de hecho yo tampoco. Tras unos segundos, y viendo mi cara de determinación, asiente.

—Supongo que tienes razón. Patinemos entonces.

—¿Tú también? —pregunto ilusionada como una niña pequeña.

—Claro, no voy a dejar que te caigas, que los dos sabemos que eres una patosa.

Que acceda a patinar conmigo me hace tanta ilusión como a una chiquilla de seis años la noche de Reyes Magos.

Alquilamos los patines, que paga él, y mientras me los pongo le miro de reojo. Estoy en la pista de patinaje más preciosa de las que he visto, a punto de patinar con Holden. ¡Es tan romántico! Hace unos meses, qué digo meses, unas semanas, me habría parecido imposible. En este preciso instante ni siquiera me importa la lesión de mi mano. Solo el estar aquí con él.

No puedo evitarlo y le doy un beso en la mejilla. Holden se gira sorprendido y un poco azorado (no le gustan las muestras de cariño en público), pero me sonrío.

—Vamos.

Me levanto con cuidado, y enseguida me coge de mi mano buena. No sé si lo hace como muestra de cariño, o para que no me caiga. Creo que más bien la segunda, aunque me importan bien poco sus motivos y disfruto de la sensación de su mano envolviendo la mía, notando cómo el calor pasa de mi mano al resto del cuerpo, a pesar de los o siete grados bajo cero de

temperatura a los que estamos.

Damos unas vueltas por la pista, algo torpes al principio, sobre todo por mi parte, y descubro que Holden es muy buen patinador. Le pregunto al respecto.

— Siempre que veníamos a Ámsterdam, mis padres nos traían a mi hermano y a mí a esta pista. El patinaje es muy habitual aquí.

Me parece que ahora es él el que se ha puesto melancólico al hablar de su familia, y me doy cuenta de que, aunque no lo diga nunca, los echa de menos. Incluso a su padre.

—Mis padres también son buenos patinadores. Tendrías que verlos, dando vueltas y haciéndose arrumacos por la pista. Es vergonzoso.

Consigo arrancarle una carcajada.

—¿En serio?

—De verdad de la buena. Son de esas parejas que no pueden quitarse las manos de encima. —Sacudo la cabeza, para intentar quitarme la imagen de mis padres poniéndose cariñosos.

—Eso es bonito.

—Sí, cuando no son tus padres quienes lo hacen.

Se ríe.

—Tienes razón, supongo.

—Claro que la tengo. Como siempre.

Entonces Holden toma mi brazo izquierdo y me obliga a dar vueltas sobre mí. Lo hago, y después de unas cuantas vueltas me siento casi mareada, y me dejo caer en sus brazos. Él me agarra y nos quedamos unos segundos así.

—Clara...

—¿Qué?

—La gente nos está mirando. Nos estamos comportando igual que tus padres.

Levanto la cabeza de su pecho y miro a mi alrededor. Lo cierto es que nadie nos mira, y él me está sonriendo, burlón, con esa sonrisa suya tan canalla.

La pista de hielo está preciosa a esta hora. El sol se está poniendo por el horizonte, dejando en el cielo esos colores amarillos, ocres, naranjas y rojos. Unas lámparas con luz tenue rodean la pista y le dan un aire cálido y muy romántico. Es precioso, aunque ahora mismo el aire cálido que me apetece

que me envuelva es el de los brazos de Holden. Y el de sus besos. Y sus caricias.

—Idiota —digo, dándole un golpe en el pecho—. Está bien. Vámonos. Empiezo a tener frío—.

—No hay problema. Yo sé cómo calentarte —me susurra al oído, y el tacto de su pelo haciéndome cosquillas en mi piel, su voz ronca y sus palabras me encienden al momento.

No esperamos si quiera a llegar a casa. Me ataca en el ascensor, me besa y me acaricia el pecho por debajo de mi chaqueta. Yo le agarro del pelo y profundizo en el beso. Su tacto, su olor, sus besos, hacen que me vuelva loca de deseo. Si no fuera porque me da pavor que alguien pueda descubrirnos, me desnudaría allí mismo. Lo nuestro con los ascensores empieza a ser preocupante.

Entramos en casa besándonos, riéndonos y desnudándonos con prisas. Voy a dirigirme a mi habitación, cuando me lo impide, cogiéndome de la mano (la buena).

—Tengo otros planes para ti —me susurra con esa voz que tanto me excita—

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Aquí —susurra, señalando la mesa del comedor.

—¿Aquí? —Abro mucho los ojos.

No me da tiempo a decir ni a pensar nada más que Holden ya me ha cogido y me ha sentado en la mesa en la que horas antes estábamos desayunando y me está quitando la sudadera. Yo me río ante su idea, y mi risa se convierte en un jadeo cuando me quita el sujetador con una sola mano y toma uno de mis pechos entre sus labios. Le cojo de la nuca y le atraigo hacia mí, mientras mi pierna izquierda se enreda en su cintura, como si tuviera vida propia.

Presto y eficaz, me desabrocha los pantalones y me los baja, y él hace lo mismo, sin llegar a quitárselos. Ahora besa mi otro pecho, me lame el pezón, lo rodea, lo succiona y lo pellizca hasta que se me escapa un gritito de placer.

Casi sin darme cuenta Holden empuja con sus caderas y se mete en mi interior, y yo gimo de placer. ¿Cómo puede mi cuerpo haberle echado de menos en esas escasas horas? Me estoy convirtiendo en una drogadicta, y mi droga es su cuerpo.

Sus embestidas son tan fuertes que tengo que aferrarme al borde de la

mesa con la mano buena, mientras con la otra intento torpemente aferrarme a él, aunque solo puedo enredar mis dedos en su pelo. Él gruñe mientras entra y sale de mí, y mi cuerpo se mueve bajo sus arremetidas.

Con un movimiento certero, saca un preservativo de su bolsillo trasero (¿cuántos preservativos lleva encima este hombre?), lo abre con la boca y se lo coloca, para volver a entrar en mí inmediatamente, mientras con su mano derecha juega con mis pliegues, torturándome.

Su boca en mi pecho, su erección clavándose en mí y su mano juguetona son demasiado para mí, y me sacudo en un orgasmo brutal, que hace temblar todo mi cuerpo. Me abrazo a él con los dos brazos por detrás de su cuello, y él me aprieta contra su cuerpo, hasta que ahoga un grito en mi cuello.

Tardamos unos segundos en recuperar la respiración. Holden se separa de mí, y me dedica una de sus sonrisas canallas.

—No me canso nunca de ti, preciosa.

Yo me bajo de la mesa y me dirijo al baño, para recomponerme un poco.

Mientras estoy ahí me miro al espejo. Estoy despeinada, con las mejillas coloradas y los labios algo hinchados, por sus besos. Y nunca me he visto más bonita.

Como ya viene siendo costumbre, se me ha abierto el apetito y caigo de nuevo en que no tengo nada en la nevera. A ese paso Holden y yo nos morimos de inanición.

—¿Pedimos unas pizzas?

—¿Y qué pasa con tu dieta sana?

—Hoy haré una excepción. He quemado muchas calorías. —Sonrío traviesa.

—Eso es cierto, princesa. Y si quieres quemamos más...

—Oh, no. —Claro que quiero, pero no puedo. Mi cuerpo no puede más. Ahora entiendo por qué Christian Grey obligaba a Anastasia a ir al gimnasio y a comer como Dios manda. Tanto sexo es como correr una maratón.

—¿No? —Se acerca a mí, provocativo, cogiéndome de la cintura y acercando su boca a la mía.

—Holden Poot, apártate ahora mismo o..., o...

—¿O qué? —pregunta, burlón—. ¿O llamas a la policía?

—Pues sí, y les digo que un acosador ha entrado en mi piso.

—Pues yo les diré lo que has dejado que este acosador te haga en tu piso. En la cama, y en la ducha, y en el sofá, y en la mesa...

—¡Vale! ¡Vale! —me rindo. Por un momento pienso en el CSI en mi piso con la lucecita azul. Dios, iban a pensar que soy una ninfómana, o algo así. Aunque no irían muy desencaminados.

Después de cenar ponemos la televisión y nos sentamos en el sofá. Pasa la mano por detrás de mi cuello, como la primera vez, y yo me apoyo en su pecho. Una parte de mí se alegra de haber vuelto. Me encanta estar con él, es casi como una droga. Cuando estoy con Holden no pienso en nada más (ni siquiera en llenar la nevera, lo que me confirma que sí, que me ha derretido el cerebro).

Estoy la mar de relajada, disfrutando de ese momento de tranquilidad, cuando anuncian por la televisión el concierto de año nuevo de mi orquesta, y veo a Johanson y a algunos de mis compañeros por la televisión. Recuerdo lo contentos que nos pusimos cuando vinieron a grabarlo, y todos nos peleábamos por salir, como niños. Hasta Sophie sonrío sinceramente a cámara, relajada y feliz, olvidándose por unos instantes de su objetivo de ser la mejor.

Es como un balonazo en el estómago, fuerte, directo, que me deja sin respiración. Holden se gira hacia mí para ver si lo he visto, aunque todo mi cuerpo se ha puesto en tensión, por lo que no necesita una respuesta.

Apaga la televisión con brusquedad.

—Vamos a la cama.

Y por una vez lo dice sin connotaciones sexuales, lo cual agradezco de verdad.

Me levanta y me conduce de la mano hacia la habitación. Allí me pongo mi pijama de unicornios, porque es lo primero que tengo a mano, y porque no me apetece ponerme mi camisón sexy, sino sentirme calentita y arropada, y debo de estar bastante hecha polvo porque Holden no suelta ni una pulla. Se quita los pantalones y el jersey, y se mete en la cama, a mi lado.

Voy a pedirle que me abrace, aunque no me hace falta porque ya ha pasado su brazo por mi cintura, y me ha dejado un suave beso en el pelo.

—Duerme, princesa —me susurra.

Y así, acunada por él, por su voz, por sus besos en mi pelo, por su brazo protector, me duermo.

CAPÍTULO 24

DONDE MÁS DUELE

Por la mañana me despierto, y su brazo sigue alrededor de mi cintura. Es un alivio porque no habría podido soportar su ausencia esta mañana. Creo que él lo sabe y por eso ni siquiera se ha ido a por el desayuno.

Sin embargo, cuando me levanto y voy a la cocina a hacer café, veo que la mesa del comedor está dispuesta, con un mantel, dos platos con tostadas, mantequilla y mermelada, zumo de naranja y dos cruasanes.

Me giro y veo que me está sonriendo desde el quicio de la puerta.

—¿Cuándo has preparado todo esto? Y sobre todo, ¿has limpiado antes la mesa?

Suelta una carcajada y eso y su precioso gesto hacen que mi humor de anoche haya mejorado bastante.

—Como duermes como una marmota, me he puesto el despertador para ir a comprar el desayuno, y volver a la cama contigo. Quería que te despertaras a mi lado. Y sí, he limpiado la mesa. —Me guiña un ojo.

Le abrazo, más que por el desayuno, por haber sido capaz de darse cuenta de cuándo lo necesitaba esta mañana. Me mira travieso y me separa unos centímetros de él.

—Oh, vamos, princesa, que sabes que por la mañana me levanto juguetón. Si no quieres jugar con esto y quieres desayunar, será mejor que me dejes ir a ducharme.

—Ves a la ducha, anda. Y no tardes, que luego quiero ir yo.

Desayunamos, aunque yo sin tanta hambre como ya es habitual en mí estos últimos días, primero porque esta noche no hemos hecho ejercicio, y segundo porque aún tengo el estómago un poco cerrado desde ayer.

—Tengo un par de horas antes de irme a trabajar. ¿Qué quieres hacer?

Todavía no le he dicho que quiero irme unos días con mi familia, y había pensado en irme lo antes posible. La verdad es que necesito un rato para

hacerme la maleta y despedirme de mis vecinos. Y de él.

—Holden... He pensado que voy a pasar unos días con mi familia. No quiero estar sola estos días aquí, sin hacer nada. Y los echo mucho de menos. Sobre todo a mi abuela. Y a mis padres también. Me hará bien estar con ellos. He pensado..., había pensado irme hoy, así que necesitaré un rato para mí, para prepararme.

Asiente con la cabeza y no dice nada. Está procesando la información.

—¿Lo acabas de decidir ahora? —Parece un poco molesto porque no le haya puesto al corriente de mis planes, o porque éstos no le incluyan, no lo sé muy bien.

—Pues..., no, lo pensé hace un par de días, justo cuando llegué. Luego viniste tú y ya no pensé en nada más, la verdad —intento sonreír, picarona.

—Está bien. Si crees que es lo que necesitas, me parece bien. Aunque yo podría hacerte compañía cada noche. —Me dedica una de sus sonrisas.

—Lo sé, y créeme, nada me gustaría más, pero tú trabajas, y yo estaré todo el día sola, y no me apetece. Me conozco, y voy a darle vueltas a la cabeza, y me voy a agobiar, a culparme por ser tan idiota, a pensar en Sophie tocando mi solo con su sonrisa de arpía, a...

—Vale, vale... —Me coge las manos por encima de la mesa—. Está bien, princesa. Lo que necesites, ¿vale? Solo llámame cada día.

—Lo haré. Tú solo cógeme el teléfono. —Me sale sin quererlo como un reproche.

Holden se echa hacia atrás en la silla, tratando de esquivar mi golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Yo..., bueno, me refiero a la gira... Te echaba mucho de menos, y era muy difícil hablar contigo.

—Estaba trabajando, ya lo sabes.

—Sí, pero por las noches no trabajabas. —A mi pesar creo que estamos entrando en terreno pantanoso, y no sé por qué no puedo cerrar la boca.

Suspira hastiado. No le gustan los derroteros que está tomando esta conversación, y a mí tampoco. A decir verdad, no había pensado echarle nada en cara, y menos después de lo bien que lo estamos pasando. Me ha salido así. Aunque reconozco que este no es el momento idóneo para reprocharle nada, no antes de irme y de volver a estar sin él unos días. No es esta la despedida que tenía pensada.

—Lo sé, también tengo derecho a divertirme, ¿no? ¿O es que tú no salías

por ahí?

—Pues sí, con el grupo, algunas noches, pero siempre te llamaba.

—Clara, me conoces, sabes que después de trabajar me gusta salir por ahí a tomar algo, nada más. No iba a estar siempre pendiente del teléfono. Cuando veía tus llamadas, te llamaba y entonces eras tú la que no lo cogías. Y yo no me enfado por eso.

—No, claro, porque tú estabas aquí, con tus amigos, en tu casa, y yo estaba en un hotel, sola, sin mi familia, sin ti, sin mis amigos...

—Pues haber llamado a tus amigos —dice, para hacerme enfadar.

—Pues lo hice. —Ahora soy yo el que quiere hacerle enfadar.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Llamaste a Tristan? —Ahora sí parece enfadado.

—Sí, a Tristan, y a Andrés, y a Sonja... —Intento suavizarlo un poco.

—Me dan igual los demás. ¿Llamaste a Tristan cuando se supone que me echabas de menos? ¿Y de qué hablasteis? ¿Hablasteis de mí?

—No, yo... No. Solo hablamos un día, en Navidad, eso es todo.

—¿En Navidad? —Parece dolido—. ¿Después de hablar conmigo? ¿Después le llamaste a él? ¿O antes? ¿Cuándo exactamente? —Está furioso. Nunca le había visto así. Su rostro aniñado y de rasgos dulces está ahora tenso y su mirada es fría como el acero.

—Bueno, no justo después... ¿Qué más da? Solo es un amigo, hablé con él igual que hablé con Sonja. Era Navidad, estaba sola y quería hablar con mis amigos.

—No, no es igual.

—Oh, vamos, no empieces.

—Que no empiece, ¿qué? Ya sabes lo que opino de él. Le gustas, ¿vale? Y no quiero que le des falsas esperanzas.

—¡Yo no le doy ninguna esperanza! Y no le gusto. ¿De dónde has sacado eso? Si ni siquiera has hablado con él. ¡Solo te lo has cruzado un par de veces!

—No me hace falta más. Veo cómo te mira. Y cómo me mira a mí.

—¿Y cómo se supone que te mira?

—A mí, como si quisiera borrar me de la faz de la tierra, hacerme desaparecer. Y a ti ... —No termina la frase.

—Vamos, Holden, eso son imaginaciones tuyas. ¿Podemos dejar este

tema?

Gruñe y aparta su plato de delante, dando un golpe en la mesa.

—Bien.

—Bien. —Yo tampoco tengo hambre. Estoy enfurruñada. Con lo bien que iba el fin de semana, con lo bien que nos habíamos levantado, ¿en qué momento se ha estropeado todo?

El silencio se instala en la habitación unos segundos, pero parece que no le apetece dejar el tema.

—Yo también te echaba de menos, ¿sabes? Aunque estuviera con amigos y amigas, pensaba en ti. Acabábamos de pasar dos días geniales, ¿cómo querías que no pensara en ti?

Yo solo he oído “con amigos y amigas” y he sentido cómo la bilis me subía por la garganta, al pensar en Holden y en sus amigas, esas amazonas altas y rubias sonriéndole, susurrándole al oído, riéndole las gracias, y a él con las manos en la cintura de alguna de ellas...

—¿Amigas? —Es todo lo que consigo decir.

Hace un gesto de sorpresa.

—Sí, amigas. ¿Qué pasa, que no puedo tener amigas?

—¿Te enfadas conmigo por hablar con Tristan y tú estabas por ahí con unas amigas? ¡¿De qué vas?! —Sé que no estoy siendo muy razonable en este momento, aunque me da igual. Visualizar a Holden rodeado de chicas guapas (porque en mi imaginación todas son más altas, más delgadas y más guapas) hace que no piense con claridad.

—Mis amigas no quieren acostarse conmigo —responde Holden, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú. ¡Seguro que ya te has acostado con alguna de ellas!

—Con quien me he acostado antes de ti, eso da igual. ¡Y no me he acostado con nadie desde que estoy contigo!

Eso debería hacerme sentir mejor, si estuviera en mis cabales, y no estuviera tan furiosa que no pienso con claridad.

—¡Pues enhorabuena!

—¿Enhorabuena?

—Sí, felicidades por ser fiel. Habrá sido un gran esfuerzo para ti.

Ahora me mira furioso y dolido. Su rostro está crispado por la rabia. Creo que me he pasado.

—La verdad es que no —dice cortante—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Clara? —Se pasa una mano por la cara, frustrado—. ¿Que te prometa amor eterno? ¿Un amor de cuento, como el de tus padres? Ni siquiera ellos lo tienen. Solo está en tu cabeza. Esto no es un cuento, esto es la vida real, Clara.

Que se burle de mí, de lo que deseo, que utilice lo que le he contado de mis padres contra mí es algo que no puedo soportar.

—¿Que qué es lo que quiero?! Que te comportes como un hombre, y no como un niño.

Holden hace una mueca de dolor.

—Pareces mi padre.

—Pues quizá tu padre tenga razón y ya sea hora de que madures.

Ahí creo que me he excedido, porque la cara de Holden es todo un poema. Refleja ira, odio, y sobre todo, dolor. Le he dado donde más le duele y lo sé.

—Adiós, Clara.

Aprieta los puños con fuerza, intentando controlarse para no decir nada de lo que después se pueda arrepentir (al contrario de lo que he hecho yo), y se marcha, dando un portazo.

Estupendo, Clara. Genial. Esto es lo que menos necesitabas ahora que vas a irte y no vas a verlo en unos días.

Necesitaba abrazarle, besarle, y llevarme conmigo ese recuerdo. Su olor, su voz, su sonrisa. Y no esa cara de furia, de dolor, de decepción.

Y su “adiós”... ¿No sería un adiós definitivo, verdad? No iba a terminar con esto nuestro por una discusión... ¿O sí? Porque ni siquiera sé qué es esto nuestro... Justo acaba de empezar, y yo me lo he cargado.

Noto cómo se me encoje el estómago todavía más, y siento unas incontrolables ganas de llorar. Los ojos se me humedecen cuando oigo sonar mi móvil. Me abalanzo sobre él pensando que es Holden, que no quiere dejar que nuestra despedida termine con una discusión, y me alegro de que me dé la oportunidad de disculparme.

—Holden, yo... lo siento mucho...

—¿Clara?

—¿Mamá? —Oh, vaya. He contestado el teléfono sin mirar, creyendo que era él.

Tengo que hacer un esfuerzo por fingir que no pasa nada y que estoy

bien.

—Sí, mamá, dime.

—Clara..., siento llamarte para darte malas noticias... Es la abuela. —La voz de mi madre suena triste y derrotada.

El estómago se me revuelve del todo y la bilis me sube hasta la garganta, y tengo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

—¿Qué le ha pasado? —Dios mío, que no me diga lo que temo. Por lo que más quiera alguien ahí arriba. No puede ser. No pueden hacerme esto. No, no, no.

—Está en el hospital. Ha tenido una pulmonía, que se le ha complicado en una neumonía. Está grave, hija. —Mi madre ahoga un sollozo, y yo tengo que taparme la boca con la mano para no hacer lo mismo.

—Mamá, voy para allá. Esta misma noche estoy ahí.

—¡Ay, hija! No quiero que tengas problemas en el trabajo. —La voz de mi madre tiembla, igual que mis manos, y mis piernas, que son de mantequilla.

—No voy a tener problemas. Estoy de baja, ¿recuerdas? No te preocupes. Salgo para allí ahora mismo. Todo va a ir bien, ¿me oyes, mamá? Todo va a ir bien. —Lo repito, más que para mi madre, para mí misma.

Me despido de mi madre y dejo caer el teléfono sobre la cama. Me tiembla el pulso, el corazón me va a doscientos por hora, y me gustaría tumbarme sobre la cama, hacerme un ovillo y no salir de ahí en una semana. Aunque sé que eso no arreglaría nada. Mi familia me necesita. Mi abuela me necesita.

Cojo de nuevo el teléfono y llamo a Holden, para explicarle la situación, y que voy a quedarme más tiempo del previsto en España, no sé cuánto, hasta que mi abuela esté fuera de peligro, eso lo tengo claro.

Me sale el contestador tras varios tonos. No sé si no lo coge porque no puede o no quiere. Y yo ahora no tengo tiempo ni humor para sus juegos.

Cojo mi maleta y comienzo a meter algo de ropa, sin fijarme mucho en lo que cojo. Ropa interior, tres pantalones, cuatro o cinco jerséis, algunas camisetas, unas bambas y las botas altas que me regalaron mis padres puestas, para que no me ocupen toda la maleta. En casa de mis padres siempre tengo ropa de emergencia.

Enciendo mi ordenador y busco un billete de avión a Madrid para hoy mismo. Sale uno esta tarde, queda alguna plaza y vale una pequeña fortuna,

aunque me da igual. Iría en coche si hiciera falta.

Dudo si llevarme o no el chelo. No me gusta viajar con él si no es estrictamente necesario, porque puede sufrir daños, todos hemos visto cómo tratan el equipaje en los aeropuertos. Además de que tengo que facturarlos, lo que me supone un coste extra. Luego pienso en mi abuela, en lo que le encanta mi música, y creo que le vendrá bien para mejorar, en cuanto salga del hospital. Así que lo saco del armario donde lo había enterrado, cojo mi maleta, mis llaves y cierro la puerta, con una sensación de vacío enorme.

Llamo al 4º C y como siempre, es Andrés quien me abre la puerta. Sus ojos se dirigen a mi maleta, mi chelo y a mi rostro, que debe de ser un poema.

—¿Qué...?

—¿Puedo pasar? —le interrumpo—. Es urgente.

—Claro, claro. Pasa.

Dejo mi chelo y mi maleta en la entrada. No sé muy bien qué decir. Me froto las manos, nerviosa.

Oigo a Tristan trastear en el baño.

—¡Tristan! —le llama Andrés—. ¡Ven! ¡Es Clara!

La voz de Andrés no ha lugar a preguntas, y en un segundo asoma por el quicio de la puerta del comedor. Al verle, no puedo evitarlo y me abrazo a él. Las lágrimas contenidas me salen a borbotones.

—Mi abuela... está... en el hospi...tal —hipo.

—¿Qué dices? ¿Qué le ha pasado? —pregunta Tristan, intentando separarme para mirarme.

—Neumonía. Dice mi madre que está... grave —continúo sollozando, como una niña, y sin soltarme de él. Su cuerpo es terso y fuerte, aunque me acoge con delicadeza y en ese instante es como si fuera mi hogar. Su cuerpo despide calor, que se traspasa a mi corazón.

Me separa de él muy a mi pesar, me coge de la mano y me lleva al sofá.

—Vamos, respira hondo. Cálmate. Si está en el hospital, seguro que está controlada. Todo va a salir bien.

Andrés, que había desaparecido a la cocina, vuelve al salón con una taza humeante en la que flota una pequeña bolsita.

—Toma, una tila. Te irá bien.

—Gracias —digo, moqueando.

Estamos los tres sentados en el sofá, los dos flanqueándome, como viene siendo costumbre últimamente y me siento arropada. Su calor, sus palabras

de confort y la tila hacen que me serene un poco. Al menos consigo dejar de llorar. Me acerca unos pañuelos, y yo me sueno, un poco azorada.

—¿Ya tienes billete? —pregunta—. ¿Quieres que mire si hay?

—No, no, gracias. Ya lo tengo. Sale un avión esta tarde, dentro de tres horas.

—Bien. —asiente—. Y... ¿vas..., vas sola? —titubea—. ¿O Holden va contigo?

Por un momento hasta me había olvidado de Holden y nuestra absurda discusión.

Niego con la cabeza.

—Holden no viene. Voy sola —digo sin más explicación.

Andrés y Tristan se miran, y el primero asiente con la cabeza, hablándose sin necesidad de palabras.

—No, no vas sola. Voy contigo —dice Tristan, firme—. Es decir, si a ti no te importa. No creo que debas estar sola ahora. —Tras los primeros instantes de seguridad, titubea un poco.

Yo abro los ojos sorprendida. No me esperaba ese ofrecimiento, no sé qué decir.

—Tristan tiene razón. Estás muy nerviosa, y no es bueno que estés sola. Él puede acompañarte, ya que no tiene que trabajar. Yo también iría si pudiera.

—Está bien —asiento. No tengo fuerzas para llevarle la contraria a esos dos, y siendo egoísta, la verdad es que me encantaría tener compañía en este viaje, para distraerme de mis propios pensamientos, que son bastante funestos, la verdad.

—No se hable más. Voy a coger un par de cosas, y nos vamos.

De pronto caigo en algo.

—¡Los billetes! ¡Son carísimos! Lo pago yo, por supuesto.

—Ni hablar. Lo pago yo. Hace tiempo que quería ir a España, y esta es mi oportunidad. —Me guiña un ojo, e intenta quitarle hierro al asunto.

Estoy tan agradecida, que no puedo decir nada. Solo abrazarle. Pienso devolverle el dinero, aunque no se lo digo, porque sé que no lo va a aceptar. Y si no, se lo pagaré en tortillas de patatas. Montones de tortillas. Sonrío por un momento al imaginarme a Tristan rodeado de cientos de tortillas de patatas.

Por un momento nos quedamos los dos quietos, fundidos en nuestro

abrazo. Yo respiro su aroma, a madera, y a algo dulce, y me siento algo mejor.

Andrés carraspea.

—Ejem... No me gustaría interrumpir... Tenéis que daros prisa o vais a llegar tarde.

—Tiene razón. —Tristan me mira y sonrío—. Enseguida estoy. Andrés, toma mi tarjeta. Sácame el billete, por favor.

En menos de una hora, Tristan y yo nos despedimos de Andrés, y nos vamos al aeropuerto con el coche de Tristan, que dejaremos allí. Andrés se ha ofrecido a ir a recogerlo con un amigo y traerlo de vuelta, pues no sé cuánto tiempo vamos a estar fuera.

Le doy un gran abrazo de despedida a mi vecino, que ya considero mi amigo.

—¿Sabes? Tu ángel tendría suerte si te encontrara. Eres una gran persona.

Por una vez en su vida, Andrés se sonroja.

—Bah, ya será menos. Anda, iros ya que vais a perder el avión. Y mantenedme informado, ¿vale?

Andrés le susurra algo al oído a Tristan y ambos se despiden dándose un sonoro y sincero abrazo, que hace que me deshaga un poquito viéndolos ponerse tan tiernos, y pienso que tengo mucha suerte de tenerlos en mi vida.

CAPÍTULO 25

UN VIAJE INESPERADO

En el avión nos tocan plazas separadas, y un buen samaritano que viaja solo nos cambia el asiento para que podamos ir juntos. Creo que piensa que somos pareja, lo que que ninguno de los dos desmiente. Y yo lo agradezco enormemente, porque es un consuelo tener a Tristan a mi lado en estos momentos. No dejo de tocarme el ancla de la pulsera que comparto con mi abuela, aferrándome a ella, apretándola, constriñéndola hasta hacerme daño, como si ese pequeño objeto, de algún modo, pudiera hacer honor a su nombre y anclar a mi abuela a la vida.

Cuando me doy cuenta, nuestras manos están unidas, lo cual me reconforta. Apoyo mi cabeza en su pecho y cierro los ojos. Intento dormir, lo que resulta imposible, porque no puedo dejar de pensar en mi abuela en una cama de hospital, llena de tubos y cables por todos lados, y se me encoje el alma. Sin darme cuenta aprieto su mano y él me devuelve el apretón, para hacerme sentir que está a mi lado.

Durante el trayecto Tristan me pregunta por mi familia, cómo se llaman mis padres, en qué trabajan, cómo es nuestra casa... Intenta no hablar de mi abuela, y yo se lo agradezco.

Le hablo de mis padres, y de la relación tan maravillosa que tienen. Que después de tantos años, se hablan sin palabras. Que se entienden a la perfección. Se aman y se respetan al máximo. Incluso cuando se enfadan, intentan no decir una palabra más alta que otra, intentan no herirse. Y después de treinta años juntos, aún se ponen tiernos. Sonrío al pensar en ellos.

—Tengo ganas de conocerles. Parecen buena gente.

—Lo son, ya lo verás.

—¿Y no se extrañarán de que vayas acompañada?

No lo había pensado, la verdad. Y tampoco he avisado en casa. Aunque

conozco a mis padres y no será un problema. No dejarán que Tristan se vaya a un hotel, lo instalarán en la habitación de invitados y lo agasajarán a más no poder. Mis padres son así.

—No. Les encanta tener gente en casa. Y no te van a dejar irte a ningún otro sitio, que lo sepas.

—No, no, no quiero molestar. Me he ofrecido a acompañarte y voy sin avisar. Eso no se hace. Iré a un hotel, no te preocupes.

Sonrío pensando en los excelentes modales de Tristan y en lo poco que conoce a mis padres. No tiene posibilidad alguna de salirse con la suya. Aunque dejaré que se percate él mismo.

—¿Qué te ha dicho Andrés? —Me pica la curiosidad al recordar la despedida de mis dos amigos.

Vuelve el rostro hacia mí y me analiza un instante. Tras dudar, me suelta:

—Que no me aproveche de ti ahora que estás vulnerable. —Su mirada es inexcusable. No sé si es una de sus bromas o no.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. —Su tono de voz ha cambiado. Ya no tiene ganas de bromear y su mirada se pierde en la ventanilla.

El ambiente se ha enrarecido un poco. Yo no estoy de humor hoy para bromas y Tristan debe de notarlo, porque no vuelve a hacerme ninguno de sus comentarios.

Al cabo de diez minutos, en los que permanecemos en silencio, bajamos del avión, después de recoger mi chelo de la cinta de equipajes especiales (tras rezar, como siempre, para que no se pierda y comprobar su estado), y cogemos un taxi hacia mi casa.

Cuando llegamos nos abre la puerta mi padre, que me da un abrazo que casi me espachurra, y luego mira a mi acompañante con sorpresa, aunque enseguida reacciona y le da la mano.

—Hola, soy Antonio, el padre de Clara.

—Yo soy Tristan, encantado de conocerle —dice, en su perfecto español de academia, y su acento a lo Robson.

—Pasad, pasad, no os quedéis en la puerta.

Me extraña no ver a mi madre, así que le pregunto a mi otro progenitor.

—Tu madre está en el hospital, es la hora de la visita, enseguida vendrá.

—¿Cómo está la abuela? —pregunto, sin más tardar.

—Está en la UCI. Está muy débil, porque es mayor, y una neumonía a

esta edad es muy peligrosa, aunque los médicos son optimistas, creen que saldrá de esta.

Siento como la losa que tenía sobre los hombros se aligera un poco y dejo escapar el aire que tengo contenido en los pulmones. Abrazo a mi padre tan fuerte que ahora soy yo la que casi le parto el espinazo en dos.

—Vamos, vamos, Clara, tu abuela se pondrá bien, ya lo verás. —Mi padre se deshace de mi abrazo, y me acaricia la mejilla. Ese contacto tan familiar hace que casi se me salten las lágrimas.

—Vamos a acomodar a Tristan, que lo tenemos aquí en la puerta. Perdona por mis modales. Es que andamos un poco despistados, con todo esto.

—No, no, por favor. No quiero molestar. Buscaré algún alojamiento, no se preocupe.

—¡Ni hablar! Tú te quedas aquí con nosotros. —Y ni corto ni perezoso, coge su maleta y se dirige escaleras arriba.

Yo lo miro, sonriendo burlona, diciéndole “te lo dije” con la mirada, y él levanta los hombros en señal de rendición.

Ambos seguimos a mi padre hasta la habitación de invitados, contigua a la mía, y me quiero morir de vergüenza cuando veo que mi padre entra decidido en mi habitación y suelta la maleta de Tristan. ¿¿Qué...??

El dueño de ese objeto intruso echa un vistazo rápido a la habitación y a mi cara de confusión y no tarda ni dos segundos en darse cuenta de la situación. Sonríe, travieso.

—Papá, no...

—Tranquila Clara, ya no eres una niña, y nosotros no somos unos padres anticuados. Además, ahora creo que todos necesitamos apoyo de las personas a las que más queremos.

Miro a Tristan, esperando que sea él quien me saque del apuro, y el muy descarado está sonriendo como un niño en una fiesta de cumpleaños.

—Gracias, señor...Antonio... Tiene toda la razón.

Mi padre sale de la habitación dejándonos a solas y yo le propino un puñetazo en el brazo a mi descarado amigo.

—¿Qué haces? —susurro, por si nos oye mi padre.

—¿Yo? —pregunta inocente—. Hacerle caso a tu padre. Sería de mala educación no hacerlo, ¿no crees?

Bufo. Ahora no estoy para sus juegucitos.

—No vas a dormir aquí —digo tajante.

—¿No? ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a decírselo a tu padre?

Barajo la opción seriamente. Es tan sencillo como contarle que Tristan no es mi pareja. Que solo es un amigo, que estoy saliendo con Holden... Y entonces tendría que explicarle por qué Holden no está aquí. Y no me apetece. Claro que podría inventarme algo, pero no me gusta mentir, no a mi padre. Así que tengo que soltarle una mentira por acción o dejarlo en una mentira por omisión. Decido que es mejor la segunda.

Ya pensaré en este pequeño inconveniente luego. Ahora solo tengo ganas de cambiarme de ropa, ponerme cómoda y charlar con mi padre.

Mi padre desaparece a preparar la cena, no sin que antes le dé un achuchón, mientras Tristan y yo deshacemos las maletas. Yo sin saber muy bien cómo he llegado hasta aquí y por qué estoy dejándole un sitio en mi armario a Tristan, y él con una sonrisa divertida que no se le borra de la cara y que me produce unas ganas tremendas de abofetearle. Aunque me alegro de que esté aquí. Lo hace todo más llevadero.

Se sienta en el borde de la cama y escribe algo en su teléfono.

—Le estoy diciendo a Andrés que ya hemos llegado, para que esté tranquilo.

Tiene razón, me había olvidado del pobre Andrés, debe de estar preocupado, después de cómo me ha visto y cómo nos hemos ido. Menos mal que Tristan está en todo.

De repente pienso que no solo me he olvidado de Andrés. Tampoco le he dicho nada a Holden, y por un momento me siento hasta mala persona. Luego recuerdo cómo se fue de mi casa, y me siento aun peor. Me doy cuenta de que lo echo de menos.

—Eh... Ahora vuelvo.

Soy yo quien entra a la habitación de invitados, porque necesito intimidad, y llamo a Holden. Tampoco me coge el teléfono esta vez. Siento una mezcla de tristeza y rabia. Le necesito, necesito que deje a un lado su absurdo enfado y esté por mí. Necesito oír su voz y que me diga alguna de sus burradas para hacerme reír. Aunque para ser justos él no sabe por lo que estoy pasando, ni lo va a saber, si no está dispuesto a escucharme.

Después de pensarlo unos segundos, decido enviarle un wasap. No es el modo en el que me gustaría exponerle la situación, pero no me deja otra opción.

Estoy en casa. Mi abuela está muy enferma en hospital. Por favor, llámame. Siento lo del otro día.

21.35

Espero unos segundos, tras los cuales veo que mi mensaje no ha sido abierto, y suspiro. Dejo el móvil cargándose, y voy en busca de Tristan, que sigue en mi habitación, pero ya no está sentado en la cama, sino de pie, observándolo todo.

Está frente a mi escritorio, en el que tengo un corcho igual que el que me compré en Ámsterdam, lleno de fotos, algunas mías y otras de las personas a las que quiero. Tristan coge una de ellas, en la que aparezco feliz y sonriente, y con los ojos brillantes de emoción. Es una foto que me tomaron mis padres después de mi primer concierto.

—Estás preciosa —murmura.

—Gracias —contesto algo incómoda.

Me siento algo expuesta con él en mi habitación, tan llena de recuerdos, observando mis pertenencias. Es un tanto extraño, verle aquí, en España, en mi casa, en mi cuarto de la infancia. Es el primer chico que entra en este espacio tan íntimo. Mi relación con Arturo la viví en Tarragona y a Marc nunca lo traje a casa. Siempre íbamos a su piso de estudiantes. La presencia de Tristan en esta habitación me produce una especie de cosquilleo.

—¿Vamos abajo? Debes de tener hambre —digo. Es muy tarde y él está acostumbrado a cenar pronto, como buen europeo que es. Yo en cambio, no tengo nada de hambre, pero necesito salir de aquí. Siento que la habitación encoje por momentos y que el oxígeno se está consumiendo demasiado deprisa.

—Un poco, la verdad —reconoce.

Para mi alivio, bajamos al piso de abajo. Entramos en la cocina y mi padre está poniendo la mesa. Yo le ayudo y Tristan quiere hacer lo mismo, aunque no sabe dónde están los utensilios y se le ve un poco perdido.

—Los cubiertos están en el primer cajón —le indica mi padre, y él le agradece con la mirada el poder sentirse útil.

La cocina huele de maravilla. Hay una olla con potaje, mi padre está preparando una ensalada, y hay unos filetes pendientes de empanar en el mármol. Mis padres, como siempre que voy a casa, intentando cebarme. Hay comida para un regimiento, y eso que no sabían que tenía acompañada.

Mucho me temo que voy a ser incapaz de meterme nada de eso en el estómago.

Cuando oigo la llave en la cerradura salgo corriendo y mi madre y yo nos fundimos en un abrazo nada más cerrar la puerta.

—¡Mi niña! Que alegría tenerte en casa, aunque sea en estas circunstancias. —Mi madre parece cansada, unas marcadas ojeras asoman debajo de sus ojos, sin embargo parece feliz de verme.

—Yo también me alegro de estar en casa, mamá. Y no te preocupes por el trabajo, iba a venir de todos modos. —Levanto mi muñeca vendada en señal de recordatorio.

—¿Es grave? —Por teléfono le dije que no era nada, pero supongo que no me creyó, o pensó que quizá estaba intentando suavizar la noticia.

—No, no, solo es un esguince. Un par de semanas y ya estaré bien.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. —Mi madre me abraza otra vez y yo me doy cuenta que ni siquiera había pensado más en mi muñeca, ni en la orquesta, ni en Sophie, ni en nada que no sea mi abuela.

—Mamá, he venido con un amigo. Te presento a Tristan —digo, tras coger a mi madre de la mano y llevarla a la cocina.

Mi madre lo mira un par de segundos, en los que me parece ver una pequeña sonrisa traviesa, y le da un abrazo.

—Hola, yo soy Rita, la madre de Clara.

—Buenas noches, señora. Yo soy Tristan.

—Ni se te ocurra volver a llamarme señora; Rita, ¿entendido?

Sonríe ante la efusividad de mi madre.

—Entendido.

Todos dan buena cuenta del cocido (yo aún tengo el susto en el cuerpo), sobre todo Tristan, mientras mis padres, mejor dicho, mi madre le hace un tercer grado, que soporta estoicamente.

—Y dime, Tristan, ¿eres del mismo Ámsterdam?

—Sí, nací allí.

—¿Y a qué te dedicas?

—Estoy estudiando oposiciones para conservador de museo.

—Oh, suena genial.

—Lo cierto es que las oposiciones son muy aburridas, estoy deseando aprobarlas para empezar a trabajar.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Mamá, ya vale —interrumpo el interrogatorio.

Él me sonríe y me lo agradece, pero como es tan bien educado, responde a mi madre.

—Somos vecinos.

—¿Estás estudiando y tienes que oír a Clara todo el día tocando? —pregunta mi madre, divertida—. Pues vaya.

Tristan se ríe.

—Sí, eso mismo pensé yo la primera vez. ¡Qué mala suerte tengo! Luego escuché tocar a su hija y pensé que era un privilegiado.

Mi madre se gira hacia mí y me mira abriendo la boca, y puedo leer sus pensamientos. ¿De dónde has sacado a este hombre? Le doy una pequeña patada por debajo de la mesa. Por Dios, es peor que Sonja a veces. Tengo que aclararle que no es mi novio, que es lo que está pensando. Aunque eso implicaría también hablarle de Holden, y explicarle por qué no está aquí, lo cual no me apetece tanto.

Terminamos de cenar y mi invitado insiste en fregar los platos. Mis padres se oponen, pero él ya está levantado en el fregadero. Ya es un poco más el Tristan que yo conozco.

—Está bien —accede mi madre—. Solo si Clara te ayuda.

No hacía falta que me lo dijera. Soy consciente de que mis padres necesitan descansar.

Friego los platos mientras Tristan los escurre y los seca, como aquél primer día en mi casa. Luego pongo la comida que ha sobrado en un táper y la guardo en la nevera.

Mi padre ya se ha ido al salón, y mi madre, antes de salir, pasa por detrás de mí y me da un codazo.

—Es muy guapo —susurra.

Desde luego, mi madre no tiene remedio. Tengo que aclararle la situación antes de que diga algo inapropiado.

Nos sentamos los cuatro en el salón a charlar, aunque poco después mi madre bosteza y se disculpa con nosotros, alegando que está muy cansada, que en el hospital se duerme fatal, y se va a la cama con mi padre.

Me alegro de estar en casa porque si no, estoy segura de que mi madre no estaría aquí, sino otra noche más en el hospital, con mi abuela, y ella también necesita descansar.

—Tus padres son muy amables.

—Te lo dije. Aunque siento lo del interrogatorio.

—Bah, es normal. Mi madre también te lo haría. —Sonríe.

—¿Ah, sí? —pregunto, un tanto nerviosa. Luego pienso que no va a tener ocasión de hacérmelo, porque no voy a conocerla. ¿A santo de qué habría de conocerla?

Esos pensamientos me devuelven a Holden, y pienso en el teléfono que he dejado cargando en mi habitación. Quizás me ha llamado o me ha contestado. Y siento una necesidad imperiosa de subir a comprobarlo y de tener unos instantes a solas antes de que suba Tristan.

—Me voy a dormir, estoy agotada.

Se levanta, y me acompaña arriba. Me cachis.

—Yo también. Ha sido un día largo. Mañana será otro día. Y podrás ver a tu abuela.

—Sí.

Lo que estoy deseando y a la vez temo más que ninguna otra cosa, porque no sé si estoy preparada para verla mal, ni en qué estado va a estar.

Él parece leer mis pensamientos y sin decir nada me abraza. Yo me dejo arropar por sus brazos, fuertes y familiares, y por su olor, que ya me resulta tan familiar. Es curioso lo cómoda que me siento en ellos. Descanso la cabeza en su pecho, y puedo sentir el latir de su corazón, fuerte y rítmico, que me produce un efecto calmante.

—Si quieres te acompaño —se ofrece, cuando me suelta y me deja a la deriva de su pecho protector.

Yo afirmo con la cabeza, porque estoy segura de que voy a necesitar apoyo. Mi abuela es la persona a la que más quiero en el mundo, junto con mis padres, y verla depende de cómo, me va a afectar.

—Está bien. Buenas noches.

Nos quedamos los dos en la puerta sin saber muy bien lo que hacer. Tristan detecta mi incomodidad.

—¿Qué te parece si te cambias y cuando estés en la cama me avisas?

—Vale —susurro, para que mis padres no nos oigan—. ¿Y si te ven aquí fuera plantado como un pasmarote?

—Pues entonces entraré, así que date prisa. —Algo en su tono de voz me dice que es perfectamente capaz de hacerlo, por lo que le hago caso y me pongo el pijama todo lo rápido que puedo, dejo mi ropa medio doblada en la silla de mi escritorio y le llamo en voz queda para que entre.

Si antes me sentía incómoda con Tristan en mi habitación, ahora podría ganar un concurso de incomodidad. Estoy en la cama, observando cómo entra y cierra la puerta tras de sí, despacio, y comienza a desvestirse, con movimientos lentos y cadenciosos. Se está quitando el jersey y la camiseta aquí delante, tan tranquilo, y me doy cuenta de que estoy disfrutando de su anatomía más de lo que debería.

—¿Qué haces? —le susurro, por segunda vez en unas horas.

Y por segunda vez en unas horas se hace el tonto.

—Prepararme para dormir. No querrás que duerma con la ropa puesta.

—Pues no, pero podrías ir al baño —gruño.

—¿Así que quieres verme sin ropa? —Este Tristan tan directo, caradura y seguro de sí mismo me deja fuera de combate. A veces lo prefiero cuando está gruñón y antipático.

Cuando se baja los pantalones y veo que no tiene intención alguna de irse al baño me giro en la cama. Creo que mis mejillas están de color bermellón, suerte que no puede verlas.

Noto cómo se sienta en el borde y contengo la respiración.

—Clara... —susurra.

—¿S.. sí? —carraspeo, porque mi voz no me obedece.

—¿Dónde voy a dormir? —Esta vez es una pregunta inocente que trata de resolver un problema de espacio.

Me giro de nuevo y ojeo mi habitación, como si no la hubiera visto nunca, qué tonta. Como si de pronto, por arte de magia, fuera a aparecer otra cama o mi funcional silla de escritorio se fuera a convertir en un mullido sofá.

—Pues...

No me siento cómoda con Tristan a tan poca distancia de mí y encima semi desnudo, la verdad, pero tampoco soy una arpía sin corazón para dejarlo durmiendo en el suelo.

—Está bien, puedes dormir en mi cama, es muy grande. Pero no quiero sentir nada durante toda la noche, ¿me oyes?

—¿Y qué ibas a sentir? —No me hace falta mirarle para saber que está sonriendo de forma descarada.

—Buenas noches.

Y apago la luz, para dejarle claro que no quiero continuar con esta conversación (ni con ninguna otra).

Me giro hacia el lado contrario del de mi inesperado compañero de cama y cierro los ojos. Mañana será un día de nervios, debo descansar bien. Y lo intento, aunque el pensar en que a unos centímetros de mí está ese cuerpo, su cuerpo... Me remuevo, inquieta.

—Clara, todo va a salir bien, ya lo verás.

A pesar de la situación, y debido quizás a los nervios, al viaje, al cansancio, y al miedo que me produce el día de mañana, noto cómo las lágrimas asoman a mis ojos, aunque hago lo posible por no dejarlas salir.

—Clara.

—¿Qué? —Hago un esfuerzo para sonar entera.

—Ahora voy a abrazarte, sin ninguna intención más que esa, y tú vas a relajarte y a quedarte dormida, ¿me oyes?

Yo vuelvo a asentir con la cabeza, como una niña pequeña.

Cuando siento el brazo de Tristan contra la tela del pijama mi cuerpo se olvida de respirar y maldigo en silencio por haberme traído mis unicornios en vez de un liviano camisón.

Se acerca más a mí, de modo que siento su pecho en mi espalda, cálido, fuerte, acogedor, y su brazo rodeándome la cintura, dándome el calor que necesito ahora. Tras los primeros segundos, acurruco mi cuerpo para que encaje en el suyo, que siento extrañamente reconfortante, con su olor a limpio, a madera y a canela, y me rindo al sueño.

CAPÍTULO 26

EL BUEN INVITADO

Me despierto algo confundida. Esta no es mi cama, bueno, no mi cama de los últimos meses, aunque sí mi cama de siempre. Aunque la noto distinta... Hay una presencia masculina invadiéndola. Me sonrojo al darme cuenta de que mi brazo está encima de su cuerpo, puedo sentir el calor que desprende, el mismo que irradian mis mejillas ahora mismo.

Levanto mi brazo muy despacio para no despertarle, aunque no funciona, porque él se mueve de inmediato, y se gira hacia mí, con una sonrisa que sería el fin de los polos.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días —digo hacia dentro, para evitar que mi aliento mañanero vaya directo a su cara.

—No quería moverme para no despertarte. ¿Has dormido bien? —Se reincorpora a medias, acodándose en la cama, dejando al descubierto parte de su torso desnudo.

Tengo la garganta seca tras ocho largas horas de sueño reparador. Vale, quizás no sea todo culpa del sueño.

—La verdad es que sí. —Sonrío agradecida, porque en parte (mucho) ha sido gracias a él. Recuerdo cómo me abrazó anoche, y por algún motivo ese contacto tan íntimo no me resulta perturbador ni incómodo, sino todo lo contrario.

—Creí que me ibas a echar la bronca, o algo así.

—¿Yo? ¿Por qué? —Me incorporo en su misma posición, de cara a él.

—Porque como me prohibiste tocarme... —Me mira divertido.

—Ah, eso... Bueno, ya sabes a qué me refería.

—No, ¿a qué? —Me provoca.

Bufo y él se ríe.

—Está bien, está bien. —Se pone serio—. ¿Estás preparada?

¿Lo estoy? No lo sé, lo que sé es que necesito ver a mi abuela, esté como

esté.

Asiento con la cabeza.

—Tengo muchas ganas de verla. —Y mucho miedo también, aunque no lo digo. Como si por decirlo en voz alta mis temores fueran a hacerse realidad.

—Está fuera de peligro, es lo que han dicho los médicos. Eso es lo importante. Ahora es cuestión de tiempo que se recupere.

—Sí, aunque... tengo miedo de que no vuelva a ser la misma. —Esta vez no puedo remediarlo y el miedo se escapa por mi boca.

—Por lo que me has contado, tu abuela es una mujer especial, y muy fuerte... Y tú también lo eres.

¿Lo soy? Ahora mismo no estoy muy segura.

Tristan se inclina sobre mí. Su dedo índice recorre el borde de mi rostro, despacio, provocándome un cosquilleo por todo el cuerpo. Un suspiro sale descontrolado de mi boca.

Cierro los ojos porque su rostro, su mirada anhelante, su boca entreabierta, es más de lo que puedo soportar. Cuando sus labios tocan los míos, siento una corriente eléctrica que se extiende por todo mi cuerpo y que debe de haber dejado sin luz a todo el barrio.

Su caricia, tímida al inicio, se envalentona, y sus labios cálidos y anhelantes se aprietan contra los míos con más fuerza. Siento que toda la habitación me da vueltas. Esos labios dulces, sensuales, esos labios... son distintos a los que he besado los últimos días... ¡MIERDA!

Me separo de él de forma más brusca de lo que pretendía, y abre los ojos sorprendido. Mi mano en su pecho, apartando su cuerpo del mío. Noto cómo le late el corazón, desbocado.

—¿Qué pasa? —Sus ojos brillan, ardientes.

—No puedo. No... puedo. Esto está mal.

—¿Es por él? —No pronuncia su nombre.

Muevo afirmativamente la cabeza.

—Creía que habíais roto. Al decir que él no te acompañaba...

Mi silencio parece propinarle una bofetada en la cara. Suspira hastiado, y se levanta despacio.

—Voy a vestirme.

Esta vez sí se va al cuarto de baño. Cuando sale, lo hace con el rostro

serio y los ojos tristes. Sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí, sin apenas mirarme y noto cómo algo se ha roto entre nosotros.

Aprovecho su ausencia para recomponerme, recuperar la respiración y la cordura. Esto no ha sido nada, solo un beso, un... Cómo lo dijo Andrés? Un momento bonito entre amigos, y nada más. Seguro que a Tristan se le pasa el cabreo y volverá a ser el de siempre. Un gruñón atento y descarado. Un gruñón encantador.

Lo siguiente que hago es mirar el móvil para ver si tengo algún mensaje. Nada, a pesar de que Holden ha leído el mío. Siento un nudo en el estómago. Hasta ahora podía acusar su falta de noticias al desconocimiento. Ahora ya no. Y que me ignore de forma deliberada duele. Aunque quizás sea mejor así, ahora no podría soportar un mensaje amable de su parte.

Andrés sí que me ha escrito, me ha enviado un wasap dándome ánimos y un montón de besos y abrazos. Pienso en qué diría nuestro amigo si supiera lo que acaba de pasar entre nosotros. Luego intento convencerme a mí misma de que Andrés se reiría de mí y me diría algo como: “Bah, si ha sido un besito de nada”.

Intento quitarme ese “beso de nada” de la cabeza, aunque aún siento el calor de los labios de Tristan en los míos.

Cojo el móvil como si fuera el culpable de todos mis males y bajo a la cocina.

Tristan ya está ahí, ayudando a mis padres a poner la mesa. Su rostro sigue serio, y aunque intenta aparentar normalidad, sé que también está dándole vueltas a lo sucedido hace un momento en mi habitación, en mi cama, entre nosotros.

—No seas tan buen invitado o vas a dejarme mal como hija. —Intento quitarle hierro al asunto, borrarlo de mis pensamientos, comportarme como si nada hubiera pasado. Aunque evito mirarle a los ojos.

—Buenos días, hija. He preparado tortitas para desayunar —dice mi padre.

—¿Tortitas? —Pregunto ilusionada. Justo lo que necesito ahora. Seguro que esa masa gustosa de harina puede suplirme el vacío que siento en el estómago.

Me encantaban cuando era pequeña, ahora de mayor solo las como en ocasiones especiales, porque tienen demasiados carbohidratos. Aunque para mis padres, que yo esté en casa siempre es una ocasión especial, desde que

me marché.

—Vamos, Antonio, la verdad es que ha sido Tristan quien las ha preparado —le riñe mi madre, cariñosa.

Miro al aludido, quien pone cara de no haber roto un plato en su vida.

—Ya te estás pasando. —Le doy un pequeño codazo al pasar a su lado.

Suelta una carcajada de esas tan suyas, tan espontáneas, tan escasas y tan frescas, que, después de lo que ha pasado hace un rato y de la cara con la que ha abandonado mi habitación, se me antoja una brisa que afloja el nudo de mi estómago.

—Bueno, bueno, estaba armando un cristo en la cocina y he tenido que socorrerle —bromea mi padre.

—No seas malo, cariño. Tristan es un encanto. Nos hemos levantado y ya estaba preparando el desayuno.

—Es lo menos que puedo hacer, cuando me han acogido tan bien en su casa.

—Pelota... —digo tosiendo, aunque todos, incluido el destinatario de mi pulla, me entienden a la perfección y rompen a reír.

Quizás todo vuelva a ser normal antes de lo esperado. Quizás Tristan olvide lo que ha pasado y haga como si nunca hubiera sucedido. Eso es lo que haría un caballero, y Tristan lo es.

—Tristan, ¿vendrás al hospital con nosotros? —pregunta mi madre.

Me mira interrogante, pidiéndome lo que interpreto como permiso para entrometerse en mi vida, más de lo que ya lo han hecho sus labios, y yo asiento con la cabeza.

—Claro, Rita.

Mi madre no dice nada, y le da un pequeño abrazo a Tristan, quien para mi diversión se sonroja hasta ponerse del color de su cabello. ¡Bien! Punto para mi madre.

Vamos al hospital en dos coches, mis padres dicen que prefieren dejarnos nuestra libertad, por si luego queremos ir a dar una vuelta, o volver a casa, o lo que queramos hacer.

Mis padres dan por hecho que Tristan y yo somos pareja, lo que no es descabellado, teniendo en cuenta que no he llevado nunca ningún chico a casa, aunque lo cierto es que no han dicho nada al respecto, y se están portando muy bien para ser ellos. Supongo que las circunstancias no son las más adecuadas para bromear. De todas formas, tendré que aclarárselo,

aunque es difícil encontrar el momento, con él en casa, y con lo de mi abuela. Y después de haber dormido juntos... Quizá será mejor no contárselo. Pienso con amargura que si Holden rompe conmigo, no tendré motivo para hacerlo.

En el hospital mis padres insisten en que pasemos nosotros primero, ya que ellos ya han visto a la abuela y yo no.

Por fin ha llegado el momento. Temo lo que pueda encontrar en esa habitación, y me aferro a su mano como si de un salvavidas se tratase. Él sujeta la mía con fuerza, y su calor me infunde ánimos.

—Cuando estés preparada. No hay prisa.

Cojo aire y entro muy despacio en la habitación, sujeta por Tristan.

El primer vistazo me impresiona, es como un golpe a mis sentidos, y tengo que sentarme en el sofá. Él se sienta a mi lado, silencioso. Mi abuela, mi frágil, cariñosa y encantadora abuela está tumbada en la cama, con su pelo blanco suelto, despeinado y algo amarillento, con la vía castigándole su delicada piel, en la que ha provocado un visible moretón, y está conectada a una máquina que la ayuda a respirar y que lleva unos tubos hasta su nariz.

Tras la primera impresión, reúno las fuerzas necesarias para levantarme. Suelto la mano que me sujeta y me acerco a mi abuela.

Mi mano acaricia su pelo, y su mejilla, que noto arrugada y seca, y sin la suavidad habitual. Veo cómo su pecho respira de forma acompasada, subiendo y bajando, aunque sea con la ayuda de esa máquina, y eso me tranquiliza un poco. Rodeo la cama y me siento a su lado, en el sillón. Le cojo la mano que no tiene la vía y sin darme cuenta estoy cantándole *A la nanita nana*.

Cuando termino la nana, abro los ojos, que había cerrado y me doy cuenta de que Tristan ha salido de la habitación con sigilo, y me ha dejado a solas con mi abuela, lo que agradezco. De todas formas, tampoco me habría molestado que se quedara.

—Hola, abu, estoy aquí —le digo, flojito—. Sé que está sedada y que en teoría no puede oírme, aunque también he oído historias de gente que está en coma y cuando se han despertado han dicho que habían oído hablar a sus seres queridos. No se pierde nada por intentarlo. Además, lo necesito. Necesito hablar con mi abuela, con mi mejor amiga, con mi segunda madre.

—¿Sabes con quién he venido? Con Tristan, ese chico tan guapo que te gustó tanto. Ese tan educado. —Sonrío al recordar el primer (y único) encuentro cibernético de mi abuela con Tristan. Estaría encantada de saber

que está aquí—. Pero no te emociones, ¿eh? Que te conozco. No es mi novio. De hecho estoy saliendo con Holden. Al final te hice caso, me lancé, y estamos juntos. Bueno, al menos lo estábamos. Ahora no lo sé.

Se supone que tengo que contarle algo alegre a mi abuela, no mis penas. Pero es que yo siempre le cuento todo a mi abuela. Es mi confidente. Y necesito hablar con alguien de eso.

—Discutimos. Me porté mal con él. Fui cruel, abu. Es que estaba muy enfadada, y triste, por..., cosas que han pasado, y me daba mucho miedo perderle. Aunque ahora eso no tiene importancia. Lo arreglaré cuando vuelva. Ahora lo importante es que te cures enseguida. ¿Lo harás? Prométemelo. Prométemelo, abu.

Cuando siento que las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas decido que es mejor salir de ahí, y dejar paso a mi madre. Mi abuela no necesita oírme llorar, si está en algún sitio en el que pueda verme u oírme, tiene que verme fuerte.

Le doy un beso en su delgada mejilla y salgo de la habitación. Mis padres y Tristan están fuera esperando. Todos con caras serias y este último con un ramo de flores, que debe de haber comprado en la tienda del hospital.

—Son para tu abuela. —Me las tiende.

—Gracias. No tenías por qué.

—A todo el mundo le gustan las flores. Seguro que le hace ilusión verlas cuando despierte.

—Seguro, y más si sabe que se las has regalado tú —intento bromear, para aliviar las ganas de llorar que siento. Se las doy a mi madre—. ¿Las entras tú?

—Claro, cielo. Las pondré en agua. Muchas gracias, Tristan.

—De nada, Rita. Eugenia es una mujer muy especial.

—Sí que lo es. —Mi madre abraza a Tristan, que ya empieza a acostumbrarse a estas muestras de cariño, aunque aún se le ve algo azorado, me abraza a mí y nos despedimos. Es el turno de mis padres.

Necesito pasear. En cuanto salimos, enciendo el móvil que he apagado en el hospital, y cuando lo tengo en la mano, suena. Me da un vuelco el estómago cuando veo en nombre de Holden en la pantalla. Por fin. Miro a Tristan, que parece adivinar quién es, y se aparta en silencio.

—Hola —digo, porque no se me ocurre nada más, después de los últimos acontecimientos. Yo y mi elocuencia. Menos mal que me he dedicado a la

música y que es mi chelo el que habla por mí. Si pudiera, le diría tantas cosas. Tocaría algo triste, y lento, con muchos silencios, para hacerle entender cuánto lo siento, pero también con melancolía, en tiempo *adagio*, para terminar con un *allegro vivace*, como un canto a la esperanza. Algo como la [sonata para violonchelo número 3 de Beethoven](#).

—Hola. Oye... Siento no haberte llamado antes. No vi tu mensaje hasta la madrugada, y pensé que no era el momento de llamarte.

Pienso que con toda seguridad estaba por ahí tomando algo, y por eso no vio mi mensaje, pero en este momento me da igual, porque me ha llamado en cuanto lo ha visto. Y porque tiene todo el derecho del mundo a salir por ahí. Y porque soy yo la que me he portado como una malísima persona besando a otro. Una novia de pena.

—No pasa nada. Gracias por llamar.

—¿Cómo está tu abuela? —Holden muestra verdadera preocupación en la voz, y eso hace que me enternezca y que piense en lo idiota que he sido y lo mal que me he portado con él.

—Está sedada. Respira con la ayuda de una máquina, aunque los médicos dicen que lo peor ya ha pasado, y que creen que se pondrá bien.

—Eso es genial. Oye, ¿quieres que vaya a verte? Puedo intentar pedirme unos días de vacaciones. No sé si me los darán, pero puedo intentarlo.

El mero hecho de que lo haya pensado y esté dispuesto a hacerlo hace que sienta una pizca de agradecimiento y una tonelada de culpabilidad.

Podría pedirle que viniera. Me gustaría verle, abrazarle, besarle, enterrar mis dedos en su pelo, pedirle perdón, y hacer el amor con él toda la noche. Aunque sería extraño. Holden, Tristan, y mi familia. Tristan tendría que marcharse y tampoco sería justo, después de todo lo que está haciendo por mí. Por no mencionar las explicaciones que tendría que dar. Además, no quiero que se marche. Está siendo un gran apoyo para mí, y mis padres están encantados.

—No..., no hace falta. No estoy sola. —Trago saliva. Esto no va a ser fácil.

—¿No? Me alegro entonces. ¿Con quién estás? ¿Con Sonja?

—No... Estoy con Tristan.

Un silencio abrumador.

—¿Qué? —pregunta, tras unos segundos.

—Te llamé y no contestabas. Fui a despedirme de Andrés y de Tristan, y

no me dejaron ir sola. Tristan se ofreció a acompañarme —intento excusarme, porque sé que no le va a hacer ninguna gracia.

—Claro, cómo no —escupe, con mal escondida rabia.

—Holden, no empieces, por favor. Necesitaba compañía y...

—Qué rápido me sustituyes, ¿no?

Eso me ha dolido. Ha sido innecesariamente cruel. No es justo.

Una imagen de Tristan recorriendo mi rostro con su dedo, acariciándome, me viene a la cabeza, fugaz.

—No te he sustituido, Tristan es solo un amigo.

Porque lo es. Lo que ha pasado no cambia nada.

—¿Y por qué siempre está a tu alrededor? ¿No te das cuenta, Clara? ¡Tristan no es solo tu amigo! ¡Quiere algo más! ¡Estoy cansado de decírtelo! Y empiezo a pensar que tú también.

—¿Cómo dices eso?

Los labios de Tristan en los míos. Un escalofrío.

—Pues no se me ocurre otra razón para que siempre que no estás conmigo estés con él.

—Holden, yo quiero estar contigo.

Noto un nudo en la garganta. No quiero perderle, y siento que es lo que estoy haciendo. Primero nuestra discusión, que podía haberse quedado en eso, en una simple discusión, si hubiéramos podido vernos y hablar. Pero ese no ha sido el caso. Y ahora esto... Quizás sea más de lo que Holden está dispuesto a tolerar.

—¡Pues no lo parece! —Ahora está fuera de sí—. ¿Qué coño pinta ese ahí?

—“Ese” es mi amigo. Y si Andrés hubiera podido, también estaría aquí. Es lo que hacen los amigos. Apoyarse en momentos así.

—Ya, claro. —Suelta una risa sarcástica, que me pone los pelos de punta.

—Holden, por favor, intenta entenderlo...

Oigo como suspira, frustrado.

—Clara... Estoy cansado de tener esta conversación, y tampoco me apetece tenerla por teléfono. Hablamos cuando vuelvas.

—No, por favor...

Ha colgado.

Tengo que hacer un esfuerzo por no llorar. No quiero que Tristan me vea

así, y menos por culpa de Holden. Aunque esta vez siento que he metido la pata de verdad. No sé si va a perdonarme. Aun sin saber lo que ha pasado con Tristan. Porque no pienso contárselo. No hace falta generar más dolor, máxime cuando es algo que no volverá a pasar jamás. No tengo derecho a aliviar mi conciencia con él. Apechugaré con lo que he hecho, y lo guardaré bajo cien llaves.

Pensándolo bien, yo también me molestaría si fuera al revés y Holden estuviera con alguna chica en casa de su familia, aunque él no tiene amigas, excepto yo. Amigos sí, pero no amigas. Porque se las tira a todas y luego no quiere nada más. No deja que ninguna chica se acerque lo suficiente como para importarle. Excepto conmigo. Porque le pillé desprevenido, creo. Porque jamás pensó que pudiéramos ser algo más que amigos.

Por un momento me doy cuenta de que Holden jamás ha confiado en una mujer, que yo he sido la primera, y que quizás ahora se sienta tremendamente inseguro, pensando en Tristan y en mí juntos a miles de kilómetros de distancia. Y en las intenciones de este conmigo. Sobre todo sabiendo cómo es Holden con las mujeres, debe de pensar que todos los hombres son iguales. Y sé que no es cierto, aunque a los hechos me remito.

Definitivamente, ha sido una estupidez eso de dormir juntos. No se debe jugar con fuego, porque uno acaba quemándose.

Sacudo la cabeza. Eso no es mi culpa. Holden no puede hacerme pagar sus inseguridades. Me siento furiosa, dolida, abatida y culpable. ¿Por qué es todo tan difícil? Si pudiera verle, y hablar con él cara a cara, quizá podríamos solucionarlo.

La voz de Tristan a mi espalda interrumpe mis pensamientos.

—¿Va todo bien?

Voy a abrir la boca, para decirle que sí, cuando me doy cuenta de que no tiene sentido mentirle. Se me nota a la legua que no va bien. De hecho nada va bien, pienso con amargura. Me he quedado sin gira, mi abuela está en el hospital, y estoy perdiendo a Holden. Es más de lo que puedo soportar.

He intentado ser fuerte, de verdad que lo he intentado, aunque no tiene sentido engañarme a mí misma. Lo de la gira fue duro, pero tenía a Holden a mi lado. Lo de mi abuela ha sido un mazazo, y necesito a mi mejor amigo a mi lado para superarlo.

Niego con la cabeza, y siento como una lágrima se me escapa sin querer y rueda por mi mejilla.

Tristan me abraza sin decir nada. Estamos en medio de la calle, aunque yo siento que estamos otra vez en mi cama, es de noche y yo puedo cerrar los ojos y olvidarme de todo, abandonarme a los brazos de Morfeo. Me acaricia el pelo, y me mece, como si fuera una niña pequeña. Yo me dejo hacer mientras las lágrimas mojan su abrigo, hasta que lo suelto todo. Tras ofrecermelo un pañuelo (de los de verdad, no de papel, ¿de dónde ha salido este hombre?), coge mi mano y me atraviesa con sus bonitos e intensos ojos azules.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Qué? —pregunto sorprendida—. ¿Por qué iba a querer que te fueras?

—Ya sabes por qué.

Oh, supongo que ha escuchado mi conversación, o si más no, algo habrá deducido.

—He venido para apoyarte, para que te sientas mejor, no para empeorar las cosas. No quiero ser el causante de problemas entre tú y tu... novio. — Parece que le cuesta pronunciar esa palabra.

—No es culpa tuya. Holden y yo... discutimos antes de venir.

Tristan me mira, indescifrable.

—Y que yo esté aquí no ayuda, supongo.

No sé qué decir. Tiene razón en que el enfado de Holden ha empeorado a causa de su presencia, y no hace falta que yo se lo diga. Él ya lo sabe.

Aunque Holden no va a venir, y menos después de nuestra discusión, y a riesgo de ser muy egoísta, no quiero estar sola. Me gusta tenerle aquí. Me gusta lo bien que se lleva con mis padres, me gusta pincharle cuando se pasa de educado, me gusta ver la cara que pone cuando mi madre le abraza y me gustaría ver la cara de mi abuela cuando lo vea. Pero sobre todo, me gusta cómo me hace sentir: segura, tranquila y calmada, a pesar de todo lo que está sucediendo a mi alrededor.

—No —niego con la cabeza—. Pero no quiero que te marches.

—¿Estás segura? —pregunta, cogiendo mis manos entre las suyas—. Quiero hacer lo mejor para ti.

—Entonces quédate —pido mirándole a los ojos, y veo cómo los suyos sonrían.

Asiente sin decir nada. Su cuerpo se acerca más al mío, y sus manos abandonan las mías para cogerme por la cintura. Siento un escalofrío por todo el cuerpo al contacto con su calor. Apoya su frente en la mía y cierra los ojos.

Yo también lo hago de forma inconsciente. Me tiemblan las piernas. Creo que va a besarme otra vez y no sé si tendré fuerzas para apartarle de nuevo. Noto el roce de su dedo pulgar sobre mis labios, que se abren de forma inconsciente y emiten un suspiro traicionero. Tristan esala, soltando todo el aire contenido. Tras unos segundos que se me hacen eternos, en los que compruebo que sus labios no me han tocado, abro los ojos. Sus labios dejan un beso en mi frente y se aparta de mí como si le costara un mundo hacerlo.

—¿Dónde hay un supermercado cerca de aquí? —pregunta, tras un silencio.

—¿Qué? —Su pregunta me coge desprevenida y parpadeo sorprendida.

—Quiero cocinar para vosotros.

Me río ante su inesperada propuesta y la tensión de hace unos instantes desaparece.

Compramos lo necesario de camino a casa para hacer una tortilla de patata, y Tristan se sorprende de que se necesiten tan pocos alimentos y tan sencillos para hacer algo tan rico, dice. Se ríe cuando insisto en que debe comprar cebolla. Se niega, y tras intentar que la corte yo (mi mano es la excusa perfecta), accede.

Mis padres todavía no han vuelto, y nosotros nos ponemos a trastear en la cocina. Yo apenas puedo hacer nada con la maldita muñeca enyesada, así que decido supervisarle, no le voy a dejar solo haciendo su primera tortilla de patatas en mi casa, no vaya a ser que quemé la cocina.

Cuando llegan mis padres, sonrían al verle con un delantal, dando vueltas a las patatas y a mí vigilándole y dando órdenes como un sargento.

—¿No has tenido bastante con preparar el desayuno, que también vas a preparar la comida? —le increpa mi padre, fingiendo estar enfadado—. No te pases o vas a dejarme fatal como marido.

Tristan suelta una carcajada de esas que tanto me gustan.

—Ya sé de dónde has sacado tu sentido del humor.

—Eso y su cabezonería también —dice mi madre, y mi padre y yo gruñimos al unísono.

—¿Lo ves? —pregunta mi madre, divertida—. Tristan, baja un poco el fuego. Las patatas tienen que cocerse a fuego lento.

—Sí, como todo lo bueno en esta vida. —Sus ojos azules se clavan en los míos y no sé por qué, me sonrojo. Desvío la vista hacia mi madre, que me sonrío, encantada.

—Voy a lavarme las manos —musito, porque necesito salir de la cocina.

Voy hacia el baño y me refresco la cara, que siento arder. ¿Qué me ha pasado? Por un momento ver a Tristan aquí, en mi casa, en mi cocina, bromeando con mis padres, me ha resultado demasiado familiar y he sentido que me faltaba el aire. Quizás Holden tenga razón y no haya sido buena idea dejar que me acompañara. Resulta demasiado cómodo, demasiado íntimo...

Oigo que suena el teléfono de casa y a mi madre hablar de forma atropellada. A continuación, un grito.

—¡Clara! ¡La abuela ha despertado!

Un chillido de emoción se me escapa de la garganta y voy corriendo hacia mi madre. Las dos nos fundimos en un abrazo de felicidad, y lloramos como niñas.

Cuando volvemos a la cocina mi madre y mi padre se abrazan, y Tristan está ahí, sonriendo de oreja a oreja.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

—Esta tarde vamos a ir todos otra vez al hospital —dice mi madre—. Vamos a comer, que de repente se me ha abierto el apetito.

Damos buena cuenta de la tortilla de patatas, sin dejar ni las migajas, mis padres felicitan al cocinero, que sonrío complacido, y abrimos un buen vino para celebrarlo.

Tras el postre mis padres desaparecen a descansar un rato antes de ir al hospital, y yo hago lo mismo. Tristan se queda en el sofá y agradezco que me deje mi espacio.

Subo a mi habitación. No me meto en la cama porque sé que voy a ser incapaz de dormir. Me muero de ganas de ver a mi abuela.

Estoy tan feliz que tengo que compartirlo. Envío un wasap a Andrés y tras pensarlo unos segundos, otro a Holden.

Mi abuela ha despertado. Todo va bien.

Te echo de menos. 16.15

A los pocos segundos recibo su respuesta.

Me alegro mucho. 16.17

No dice nada más, ni que me echa de menos, ni nada parecido, aunque el mero hecho de que haya respondido supone un alivio para mí. Eso demuestra que no está tan enfadado y que aún podemos arreglar lo nuestro. Que aún hay esperanza.

Estoy bajando las escaleras de nuevo para reunirme con Tristan para ver algo en la televisión que me distraiga, porque el ruido de mis pensamientos me está trepanando la cabeza, cuando oigo cómo habla con Andrés, poniéndole al día.

—Creo que mañana me marcharé. Ya no tiene sentido que esté aquí.

Sus palabras son como un jarro de agua fría en pleno mes de enero. A pesar de que no debería, me gusta mucho tenerle aquí, me estoy acostumbrando a su presencia, y no quiero que se vaya.

—No, no, Andrés, tengo que volver. Este no es mi sitio.

Y sus palabras me producen una pequeña herida. Creía que se sentía bien en mi casa. Parecía sentirse muy a gusto. ¿Qué ha pasado? Se le veía tan cómodo hace un momento. No creo que estuviera fingiendo. ¿Entonces?

Deduzco que es por Holden. Creo que se siente culpable por nuestra discusión y piensa que ahora que mi abuela está bien ya no lo necesito.

Quisiera decirle que se quede unos días más, que me encanta tenerle en casa, y que me abrace por la noche, aunque tiene razón. Ya no tiene sentido que esté aquí. Tiene que volver a su vida, a sus estudios, que ha dejado por mí. Yo estoy con mis padres, y espero que mi abuela vuelva pronto a casa.

El pensar en esa posibilidad hace que me sienta mejor, aunque la inminente marcha de Tristan me haya dejado alicaída.

CAPÍTULO 27

UNA MIRADA TRISTE, UNA MALETA Y UN SOBRE

A pesar de que estamos todos deseando entrar a ver a mi abuela, mi madre me cede el honor de ser la primera. Sé que ella lo está desenado tanto como yo, pero tengo tantas ganas de ver a mi abuela que lo acepto sin dudar.

Tengo que contenerme para no correr por el pasillo. Tristan me espera fuera, aunque quiero compartir este momento de alegría con él. Se lo merece, después de acompañarme hasta aquí y cuidarme como lo ha hecho. Así que lo cojo de la mano y lo hago entrar conmigo.

Mi abuela está despierta, y abre mucho los ojos cuando me ve entrar, su cara se ilumina con una sonrisa, a pesar de su delgadez y sus ojeras, que se convierte en sorpresa cuando ve a mi acompañante.

—¡Abu! —Le doy un abrazo con cuidado—. ¡Estás bien! ¡No vuelvas a darme un susto como este nunca más! —Intento tragarme el nudo que tengo en la garganta, que se me hace bola.

—¡Cielo, estás aquí! ¡Qué alegría verte! —Mi abuela acaricia mi mano con la suya, tan pequeña y tan frágil.

—Abu, mira quién ha venido a verte —digo, empujando a Tristan.

—Hola, señora Eugenia, digo..., Eugenia —saluda—. La veo muy bien. La abuela sonrío.

—No seas mentiroso, muchacho, que estoy hecha un adefesio.

Mi abuela consigue arrancarle una carcajada.

—No es verdad, está usted estupenda. Algo delgada, pero con los potajes que hace su hija seguro que en nada vuelve a estar como siempre.

— En eso tienes razón. ¿Has probado los potajes de Rita? Seguro que ya te ha cebado como a un cerdo.

—Sí, yo creo que he engordado un par de kilos desde que estoy aquí. De repente la abuela parece caer en algo.

—¿Has venido desde Ámsterdam para verme? ¿En avión?

Tristan suelta otra carcajada. De repente pienso en lo que las voy a echar de menos cuando se vaya.

—Claro, abuela, no hemos venido en barco.

—No seas descarada, niña —me riñe, en broma.

—No podía dejar que Clara viniera sola. Estaba muy afectada.

La abuela lo coge de la mano y le atrae hacia él.

—Gracias, muchacho. —Y le planta un beso en la mejilla, que hace que se ponga del color de su cabello, como viene siendo habitual con las mujeres de mi familia.

La abuela está encantada y feliz. Débil, pero feliz. Y yo siento que me han quitado esa viga que tenía instalada en el pecho que no me dejaba respirar.

—Pelirrojo, ¿me dejas un rato a solas con mi nieta?

—Claro. Estaré fuera. Cuídese mucho. Y no vuelva a darnos estos sustos, ¿quiere?

—Descuida. No pienso morirme todavía.

—¡Abu!

—Y gracias por las flores, son preciosas —le dice.

—De nada. Un placer haberla visto. La próxima vez la espero en Ámsterdam, iremos a ver tocar a su nieta. ¿Qué le parece?

Ese plural me hace sonreír como una tonta. Por un momento visualizo a mi abuela y a Tristan cogidos del brazo, guapísimos, que han venido a verme tocar. Tristan lleva traje y está guapísimo. Y mi abuela sonrío, orgullosa de su querida nieta.

—Un plan estupendo.

La voz de mi abuela me devuelve a la realidad.

Tristan nos deja a solas y mi abuela no tarda ni dos segundos en entrar al trapo, la muy cotilla.

—Vaya, cielo, me alegro de que estéis juntos, al menos mi enfermedad ha servido para algo. —Y me guiña un ojo—. ¿Y qué ha pasado con el otro?

—Abuela, no estamos juntos. Es solo... un amigo.

—Hija, tu abuela es vieja, no tonta.

—Es verdad, abu. Estoy con Holden, ¿Recuerdas que te lo conté? O al menos, lo estaba... —suspiro.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo, anda. —La abuela me indica con

la mano para que me siente al borde de la cama.

—Te hago un resumen, porque mamá y papá están fuera deseando verte.

—Que esperen —ordena mi abuela, como la matriarca de la familia que es.

Yo le hago un resumen y cuando termino mi abuela no habla, solo asiente con la cabeza, sin decir nada, algo impropio de ella. Tras unos instantes, sentencia:

—Cielo, fuiste un poco injusta con ese chico, y debes disculparte por ello. No por nada más. No debes disculparte por lo que sientes.

Mi abuela tiene razón. Fui cruel e injusta con Holden, le herí donde más le dolía, y me siento fatal por ello. Y también me siento culpable por haber traído a Tristan, y por... eso que no pienso mencionar nunca más. Y aunque la abuela crea lo contrario, yo siento que también debo disculparme por ello. Y lo haré. Si Holden me da la oportunidad.

—Abu, hablamos en casa con calma, ¿vale? Y te contaré todos los pormenores. Ahora te dejo con mamá.

—Está bien, cielo. Dale las gracias otra vez al pelirrojo por las flores. Los hombres de hoy en día ya no hacen esas cosas. Ya no quedan caballeros, como tu abuelo, que en paz descansa...

Interrumpo su diatriba.

—¿Cómo sabes que las flores son de Tristan?

—Porque hay una tarjeta, listilla.

—¿Ah, sí? —Vaya, este hombre no solo le compra flores a mi abuela sino que también le escribe una tarjeta.

La curiosidad me puede.

—¿Puedo leerla?

La abuela sonrío, pícara.

—¿Y si te digo que no?

—Oh, vamos, abu.

—Claro, cielo. Léela. Es para todos los públicos. —Y finge un mohín.

Está claro que ya se encuentra mejor.

Cuando abro la tarjeta, me quedo petrificada. Esa letra... La he visto antes.

—¿Abu, me la puedo llevar?

Mi abuela me mira curiosa, pero detecta algo en mi voz que le hace decir que sí sin preguntar.

Cuando salimos cojo a Tristan de la mano y lo arrastro al coche. Mi madre tiene tantas ganas de ver a mi abuela que no hace preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¿Por qué estás tan rara? ¿Tu abuela está bien?

—Sí, sí, está bien. Tengo que ir a casa a comprobar una cosa.

Tristan no dice nada y arranca el coche. Se limita a conducir en silencio y de vez en cuando me mira de reojo, pronunciar palabra. Sabe cuándo no debe hacerlo.

Cuando llegamos a casa, casi me tiro del coche y subo corriendo escaleras arriba. Abro mi armario y saco una cajita que tengo guardada desde que era pequeña con mis tesoros más preciados: las cartas de Arturo, mi admisión en la escuela de música, mi primer contrato con la orquesta... y la tarjeta de Holden, que he traído conmigo para sentirlo más cerca, aunque él no estuviera.

La abro y la leo de nuevo, despacio.

“*Que tengas una buena noche, principesa*”.

No princesa, sino *principesa*. PRINCIPESA. Igual que en *La vida es bella*. Del mismo puño y letra que ha escrito la tarjeta de mi abuela. Durante unos segundos mi cerebro se paraliza, negándose a creer lo que está viendo. Luego, un clic en mi cabeza que lo encaja y lo desencaja todo.

Estoy furiosa, confundida, triste y furiosa, y vuelta a empezar.

Holden no me mandó las flores. Tristan lo hizo. Y por eso se extrañó cuando le conté que lo había hecho Holden. Y no me sacó de mi error. ¿Por qué no lo hizo?

Empezaba a conocerle lo suficiente como para pensar que lo hizo por mí, pues me hacía mucha ilusión pensar que había sido Holden, y decirme la verdad lo habría estropeado. Aun así, debió decírmelo. No me gustan las mentiras. Ni siquiera las piadosas.

En ese momento Tristan asoma la cabeza con cuidado por la puerta de mi habitación, como si temiera algo.

—¿Estás bien? ¿Vas a contarme lo que te pasa?

—¿Vas a contarme tú qué significa esto? —Le enseño las dos tarjetas, moviéndolas delante de su cara, sin parar.

—Oh, esto —dice, con rostro circunspecto.

—Oh, sí, esto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no fue Holden quien te envió las flores? Pues ya lo sabes. —Se encoge de hombros, como si no pasara nada.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunto furiosa.

—Porque parecías tan contenta... Estabas triste porque no habías podido hablar con él, y luego te animaste pensando que había tenido ese detalle contigo... Me pareció cruel decirte la verdad.

—¡No soy una niña pequeña, y no me gustan las mentiras!

—No fue una mentira. Solo... No te saqué de tu error. ¿Habrías querido que lo hiciera? —Me mira con el ceño fruncido, retándome.

—¡Sí!

—Pues a mí no me lo pareció.

Ese comentario me enciende todavía más. No soy una frágil muñequita.

—¿Y quién eres tú para decidir por mí?!

Ahora es Tristan el que parece enfadado.

—Al parecer, nadie —contesta con tono seco.

—¿Y se puede saber por qué me enviaste tú las flores?!

Se gira, y está a punto de irse, pero se da la vuelta. Nunca le había visto así. Está tenso, con los puños apretados, sus labios son una delgada línea, su rostro está rojo y sus ojos echan chispas.

—¿La verdad? ¿Quieres la verdad?

—¡Sí!

—¡No reconocerías la verdad aunque te diera en toda la cara!

—¿Qué dices?!

—Estás tan ciega que..., que... ¡Joder, solo ves a Holden y todo lo que tenga que ver con él! —Gesticula con las manos, iracundo.

—¿Qué tiene que ver Holden en todo esto?!

—¡Todo! Tiene que verlo todo... —Por suerte ha dejado de gritar. Ahora parece agotado, sus hombros están hundidos y la energía de hace un instante parece haber desaparecido.

Yo, en cambio, no puedo dejar de gritar. Estoy furiosa, completamente fuera de mí. Todos los nervios de los últimos días, la frustración por mi lesión, la angustia por mi abuela, mis discusiones con Holden... todo, absolutamente todo sale en forma de ira dirigida contra Tristan.

—¡Habla! —le insto.

—No... no es así como tenía pensado decírtelo. —No consigo leer su rostro, que permanece impávido.

—¿Decirme qué?!

—Joder, Clara... —Se pasa la mano por la barba varias veces, de forma compulsiva.

—¿Joder, qué? —Estoy tan furiosa que no controlo mi vocabulario.

—¿Que te quiero! ¿Es que no lo ves?!

Abro la boca para decir algo. Aunque lo intento con todas mis fuerzas, las palabras no quieren salir. Boqueo como un pez.

—Ahí tienes la verdad. Me gustas desde el primer día que te vi, y en algún momento, no sé cómo ha pasado... me he enamorado de ti. —Se frota la cara, nervioso—. No puedo pensar en otra cosa, no puedo estar lejos de ti. He intentado decírtelo, he intentado... ¡Joder! Cada paso que daba hacia ti, tú te encargabas de pisotearlo. Te mandé las flores, y tú creíste que eran de él. Fui a verte a Brujas con la esperanza de..., y te vi con él. Vi tu cara cuando os encontrasteis a la salida. Parecías tan feliz... Y cuando ya me había dado por vencido, creí que habíais roto, por eso vine. —Hace una pausa, en la que se mesa el pelo—. ¡Si hasta me he colado en tu habitación y te he besado! ¿Qué más necesitas? Pero tú solo piensas en Holden, y no ves lo que tienes delante de tus narices.

Sigo sin poder decir nada. Estoy en shock.

Tristan espera que yo diga algo, y me gustaría, de verdad, pero es que no sé qué puedo decir. Estoy procesando la información.

Tras mi silencio, que se prolonga más de lo que los dos quisiéramos, ya no está furioso. Ahora parece triste y derrotado.

—He intentado que sintieras algo por mí. He intentado pasar tiempo contigo, pero no ha servido de nada. Cada vez que te veía con él, yo... —Cierra el puño con rabia—. He intentado apartarme, lo he intentado, de verdad, pero no podía. Quería estar contigo. Necesitaba estar contigo, aunque me hiciera daño saber que estabas con él. Luego sucedió lo de tu abuela, y cuando dijiste que venías sola pensé que no estabais juntos. Vine aquí como una última oportunidad. Andrés insistió.

—¿Andrés lo sabe? —Por primera vez puedo decir algo, que no es mucho, lo reconozco.

Tristan me regala la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

—Claro que lo sabe. Cualquiera podía verlo. Incluso Holden. Menos tú. —Me señala con un dedo triste.

De repente el enfado de Holden tiene más sentido para mí. No eran solo

celos, sino que eran celos fundados. Él sabía lo que Tristan sentía por mí. La cabeza comienza a darme vueltas. Creo que me estoy mareando.

Me siento en la cama. Las emociones de estos últimos días pueden conmigo y de repente me siento anímicamente agotada.

—No... No puedo procesar esto ahora. Creo que es mejor que te vayas.

Contrae el rostro, como si le hubiera dado un puñetazo. Y supongo que se lo he dado. A su corazón. Pero es que ahora mismo estoy sobrepasada. No puedo pensar con claridad. Solo tengo ganas de gritar, de llorar y de estar sola. Me siento estúpida, furiosa, engañada y confundida. Necesito estar sola. No puedo pensar con él aquí.

Tristan da media vuelta y comienza a sacar su ropa del armario, con lentitud. Con cada prenda que desaparece, se me rompe un poquito el corazón. Cuando termina, mi armario y yo estamos medio vacíos.

Intento cerrar los ojos y serenarme, lo que resulta una misión imposible, teniendo a Tristan tan cerca. Decido desaparecer de su vista, o quitarlo de la mía, y me voy al piso de abajo.

Al cabo de media hora, aparece frente a mí con una mirada triste, una maleta y un sobre, que me aclara, es para mis padres.

—No quiero irme así, sin despedirme de ellos, después de cómo me han acogido.

Asiento con la cabeza.

Tristan me mira, sus bonitos ojos azules están ahora opacos, vacíos, y su bonita sonrisa ha desaparecido, dando lugar a un rostro serio, duro, que no conocía y que me habría gustado no ver nunca.

Cuando oigo la puerta, todos los nervios contenidos salen a borbotones y comienzo a sollozar, sin poder contenerme. Me paso así no sé cuánto rato, hasta que me quedo dormida en el sofá de puro agotamiento.

Cuando vuelven mis padres se sorprenden al no ver a Tristan, y yo les entrego la nota por toda respuesta, y me encierro en mi habitación.

CAPÍTULO 28

LA FUERZA DEL CORAZÓN

La abuela ya está en casa, lo que supone un pequeño alivio para mí, aunque no el suficiente. Sigo sintiéndome inquieta, descolocada, triste y furiosa.

Mi familia no se atreve a sacar el tema, ni siquiera mi abuela, y yo no les doy lugar a ello. Ya ha pasado una semana, y la abuela comienza a recuperar algo de color en el rostro y sus mejillas están algo más llenas.

A penas hablamos, aunque a veces entra en mi habitación y se tumba conmigo en mi cama, y permanecemos así, sin decirnos nada.

Los primeros días desde que Tristan se fue consultaba mi móvil cada diez minutos, para ver si tenía noticias tuyas, o de Andrés. Nada. He estado tentada en más de una ocasión de llamar a Andrés para preguntarle por su amigo, sin embargo no lo he hecho. Si quisieran ponerse en contacto conmigo, cualquiera de los dos, lo harían. Sé que le he hecho daño a Tristan y con toda seguridad Andrés esté ahora apoyando a su amigo, por lo que es comprensible que no tenga noticias tuyas.

Y así, encerrada en mi habitación y como otro día cualquiera, llega Fin de año. Y me encuentra sola. Bueno, con mi abuela, porque mis padres ya tenían planes y, aunque insisten en quedarse conmigo, me niego. Así que esa noche la paso en pijama, comiendo palomitas, acordándome de Tristan y viendo películas antiguas con mi abuela. No es el Fin de año que yo tenía pensado. Cuando me meto en la cama, dejo que salga toda mi tristeza contenida, hasta que ella y yo nos quedamos dormidas.

Durante estos días también echo de menos a Holden. Quiero hablar con él, aunque no sé qué decirle. ¿Que tenía razón? ¿Que Tristan estaba enamorado de mí, y que yo no lo había visto venir? No puedo soltarle eso por teléfono. Tampoco creo que eso le ayude a sentirse mejor. Y a la incertidumbre se suma el hecho de que estoy furiosa con él porque no me ha dicho nada en todo este tiempo.

Llevo una semana regodeándome en mi pena. Apenas salgo de la habitación y me paso el día en pijama escuchando canciones lastimeras en mi Ipod. Todas las baladas de Adele, de Ed Sheeran y de Alejandro Sanz. Sobre todo de Alejandro Sanz. Me desgañito cantando *Amiga mía* y *La fuerza del corazón*, mientras dejo que las lágrimas corran libres por mis mejillas. No es uno de mis mejores momentos, lo reconozco.

Ahora cobra otro sentido la canción que me regaló Tristan. Amiga mía. Se me encoge el corazón cuando la oigo. ¿Era su forma de decirme que estaba cansado de que yo estuviera enamorada de otro? Qué idiota había sido. Y qué ciega. Y ardo de indignación por el hecho de que no me haya contado la verdad antes. Por dejarme hablarle de otro. Si lo hubiera sabido, lo habría evitado.

A la segunda semana, mi abuela entra en mi habitación con una determinación en el rostro que no me gusta nada.

—Cielo, vamos a hablar del tema, te guste o no.

—No quiero —digo, como una niña pequeña.

—Me da igual. Soy tu abuela, y vas a hacerme caso.

Me encojo de hombros, dando a entender que me da igual lo que diga, que no pienso hablar del tema. Parece que no conozca a mi abuela, si yo soy testaruda, ella lo es el doble.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—¿Cómo que por qué? Abuela, ¡me mintió!

—No te mintió. Bueno, sí, pero... Lo hizo para no hacerte daño. Al menos podrías tener eso en cuenta.

—Odio las mentiras. Y si me mintió en eso, puede que me mintiera en algo más.

—Sabes que ese no es el motivo. El pelirrojo no parece un mentiroso.

Mi abuela es incapaz de aprenderse el nombre de Tristan y yo lo agradezco, porque ahora no quiero escucharlo.

—¿Y según tú, cuál es el motivo?

—Hay, hija. Mira que te cuesta.

—¿Qué? —Me enfurezco por momentos—. ¿Me estás llamando tonta?

—Pues mira, en cuestiones del corazón..., tonta no, pero un poco ciega sí.

Me levanto de la cama y comienzo a dar vueltas por la habitación, como un león enjaulado.

—¿Por qué le defiendes?

—¿Por qué? Porque todo lo que ha hecho lo ha hecho porque te quiere, cielo. Intentó respetar tu decisión de estar con Houdini, aunque le dolía. Dejó que creyeras que era él quien te envió las flores para que te sintieras bien, a pesar de que podía haberse apuntado el tanto. No te dijo lo que sentía para no interferir...

—¡Pero al final me lo dijo! Y ahora, ahora... ¡No sé qué hacer! ¿Qué se supone que debo hacer ahora? —Abro las manos al cielo.

—Pues eso solo puedes decidirlo tú. ¿Hija, has pensado por qué estás tan enfadada?

—¿Qué quieres decir? —Me detengo para mirar a mi abuela.

—Que si tuvieras claro que no sientes nada por él, no estarías tan furiosa —argumenta con una sonrisa benevolente.

—Abu, eso no tiene sentido.

—Hay, hija, claro que lo tiene. Si tienes claro que quieres a Houdini, entonces ve a por él. Al pelirrojo se le pasará, y con el tiempo, quizá, podáis volver a ser amigos. Estoy segura de que te perdonará. Al fin y al cabo no se puede luchar contra el corazón.

—Y si... ¿y si no lo tengo claro? —consigo articular con un hilillo de voz.

La abuela sonrío.

—Entonces es que la confesión del pelirrojo te ha afectado más de lo que tú estás dispuesta a reconocer.

Bum. Ahí está. Dicho en alto. Lo que no me atrevo a confesarme ni a mí misma, porque aún no lo comprendo.

Me dejo caer otra vez sobre la cama.

—Cielo, siempre has sido una persona valiente. Olvídate de tus miedos y afróntalos. Uno no puede evitar sentir lo que siente. No hay que pedir perdón por ello, ¿recuerdas?

Sí, recuerdo que la abuela me lo dijo, y creía que se refería a que no debía pedir perdón por haber venido con Tristan, cuando a lo que se refería es que no tenía que pedir perdón por haberle elegido. Por quererle. Sin tan siquiera darme cuenta.

Un montón de imágenes, de recuerdos inconexos, de conversaciones, me asaltan y cruzan mi mente sin orden ni concierto. Tristan bromeando con que nuestros encuentros eran una cita. Tristan alegre paseando conmigo, y de

repente enfurruñado, cuando Holden aparecía en escena de algún modo. A Tristan tenso cuando nos vio en el rellano de mi casa. A Tristan diciéndome “porque esto importa”. A Tristan enviándome flores. A Tristan cantándome a través de Alejandro Sanz que estaba harto de ver cómo amaba a otro y de callar. A Tristan acompañándome en el momento más difícil de mi vida, aun sabiendo que estaba enamorada de otro.

También me veo a mí entre sus brazos. Ese olor a madera y a canela. A hogar. Su mejilla contra la mía. Sus labios contra los míos. Esa sensación en la piel que perdura. Mi mano en la suya. Nuestros abrazos. Su pecho, acogiéndome.

Dios, estoy muy furiosa, aunque ahora sé que no es con él, sino conmigo misma. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo he podido hacerle tanto daño?

Mi abuela tiene razón. Para los asuntos del corazón soy un poco tonta. O mucho.

Siento la imperiosa necesidad de ir en su busca y decirle lo que he descubierto. Y de hablar con Holden y aclarar las cosas, porque se lo merece. Tampoco me he portado bien con él.

Hago la maleta más rápido aun que cuando vine a España, y bajo las escaleras corriendo.

—¿A dónde vas? —pregunta mi madre sorprendida.

—A por el pelirrojo —contesta mi abuela, sonriendo.

Yo les doy un beso a las dos en la mejilla y un abrazo a mi padre, que no entiende nada, el pobre, y me mira como si hubiera perdido una clavija.

—¿No te llevas tu chelo? —me pregunta incrédulo.

—¡Mandádmelo, por favor!

No tengo tiempo que perder, no puedo facturar el chelo porque el tiempo de espera en la cinta se me antoja tiempo perdido.

Voy en taxi al aeropuerto, porque no quiero dejar a mis padres sin coche, y porque ahora sería un peligro al volante. Nada más llegar corro hacia los mostradores y busco un billete para Ámsterdam. Agradezco vivir en Madrid y tener un aeropuerto tan internacional, porque si no hubiera habido billetes no sé qué habría hecho. Otra vez me cuesta un dineral, aunque no me importa.

Es lo que tiene ser tan impulsiva, lo cual es un descubrimiento para mí, y no me gusta nada, todo hay que decirlo, porque no quiero ni soy capaz de

pensar en lo que pasará si Tristan me rechaza, igual que yo he hecho con él.

Este viaje es, sin duda, el más largo de mi vida. Esas casi tres horas imagino decenas de conversaciones distintas, en las que le confieso lo que siento por él, y en todas ellas me larga con cajas destempladas, o me dice que él ya no siente lo mismo; o, en la peor de mis pesadillas, ni siquiera me deja hablar.

Entonces pienso que una ayudita no me vendría mal.

Enciendo el móvil, bajo la acusadora mirada de mi compañero de vuelo, que ignoro, y le envío un wasap a Andrés.

*Vuelvo a España. Necesito hablar con
Tristan. Puedes arreglarlo?*

15.13

La espera de una respuesta se me hace eterna.

Veo que el mensaje ha sido leído, sin embargo, tras unos minutos que se me parecen horas, no obtengo contestación.

Pienso, con temor, que quizá Andrés también esté enfadado conmigo por no haberle dicho nada en todo este tiempo y se me arruga el estómago. ¿Es que tengo que estropearlo todo con todas las personas que me quieren?

Intento ser positiva y pensar que quizá Andrés no puede hablar ahora, en vez de pensar que no quiere, porque eso no podría soportarlo. Ya he hecho daño a Tristan y a Holden. No puedo perder también a Andrés.

Me aferro al móvil como si mi vida dependiera de él, y de vez en cuando lo voy consultando. Nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Mi móvil me devuelve un silencio atronador. Después de una hora comienzo a hacerme a la idea de que no voy a recibir respuesta.

Compungida, guardo el móvil en el bolso y trato de cerrar los ojos y dejar descansar a mi cabeza por unos instantes, que no para de dar vueltas y de machacarme con lo mal que me he portado, y con las cosas horribles que me va a decir Tristan.

Tras un viaje en taxi en el que tengo que pedirle al taxista que quite ese *reggaeton* infernal que me está taladrando el cerebro y perforando los tímpanos, llego a casa agotada física y mentalmente. Me meto en la ducha, para relajar mis músculos y tirar por el desagüe todos mis malos pensamientos, que no se van del todo a pesar de que permanezco allí bastante rato. Por un lado, estoy impaciente por llamar a la puerta de al lado; por otro,

tengo miedo. Mejor dicho, estoy aterrada.

Después de la ducha cojo lo primero que pillo de la maleta, unos vaqueros, una camiseta y un jersey liso, sencillo, y mis bambas. Necesito estar cómoda, no guapa.

Inhalo todo el aire que cabe en mis pequeños pulmones y lo suelto despacio, antes de llamar a la puerta de mis vecinos.

Como casi siempre, me abre Andrés, que no parece sorprendido al verme.

—Clara...

—Andrés, ¿puedo pasar?

Cuanta formalidad. No es normal en nosotros. Algo en el rostro de Andrés me dice que es lo que toca ahora. Que no puedo entrar ahí como hasta ahora, que algo ha cambiado. Que algo se ha roto. Mejor dicho, que yo lo he roto.

—Claro, pasa. —Hace un ademán con la mano.

Nada más entrar en el piso de mis vecinos hago un barrido rápido con la mirada.

—No está —dice Andrés, leyéndome el pensamiento. Aunque, claro, no es muy difícil.

—¿Y dónde está?

Andrés se encoge de hombros.

—Oh, vamos, Andrés, por favor. Sé que no me he portado bien con él, pero necesito hablarle. Necesito decirle..., que le quiero, joder.

Andrés abre los ojos, sorprendido, no sé si por mi confesión o por mi vocabulario.

—¿Le quieres?

—¡Sí! —grito, porque ahora que lo he descubierto necesito gritarlo a los cuatro vientos—. Y necesito decírselo cuanto antes.

—Clara... Siéntate, por favor. —Me indica con un gesto el sofá.

Andrés está inusualmente serio y taciturno, y un nudo empieza a asentarse en mi estómago. Algo va mal.

—Tristan no está. Se ha..., se ha ido.

—¿A dónde? —pregunto, con un hilo de voz.

—No me lo ha dicho. Solo cogió su maleta y se fue. No quiso decírmelo. Dijo que necesitaba estar solo. —Andrés coge mi mano para intentar paliar el golpe, sin conseguirlo. Noto cómo la habitación comienza a dar vueltas y

tengo que apoyar mi espalda en el sofá.

—¿Y no hay nadie que..., que pueda saberlo? —Mi voz es apenas un susurro.

Andrés niega con la cabeza, apesadumbrado.

—No, pero ha dejado esto para ti. —Me tiende un sobre blanco en el que está impreso mi nombre, con esas mayúsculas que ya reconozco como tan tuyas, aunque me parecen algo temblorosas. Mis manos también lo están, al tomar su nota. —Clara..., lo siento mucho. —Andrés no sabe qué decir. Aunque lo cierto es que nada de lo que diga ni haga ahora mismo puede hacerme sentir mejor. Solo una persona puede hacerme sentir mejor ahora mismo, o quizá sus palabras...

“Querida principesa,

Siento despedirme de esta forma, sin embargo creo que no hay otra, dadas las circunstancias.

Si viera tus bonitos ojos almendrados suplicarme, solo por un momento, que no me marchara, no sería capaz de hacerlo, aunque quedándome solo me causara daño a mí mismo.

Si por el contrario, viera otra vez la rabia y la furia que vi en ellos la última vez... eso me destrozaría.

Lamento haberte hecho daño, nada más lejos de mi intención. Solo quería hacerte saber lo que siento por ti, creía que era justo que lo supieras, aunque eso nos haya causado dolor a ti y a mí. Fui un estúpido.

Tenía la esperanza de que al compartir más tiempo contigo te enamoraras de mí... Absurdo, porque tu corazón pertenece a otro, ahora lo sé.

Sinceramente, deseo que seas feliz, aunque sea a su lado.

Espero que entiendas que yo no pueda quedarme para verlo. Me destroza saberte tan cerca y no poder tenerte... No de la forma que quiero.

Clara... ni te imaginas lo que voy a echarte de menos. Ya no sonará la música para mí.

Hasta siempre, principesa.

Siempre tuyo,

Tristan.”

Toda la emoción y los nervios contenidos tanto tiempo estallan en forma de lágrimas y Andrés se asusta.

No puedo dejar de sollozar a moco tendido, y Andrés me abraza para

intentar calmarme. Yo no puedo parar. Mi cuerpo se convulsiona con el llanto, que no puedo contener y se me escapa a borbotones. Andrés me mece, como a una niña pequeña, y me acaricia el pelo.

No sé cuánto rato permanecemos así. Me tiende un paquete de pañuelos, que dejo casi seco, hasta que al final ya no tengo más lágrimas, me he vaciado por completo y estoy exhausta.

—¿No te dice dónde está? —pregunta, con miedo.

—No —digo, mientras me enjugo las lágrimas. —¿No has sabido más de él? —pregunto, cuando consigo calmarme un poco.

Niega con la cabeza.

—No. Pero seguro que está bien. Todo lo bien que pueda estar, ya me entiendes... Cuando quiera comunicarse, estoy seguro de que lo hará.

—Sí, al menos contigo, supongo. Andrés... —Le miro suplicante, aunque no hacen falta más palabras.

—Te mantendré informada, te lo prometo.

Le doy un abrazo y un beso en la mejilla. Me alegro tanto de que esté ahí, de tenerle, en ese momento tan duro. Aunque poco pueda hacer ahora, de algún modo me siento conectada a Tristan a través de él. Y estoy convencida de que en algún momento Tristan se pondrá en contacto con él. Esperaré ansiosa ese momento.

Mientras tanto, tengo asuntos pendientes que resolver con Holden.

Me despido de Andrés, y nos damos otro abrazo, lleno de tristeza y de palabras sin pronunciar. Viniendo de Andrés, el hombre más hablador que conozco, ese abrazo silencioso resulta aún más funesto.

CAPÍTULO 29

CREÍA QUE ERAS TÚ

Necesito un buen rato para serenarme, intentar dejar de pensar en Tristan y coger fuerzas para la conversación que tengo pendiente con Holden. También para que se me baje la hinchazón de los ojos y esas ojeras, que me hacen parecer un oso panda.

Este accede a venir a mi casa, tras llamarle y decirle aquello de: “tenemos que hablar”. Creo que es la primera vez en mi vida que uso esa frase y espero que sea la última.

Cuando entra, su cara demuestra que no espera buenas noticias.

Holden no es tonto. Nos despedimos enfadados, dos veces, sin embargo yo podía haberlo llamado e intentado solucionar lo nuestro y no lo hice. Ni él tampoco. Aquello no decía mucho a nuestro favor.

Tras dejar la chaqueta colgada de una silla, con mucha formalidad, se sienta en el sofá, casi en la punta, con las manos entrelazadas, preparado para lo que sea. No me da dos besos. Ni uno. Y no veo esa sonrisa suya que hasta hace nada me hacía suspirar.

Yo me siento también en el sofá, dejando una distancia prudencial. La misma que hay ahora entre nosotros.

—Hola. —Es todo lo que dice.

—Hola.

Muy bien, así no vamos a ninguna parte.

—Me alegro de que tu abuela esté bien.

Eso es un comienzo. Y muy generoso por su parte.

—Sí, ya está casi recuperada, muchas gracias.

De nuevo, silencio.

Vale, soy yo la que le he llamado, así que asumo que me toca hablar a mí.

—Holden, yo... Quiero pedirte disculpas.

Lo que viene siendo ya una tónica ya en mí. Y no resulta más fácil por no ser la primera vez. A pedir disculpas no se acostumbra uno nunca. Y mejor no acostumbrarse.

—Siento haberlo estropeado todo antes de irme. He estado pensando mucho al respecto y creo que... Creo que tenía miedo. Siempre me he sentido algo insegura a tu lado, comparándome con las otras chicas... En el fondo pensaba que algún día ibas a irte. Y creo que no lo podía soportar y por eso lo estropeé.

—Vaya, eso es muy retorcido hasta para ti.

—Lo sé, aunque pero me temo que es cierto. Y luego..., quise arreglarlo, pero pasó lo de mi abuela y actué sin pensar.

—Te fuiste con Tristan —me acusa—. Me ofrecí a ir contigo y me rechazaste. Por una estúpida discusión. ¿Sabes cómo me sentí? Vosotros dos allí y yo aquí, sin poder hacer nada...

—Sí. —Bajo la cabeza—. Me justifiqué diciendo que estaba enfadada contigo, y que tú no cogías el teléfono, pero... Eso no era del todo cierto. Yo... —No sé cómo decirlo.

—Lo escogiste a él —sentencia.

Afirmo con la cabeza, porque me cuesta reconocerlo en voz alta delante de él.

Holden se levanta del sofá, y comienza a caminar por el salón, nervioso.

—Lo sabía. Sabía que sentías algo por él y tú me lo negabas...

—Lo siento, no lo sabía, de verdad. No lo supe hasta hace poco. Soy una idiota.

—Sabía que había algo. —Se mesa ese pelo tan suave que tanto me gustaba acariciar—. Tenía que haber ido a verte... Fui un estúpido al dejarte allí con él. Tenía que haber ido... —repite, esta vez como para sí mismo.

No digo nada, porque no sé si eso hubiera cambiado algo. Quién sabe. Pensar en lo que podría haber pasado ya no tiene sentido.

Suspira y se deja caer de nuevo en el sofá, esta vez más cerca de mí, cubriendo un poco la distancia que habíamos dejado antes.

—Clara... —Me coge de las manos—. Yo también lo siento.

—¿Tú? ¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Porque tenías parte de razón. Cuando te fuiste la primera vez, tuve miedo. Me agobié. Porque pensaba en ti a todas horas, y hasta ahora no me había pasado. Nunca había echado a ninguna chica de menos, y no sabía

cómo actuar...Era algo nuevo. Y... desconcertante. Y un agobio —repite, pasándose la mano por el pelo otra vez—. No me lo pasaba bien si tú no estabas. Y quería pasármelo bien. Ser el de siempre... Echar a alguien de menos es una mierda, ¿sabes? —Me mira, serio, y su mirada sincera y triste me entenece—. No quería sentirme débil, dependiente de alguien... Pero tú me importabas. Me importas —continúa.

—Tú también me importas, Holden. Yo de verdad creía..., creía que estaba enamorada de ti.

—Pero no lo estabas. —Es una afirmación que esconde una pregunta, cuya respuesta no sé si quiere escuchar.

Niego con la cabeza.

—Yo tampoco estaba enamorado de ti, ¿eh? —Y me sonrío, a medias, con esa sonrisa burlona suya que tanto me gusta, aunque le sale un poco forzada.

Le doy un pequeño golpe en el brazo con el puño.

—¡Ehh! Eso ha dolido —digo, y dejo escapar una sonrisa tímida.

Vuelve a ponerse serio.

—Creía que eras tú, de verdad. Ya sabes. La chica —carraspea. Creo que esa confesión le ha costado mucho.

Le miro a sus ojos marrones, y sé que dice la verdad. Lo intentó. Los dos lo intentamos. Pero no supimos hacerlo. O quizá no era nuestro destino.

No puedo más y le abrazo. Aspiro su olor a perfume y a tardes de risas y sexo, y me doy cuenta de cuánto le he echado de menos. Al cabo de unos segundos, se separa, azorado. Lo de demostrar sus sentimientos aún es una asignatura pendiente para él.

—Estas dos semanas sin ti han sido muy duras, pensando que estabas con él. —reconoce.

—No estaba con él.

—¿Ah, no?

—No. De hecho... Le eché de mi casa. —Tengo que tragar el nudo que me atenaza la garganta al recordarlo, y al pensar en las consecuencias que ha tenido mi incapacidad de gestionar y reconocer mis sentimientos.

Ahí sonrío un poco, el muy canalla.

—¿Sí?

—Sí. Cuando me dijo..., bueno, lo que sentía. Me agobié. Y lo eché.

—Vaya, Clarita. Sí que eres cruel. —Me alegra de que siga intentando

ser el Holden bromista de siempre, aunque ya ninguno de los dos seamos los de antes.

—Sí...

Me doy cuenta de que sí lo fui. Cruel. Es lo mismo que dijo mi abuela.

—Al final vas a resultar una devora hombres.

Le doy otro golpe en el brazo.

—¡No seas idiota!

Y por primera vez en muchos días, escucho de nuevo su risa, aunque algo tímida y apagada. Esa que me volvía loca, y que iba directa a mi bajo vientre.

Sigue siendo guapísimo. Sigue oliendo de muerte. Su sonrisa aún me vuelve loca. Y su lunar en la barbilla. Y me abalanzaría sobre él sin dudarlo si no fuera porque estoy enamorada de Tristan. He tenido que perderle para darme cuenta.

Me aterra pensar en una vida en la que él no esté, en la que no pueda ver sus ojos azules, en la que no pueda escuchar su carcajada limpia y sonora, o sus gruñidos cuando está de mal humor. En la que no me coja de la mano sin querer. En la que no me abrace. En la que no llegue a besarme otra vez. Pero no pienso rendirme. No, sin luchar. No, ahora que sé lo que siento.

—Y ahora, ¿estáis...? —No termina la frase.

Niego con la cabeza y noto cómo se me humedecen los ojos.

Holden se sorprende. Supongo que daba por hecho que estábamos juntos, ya que yo he escogido a Tristan en vez de a él.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con cuidado, como si no quisiera oír la respuesta.

—La cagué... —Y no puedo decir nada más porque las lágrimas vuelven a escapármeme y a rodar por mis mejillas.

La situación es muy incómoda. Sé que esto no es lo que esperaba. Verme llorar por otro hombre. Sin embargo, no dice nada y me abraza. Ese gesto me llena de ternura y emoción, y me cuelgo de su cuello sin decir nada, aunque intento contener las lágrimas, porque sé que Holden no se merece esto. Me recompongo en cuanto puedo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano, y nos separamos.

—Lo siento —dice. Y aunque sé que una parte de él se alegra de que no esté con Tristan (al fin y al cabo es humano), sé que otra, la que me quiere y se preocupa por mí, sí que lo siente.

A continuación se levanta, y yo le sigo. Está todo dicho. Está todo claro. Sin rencores. Reconociendo cada uno nuestros errores. Aun así, no me arrepiento de ninguno de ellos, porque el tiempo que estuve con Holden fui sincera con él y creo que él también conmigo, aunque nunca le pusiéramos nombre a lo que sentíamos. Y para qué mentir, lo pasé genial. Me hizo sentir especial. Por fin me sentí como una de esas mujeres deseables, deseadas, queridas. Eso tengo que agradecerérselo solo a él.

Y todo lo que viví me ha llevado a donde estoy ahora, a este presente incierto y horrible, en el que me he dado cuenta que amo a un hombre que no sé dónde está, ni si volveré a verlo, ni si todavía me quiere. Aun así, no querría haberme ahorrado nada.

Lo único que lamento profundamente es haberles hecho daño a los dos hombres más importantes de mi vida por el camino, aunque nunca fuera mi intención. Sin embargo, así es la vida, a veces herimos, a veces nos hieren, y a veces ambas a la vez. Tú eliges si aprendes de ese dolor y lo utilizas para crecer, para avanzar, o te estancas en él. Y yo elijo avanzar.

Se despide de mí con un suave y dulce beso en los labios.

—Adiós, princesa.

Maldito Holden, si al final va a hacerme llorar y todo.

De nuevo, siento la necesidad de darle un abrazo, y lo hago. Me lanzo a su cuello y le abrazo, fuerte. Y los dos saboreamos esa dulce despedida que nos merecemos. Por lo que un día fuimos. Por lo que un día seremos. Porque sé que Holden y yo volveremos a ser amigos.

EPÍLOGO

Por fin ha llegado el día de Reyes. Insistí tanto al médico que tuvo que quitarme la escayola. Me la quitaron el día antes. Mi muñeca estaba casi perfecta. Molestaba un poco, nada que no pudiera aguantar. Ya tendría tiempo de descansar en cuanto acabara el concierto.

Y necesitaba tener mi final. Tocar en ese concierto con mis compañeros, con solo o sin él. Necesitaba volver a mi rutina, porque tener demasiado tiempo para pensar en todo lo que me había salido mal dolía demasiado.

Cómo son las cosas. Si algo he aprendido este último año es que no se pueden hacer planes en la vida, porque ella misma se encarga de echártelos por la borda. Por diversión, así, sin más, la muy caprichosa.

Hace unos meses yo esperaba que toda mi familia viniera a verme, junto con Tristan, Andrés y Holden, de quien había imaginado ir de la mano. Y Sonja, claro. Al final resulta que solo Sonja y Andrés van a venir. Los dos me han jurado y perjurado que no se lo perderían por nada del mundo, tras ver mi mirada de súplica. Porque no podría soportar estar allí sola.

Intenté sacar billetes para mis padres y mi abuela. Como era de prever, a estas alturas ya no quedaban plazas. Sentí cómo la tristeza me invadía de nuevo. Me había dejado llevar otra vez por la ilusión, y por unos instantes, cuando me quitaron el vendaje, me vi teniendo mi momento de gloria, con mi solo, a toda mi familia aplaudiendo, y el público rendido a mis pies. Sí, de vez en cuando necesito una dosis de realidad.

Tenía que centrarme en el hecho de que iba a poder tocar en el final de temporada, iba a cerrar la temporada con mi solo, y Andrés y Sonja iban a venir a verme. Debía conformarme con eso. Ya habría más temporadas. Además, mi abuela aún debía de estar un poco pachucha y no le iría bien volar, más aun teniendo en cuenta lo nerviosa que se habría puesto.

Estuve todo el día anterior ensayando como una posesa, casi sin comer,

sin beber y sin ir al baño. Lo único que pude comer fue un sándwich y es que soy incapaz de comer nada consistente antes de un concierto importante.

Así que hoy me levanto con la mejor de mis sonrisas pintada en la cara y con los nervios en la boca del estómago previos al concierto.

Me visto con la ropa que he preparado la noche anterior, cojo mis prendas para el concierto, mi chelo, me miro al espejo para infundirme ánimos, y salgo a la calle.

Tenemos ensayo general, por eso tengo que ir unas horas antes, y hemos quedado con mis amigos en vernos allí, después del concierto.

A las seis de la tarde se abre el telón, y comenzamos a afinar nuestros instrumentos.

No lo puedo evitar y dirijo una mirada al público. Andrés me ha dicho que había comprado asientos en la tercera fila, así que miro a ver si le veo. A Sonja no la veré hasta después del concierto porque, conociéndola, seguro que ha comprado las entradas a última hora, y estará vete a saber tú dónde. Aunque a lo mejor le ha pestañeado a alguien para que le cambie su asiento a primera fila. Es bien capaz de hacerlo.

Miro hacia la tercera fila y sonrío al verle. Está guapísimo. Se ha puesto una americana gris, con una camisa blanca algo ajustada que le marca su perfecto cuerpo y una corbata gris oscuro. Le queda el traje como un guante, al tío. Él me ve y me sonrío a su vez, haciéndome una señal con el dedo gordo hacia arriba, deseándome suerte.

Pienso en la primera vez que lo vi, en el ascensor; me pareció tan guapo, tan arrollador y tan simpático. Me reí recordando lo nerviosa que me puse al verle. Porque es guapo de narices, el condenado. Lo que no esperaba es que fuera a ser tan importante en mi vida.

Intento no fijarme demasiado en el asiento vacío que hay a su izquierda y que me deja por un instante sin respiración, como un directo al estómago.

Casi se me cae el arco cuando veo a mi abuela al lado de Andrés, con una sonrisa de oreja a oreja, y a mi madre y a mi padre aplaudiendo como locos, a pesar de que todavía no hemos empezado.

Siento un nudo de emoción en la garganta y no tengo tiempo de pararme a pensar, ni entiendo cómo es que están aquí. Ahora mismo mi felicidad es casi completa. Casi. Hay un pequeño vacío en mi pecho que no se me va.

Las luces se apagan y el público se queda en silencio.

Es la hora. Pienso tocar como nunca. Por mis padres, por mi abuela.

Cierro los ojos y me concentro solo en la música que sale de mi chelo. Casi no oigo al resto de la orquesta. Solo estamos mi familia y yo, para quien toco todas y cada una de las notas. Pienso en las nanas que me cantaba mi abuela, en el esfuerzo que ha hecho para estar aquí hoy, y en que por un momento creí que la perdía y que jamás podría vivir este momento, y esta vez le canto, le canto yo a ella con mi arco y mis manos, que se convierten en mi voz.

Cuando llega la hora del solo, miro a mi abuela. Está sonriendo, orgullosa, cogiendo la mano de Andrés por la emoción (¡será pillina!) y se me hincha el pecho de amor. Doy gracias al cielo por no haberla perdido.

Por fin. Llegó mi momento. Cierro los ojos y, sencillamente, me fundo con la música. Sé que a Johanson no le gusta que cerremos los ojos, que tengo que mirarle porque me está marcando el ritmo, pero esta vez me da igual. Necesito dejarme llevar. Irme a ese mundo donde solo estamos mi música y yo. Los acordes de la [Suite para Chelo número 1](#) de Bach flotan en el aire, como si los hubiera compuesto solo para mí, en un secreto entre él y yo, que decido regalarle esta noche al público, como una confesión.

Cuando termino, abro los ojos y todo está en silencio. Tras un par de agónicos segundos, el público se pone en pie y comienzan una ovación que se me hace eterna, y demasiado corta a la vez. Ahora sí me permito mirar hacia mi familia, y veo a mi abuela y a mi madre secándose las lágrimas. A mi padre aplaudir orgulloso, y a Andrés aplaudir, silbar y gritar como un poseso. Casi no me doy cuenta de que estoy llorando, porque no puedo contener la emoción que me embarga. Son lágrimas de pura felicidad. Y de tristeza también.

Al terminar el concierto, felicito a mis compañeros, nos saludamos, y Sophie se acerca a mí.

Frunzo el ceño, pensando que viene dispuesta a amargarme la noche, aunque yo estoy dispuesta a no dejar que lo consiga.

—Felicidades, Clara. Has estado increíble. —Y me tiende la mano.

Yo la miro y, tras los primeros instantes de sorpresa, se la encajo. Hay que ser muy valiente para hacer lo que ha hecho ella y tragarse el orgullo. Y más cuando tienes tanto como ella. Podría indigestarse.

—Muchas gracias, Sophie. Tú también.

—Lo sé. —Sonríe con suficiencia y se aleja contoneándose.

En fin. Tampoco se le pueden pedir peras al olmo.

Me cuesta un poco llegar hasta mi familia y Andrés, y cuando lo hago voy directa hacia mi abuela.

Nos abrazamos como si hiciera un año que no nos vemos, en vez de poco más de dos semanas.

—¡Abu! ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacéis todos aquí? ¿Cómo...?

Todos se quedan callados unos instantes, se miran unos a otros, en un silencio incómodo, tras el cual mi abuela se atreve a hablar.

—El pelirrojo... —responde, cauta, mi abuela.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Cuándo...? —No soy capaz de articular una frase entera.

—Nos regaló los billetes —responde mi abuela, y yo sigo sin comprender.

—Pero... Si yo miré y no había billetes.

—Los compró hace un tiempo... —Al parecer mi abuela es la única dispuesta a hablar.

—¿Cuándo? —No entiendo nada.

—Sí, hija, justo antes de que..., de que discutierais, ya sabes... —apunta la abuela, con mucha cautela—. Nos los dejé junto con la nota de despedida.

Entonces lo entiendo. Los compró cuando estuvo en mi casa. Para mis padres y mi abuela. Para que pudieran estar conmigo en este día. Porque de alguna manera confiaba en que yo estuviera hoy aquí cumpliendo mi sueño, saboreando el éxito acompañada de los míos.

Noto cómo se me forma un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de ping pong, y tengo que desviar la mirada para que mi familia no vea cómo se me humedecen los ojos.

Mis padres y mi abuela no saben dónde mirar. En ese momento noto la mano de Andrés apretando la mía, infundiéndome ánimos. Necesito un par de segundos para calmarme.

En ese instante oigo la voz de Sonja.

—¡Clara! ¡Dios, has estado genial! Suerte que eres una chica y no un chico, si no, no sé lo que sería capaz de hacerte...

La veo acercarse y de repente siento mi mano huérfana de la de Andrés, que me ha soltado de golpe.

—¡Mi ángel! —la señala Andrés, con cara de loco.

—¿Sonja? ¿Sonja es tu ángel? —Por segunda vez en un día estoy en shock.

—Sonja ... —Andrés sonrío por fin, no sé si a ella, al destino, o a quién, por haberla vuelto a poner en su órbita.

La aludida, después de unos segundos de sorpresa, me susurra, casi sin mover los labios (siempre ha sido una experta en eso):

—Este es el tío que conocí, el buenorro, al que no le di el teléfono. Dime que no te lo has tirado o te mato aquí mismo.

Me río con ganas, como hacía semanas que no me reía y le contesto bajito, para que Andrés y mis padres no puedan oírlo.

—Tranquila. No me he acostado con él. Andrés es todo tuyo.

Sonja sonrío, sacude su melena rubia y a Andrés casi le da un paro cardíaco.

—Anda, si es el borracho que intentó ligar conmigo —dice, con los brazos en jarras.

Andrés parece olvidar las ganas que tenía de encontrar a su ángel y entra al trapo.

—Yo no estaba borracho. Bebí un poco más de la cuenta, es cierto, lo que pasa es que hacía mucho calor en ese local, y me dio un bajón de tensión —se defiende.

—Ya, claro.

—Sí, y tú me pegaste —la acusa, con su dedo índice.

—No, hice que volvieras en ti.

—¿Pegándome?

—Es así como se hace. Era eso o un vaso de agua y, créeme, por la noche, a dos grados, no te habría gustado nada.

—Seis años de carrera para darme un bofetón —murmura Andrés en español.

Yo no puedo evitar soltar una carcajada. Sonja parece enfadarse.

—¿Qué ha dicho?

—Que gracias por lo del otro día. Y que le encantaría invitarte a una copa para agradecértelo.

—Mira, bonita, yo no hablo ni papa de español, pero creo que no ha dicho eso.

—¿Qué haces? —me pregunta Andrés, en español.

—No, ¿qué haces tú? —le riño—. ¿No era tu ángel? ¿No quieres salir con ella?

—Sí —reconoce Andrés.

—Pues díselo, anda.

Andrés se hace el remolón, para luego dirigirse a mi amiga con la mejor de sus sonrisas. Y qué sonrisa. Entre la sonrisa, el traje, y su casi metro noventa, mi amiga no tiene nada que hacer.

—Esto... Me gustaría agradecerte lo que hiciste el otro día por mí y pedirte perdón por mi comportamiento. ¿Puedo invitarte a cenar, a comer, o a un café? O a un vaso de agua, mientras no me lo tires por encima —bromea Andrés.

A ella se le escapa una sonrisita a su pesar, mientras parece pensárselo, aunque la conozco y, por la cara que pone, sé que solo se está haciendo la interesante.

—Comida. El martes. Solo tengo una hora para comer, así que sé puntual. En la puerta de mi hospital a la una en punto.

—Allí estaré —murmura Andrés, embelesado.

Durante todo ese tiempo hemos estado todos callados, como si supiéramos que estábamos asistiendo a algo importante, y eso que mis padres no han entendido nada de lo que se han dicho estos dos. Aunque no hacía falta.

Andrés aún está babeando cuando se acerca Johanson con cara de pocos amigos. Trago saliva y me preparo para una bronca.

—¡Ferrer! —vocifera. Y en ese instante ni siquiera me hace gracia cómo pronuncia mi apellido. Trago saliva.

—¿Sí? —casi no me sale la voz, del susto. Creo que hasta mi abuela se cuadra.

—Ha estado soberbia. —Su rostro es todo sonrisa, y me estrecha la mano con tanta efusividad que casi me hace otro esguince. Luego se pone serio—. Pero no vuelva a hacerlo.

—No, señor —musito.

—Por cierto, cuento con usted la temporada que viene. Espero que no tenga otros planes.

Miro a mis amigos, que sonrían, felices, y a mi familia, que asiente con la cabeza, con la mirada llena de orgullo.

—No, señor, no los tengo.

Andrés y Sonja me abrazan, o mejor dicho, me espachurran entre ellos, y cuando se dan cuenta de que ellos también se están abrazando, se separan, avergonzados. La verdad es que me resulta divertido verles así de

tontorrones. Especialmente a mi amiga, la mujer que presume de hacer lo que quiere con los hombres.

De repente alguien carraspea a mi espalda.

Me giro, y la sorpresa que me llevo es mayúscula cuando veo a Holden, con traje y pajarita (¡pajarita!), que no sabe dónde mirar, incómodo.

—¡Holden! —Me hace tanta ilusión verle que me tiro a su cuello y le abrazo—. Él me devuelve el abrazo, apretándome contra su cuerpo, que me habla, y me dice que me ha echado de menos. Al menos eso es lo que mi cuerpo le dice sin palabras—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —dice, tímido, por primera vez en su vida.

No me extraña. Toda mi familia y mis amigos le están escudriñando con la mirada. Sobre todo mi abuela, que lo está repasando de arriba abajo con una sonrisa y sin ningún disimulo, la muy traviesa.

—¿En serio?

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Holden no ha venido nunca a verme a ningún concierto, y eso que llevamos más de un año siendo amigos, y tampoco lo hizo cuando éramos pareja, o lo que fuéramos. Así que después de cómo acabamos, no esperaba verle tan pronto.

—Claro. No me lo podía perder. Nunca antes había ido a verte tocar, y es algo que tenía pendiente.

—Me alegro de verte. Y de que hayas venido —digo, dándole un beso en la mejilla, agradecida, no solo porque haya venido, sino porque me haya perdonado. Porque que esté ahí significa que lo ha hecho. O al menos que lo está intentando.

Y deben de ser imaginaciones mías, porque me parece ver a Holden sonrojándose.

—Y yo.

Se da la vuelta y se presenta, formal, a mi familia, aunque en inglés, tendiéndole la mano a mi madre.

—Hola, soy Holden.

Mi madre, ni corta ni perezosa, le abraza y le planta dos sonoros besos en las mejillas, y ahora sí que se ruboriza, hasta el blanco de los ojos se le vuelve colorado, y a todos se nos escapa la risa.

Mi abuela me da un codazo, y sé lo que está pensando. Sí, abuela, he estado con este chico tan guapo, que es capaz de robarte el corazón con su sonrisa, aunque me temo que el mío pertenece a otro.

A uno que no está aquí. A uno que no sé dónde está. A uno que no sé si querrá volver a hablarme nunca más, y mucho menos aún quererme. A uno que supo verlo antes que yo. A uno al que eché de mi vida y al que me gustaría recuperar.

Porque no quiero creer que este es nuestro final. Que lo nuestro ha terminado incluso antes de empezar. Que, como dijo un día Tristan, el destino se ha reído de nosotros y ha sido tan cruel para ponérmelo delante para después arrebatármelo. No, no quiero creerlo.

Miro a mis amigos, a mi familia, que están aquí hoy, que han venido todos a verme y a compartir este día tan importante para mí, que ellos han convertido en más especial, si cabe. Soy feliz, o todo lo feliz que puedo ser si él no está. Y le grito en silencio al universo que no puede hacernos esto. Que, si existen las señales, le estoy mandando una bien grande y que espero que la reciba.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Este es sin duda el apartado que más me gusta y el que más miedo me da de la novela. Porque llegar hasta aquí significa que lo he conseguido, que por fin la he terminado y que ha llegado el momento de soltarla al mundo, a vosotros, para ver cómo la recibís. Y eso asusta. (También por no dejarte a nadie en los agradecimientos, que piensen que eres una ingrata y una desagradecida y dejen de hablarte para siempre.)

Dicho eso, allá va mi discurso (que es el mismo que tengo preparado para cuando gane el Goya al mejor guion, por cierto).

De nuevo, gracias al destino por ponerme aquel día a Eva en el camino y que me hablara del curso de escritura de Silvia Alcántara, y gracias a ésta por sus enseñanzas, pero sobre todo por su pasión. Ellas fueron mi detonante, mi “llamada a la acción”.

Gracias a todas aquellas personas que habéis leído mis primeras novelas y me habéis animado a seguir escribiendo. Sin vosotras no estaría aquí otra vez, dándoos la brasa, así que esta novela es culpa vuestra.

Gracias a mis Escritores Locos, por estar ahí cada noche, por los planes en común, por las locuras, los retos, las risas, por vuestros libros, simplemente por estar.

Gracias a mis lectoras cero, Eva R., Eva M., Sònia K y Marta, a estas tres últimas sobre todo por desmontarme los esquemas y decirme que Tristan era un poco soso (¡espero haberlo arreglado!).

Gracias a Nuria Pazos, por cederme tan amablemente a su muso (ya sabes a quién), y a él por existir.

Gracias a mis compis de curro, por ser mis mayores fans y acumular mis libros en sus bibliotecas. ¡Vais a tener que haceros más espacio, porque no pienso parar!

Gracias a mis padres, por haberme inculcado la pasión por la literatura y

por leer (y leerme), siempre.

Más que gracias a mi marido, por soportar a una escritora despistada, o a una despistada escritora, no sé qué es antes, que cuando no está escribiendo, está pensando en escribir, haciendo publicidad o, lo que es peor, buscando musos en los que inspirarse... Yo creo que ya se ha ganado el cielo.

A mi querida Marta, por animarme, apoyarme y creer en mí (incluso más que yo misma) siempre. Y por aguantarme cuando le insisto para que termine con su lectura cero y la coso (y acoso) a preguntas.

Y por último, pero no menos importante, a vosotros, que vais a leer esta novela, gracias por darle una oportunidad, espero que os guste tanto como a mí. Sin vosotros esta aventura de escribir no sería lo mismo.

Si te has quedado con ganas de más, aquí puedes leer mis otros libros y quitarte la espinita, mientras termino la segunda parte de esta bilogía.

relinks.me/B078J7Y62C

relinks.me/B07J5YCDSP

BIOGRAFÍA

Ester González Escobar (1977), licenciada en Derecho por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), ha ejercido como abogada durante catorce años por culpa de Adán, Eva y la maldita serpiente.

Su pasión por la lectura y la escritura le viene desde muy joven, cuando leyó a Enid Blyton, y ya no pudo parar. Luego llegaron las hermanas Brontë, Jane Austen, Dostoyevski y otros clásicos, que afianzaron su amor por la lectura. También es amante de lecturas más actuales. Se declara fan del estilo victoriano de Kate Morton y del chick—lit de Marian Keyes, Elísabet Benavent y Mamen Sánchez, entre otras. Fan ferviente de Neïra y de la novela romántica.

Escritora de monólogos cómicos, con una obra en colaboración publicada: *Antología de comedia y humor*, por Ediciones Irreverentes, llegó al panorama nacional con su primera novela chick—lit: *Entre damas anda el Juego*, publicada por el sello Ediciones B, del grupo editorial Penguin Random House, y se afianzó con *¡Tenemos una granja!*, una comedia romántica. Esta es su tercera novela, que forma parte de la bilogía *Ámsterdam*.

Actualmente, escribiendo su cuarta novela y pensando en las siguientes.

Podéis seguirme en:

<https://www.facebook.com/estergonzalezescobar/>

<https://www.instagram.com/estergescobar>